



# SIEMPRE SERÁ VERANO

Una novela de  
DANIELA GESQUI

**SIEMPRE SERÁ  
VERANO**

*Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son ficticios. Cualquier parecido con personas, establecimientos, hechos o situaciones, son meramente por coincidencia.*

*\* Diseño de portada: Daniela Gesqui / Banco de fotografías: IStock*

*\* Obra registrada bajo el código de Safe Creative: 2004113624069*

*Prohibida su reproducción, almacenamiento y distribución por cualquier medio, total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor.*

*Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet o por cualquier otra red sin consentimiento.*

## **ÍNDICE**

1 – VOLVER

2- EN MARCHA

- 3- VISITAS INESPERADAS
- 4- CIELITO LINDO
- 5- LA VIEJA CECÉ
- 6- EL ADN
- 7- MUJER BARROCA
- 8- LAS FOTOS
- 9- SIEMPRE SERÁ VERANO
- 10- COSQUILLA DE CELOS
- 11- LO INESPERADO
- 12- VERDADES ATEMPORALES
- 13- EL CAFÉ DEL PERDÓN
- 14- ROMEO Y JULIETA
- 15- AIRES DE ESPERANZA
- 16- LA SOMBRA DEL ENGAÑO
- 17- ¿QUIÉN ERAS?
- 18- PAPÁ Y TÚ
- 19- SE HIZO LA MAGIA
- 20- MALEFICIO
- 21- EL NEGOCIADO
- 22- CUESTIÓN DE TIEMPO
- 23- EN PIE DE GUERRA
- 24- PALABRAS, PALABRAS
- 25- HIJO MÍO
- 26- BROMAS PESADAS
- 27- MUCHO GUSTO
- 28- LA DESPEDIDA
- 29- CITADOS
- 30- SUEÑOS ROTOS
- 31- GABRIEL
- 32- AMOR Y ODIO
- 33- RAYO DE ESPERANZA

34- NO CORRESPONDIDOS

35- MENTIRAS VERDADERAS

36- EN MIL PEDAZOS

37- LOGÍSTICA

38- EPÍLOGO

*“Allí estaba Renzo y ella sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies.*

*Una mirada bastó para que su corazón renaciera de su letargo.*

*Veintidós años habían transcurrido.*

*Veintidós años en los que la felicidad había sido una ilusión fantasmagórica, efímera y,  
por momentos, únicamente ajena.*

*Veintidós años durante los cuales lo había recordado... para no olvidarlo.”*

## **1**

### **VOLVER**

Recogí las cenizas de mi abuela depositadas en una vasija de cerámica con un gran crisantemo pintado al óleo. Firmé unos papeles y me retiré de la funeraria con muchos reproches en mi haber: había descuidado a la *nonna* Adda, a la única persona que me había sido incondicional y leal durante todo este tiempo.

Cayendo en una actitud egoísta, me había propuesto no volar nunca más a Italia mientras

me fuera posible...hasta que la tiranía de la vida, convencida de su victoria, me dio una fuerte bofetada: Adda falleció y debía volar de emergencia para hacerme responsable de una propiedad de dos niveles con un gran patio trasero en el viejo continente.

Sin poder sostenerla como casa de veraneo siquiera, la lejanía a mi actual residencia en San Francisco representaba un gran obstáculo. Tener una propiedad de semejante superficie y años de descuido no era ventajoso ni un buen negocio en este momento.

De pie frente a una pequeña oficina de bienes raíces en la calle principal de Turín, me vi invitada a entrar, aunque con las cenizas de mi abuela a cuestas, cualquier arreglo económico sería hecho apresuradamente y bajo presión.

Inevitable y doloroso en partes iguales, el fallecimiento de Adda no me tomaba por sorpresa: con 81 años, muchos de los cuales con demasiado tabaco, el final estaba escrito. Aunque llegó más tarde que para muchos otros con la misma adicción.

Lidiando con su eterna artritis y problemas en la cadera que la tenían a maltraer, ya no podía moverse con tanta facilidad ni dedicarse a su casa como quería a pesar de contar con la ayuda de una vecina amiga, Vicenza.

Colocando la vasija cuidadosamente entre los asientos traseros del automóvil rentado, puse en marcha el vehículo y fui rumbo a esa vivienda que tantos secretos y emociones guardaba consigo.

El GPS me era de ayuda en este contexto de tristeza, a pesar de que mi memoria recordara el camino como si lo hubiera transitado tan solo unos meses atrás. Construcciones más modernas se mezclaban con las de ese vecindario noble y apacible que había visitado tantos veranos y en el cual, andar en bicicleta y corretear por las calles, eran el mayor entretenimiento.

Como era de esperar, apenas me detuve frente a la casa, rompí en llanto. Aferrada al volante, comencé a derramar lágrimas estrepitosamente, liberando angustia, dolor, frustración y mil sentimientos más que no supe describir, pero que chocaban entre ellos.

Más deteriorada que como la conservaba en mi mente, los recuerdos no tardaron en arremolinarse en mi cabeza y en el pecho; ahogándolos, retrocedí en el tiempo por unos veintidós

años, más precisamente a mi último verano en Italia.

Para cuando la pena cedió tras algunos minutos, limpié mi escaso maquillaje y me observé en el pequeño espejo que llevaba dentro de mi bolso de mano. Compuse el semblante y respiré profundo. Llené de aire mis mejillas por unos cuantos segundos hasta que, al borde de la asfixia, lo largué de golpe, aligerando la pesada carga sobre los hombros.

Haber ido a yoga para calmar mi ansiedad parecía dar frutos.

Saliendo del carro con una fortaleza indescriptible, abracé el jarrón, abrí la verja baja de madera y atravesé el jardín delantero para llegar a la puerta de entrada. Haciendo malabares con mis llaves, al ingresar a la vivienda el olor a encierro fue sofocante.

Inmediatamente ubiqué la incómoda urna en la mesa y sin dudar, corrí los espesos cortinados de un golpe seco. El polvillo se hizo presente en millones de partículas volátiles.

Permitiendo que los ambientes ventilaran de forma natural, fui hacia el refrigerador, registrando unas botellas de agua y un pedazo de queso podrido. Con asco, lo arrojé a una bolsa junto con algunos trozos de pan que la abuela solía arrojarles a las palomas que comían en el patio.

Revolviendo el interior de mi bolso agradecí haber encontrado las galletas de limón que había comprado poco antes de subir al avión. Tomando asiento frente a la pequeña y redonda mesa de madera de la cocina, me serví agua del grifo, bebí y tomé asiento de brazos cruzados.



Agendando mentalmente los trámites a realizar y ordenando mis sentimientos, apoyé la cabeza sobre mis manos y el cansancio fluyó por cada parte de mi cuerpo.

El agua caliente tardó en salir. El aire en las cañerías envió explosiones hasta que se transformó en un flujo continuo; sentada en el extremo de la bañera dejé caer el chorro sobre mi mano hasta que se templara. Una sonrisa pícaro atrapó mi rostro al recordar cuando había regresado a las corridas de la casa de mi vecino para darme una ducha tras un tímido pero revelador encuentro sexual.

*La incomodidad de la primera penetración, la exploración de dos cuerpos jóvenes e inexpertos, el calor de aquel verano...*

En ese momento, necesitaba refrescarme y que nada delatara que ya me sentía una mujer con todas las letras.

Puse en alto mi cabello y desnuda, entré a la tina. Haciendo una fina capa de espuma, pasé la barra de jabón de glicerina por mi piel, dejándola suave al tacto.

*¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había compartido una ducha con alguien? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que me había sentido deseada por un hombre?*

Debí rebuscar mucho dentro de mi cabeza para dar con ese dato; desde mi separación de Charly, todo se tradujo a momentos esporádicos de placer.

Dos salidas, dos hombres distintos, dos ecuaciones con una incógnita sin despejar. Dos cenas que terminaron en un “adiós” y no en un “hasta luego”.

Resignada a una larga soltería y con treinta y nueve años, me pregunté si acaso terminaría - como solía decir mi madre acerca de las viejas solteronas – “para vestir santos”. Fruncí la nariz con desaprobación y nostalgia.

Tarareando en voz alta alguna vieja canción de Sting, mi cantante preferido, disfruté de la soledad de la casa, aunque más no fuera por una terrible causa.

Cuando el agua se enfrió tras un buen rato, me envolví en una toalla y salí con cuidado de no resbalarme. Frente al espejo, desenredé mi cabello fino y ensortijado color dorado - naturalmente con tintes rojizos - ,observé las líneas de expresión que rodeaban mis ojos, a mi boca y a las pecas que se asentaban a lo largo de mi escote.

Yo era una mujer con un atractivo peculiar; lejos de tener un físico propio de modelo de pasarela, con una figura de guitarra, siempre fui elogiada por mis curvas pronunciadas.

Eso me provocó una sonrisa.

Renzo solía decirme que sería la musa adecuada de Botero cosa que le costaba un golpecito en el brazo de mi parte, rechazando el cumplido con una carcajada para continuar como si nada.

Preparando la cama del cuarto visitas, donde tantas veces había dormido de adolescente, miré por la ventana antes de acostarme. Desde lo alto podía ver las luces interiores de la casa de los HerSIG.

Solo Giorgio vivía allí.

Encendiendo y apagando las bombillas, Renzo y yo solíamos darnos las “buenas noches”. Era nuestro código secreto y adolescente.

Corriendo la cortina, los recuerdos se sintieron sofocantes y el dolor en mi pecho, también.

## EN MARCHA

Al día siguiente visité la oficina de bienes raíces para solicitar que un agente pudiera realizar la tasación de la casa de mi abuela. Siendo prolija, la *nonna* había dejado los papeles en orden tras la muerte de mi madre, doce años atrás, al proclamarme como su única heredera.

En su momento, todo se veía lejano. Heredar esta casa en Italia, con este frondoso patio y tres habitaciones, hacerme de la platería y la vajilla de porcelana de su casamiento y unas pocas joyas, me resultó impensado hasta que la vida de Adda se apagó como la llama de una vela y ahora debía enfrentar esta situación en soledad.

Devolviéndole el llamado a Gabriel, evité que me regañara como cuando yo lo hacía con él al no avisarme que llegaría más tarde a su apartamento. Echaba de menos su compañía, nuestras conversaciones maduras, pero él no podía estar bajo mi ala eternamente.

*Soltar.*

Dejé algunos víveres en la nevera y fui hacia la habitación que mi abuelo utilizaba como escritorio, el mismo sitio donde redactaba sus artículos de actualidad para el periódico local, tantísimos años atrás. La cama estrecha ubicada contra la pared estaba tendida y sobre el edredón, descansaban los mismos cinco almohadones de siempre con sus fundas tejidas al crochet, coloridas y florales. Al entrar, abrí las dos hojas de la ventana para que el ambiente se bañara de luz y aires de renovación.

Sin dudar caminé en dirección a la extensa biblioteca de cedro empotrada en el muro más largo y sin aberturas del cuarto.

Intacta de no ser por la tierra acumulada, mantenía los libros de siempre y a la *old fashion*

“Remington”. Quité la manta que la cubría y presioné las teclas aleatoriamente, escuchando el mismo “*tac-tac*” que cuando a escondidas, le respondía las cartas de amor a Renzo, avergonzada por mi caligrafía tan desordenada.

Caminando por delante de la biblioteca, recorrí los lomos de los tantísimos clásicos hasta detenerme frente al atemporal “Romeo y Julieta”, aquella novela de Shakespeare que había sabido retratar el romance de dos adolescentes que se juraron amor eterno y sin tolerar el perderse uno al otro, terminaron provocando un grandísimo y trágico final.

Sin llegar a ese extremo, Renzo y yo nos comparábamos con estos amantes furtivos y pasionales, que no entendían de grises y se veían como dos incomprendidos en un mundo con adultos problemáticos.

Cuando nos escabullíamos a espaldas de nuestros padres y su hermana a contemplar los atardeceres desde algún campo cercano, me recostaba en su falda a escuchar los matices en su tono al recitar los diálogos de esa maravillosa novela.

Era gracioso ver la sombra del incesante movimiento de sus manos sobre el césped mientras el sol descendía en el horizonte, la representación dramática de la obra.

Yo, sintiéndome como Julieta Capuleto, soñaba con vivir una gran historia de amor. Él, como Romeo Montesco, actuaba como el indicado.

Abriendo el pequeño libro encontré el puñado de margaritas marchitas que me entregó Renzo el mismo día en que prometió que regresaría al verano siguiente, dispuesto a buscarme y a mostrarle al mundo entero cuánto nos amábamos.

Con sus estudios universitarios recién iniciados, obligaciones laborales y un océano entre ambos, confié en que éramos más fuerte que todo un romance estival. Ilusa de mí, mi vida giraba en torno a la suya; planeé estudiar en su misma universidad, apuntarme en medicina como él y comenzar una vida adulta a su lado.

Sin embargo, el destino tenía otra versión menos *naïf* de mi futuro, ya que nada de esto sucedería: a la semana de llenarnos de promesas y palabras de amor, de jurarnos compañía eterna y sellarlo a fuego en y con nuestros cuerpos, él se marchó a Roma para continuar con sus

exámenes y yo a San Francisco, a culminar con mis estudios pendientes, ya que la preparatoria me tenía a maltraer.

Yo era una pésima alumna y los regaños de mi madre hacia mí no se hicieron espera, sobre todo después de lo que ella denominó “mi gran pecado”.

— Tus labios son más peligrosos que treinta soldados desafiándome. Un solo beso me dará el coraje para enfrentarme a todos con temeridad. ¿Me lo concedes? —recité de memoria y en voz alta aquella frase remarcada con ahínco, la cual era por lejos, la preferida de mi amante italiano.



Cerrando el libro, dejé que una lágrima cayera por mi rostro, lo llevé a mi pecho y volví a colocarlo en su sitio, junto a Hamlet, Otelo y El mercader de Venecia.

Con la torpeza de quien se reconoce en infracción, el plato cayó de mis manos al imaginar un posible encuentro entre ambos; el jabón de lavar y mis nervios, hicieron que se resbalara y estallara en varios pedazos contra el piso.

—¡Mierda! — exclamé, con el reproche de haberme prometido que su recuerdo ya no me afectaría. Inspiré profundo y me propuse superarlo como ya lo había hecho... ¿o no?

El teléfono móvil sonó desde el interior de mi bolso, tomándome por sorpresa. Susceptible, llevé mis manos hacia el pecho y me quité los guantes de hule cuando logré recomponerme. Bajo mis zapatos algunas astillas de porcelana crujieron, pero poco importaba. Esperaba por ese llamado.

—Hola...hola...—balbuceé haciendo peripecias para demostrar que llegaba a responderlo.

—Buenas tardes, ¿hablo con Ivana Sutton? Soy Carmela Rivarola, la agente inmobiliaria  
—La mujer se presentó hablando un inglés envidiablemente fluido.

—Buenas tardes, en efecto, soy Ivana.

—La llamo porque quería saber en qué momento podríamos reunirnos para acordar los alcances de la venta de su casa. Tengo entendido que estuvo el día de ayer por la oficina hablando con mi compañera, Silvana Lotti.

—Exacto, mmm... ¿podría venir el lunes? Acabo de llegar y aun sufro *jet lag*— Me excusé con una tonta respuesta, sin reconocer cuánto me alteraba estar de regreso en esta casa.

—Sí, desde luego. ¿A las 5 de la tarde está bien?

—Perfecto, muchas gracias.

Colgué, inspirando y exhalando profundo.

Por un instante que pareció eterno, me mantuve sentada en el brazo del sofá evaluando cuán correcto sería vender esta casa.

Me respondí afirmativamente sin dudarlo, puesto que no podía hacer frente a los gastos de otra. Mi apartamento de 65m<sup>2</sup> en San Francisco era lo suficientemente costoso como para pensar en el mantenimiento de una segunda propiedad.

*¿Rentarla era una opción?* Nadie se mudaría a una vivienda con tantos arreglos por hacerle. Sin reproches, me convencí de estar haciendo lo mejor; apunté mentalmente retomar las sesiones con mi terapeuta al regresar a casa, con la intención de tratar, nuevamente, mis conductas culposas.

Abriendo la puerta francesa de doble hoja con un poco de dificultad por su falta de aceite, salí al patio y me senté en el viejo columpio remendado que aún se mantenía ajustado a una gruesa rama de nogal.

Balanceándome con suavidad cerré mis ojos, recreando los momentos en los que Renzo me empujaba o se ponía tras de mí simplemente para susurrarme al oído; las cosquillas de su

aliento sobre mi cuello, su voz gruesa dándole calor a mi piel...mis hormonas cantaban hurras cada vez que lo tenían cerca.

Mi abuela Adda lo adoraba y como muestra de ello le preparaba bollos de masa y crema de vainilla, sus preferidos. Sin importar el calor sofocante y pegajoso de Alessandria en verano, siempre lo consentía como a un nieto. Todo lo opuesto sucedía con su hermana, de quien mi abuela no guardaba el mejor de los conceptos.

Yo veraneaba en la casa de mi *nonna* desde que tenía uso de razón; adoraba correr como descarriada en este parque junto a Giuseppina y Tommaso, los hijos de Adelfa, la vecina de enfrente y también con Renzo y mi íntima amiga, Cecilia, con quienes solíamos treparnos por el muro divisorio que separaba ambas propiedades.

El tiempo y la vida misma hizo que el grupo se disolviera; cada uno metido en sus propios asuntos, con nuevas amistades y sin la tecnología de hoy en día, perdimos contacto. De un verano al otro, fui la intrusa que venía desde San Francisco a pasar sus vacaciones aquí.

Sin embargo, para Renzo yo era especial o al menos eso creí veintidós años atrás.

En Casale de Monferrato, al norte de la ciudad de Alessandria, el silencio era de lo más normal como así también el hecho de jugar en las callejuelas entreveradas y de pendiente descendente, entregándonos a la aventura de cruzar el río Po de lado a lado con nuestras bicicletas.

En un vecindario formado en su mayoría por inmigrantes de países limítrofes como Austria y Francia, Jürgen “Giorgio” HerSIG, padre de Renzo y Cecilia, había sido uno de los primeros vecinos en construir sobre estas tierras y actualmente, el único que quedaba vivo de aquella “legión extranjera”.

El cielo plomizo me acompañó por varios minutos de soledad y pensamientos vagos tal como la última tarde en la que estuve aquí, antes de regresar a San Francisco. Allí vivía en un apartamento de tres ambientes junto a mis padres, con un balcón estrecho y abarrotado de macetas donde escasamente crecía una planta.

Inevitablemente mi cabeza se colocó en el momento exacto en el que mi vida cambió

para siempre y ese punto de inflexión no fue ni más ni menos que cuando mi hijo Gabriel nació, más de dos décadas atrás.

Siendo una joven inexperta, apenas graduada de la preparatoria, un embarazo juvenil me tuvo a contrapié del resto de las muchachas de mi edad, quienes salían todos los sábados, estudiaban en la universidad, trabajaban y tenían una vida social intensa.

Condicionada, llevé mi embarazo con la mayor de las reservas y casi a escondidas; mi madre, ferviente practicante del catolicismo y asistente a misa todos los domingos, ni siquiera había tenido en cuenta que me practicara un aborto. Siendo yo menor, bajo su tutela y absolutamente aterrorizada, no dudé de su criterio.

Con una barriga de casi diecisiete semanas, un vestido color crema similar a una sábana sin forma -el blanco era virginal y yo ya no lo era -, un ramo de camelias rojas y menos de quince invitados, me casé con Charly.

Sí, con el abnegado, paciente y humilde de Charles Anberg II.

Admitiendo que él no era el muchacho que yo más deseaba en el mundo, nuestro romance juvenil se sintió...*ejem*...agradable. Salíamos a tomar helado, él me recogía en el carro de sus padres cuando algún amigo organizaba una fiesta y, además, platicábamos por teléfono como dos mojigatos temerosos de que sus padres los estuvieran escuchando del otro lado de la línea.

Jamás habíamos tenido relaciones sexuales para entonces aunque mi madre estaba convencida de que Charly ya me había “desflorado” y a causa de nuestro descuido, mi tripa crecía cada semana. El pobre Charly se sonreía de lado, me miraba con ojos chispeantes y aceptaba el tornado que era mi madre.

Sin avanzar más que con algunas caricias a escondidas, siempre quedábamos a mitad de camino, con la promesa de consumir en algún momento.

Hijo de un matrimonio de inmigrantes judíos, él era modesto con el dinero, pero a mí me trataba como una reina, haciéndome obsequios con las propinas que obtenía de la empresa textil familiar. Mi culpa entonces era doble: no solo no le era honesta con respecto a mi verdadero

amor italiano, el padre real de mi hijo, sino que avanzábamos como dos chicos enamorados.

Sentándolo en mitad de la sala principal, nuestros padres nos obligaron a casarnos en una doble ceremonia, algo sencillo para las dos familias. Sentados en el sofá de mi sala, las palabras de mi madre fueron órdenes precisas.

“Deben casarse, educar a ese niño, hacerlo una persona de bien”, había dicho.

*Como así también resguardar las apariencias*, pensé inmediatamente al escucharla.

Charly me había mirado con ojitos de perro abandonado y en un dulce asentimiento, me transmitió que aceptaría el designio materno. Autoritaria, mi madre era capaz de amedrentar al propio Saddam Hussein con sus planteos.

Para cuando Charly estuvo metido hasta las trancas en esta situación, busqué mi voz contradecirla, levantar mi tono y negarme. Él me tomó de la mano con fuerza y negó con la cabeza.

Yo, con las hormonas revueltas por mi estado y mi mente confundida, tan solo fui capaz de llorar a mares y esperar a que los vómitos cedieran.

Y que la vida pasara lo más rápido posible.

### 3

## VISITAS INESPERADAS

Un grito un tanto cercano me arrebató los últimos minutos de añoranza. Me puse de pie como resorte y mirando a mi alrededor, no identifiqué nada fuera de lo común.

*¿Habría sido mi imaginación?*

No conforme, poniéndome en puntas de pie y trepando sobre unas maderas viejas arrumbadas y sin uso, apoyé mis manos sobre el muro de ladrillo que dividía la propiedad de mi abuela de la de los HerSIG y se ese modo, asomarme indiscretamente.

Giorgio, despatarrado en el piso, estaba a puro quejido.

—¡Giorgio! — Grité sin importar lo incorrecto de mi intromisión. Afirmando mis tenis sobre la pared de ladrillo irregular, puse en riesgo mi ropa y mis articulaciones en pos de ayudar a ese hombre de casi 80 años que estaba sin poder levantarse.

—Tropecé con aquel bote de pintura — dijo en italiano, señalando a su gran obstáculo — los obreros lo dejaron a mitad de camino y no lo vi por el reflejo del sol — Aferrándose a mi brazo, intentaba incorporarse.

Agradecí estar con unos cómodos vaqueros y calzado deportivo. Fuera de estado físico, logré sentar en un sillón de hierro colmado de cojines a este descendiente directo de alemanes que medía casi dos metros y pesaba, al menos, 250 libras.

—¿Ivana? ¿Eres tú o el golpe en mi cabeza afectó mi visión? — Eterno bromista y

reaccionando satisfactoriamente a mi presencia, preguntó en un inglés poco utilizado, aunque entendible. Sonreí ante su esfuerzo por pronunciar correctamente. Sus ojos azules se posaron fijamente en mí y una mueca de agradecimiento se desprendió de su rostro atravesado por el tiempo, por el dolor de haber quedado viudo hacía más de treinta años y por perder un hijo en un horrible accidente de tránsito.

—Sí, Giorgio. Soy Ivana —Le besé la mano y se la acaricié con gentileza. Las venas azules surcaban su piel delgada.

—Estás...más...—Infló las mejillas, evitando decir la palabra “gorda”.

—¿Vieja? —Lo aventajé y nos echamos a reír. Era obvio que no era lo que buscaba decir, pero se conformó por caballerosidad.

—Sí y algo...más ¿grande? — Volvimos a fundirnos en una gran carcajada.

—Permítame verle los codos, se le ha roto la camisa allí —Le hablé fuerte, conociendo de su sordera, aquella que tanto molestaba a mi abuela.

—No te preocupes, querida. En unos minutos vendrá Renzo y me curará —El corazón me latió fuerte al escuchar el nombre de mi primer amor, del primer y único hombre que me había hecho temblar de los dedos del pie hasta el último pelo de mi cabeza.

—Oh, bueno...entonces debería marcharme por donde vine, estoy segura de que quedará en buenas manos —Me alejé un tanto nerviosa tropezando con el bote de pintura apostado en mitad del parque trasero de Giorgio Herstig. En dirección a la pared vecina, me despedí sin dejar de frotar mis manos. Sacaría chispas de no dejar de hacerlo.

—No hace falta, *ragazza*. ¡Quédate a almorzar! Amasé fideos caseros y he hecho una salsa boloñesa para chuparse los dedos —Frunció el ceño mientras friccionaba su propia rodilla, maltrecha por la caída y quizás, también, por la edad. La pasta casera de Giorgio era una gran tradición familiar y un manjar de dioses.

Muchas veces había compartido la mesa con los Herstig puesto que Cecilia, su hija menor, y yo, éramos íntimas amigas. Un día en su casa, un día durmiendo en la mía, nuestra amistad era sincera y fraternal...hasta que supo de mi romance clandestino con su hermano

mayor y quien estaba a punto de graduarse como médico en la Universidad de Roma para ese entonces.

Nunca más había hablado con ella y su desaire me había lastimado demasiado.

—Oh, no, Giorgio. Usted tiene visitas y yo...estoy con estas fachas. ¿Lo dejamos para mañana? Estaré un par de días más en el pueblo... —Quería escapar lo antes posible de una futura confrontación, de un golpe de realidad al que no quería enfrentarme por nada del mundo.

—¡De ningún modo! Es solo un plato de pasta para compartir con la familia — Levantándose con dificultad, logró componer su vertical, para cuando un ligero vahído de su parte me puso en alerta y corrí a sujetarlo del brazo —. Fue un mareo...no es nada, hija.

—¿Falta mucho para que venga Renzo? No quiero dejarlo aquí solo, pero tampoco puedo quedarme por mucho tiempo.

—¿Tienes algo más importante que hacer que velar por la salud de un anciano aburrido que ha estado todo el día de ayer cocinando para su familia? — una nueva carcajada salió de mi boca puesto que el hombre era un extorsionador de la primera hora y yo, una blanda.

—Supongo que mirar álbumes con fotografías viejas y limpiar el polvo de cien años no califica como un plan de los buenos —Elevé los hombros, con el mismo tono de complicidad.

—Lamento mucho lo de tu madre. Sé lo doloroso que ha sido para tu abuela perder a su hija antes de irse de este mundo —En efecto, la muerte temprana de mi madre significó un profundo pesar para todos.

—Usted lo sabe mejor que nadie —Inspiré hondo y compasivamente, mirando al cielo, recordando vagamente a su hijo mayor, mucho más grande que nosotros.

—La muerte de Lucciano hizo que Agnes envejeciera de golpe. Su partida nos dejó devastados. Él era un muchacho muy joven, con muchos proyectos y una larga vida por delante —Confesándose, su voz fue sentimental pero fuerte — han pasado ya treinta años de la pérdida de mi esposa y aun me duele como el primer día.

Recordé la gran tristeza en la familia Herssig, sobre todo la de Cecilia, con quien me escribía cartas a menudo a pesar de nuestra corta edad. En aquel momento mi madre había

viajado hasta aquí para acompañar a mi abuela y a sus vecinos a transitar ese duro trance y aunque yo quise venir, ella no lo permitió.

—¿Cómo está tú hijo? —Con una pregunta tan simple como inoportuna, me hizo recuperar el presente en mi cabeza.

—Oh, bien. Está con muchos exámenes en la cabeza.

—Tú abuela me contó que es un alumno muy aplicado. Siempre estuvo orgullosa de él.

—Está estudiando medicina.

—¡Como mi Renzo! —Abrió sus brazos, orgulloso del único de sus hijos que había logrado graduarse en la universidad.



*Y como “mi” Renzo, de hecho...*

Para cuando reuní energías suficientes para retomar el operativo “*mejor me voy*”, la campanilla sonó estridentemente. Para entonces, maldije entre dientes, suponiendo que el clan HerSIG había llegado para almorzar.

—Giorgio, ¡Giorgio! —Apresuré el paso para alcanzarlo y repetirle que podía regresar en otro momento, cuando unas voces aniñadas y animadas se escucharon atravesando la puerta de entrada.

Era demasiado tarde para lamentaciones y escapatorias.

—¿Y ese perro? —El italiano era nítido y cantarín.

—*Es Camilo, el nuevo integrante de la familia* —No pude definir si la voz era de un niño o una niña.

Si bien el italiano no era mi lengua natal, podía entender casi a la perfección el idioma ya que, entre mi madre y mi abuela, hablaban fluido y diariamente. Aprendiendo por fonética y luego, de manera formal gracias a una academia, me jactaba de comprenderlo más que de hablarlo.

Dándome aire con las manos, quise esfumarme por completo, pero con casi cuatro décadas encima, era lo suficientemente adulta como para convencerme que debía quedarme aquí, compartir el almuerzo con la familia HerSIG y continuar radiante, como si nada hubiera pasado.

Hablando en un susurro, ensayando diferentes excusas y risas plásticas, no fue sino que en mitad de mi actuación, un perro caniche blanco vino directo hacia mí, dispuesto a mordirme los tobillos. Su ladrido era agudo e histérico.

—¡Shush, shush! —Intenté espantarlo. Una horrible cicatriz en mí gemelo derecho por culpa de un perro que me había atacado un verano mientras andaba en bicicleta junto a Renzo y Cecilia, me devolvía el pánico que le tenía a los de su especie, por más pequeños e indefensos que pareciesen.

—*Abu...elo... ¿Quién es esa?* — la niña de alrededor de cinco años me señaló como si yo fuera un bicho extraterrestre —. *¿Ella es tú novia?* — su italiano gracioso y rostro fruncido no apaciguó mi miedo en absoluto. El frenético ladrido de su perro no dejaba de aturdirme.

—*No, Giovanna, ella es una amiga de la familia* —Rio el dueño de casa. Un niño de diez años apareció por detrás. Su masa de rizos en distintos tonos de dorados me recordó al pequeño Renzo.

—*Soy Ivana* —Me presenté, en su idioma. A pesar de no hablarlo a menudo, podía expresar lo necesario para establecer una breve conversación.

El niño quedó de pie junto a su abuelo, sin reaccionar. La niña sin embargo vino hasta mí en busca de su cachorro. Sin siquiera saludar, ambas criaturas me miraron distantes y precavidas.

—*Chicos, ¿pueden callar a ese perro insoportable?* — la potente voz de Renzo me crispó los nervios, casi tanto como la presencia del cachorro. Aún sin haberlo visto sino tan sólo escucharlo desde dentro de la casa de su padre, paralizó mis extremidades.

Mis palmas sudaban. Rápidamente bajé mi vista apreciando mis ropas sucias, producto de mi veloz trepada por la pared.

Mil veces había soñado con un encuentro en alguna parte del mundo. Mil veces había soñado con que él volara hacia América a proponerme que fuera su esposa y vivir felices para siempre...pero su imponente y costosa boda, quince años atrás, había roto cualquier esperanza posible.

Mordí mi labio en el mismo sitio en que lo había hecho diez minutos atrás, para cuando *él* apareció quitándose las gafas ahumadas y colocando su teléfono móvil en el bolsillo delantero de su pantalón blanco y fresco, perfectamente planchado. Jovial, ni sus cabellos entrecanos producto de su edad lo hacían ver mal. Por el contrario, se le veía sexi, demasiado.

Mi respiración se aceleró y volvió a detenerse en un ritmo descontrolado. Corrí un par de cabellos dispersos sobre mi rostro, y cuando me vio quedó tanto o más petrificado que yo al notar mi presencia.

—Ho...Hola —Agité mi mano estúpidamente.

—Ivana — Mi nombre se escabulló entre sus dientes, como si acabara de ver a un fantasma.

—¿La conoces, papá? —El niño preguntó interesado. La respuesta de Renzo nunca llegó a su boca, puesto que en simultáneo apareció en el cuadro una imponente rubia, vestida elegantemente.

Con su bolso colgando en el pliegue de su brazo y sus sandalias esquivando el pedregullo, se puso a la par de Renzo, marcando territorio.

Era su esposa. ¿Quién otra?

—¿Y ésta? ¿De dónde salió? —Su tono fue despectivo y casi en un murmullo sin imaginar que yo no solo la había escuchado sino, además, traducido mentalmente su italiano.

—Soy Ivana. Una vecina — dije en su lengua, extendiendo mi mano con restos de polvo de ladrillo. Notando aquel detalle, rápidamente la limpié contra la tela de mis vaqueros.

Ni para la primera ni para la segunda vez, ella intentó devolver el gesto.

—Mirella, chicos, ella es Ivana Sutton, la nieta de doña Adda. ¿Recuerdan a Adda? Ella le regalaba dulces cada vez que venían a visitar al abuelo Giorgio — Intercedió Renzo en su siempre cauto tono de voz. Nunca parecía enfadarse, nunca parecía salir de su eje. Tuvo la gentileza de hacerlo en inglés.

—¿Y qué pasó con Adda? — el muchachito, preguntó, practicando mi idioma de cuna.

—Ella falleció hace unos días —Comenté, intentando formar parte de esta extraña presentación.

—Oh...lo... lo siento mucho — Renzo dio unos pasos hacia adelante, acortando la distancia que nos separaba.

—No te preocupes, ya debe estar peleando con mi madre —Resumí, intentando no quebrarme.

Fijé mis ojos nostálgicos en los de Renzo, recuperando recuerdos, olvidando el dolor de estas más de dos décadas de distancia y reproches nunca expuestos.

Pude ver su mano acercarse a mi brazo en cámara lenta, dispuesto a expresar unas condolencias más sentidas. Sin embargo, su esposa dudó menos y me dio un beso obligado en ambas mejillas, rompiendo el futuro toque.

—Mirella Herssig, soy la esposa de Renzo. Yo también lo siento mucho. Conocí a tu abuela. Una gran mujer —En impecable inglés, compuso sus iniciales malos modales.

Yo sabía que mi abuela y ella se habían cruzado varias veces, como así también, lo mal que esta le caía a Adda.

—Gracias. Realmente lo era — expresé para cuando Giorgio llamó nuestra atención batiendo sus palmas y propuso armar la mesa para seis en la sala familiar.

Tragando en seco fui testigo del sensual andar de Mirella, una reconocida modelo del ámbito local, quien encaminaba a sus niños para que fueran a lavarse las manos en el baño de la casa. Renzo y yo quedamos a solas, en el patio.

—No tenía idea acerca de tu abuela —vaciló y rascó su nuca —. Puede que el viejo se haya olvidado de decírmelo. —Asumió, nervioso. Leí su mentira a la legua.

—A tu padre jamás se le pasaría por alto semejante *detalle* — Exhalé con rigidez y dientes apretados.

—Ivana, no seas así...

—Así ¿cómo? —Una burbuja de aire, de rencor y furia se atascó en mí garganta.

—Así de cruel.

—¿Cruel? ¿Yo? —espeté en un chillido descolocado —. Es extraño tratarme a mí de cruel cuando tú fuiste el de las promesas de amor y flores —sin rozarlo, sin invadir su espacio y mirándolo fervientemente, acusé con veintidós años de retroactivo.

Mis ojos vibraron conteniendo un angustioso llanto. Sin pestañear, evité que mil lágrimas cayeran sobre mis mejillas acaloradas.

*¿Me había aliviado liberar aquel reproche?* Claro que no, pero tampoco pude quedarme callada.

*Maldito mal genio.*

Sus labios articularon una respuesta que jamás salió de su boca, ya que su esposa apareció por detrás de él.

—La comida está lista, no demoren —En tono molesto, exigió nuestra presencia.

Forcé una sonrisa simpática y pasé por delante de Renzo, ignorando si tenía algo por decir, para cuando me sujetó por el codo y la electricidad recorrió mi cuerpo con una tensión alarmante. Entregándole una mirada penetrante, condescendiente, forcejeé con su amarre hasta que logré soltarme, dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva.

O algo parecido...

## CIELITO LINDO

Giorgio se deshacía en elogios hacia mí, logrando sonrojarme cada dos segundos. Con ternura me tomaba de la mano y acariciaba mis nudillos con sus pulgares, en un gesto nostálgico que yo sabía comprender: él y mi abuela se habían acompañado durante este último tiempo. No como una pareja tradicional ni como dos adolescentes que van con cuidado, sino con el respeto, la admiración y el cariño de tantos años de vecindad y la empatía de ser dos personas solas que se agradaban y que los embates de la vida habían acercado aún más.

Yo sabía que Giorgio le regalaba las primeras rosas de su jardín a mi *nonna*, las envolvía en un papel de color marfil de almacén y le escribía unas breves líneas que solían hablar de “*amistad interminable, juventud eterna y corazones unidos por el Cosmos*”.

Ella, indiscreta, me comentaba lo adorable que era Giorgio pero que su relación se mantendría en secreto porque “ya estaban grandes” para formalizar. Odiaba el chismerío que podría ocasionarse en el vecindario.

¿Mi pensamiento? La gente estaba bien segura de lo que pasaba con estos dos.

—Tu abuela siempre estuvo orgullosa de tí. Te echó mucho de menos cuando dejaste de pasar tus veranos aquí —comentó, recordando mi ausencia natural.

—Tras mi graduación, me resultó difícil regresar; fui madre siendo muy joven y con un pequeño, las prioridades cambiaron — Tragué fuerte sin dejar de mirarlo, deseando que comprendiera aun sin saber el trasfondo de mi decisión.

—¿Tienes un hijo? — la esposa de Renzo preguntó en tono curioso. Renzo, quien sabía de la existencia de Gabriel, ni se inmutó. Casi que comía sin interesarle mi vida.

—Sí, de hecho, tiene 21 años.

—¡Caray! De veras que lo has tenido muy joven— Ella enarcó la ceja haciendo una rápida cuenta, lejos de mostrarse irónica.

—Las cosas no salieron según lo planeado. —quité peso a mi declaración, demasiado

sentimental —. Aun así, me alegra haber hecho de él un excelente hombre, íntegro y noble, que trabaja y estudia mucho. —mi orgullo brotó de mis labios y mi pecho de ensanchó.

—Y dime, Ivana, ¿estás en pareja? — la mujer fue por más. Renzo casi se atraganta con el sorbo de vino que acababa de beber. Tosió, alegando que había sido una miga de pan. La palma de Mirella cayó directa en su ancha espalda.

Él levantó la mano y llevó la servilleta a sus labios, disculpándose detrás de la tela. Yo continué hablando.

—No, no de momento. He estado mucho tiempo en pareja con el padre de Gabriel, pero todo acabó. En buenos términos, por fortuna.

—Oh, qué pena — Mirella suspiró, genuinamente. No parecía la harpía que mi abuela solía destacar en sus relatos.

*¿Y si realmente no lo era y mi abuela la odiaba simplemente por apostar a mi noviazgo juvenil con Renzo?* Ladeé la cabeza imaginariamente. Era lamentable no haber tenido la posibilidad de preguntárselo en persona en lugar de evitar que me hablara de él y su familia cada vez que platicábamos por teléfono.

—¿Y qué hacían en este pueblo cuando ustedes eran chicos? —Dejando de lado su tableta, el hijo varón del matrimonio preguntó con inocencia y naturalidad.

*Bien, eran respuestas que podía dar sin sentirme en desventaja.*

—Salíamos a andar en bicicleta. Recorríamos el pueblo y lugares vecinos. Contábamos las estrellas por las noches aquí mismo, tirados en el patio junto a tu tía Cecilia— la incluí a mi amiga, quien siempre estaba a nuestro lado...excepto cuando Renzo y yo nos encontrábamos a escondidas para amarnos en silencio.

—Eso no suena muy divertido—La pequeña frunció su naricita.

—Lo era, créeme que sí. Incluso, tu padre a veces cantaba —comenté sin imaginar el debate que eso ocasionaría.

—¿Papá cantaba? — sus hijos miraron a Renzo como quien mira a un marciano. Él se

puso color del tomate.

—¿Cantabas? —Su esposa no fue menos elocuente.

—Algo...más o menos. Jugaba a que cantaba — dijo, no demasiado contento con aquella revelación.

—Su padre era un eximio cantante, aunque lo niegue —exageró Giorgio, ruborizando a su hijo un poco más de lo posible —. Incluso, conservo su guitarra en mí cuarto. Tommaso, ¿quisieras ir a recogerla? — el niño resopló, pero cedió al pedido de su abuelo.

—Están todos locos si piensan que voy a cantar. Eso fue hace mucho tiempo y cuando no me importaba quedar en ridículo.

—Vamos papi...—Uniendo sus manos en un rezo exagerado, su pequeña le insistió. Él, derriéndose ante el encanto de su niña, aceptó.

A desgano, Renzo se apartó de la mesa en cuanto su hijo mayor le trajo la guitarra, bebió de un sorbo el vino de su copa para aclarar su garganta y pasó los dedos por el instrumento, reconociendo las cuerdas. Apretó las clavijas y comenzó a improvisar, calentando motores.

Sin perderme detalle de este momento, ajena a la familia, esperé cuál sería la canción escogida. Renzo no contaba con un gran repertorio, pero había una, especial, su caballito de batalla. Finalmente, mirándonos a todos, entonó las estrofas que tan conocidas resultaban para mí:

*De la Sierra Morena, cielito lindo, vienen bajando / Un par de ojitos negros, cielito  
lindo, de contrabando*

*De la Sierra Morena, cielito lindo, vienen bajando/ Un par de ojitos negros, cielito lindo,  
de contrabando*

*Ay, ay, ay, ay, Canta y no llores*

*Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones*

*Ay, ay, ay, ay, Canta y no llores*

*Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones*

*Ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca*

*No se lo des a nadie, cielito lindo, que a mí me toca*

*Ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca*

*No se lo des a nadie, cielito lindo, que a mí me toca*

*Ay, ay, ay, ay, Canta y no llores*

*Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones*

*Ay, ay, ay, ay, Canta y no llores*

*Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones*

*Siempre que te enamores*

*Mira primero, mira primero*

*Donde pones los ojos, cielito lindo*

*No llores luego.*

*Ay, ay, ay, ay, Canta y no llores*

*Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones*

*Ay, ay, ay, ay, Canta y no llores*

*Porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones.*

—¿En qué idioma cantaste? — Giovanna fue curiosa.

—En español. Es una canción muy popular. — Él adoraba las clases de idioma con su profesora Imelda.

—Pero no entendí qué decías, papi —Retrucó su niña y pidió por una canción de niños, más contemporánea a ellos.

Renzo levantó la mirada, consciente de lo que acaban de hacer; esa canción, su letra y contenido no eran una simple coincidencia. Él siempre había destacado el lunar que yo tenía en mi rostro, sobre mi labio superior y lo hacía cantándome ese tema tan peculiar.

—Creo que es un buen momento para marcharme —Me puse de pie intempestivamente,

apenas Renzo dejó de tocar.

—¿No comerás el tiramisú de mamá? — la pequeña hija del matrimonio preguntó con dulzura, continuando con el inglés que su abuelo procuró que utilizaran durante el almuerzo.

—Estoy a dieta, gracias— me excusé como una tonta, sin esperar recibir una respuesta que provocó la risa de todos.

—Pues...no parece... —dijo desde su infantil impunidad.

Fue imposible no sucumbir a una carcajada, aunque la chica tuviera razón y mis libras de más fueran tan evidentes.

—Ivana, quédate un poco más. Cecilia está al caer, siempre llega para el café — Giorgio extendió su vertical dispuesto a recoger los platos sucios. Por supuesto que no lo acepté y se los quité de la mano con suavidad.

—Me quedaré, pero con una condición— elevé mi dedo en señal de amenaza— lavaré los trastos —Incapaz de resistirse, él aceptó.

Confinada en la cocina, pude tomar un poco de aire; conmovida por esta situación, por compartir tiempo y espacio con la familia de quien amé por tantos años, frotaba y frotaba cuanto elemento requiriera ser lavado.

—¿Me permites secar? — la voz de Renzo me sobresaltó. Agradecí que nada se sumara a mi lista de vajilla rota en el día de hoy.

—N-no, descuida. Puedo sola. Gracias.

—Eres la invitada, no deberías estar haciendo esto — tomando un trapo del cajón, comenzó a secar todo aquello que se encontraba escurriéndose —. Disculpa, no debería haber cantado...eso...— expresó con lamento. Apenas pude oírlo por sobre el ruido del agua cayendo en el fregadero.

—Es una canción que la canta todo el mundo. ¿Por qué no hacerlo tú también?

—Porque ambos sabemos que no es solo una canción más. Fue *nuestra* canción.

Nerviosa, cerré el grifo y en actitud de pocos amigos, advertí cortante:

—Renzo, no pretendamos hacer de cuenta que mantenemos la misma complicidad de

hace veintidós años. Hoy por hoy somos dos desconocidos que simplemente vivieron un romance adolescente y que, por casualidad, están compartiendo en un almuerzo familiar. Fin del cuento.

—¿Tan segura estás de que no hay nada pendiente entre nosotros? Te has mostrado bastante hostil allí afuera— Señaló el cruce de palabras apenas nos vimos en el patio.

—Eso fue impulsivo. Lo que dije recién, es lo que vale.

Lejos de conformarse, Renzo frunció la boca y continuó con su labor. Respirando profundo, no habló de nuestro pasado sino de nuestro presente.

—¿Aun trabajas en el salón de belleza en San Francisco?

—Sí. ¿Cómo es que tú sabes eso?

—Porque tu abuela y mi padre se chismoseaban todo. ¿Acaso lo pones en duda? ¿Adda no te dijo que noviaban?

—Ella estaba mayor para noviazgos furtivos...—Sonreí genuinamente, mirándolo de soslayo.

—¿Qué es lo que sabes de mí? — poniéndose de lado, apoyando el codo en la encimera de granito, preguntó en una cercanía alarmante. No había humor en su voz. Tampoco segundas intenciones. Solo curiosidad.

Exhalando con pesadez, me predispuse a jugar por un rato. Recogiendo el trapo que acababa de usar, sequé mis manos y me puse frente a él, con la ilusión de provocar el mismo efecto que él causaba en mí, a expensas de la improbabilidad de que aquello sucediera.

—Sé que eres un pediatra reconocido, vives en Turín y tienes una familia de ensueño. Una esposa rubia, europea y bella. Éxito en todos los aspecto de tu vida.

—Vaya resumen— Enarcó una ceja y resopló con enojo.

—¿Estoy equivocada? —Soné resentida y lo sabía. No se me daba bien dominar sentimientos reprimidos.

A punto de replicar, su pequeño varoncito apareció en la cocina con bastante mal genio.

Exigiendo nuestra presencia en la mesa para comer el postre tan anunciado por su madre, refunfuñó en un italiano demasiado cerrado para mi entendimiento.

Abandonando el tenso ambiente, posó las manos en los hombros de su hijo no sin antes marcarme el camino a seguir.

—Primero las damas —Fue gentil, inculcándole algo de caballerosidad al futuro donjuán.

## 5

### **LA VIEJA CECÉ**

Con el estómago lleno, sonriendo con timidez y con la promesa de regresar al día

siguiente para controlar que Giorgio se realizara las curaciones de los raspones en sus brazos y rodilla, me despedí de la casa de los Herssig. Acompañada por Renzo, como en aquellas viejas tardes de verano, me detuve frente a la verja de entrada de la casa de mi *nonna*.

—No quiero que tu esposa te incomode por ser tan amable conmigo. Conocía el camino de regreso.

—Lo sé, pero quería hacerlo.

— ¿Para qué?

— Para sentirme vivo por unos minutos —Fue lapidario y sus ojos azules se volvieron oscuros y meditabundos de golpe.

— No es justo lo que dices: tienes dos hijos hermosos, una esposa que te quiere y un trabajo ejemplar y satisfactorio. —Supuse que no había dudas al respecto. ¿Qué más pretendía de la vida?

— Soy consciente de que no he sido una buena persona contigo y que tampoco lo soy con ellos.

— Insisto en que estás siendo muy duro contigo mismo—Con ambas manos en sus bolsillos, se balanceaba al son de la culpa.

— ¿Eres feliz? — su pregunta, genuina, descarnada y punzante, me golpeó fuerte.

Incapaz de responder de inmediato, balbuceando como una colegiala inexperta, acomodé un mechón de cabello tras mi oreja. Gané algo de tiempo al suspirar, pero no podía seguir esquivando sus ojos agudos.

—Lo soy, claro. Tengo un hijo que lo es todo para mí —Resalté con el corazón abierto.

—Claro, sí. Has tenido un hijo con ese chico que supuestamente nada significaba para ti — Respiró pesadamente sin mirarme, tomando distancia física y emocional.

¿Cómo respondía a su descaro?

*Pues con más descaro.*

—Para el caso, es lo mismo: supuestamente yo sí significaba algo para ti y al primer llamado, colgaste — poniendo sobre la mesa nuestras deudas existentes, rencores y reproches

pasados, parecíamos dos niños enfurruñados con tener la razón y desempolvar un asunto incómodo.

Su mirada se mantuvo gélida y sus labios en una rígida línea.

—Supongo que ya he perdido cualquier posibilidad de pedirte perdón por mis errores — se rascó la barbilla, hablando en un susurro.

Tragué y llevé la mano a mi corazón, inquieto y palpitante.

—Nunca es tarde. Yo también los he cometido... — Sería hipócrita no admitirlo.

La sombra de una sonrisa apareció en su boca. Ladeó la cabeza y extendió su mano en mi dirección:

—¿Empezamos de nuevo, por favor? —Fue simpático e incluso, infantil de su parte proponerlo de ese modo. No podía dejar de lado el dolor que aun residía en mi cuerpo, pero me contenté con esta tregua; ¿qué ganábamos con seguir arrojándonos los años perdidos por el rostro?

Las cosas nunca iban a regresar a como lo eran.

Yo había sufrido horrores; había creído morir al escuchar su “*discúlpame, Ivana, pero ahora no puedo atenderte*” del otro lado del teléfono. Nunca me resignaría a la idea de topármelo de mil modos en mil lugares para lanzarle todo el dolor atascado en mi garganta hasta quedar afónica.

Ahora, veintidós años después, debía agradecer por los veranos vividos a su lado, por haberme enamorado de un muchacho de carne y hueso que había hecho lo que creía correcto.

Siendo sincera conmigo misma, mirando a sus ojos inesperadamente atormentados, podía notar que dentro de su corazón no existía la maldad ni crueles intenciones; recapacité en un segundo: continuar hundiendo el puñal, era artero e innecesario.

Tal vez resignada, quizás anestesiada por tantas lágrimas derramadas, apreté su mano en son de paz. En paz con él y con mi corazón maltrecho.

—Trato hecho — respondí en el exacto momento en que un coche brillante negro aparcó a nuestras espaldas.

Parpadeé varias veces preguntándome quién era hasta que Cecilia HerSIG, mi gran amiga, la hermana del hombre que amé del derecho y del revés y una de mis grandes decepciones, bajó del suntuoso vehículo.

Quitándose las gafas de sol, abrió su boca más de lo posible.

Impecable como siempre, los años no habían sido tan crueles como conmigo: la consentida de la familia, la hija menor del matrimonio siempre había estado detrás de la belleza física y la estética, preocupado porque el tiempo no dejara huellas irreversibles en su cuerpo.

De contextura pequeña, más rubia que en su adolescencia y que en las fotografías que había colgado en *Facebook*, caminó a paso lento y aplomado hacia nosotros.

Íntegramente vestida de negro, su tono predilecto, ni siquiera un domingo por la tarde abandonaba sus tacones.

—¿Ivana? ¿Ivana Sutton? —Sin registrar a su hermano, pronunció mi nombre y apellido en teatral aparición, digna de ella. Rodé los ojos porque puede que esté más gorda, pero mi rostro no ha cambiado lo suficiente.

—Sí, Cecilia. Soy yo — Tomándose por sorpresa, me dio un fuerte abrazo al que respondí segundos más tarde.

—*Cara mía*, lamento mucho lo de tu madre y lo de tu abuela. Siento mucho no haberte llamado, pero no tenía tu contacto —Se excusó porque bien sabía dónde encontrarme.

—Descuida, aprecio el gesto tardío. — Minimicé su pena, incapaz de distinguir su grado de aflicción. Cecilia se caracterizaba por ser una gran actriz: camaleónica, histriónica, nunca supe por qué no tomó el camino del show mediático.

—Hola a mí también, ¿no?— Renzo agitó su mano, recordándole que no era una estatua.

—Hola a ti, hermanito —le dio un beso de compromiso, dispersa aun por haberme visto —. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo en Italia? ¿Has venido con tu familia? — Sin darse respiro formuló y formuló preguntas. Su tono bordeando lo irritante me molestó; no se lo hice saber, respondiendo con pausa.

—He venido a recoger las cenizas de mi abuela y poner en venta su casa. No puedo

mantenerla y realmente necesito el dinero — me desinflé, dando a entender mis penurias económicas.

—¿Estás mal de dinero? ¿Necesitas ayuda? — Cecilia fue apabullante, tanto que Renzo puso una mano en su pecho, separándola.

—Cecilia, ¿estás bien? ¿Te has controlado la presión arterial? —pregunta, preocupado. ¿Ella estuvo mal de salud?

—Estoy bien, he dejado la sal hace rato —ondeó su mano, desestimando la pregunta de su hermano —. Es que simplemente, no creí volver a verte...— dijo esto en un suspiro avergonzado.

—Pues yo tampoco pensé que algún día volvería a poner un pie aquí, pero ya me ves... — el veneno escapó de mi en forma involuntaria —. Sin embargo, está en mis planes que esto sea temporario, a lo sumo, unas pocas semanas. Espero que para fines de este verano la casa pueda estar vendida.

—¿Ya has contactado a un especialista en bienes raíces? Tengo a alguien que puede tenderte una mano al respecto —Renzo se mostró interesado en presentarme su ayuda.

—Mañana vendrá una agente, pero no estaría de más obtener una segunda opinión. —Asumí.

Rebuscando entre sus documentos personales, Renzo me entregó una tarjeta.

—Illona Valturino es una vieja conocida. Posee experiencia en el rubro inmobiliario y tiene una cartera de clientes más que interesante. Dile que yo te he dado su contacto.

—Oh, vaya, gracias...pero si es una persona que maneja propiedades con ciertas características, quizás no le interese una vivienda añosa y un poco venida a menos como la de mi abuela —Señalé con modestia.

—Esta propiedad es una verdadera joya, créeme —Él fue agradable, sonriendo como lo hacía a los veintidós, cuando me dio mi primer beso y yo era una chica enamoradiza.

—Está bien, lo tendré en cuenta— la guardé ante la atenta mirada de Cecilia, quien no despegaba sus ojos turquesa de mí persona —. Bueno, necesito descansar. Aún tengo *jet lag*—

Utilicé idéntica excusa que el día anterior. Retrocedí, alejándome de los hermanos Herssig, tomando aire de ellos y de los abrumadores recuerdos que acechaban a cada paso dado.

Abrí la verja y caminé hacia la puerta principal; me detuve, agitando la mano en su dirección, obteniendo una mano elevada por parte de Renzo y una gélida mueca de Cecilia.

Claro que sí.

## **6**

### **EL ADN**

Llenando algunas cajas con viejos adornos sin importancia, comencé a separar lo emocional de la baratija.

Cuando mi abuela Adda aún no tenía dificultades para caminar, era una compradora compulsiva de adornos y portarretratos ornamentados; su debilidad: los caballos.

Teniendo por doquier estatuillas de cerámica, cuadros pintados con distintas técnicas e incluso, algunas figuras talladas en madera, no escatimaba en invertir en ese extraño fetiche.

Conservando algunos para llevarme conmigo, los puse de lado junto a los álbumes de fotografías, imposibles de ignorar.

Imágenes en blanco y negro de su casamiento con mi abuelo Vitto, de sus vacaciones en

la playa y de sus domingos juntos en el club, el suyo había sido un matrimonio feliz que se vio truncado cuando mi abuelo falleció. Viuda a los cincuenta, a excepción de la simpática amistad con Giorgio, nunca volvió a tener un hombre a su lado.

Algunos recuerdos fugaces con mi abuelo vinieron a mi mente: su gusto por la jardinería, su *vermut* a la hora del almuerzo, su amor por los perros y por su entrañable profesión: el periodismo.

Avanzando hoja tras hoja hallé una fotografía de mi madre, sentada en un enorme sillón de pana rojo, con sus rizos rubios largos y sus ojos azules e iguales a los de mi abuela, sosteniendo a una regordeta beba.

Mi madre había sido muy estricta conmigo, esperando la perfección que no pudo conseguir para sí misma. Mamá estaba lejos de ser una persona conformista y en esa búsqueda constante de que todo salga bien, se perdió de las cosas pequeñas y accidentadas de la vida misma.

Limpiando unas tenues lágrimas, me dispuse a leer el mensaje que acababa de sonar en mi teléfono. Era de Charly, mi exesposo y padre de mi hijo.

***Charly:*** Recuerda llamarme si lo necesitas, cariño. Sé cuán triste estás con lo ocurrido. Te abrazo a la distancia.

Sus líneas fueron una caricia al alma. Respondiéndole con el emoticono de una cara arrojando un beso, le di a entender mi fragilidad y mi agradecimiento.

Charly era un ser excepcional. Compañero de preparatoria, noviecito durante mi adolescencia, se vio impulsado a casarse conmigo a pedido de mi madre y exigencia de la suya propia, insistentes en recalcar el error de tener relaciones sexuales fuera del matrimonio.

Blanco como un papel, sus rizos castaños se humedecieron por el nerviosismo, y sus mejillas se sonrojaron ante la impotencia de la situación. Contestando monosilábicamente cada pregunta de mi madre, al terminar su fusilamiento verbal, nos encerramos en nuestro cuarto.

Obviamente él sabía que no era el padre de mi bebé por nacer puesto que nunca habíamos intimado lo suficiente como para concebir una vida; dejando de lado el Espíritu Santo como causante de la fecundación, confesé la verdad: durante mi último verano en Casale de Monferrato había hecho el amor con un hombre que no era él y por quien era capaz de contar las estrellas del mismísimo firmamento.

Resignado, sintiéndose engañado y en inferioridad de condiciones ante el fantasma de un hombre que no conocía, Charly me había pedido un tiempo para pensar y procesar lo ocurrido. Él me amaba incondicionalmente, me constaba; éramos amigos desde pequeños, pero jamás habíamos pasado de alguna que otra caricia caliente y endilgarle un hijo, no era ni de lejos, una responsabilidad fácil de asumir.



Enredada en mis propias mentiras y “siendo castigada por mi conducta inapropiada”, me había dedicado a hacer los estudios pertinentes para asegurarme que todo iba bien para cuando mi madre me citó en la cocina y me amenazó que, de no casarme, entregaría a mi hijo en adopción. Por instinto, llevé mis manos a mi vientre sin registros de mis cambios físico en él y comencé a llorar tal como lo estaba haciendo en ese preciso instante, sobre las fotografías.

Acongojada, cerré el álbum y continué adelante, como siempre lo había hecho.

Al día siguiente, la visita de Carmela Rivarola me tenía un tanto inquieta.

Echando aromatizador de ambientes en cada uno de ellos, metí mi blusa dentro de mis pantalones y atendí al llamado de la puerta.

—Ce...Cecilia, ¿qué haces aquí? — Quedé de piedra ante su inesperada presencia.

— ¿Puedo pasar? —Lucía más tensa que el día anterior.

— Estoy esperando a alguien, pero si tardarás solo cinco minutos, puedo atenderte —  
Abriendo la puerta por completo, le permití el ingreso.

Cecilia miró hacia el techo, sonriendo a la hermosa lámpara con caireles de cristal que pendía del cielo raso.

—Siempre me ha gustado esa araña. He recorrido muchos anticuarios buscando una que fuera tan bella como esta.

—¿Y la has encontrado?

—No...pero he conseguido otros adornos muy lindos que le van bien a mi apartamento — Sonrió de lado con cierta nostalgia.

—Cecilia, supongo que no has venido hasta aquí para hablarme de tus incursiones en tiendas de antigüedades, ¿verdad?

—Exacto, sí. Quiero...bueno...quiero pedirte perdón. No he sido una buena amiga — dijo sin medias tintas, frotándose las manos. Caminaba de un lado al otro, paciente.

—Éramos inmaduras. Ahora lo sé.

—No creo que eso sea justificativo suficiente.

—Yo tampoco, pero es lo que es, supongo. — Asintió.

—¿Has venido con...? — Sus manos se movieron alrededor de su cartera Hermes. De inmediato supe de quién hablaba.

—No, él no ha venido. Tenía exámenes importantes, está en casa de su padre, estudiando.

—Padre...sí, claro...su padre — No me pasó desapercibida su elevación de cejas ni su frunce de labios.

—Sí, con su padre. El único que tuvo y tiene — Fui determinante. *¿Quién rayos se creía para poner en duda mis palabras o mis acciones?*

Cecilia notó mi descontento y cambió de tema. No obstante, no se anduvo con rodeos.

—¿Cuánto necesitas? — Directo al grano.

—¿Perdón?

—De cuánto es tu deuda.

—No debo nada... ¡a nadie!

—Todos deben dinero en América: a un banco, a un vecino, a un familiar. Los estudios de tu muchacho, ¿cuánto cuestan?

—¡Basta, Cecilia! No necesito tu dinero ni el de nadie. Gabriel ha crecido en un ambiente limitado en algunos aspectos, pero jamás le ha faltado nada. Además, ya no es ningún mantenido. Trabaja y estudia, paga sus propios gastos. Le va muy bien.

Cecilia no se iba a dar por vencida, lo sabía. Ella siempre había sido persistente en sus causas y defendía lo indefendible. Con torpeza revolvió dentro de su lujoso bolso y extrajo una tarjeta negra, tono mate y con tipografía plateada y ornamentada.

—No sé si sabes que soy asesora comercial en un banco de mucha reputación y con solo chasquear mis dedos, obtengo dinero. Contado. Líquido. Cuanto quieras. Cuando lo quieras. Piénsalo — su postura fue intimidante, casi mafiosa.

—Está bien, prometo meditarlo con mi almohada. Gracias — leí internamente su nombre y cargo y la coloqué en uno de los bolsillos traseros de mis jeans, dispuesta a perderla cuanto antes —. ¿Eso es todo? Tengo que continuar ordenando.

Se quedó mirándome por un momento, en un silencioso escrutinio, hasta que chasqueé frente a sus ojos.

—Oh, sí, claro. No pretendo ocupar más de tu valioso tiempo— Nunca se sabía cuándo usaba la ironía o la extrema crudeza en sus apreciaciones; la hermana de Renzo caminó hacia la puerta salida, donde se detuvo con una última consideración. Dedo en alto, dijo —: Has sido el gran amor de Renzo y puedo jurar que aún lo sigues siendo. Ayer su mirada se encendió nuevamente, te lo aseguro.

Lejos de festejar y echar hurras tras unas palabras que durante tantos años anhelé escuchar, pegué sobre mi rostro una sonrisa sarcástica.

—Ha sido un romance bonito, adolescente y pasional. Nada importante.

—Tienen un hijo en común, Ivana — Interrumpió mi consideración.

—No te equivoques, Cecilia. Renzo y yo no tenemos nada en común. ¡Gabriel es mi hijo! Mío y de Charly, el único hombre que lo quiere y ama sin importar su sangre. ¿*Capisci*? —Las aletas de mi nariz se abrieron en busca de aire.

—No comparte su ADN.

—Eso es lo de menos. Él fue quien estuvo a mi lado cuando Gabriel levantó temperatura, cuando necesitó de un abrazo o una palabra de aliento ante cada juego de futbol. Fue quien le dio consejos, quien le enseñó a ponerse un condón Eso es lo que vale. —No me importaba ser sutil, esta mujer no entendía de cosas suaves.

—¿Nunca les dirás la verdad? Ambos tienen el derecho de saber cómo fueron las cosas.

—Tu hermano renunció a la posibilidad de conocer cuál era la verdad. Gabriel no merece saber que fue rechazo por él y por tí — Altiya, aun así, las piernas me temblaban. Pasé por delante de ella y abrí la puerta de salida de un brusco tirón—. Adiós Cecilia, nos estaremos viendo...o no. No me importa — Hostilidad fue mi segundo nombre.

La rubia italiana se mantuvo en la puerta por un instante, procesando mi ataque de ira y mi reacción, viéndose sorprendida ante la adulta en que me había convertido. Ya no era la adolescente temerosa que buscó su ayuda y nunca la encontró.

Cecilia relamió su labio, evitando confrontar nuevamente.

—Adiós, Ivana.

—Adiós —Di un gran portazo tras su partida y un indignado grito salió del fondo de mis entrañas.

## **MUJER BARROCA**

De la caja de trastos viejos sin peso sentimental significativo, tomé una figura de yeso algo despintada y descargué mi tensión arrojándola contra una de las paredes. Estallándola en mil pedazos, la terapia fue una ráfaga; no pude con mi genio y recogí los pedazos uno a uno al segundo y medio.

Llorando por milésima vez desde que había llegado, levantando los restos de material con la pala, alguien tocó la puerta. Arrastrando mis lágrimas, me di aire con las manos y me dispuse

a abrir.

—*Bonggiorno, ¿Ivana?* — la mujer bajita y morena saludó en italiano —. Soy Carmela Rivarola, mucho gusto — ya en inglés, extendió su mano y sin perder tiempo, pasó a la sala con ojos inquisitivos.

Conversando amenamente de los recuerdos que envolvían a esta vivienda, té con limón mediante, la tarde avanzó. Carmela se fue dejándome una posible cifra en la cabeza tanto de venta como de sus honorarios y la no menor tarea de “deshacerme de las cosas viejas que dieran mala imagen”.

Lo cierto es que yo no tenía idea de negocios; tal era así, que la nueva esposa de Charly, Colette, era quien llevaba los números de mi salón de belleza en San Francisco.

Casados desde hacía ocho años, con una niña en común llamada, se habían consolidado como una gran pareja. Charly merecía ser feliz con una mujer que lo amara por completo y la buena relación entre nosotros se hizo extensiva a su nueva esposa.

Después de una cena temprana, me di una ducha rápida y doblando mi ropa, encontré la tarjeta que me había entregado Renzo con el nombre de la agente inmobiliaria que él mismo conocía. Mordí mi labio sopesando su opción. Después de todo, él conocía la zona mejor que yo.

Sin televisor en la planta superior que me despejara la cabeza antes de acostarme, consideré leer un poco. Como era de esperar, las obras de Shakespeare fueron las primeras que tomé entre manos. “Romeo y Julieta” fue la elegida.

Trasportándome a aquel tiempo dorado en el cual todo era irresponsable e idílico, vino a mi mente la primera vez en que Renzo y yo habíamos hecho el amor.

Yo, con 17 años y él, con 22. Para ese entonces, la diferencia de edad era solo un número entre ambos; nos conocíamos de toda la vida y el emparejamiento resultó algo natural y sin conflictos. Consensuado y anhelado.

Una jornada en la cual Cecilia había salido con sus amigas de instituto, Renzo pasó por mí. Nerviosa por intuir que esa noche sería especial, me puse un vestido ligero, blanco con grandes flores color rojo y azul. Una campera de denim ceñida a mí ya prominente busto, me

sentaba de maravilla.

Algo acomplejada por mis curvas, en Renzo encontraba el elogio perfecto que echaba por tierra mis inseguridades.

*“Eres una mujer barroca y eso me vuelve loco”*, susurraba a mi oído a espaldas de su hermana y del mundo.

A poco de graduarse con honores en “La Sapienza”, una de las universidades más populosas y antiguas de Europa, Renzo tenía gran dominio de las palabras dulces y enorme destreza en el arte de la seducción. Claro, ya no era un muchachito de preparatoria.

Imaginando que él solo tenía ojos y cuerpo para mí, suponiendo que cualquier relación por fuera del verano no era concebible, me entregué en cuerpo y alma en la camioneta rural que solía pedir prestada a su padre.

Arreglándome por demás, mi madre descubrió mi plan y con el dedo en alto, desde su alcoba, me advirtió:

—Ese muchacho es un rompecorazones profesional, nunca confíes en él. Deberías pensar en Charly. Ese chico sí que te quiere. — Más inteligente y perspicaz de lo necesario, dijo. Yo tomé las palabras como las de alguien que solo quería verme con un cinturón de castidad.

Era de público conocimiento que Renzo estaba asentado en Roma y que trabajaba en una pequeña oficina haciendo labores administrativas con el que solventaba sus asignaturas.

Volvía algunos días a Turín cuando el estudio se lo permitía y regresaba al poco tiempo a la gran ciudad. Pero ese último verano, fue distinto: tres semanas bastaron para desplegar todas las aristas de nuestro romance, conocernos de un modo único e íntimo.

Mirando el anochecer a orillas del río Po, sentados en la caja trasera de la F-100 ranchera de Giorgio, bebimos unas cervezas.

Remilgada, con las mejillas encendidas, no podía parar de sonreír.

Renzo era lindo, agradable, seductor. El muchacho que toda chica quería enamorar y que toda suegra soñaría por tener. Excepto por mi madre, claro, que apostaba sus fichas al inocente Charly.

Ella no sabía que con solo diez años yo ya había sentido el flechazo del amor atravesar mi corazón: con Renzo en plena pubertad, con su físico moldeado por jugar en un club de la segunda división de fútbol italiano, yo comenzaba a sentir las primeras hormonas revueltas.

Hasta el momento, resultaba invisible para él; viéndose claramente mayor que nosotras, yo solo era la amiga de su pequeña hermana, la niña católica americana que pasaba sus vacaciones de verano en la casa de su abuela.

Mi corazón, sin embargo, aseguraba que Renzo iba a ser su dueño.

Y así como el tiempo fue pasando, los veranos en Monferrato también y no fue sino en el cumpleaños número quince de su hermana Cecilia que reparó en mi crecimiento.

Participándome del festejo de la niña menor de los Herssig, vestida de largo hasta los pies y un maquillaje liviano que resaltaba mis ojos y mi boca carnosa, recibí los primeros elogios por parte de Renzo. Bailando suavemente en la pista, con timidez y una pizca de torpeza, él puso la palma de su mano sobre la curva de mi espalda baja, llevándome tranquilidad.

Sintiendo hermosas mariposas en mi barriga, imaginaba a Renzo como el primer hombre de mi vida, aquel que me haría mujer.

—Te ves radiante. Sin dudas, la chica más bonita de la fiesta — murmuró a mi oído, contribuyendo al sonrojo de mis mejillas. Yo elevé la mirada, encontrando a un muchacho maduro de veinte años y una ligera sombra de barba rubia que lo hacía lucir mayor aún.

—Que tu hermana no te escuche, podría matarte de la furia — Bromeé, escapando del cumplido, sin imaginarme siendo la destinataria de palabras tan bellas.

Casi por instinto apoyé la mejilla en su camisa y me entregué a ese sutil movimiento de nuestros cuerpos sobre la pista repleta de invitados. Incapaces de despegarnos en toda la noche, bailando cuanta pieza musical sonaba en el salón, comenzamos a establecer un vínculo paralelo.

Renzo solía llamar los lunes a mi casa en San Francisco. Yo, escondida bajo las sábanas, me entregaba a sus palabras simpáticas y a sus experiencias como estudiante de medicina. Escuchándolo con atención, con absoluta devoción, contando los días que faltaba para llegar al próximo verano, viví pendiente de una ilusión, de un sueño adolescente y febril.

— “Es casi ley, que los amores eternos son los más breves” —Leí en la cama, vestida como una abuelita y sin mejor plan que rememorar épocas de juventud que ya no regresarían; por el contrario, Renzo contaba con una familia bien constituida y aunque sus ojos vislumbraban que no pasaba un buen momento con su esposa, yo apostaba porque él seguiría adelante por sus hijos.

Cerrando la novela, dejándola sobre la mesa de noche, me dispuse a dormir, aunque el rostro de Renzo no desapareciera de mi mente.

Necesitaba una buena cuota de acción con alguien del sexo opuesto y cuanto antes.

Saliendo de vez en cuando con Danni y Wanda, socias del salón de belleza y estilistas como yo, a menudo olvidaba que tenía una vida sexual aburrida y monótona por la cual bostezar.

Consiguiendo números telefónicos de toda clase de hombres, hablar de fiasco, era lo apropiado, como aquellos solteros post cuarenta y cinco, mañosos o niños de mamá, o bien los que decían que estaba libres de compromiso y después, aparecían con la sortija de bodas en su dedo anular.

Tal fue el caso de Stephen Norton, un apuesto abogado de Seattle que me había invitado amistosamente a navegar durante todo un fin de semana en su velero.

Desempeñándose en el ámbito diplomático, dueño de un dorado perpetuo y sumamente gentil, parecía el candidato ideal.

Tras haber pasado dos días de ensueño, jornadas sexualmente intensas y enloquecedoras, dejó de llamarme sin ningún tipo de justificativo. Una semana más tarde y ante la falta de contacto de su parte e insistencia de la mía, entendí que teníamos opiniones distintas con respecto a lo que estaba sucediendo.

De buenos modos le pedí que nos juntáramos a beber un café sin dobles intenciones. Finalmente, aceptó.

Al tomar asiento frente a mí, un pequeño, pero no menos importante detalle, fue más que elocuente: su sortija matrimonial relucía en su mano.

—No pensé que volvería con Brenda. Pero es la madre de mis hijos y el gran amor de mi vida —Reconociendo que estuvo conmigo mientras estaba distanciado, selló nuestro vínculo al

olvido.

La cita terminó con un beso amistoso en la mejilla y un suspiro resignado de mi parte.

Esa noche, las chicas vinieron a casa con helado y algunas películas; me consolaron y me prohibieron cerrarles las puertas a los hombres.

Giré en la cama y protesté, esperando porque el sueño pronto me atrape y me hiciera olvidar mis sentimientos por mi primer amor.

## 8

### LAS FOTOS

A punto de salir a rumbo a Turín para establecer contacto con Illona Valturino, fui llamada por Giorgio. Entrando a su casa, más decaída que lo que mi memoria me permitió recordar, conservaba cierto encanto.

Los retratos familiares, los mismos adornos de antaño y el aroma a hogar, hacían de esa vivienda algo encantador.

Persiguiendo los pasos arrastrados de Giorgio, fui hacia su cuarto. Jamás había entrado en ese espacio. Como era de esperar los muebles antiguos, la enorme araña de cristal y los pisos de madera desgastados por el uso, no se alejaba de lo que tenía en mente.

—Toma asiento, querida, no te demoraré mucho — Obedecí, apoyándome en el extremo de la cama. Él se paró frente a un armario de madera lustrada y abrió sus puertas. Los estantes estaban colmados de ropa, cajas y lo que supuse, eran álbumes familiares.

Giró sobre sus talones y me entregó una gran caja un tanto desvencijada, con la tapa sujeta mediante unas bandas de goma.

—Ábrela —Quitó los amarres, dejé la tapa junto a mi trasero e inmediatamente las fotos se desbordaron—. Muchas de estas ya las conoces y no pretendo aburrirte, pero ordenando un poco, encontré unas cuantas que me quitaron una sonrisa.

Giorgio tomó una pila bien acomodada y me la entregó.

Reconociéndome en una, siendo una adolescente de no más de trece años, me señalé. Posando junto a Cecilia, las dos estábamos vestidas para el desastre: modelando como adultas, fingiendo ser chicas con estilo, lucíamos unos jeans holgados, rotos en las rodillas y unas camisas con grandes cuellos con volantes.

Largué una carcajada al viajar en el tiempo.

A la segunda fotografía le siguió una tercera imagen y una cuarta. La quinta y la sexta fueron tomadas el día del cumpleaños número quince de su hija y nos tenían a Renzo y a mí como protagonistas exclusivos.

En la mitad de la pista de baile, muy pero muy cerca uno del otro, merecíamos ser parte de un anuncio de película hollywoodense: entrelazando nuestros perfiles, sin llegar a darnos un beso, quien fuera que haya capturado ese momento se llevaba mis felicitaciones. La luz fuerte filtrándose entre nuestras siluetas, la mano de él en mi espalda, mi sonrisa medida, mis rizos largos cayendo por sobre su mano...

Inspiré y solté de a poquito el aire en mis pulmones.

—Siempre tuve la sospecha de que entre ustedes había algo...*especial* — se permitió decir Giorgio ante mi nostalgia. Sin dejarme responder, continuó —: Lo confirmé al observar detenidamente esta fotografía. ¿Sabes? Me hubiera gustado mucho que fueras mi nuera —Su dedo rozó mi nariz, en un gesto paternal conmovedor.

—Éramos chicos, fue un amor de verano— Reduje a cenizas el burbujeo de mi estómago. ¿Para qué decirle que a veces me encontraba pegando las piezas del corazón que rompió tantos años atrás?

—¿Solo de verano? ¿Estás segura? Creo que la chispa está allí, intacta.— Guiñó su ojo, buscando una complicidad que, como era previsible, me sonrojó.

—Su hijo tiene una familia hermosa, no es necesario echar un manto de dudas sobre eso. Giorgio se echó a reír a carcajadas, desorientándome por completo.

—¡Estos matrimonios modernos! — miró al techo, elevando las manos —. Pasaron más tiempo separados que juntos. Cama adentro, cama afuera. Mirella yéndose de vacaciones con sus amigas al Caribe, mientras que Renzo cuidaba a los niños. Largos congresos en el extranjero por parte de él y ella, con los niños en casa de su madre. Eso, en mi época, no sucedía.

—Las parejas evolucionan. La mujer ya no tiene el mismo rol de antes, Giorgio. Debería saberlo — me señalo, orgullosa de mi independencia. Él chasquea la lengua y menea la cabeza.

—No se trata solo de eso, querida. Yo sé que él no es feliz. Lo siento en el pecho, aquí dentro. Y eso me duele mucho. —Su puño se afianzó en su corazón en tanto que su tono se evaporaba entre ambos.

Enfundé mis dientes, callando las preguntas que se multiplicaban en mi cabeza con el paso de los segundos.

—Giorgio, siento mucho no poder quedarme por más tiempo. Estoy con mucha prisa—Guardé las fotografías en la pila en la cual pertenecían porque, de ser por él, nos la pasaríamos toda la tarde mirando fotografías.

—Oh, sí, claro. Solo quería mostrarte lo felices que se veían cuando eran jóvenes.

—Jóvenes idealistas que creían que se llevaban el mundo por delante. —resoplé en dirección a la puerta.

—Todavía están a tiempo de hacerlo.

—¿Cómo dice?

—Que aún tienen mucho por vivir; no es justo que resignen su felicidad por un tonto reloj. Sino mira a tu abuela y yo —abrió sus brazos y se señaló—. Bu-bueno, no sé si sabes que los últimos años nos hemos estado haciendo mutua compañía — el hombre bajó la vista, tímido como nunca lo vi en mi vida. Yo le tomé las manos y se las acaricié con ternura.

—Sé que han sido grandes amigos y un poco más, también — le sonreí y él comprendió que estaba al tanto de su romance.

—Tu abuela era una mujer excepcional y muy coqueta. Nunca quiso que ustedes supieran explícitamente que nos agradaba estar juntos de otro modo. Decía que estábamos viejos para darnos besos en la boca o compartir el mismo techo por las noches. A mí ni siquiera me importaba el chismerío del vecindario, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque nunca es tarde para despertar al lado de una persona que te hace sentir bien. Y lo que diga el resto, no existe.

Con un nudo en la garganta, recorrí visualmente los rasgos de este hombre tan fuerte por fuera y tan sabio por dentro; imaginé entonces, qué distinta sería la vida si pudiera gritar a los cuatro vientos cuánto amaba a Renzo y que Gabriel había sido producto de ese amor inconmensurable que habíamos sabido tenernos.

### ***Veintidós años atrás:***

Para cuando salí del baño con la prueba de embarazo positiva, a pocas semanas de mi regreso de Monferrato, mi palidez fue similar a la de un papel. Sudando frío, con las manos temblando, no sabía qué demonios hacer con semejante bomba.

Estaba embarazada faltando un mes para cumplir los dieciocho años, sin una idea clara acerca de mi futuro y mucho menos, con la madurez necesaria para enfrentar la maternidad.

Corriendo hacia mi cuarto, me coloqué como un ovillo sobre la cama...y comencé a llorar.

Mil cosas pasaron por mi mente; conocía un centro clandestino para interrumpir mi embarazo antes de llegar a la semana doce gracias a los comentarios de algunas compañeras de

instituto quienes ya habían recurrido a esa clase de prácticas.

Sin dinero, pensé en inventar excusas a mis padres para conseguirlo, pero yo, una experta en sonrojarme con facilidad y trastabillar con las mentiras, sabía que no lo lograría.

Solo existía una posibilidad, una persona con la que podía compartir la carga: Renzo.

Él debía saber que la inconsciencia de creernos más inteligentes que el destino tendría consecuencias y era esta: un bebé gestándose en mi vientre.

Aprovechando que mi madre estaba en su habitual clase de tejido, fui caminando con el objetivo de encontrar una cabina telefónica desde la cual llamarlo. Ella, obsesiva de los gastos, jamás permitiría que gastara una fortuna por hablar al exterior.

Juntando moneda tras moneda las puse en el aparato público y comencé a marcar el número de la residencia estudiantil donde Renzo pasaba sus días, anotado celosamente en un diario que me acompañaba siempre y a todas partes.

En él, había relatado mi primero, mi segundo y cada uno de los encuentros sexuales con Renzo. Había detallado la destreza con la que sus manos me recorrieron, sus palabras tiernas en mis oídos y el dolor de la penetración inicial; ese ardor punzante pero que se convirtió en necesario para disfrutar de ese amor juvenil y puro, lejano e incierto que quemaba mis entrañas.

Inquieta, con la pierna rebotando dentro de la cabina, escuchaba el sonar y sonar de la línea. Rogué por alguien que me atendiera antes de la contestadora o porque sus compañeros de cuarto fueran lo suficientemente rápidos como para pasarle mi llamado.

—*Chi parla?*<sup>[1]</sup>

—*Ci-Ciao* — respondí en un nervioso italiano. Sin embargo, lo siguiente salió en un inglés lento y conciso —. Mi nombre es Ivana y necesito hablar con Renzo. Renzo Heressig — El barullo a su alrededor era ensordecedor hasta para mí.

—¿Renzo? Él no se encuentra aquí. —al menos, el chico se esforzó por hablar en mi idioma —. Está en Génova. En casa de su novia.

La respuesta fue directa, sin admitir confusión.

Quedando de piedra, no pude hablar por un instante. La tan temida e infravalorada posibilidad de que Renzo tuviera una pareja real se estaba figurando ante mis ojos. O para ser más precisa, ante mis oídos.

Volviendo en mí, secando bruscamente las primeras lágrimas de feroz conmoción, continúe preguntando:

—¿Cuándo estará de vuelta? Necesito hablarle con urgencia — quería aprovechar hasta el último segundo de comunicación.

—No lo sé.

—¿Podrías notificarle que lo he llamado? Por favor. —mi voz fue quebradiza.

—Sí, claro.— No dudó, pero no sabía quién era ni qué esperar de ese desconocido.

Entregada a un futuro sin el padre de mi hijo a la vista, caminé varias calles con unas náuseas de muerte. Mirándome en los cristales de las tiendas de ropa, imaginé mi vientre abultado bajo la enorme sudadera que llevaba puesta en ese instante.

Fue entonces cuando pensé en recurrir a Cecilia.

Ella era mi amiga, entendería todo y, de hecho, me ayudaría a resolver mi dilema...¿o no?

## 9

### SIEMPRE SERÁ VERANO

Conduciendo hacia Turín, busqué la dirección de la entendida en bienes raíces recomendada por Renzo. Al llegar, debí mirar dos veces para corroborar que estuviese en el sitio correcto: la fachada del lugar, íntegramente de vidrio, recorría toda la esquina; unos enormes maceteros con pinos pequeños y arreglos florales de revista eran una bofetada a mi insulso balcón en San Francisco, con apenas unos helechos casi muertos.

Con algunas fotografías de los apartamentos a comercializar, viviendas en dos plantas de estilo palladiano y enormes oficinas en renta, la casa de Adda poco tenía que ver con el estilo de

esta agencia.

A punto de hacer retroceder el coche en dirección a la avenida y huir despavorida rumbo a la agencia de Carmela dispuesta a renegociar el precio de venta, alguien golpeó el cristal de mi lado y mi corazón se paralizó.

Renzo se quitó los lentes ahumados, los colgó del bolsillo de su polo azul y dibujó una de esas sonrisas tan demoledoras que dolían.

—Me alegra que hayas tenido en cuenta mi sugerencia —Sin mirarlo directamente, sumamente nerviosa, miré hacia abajo, recreando con discreción si estaba bien vestida.

—Sí, he venido a ver a Illona.

—¿Bajarás del carro o quieres que le diga que se reúnan aquí dentro? — fue bromista, otra cosa habitual en él.

Inspiré profundo maldiciendo lo mucho que me afectaba su cercanía. Apuesto por demás, con el paso de los años mejorando sus rasgos, me perdí en su amabilidad y buenos modales.

Esbocé una tibia sonrisa, tomé mi bolso del lado del acompañante y descendí del vehículo. El momento del saludo fue no menos extraño: esquivando su mejilla, sin coordinar el lado del beso, chocamos comisura con comisura y la electricidad se puso de manifiesto. Su dedo levantó mi barbilla, posicionando nuestros ojos en la misma sintonía.

—No voy a comerte, Iv. Al menos no de momento —Lanzó sin más. Preparándome para responderle con una retahíla de cuestionamientos morales, sus carcajadas fueron desmedidas en la mitad de la calle —. ¡Deberías haberte visto el rostro! ¡Pensé que recordabas que soy un tonto!

Parpadeé desconcertada y molesta porque no había hecho una verdadera insinuación, sino una broma.

—Oh...sí...cómo...olvidarlo...—Afectada, demasiado sometida a un pasado que no tenía modo de regresar, estábamos en fase de tregua. ¿Qué más daba reírse un poco y no caer en la absurda paranoia?

Sin perder de vista mis verdaderos planes e ignorando que Renzo continuaba con una

sonrisa idiota en su cara, caminé hacia la puerta de la oficina de bienes raíces.

Renzo no me perdía pisada, como así tampoco, el perfume que llevaba consigo.

—No he contratado guardaespaldas, gracias. —le disparé por sobre mi hombro, sin esperar su respuesta posterior.

—Lo sé, pero me agrada la sensación de protegerte — su tono esta vez, nada tuvo de broma. Tragué, nuevamente en duda. ¿Por qué me castigaba con esta clase de mensajes? ¿Qué buscaba con frases provocadoras que pretendían sonar como chistes?

Presioné la campanilla sobre el mostrador de la recepción y de inmediato, una esbelta y rubia muchacha apareció con su sonrisa de anuncio dental.

—Buenos días, necesito hablar con...— Saludé en la lengua local, para cuando fui interrumpida.

—Hola, Giulia, ¿podrías anunciarnos ante Illona? Ella es Ivana, una muy buena amiga —Era obvio que ese par se conocía.

—Sí, por supuesto doctor Herssig— la chica continuó el intercambio en italiano y no se hizo pis encima porque mi presencia se lo impidió —. Tomen asiento, por favor.

Caminado en dirección a sendos sofás de cuero blanco y estructura de acero reluciente, presioné mi mandíbula, con el reproche pendiendo de mi lengua.

—Renzo, puedo valerme por mí misma. No era necesaria tu introducción. Además, no somos amigos — Enarqué una ceja, comportándome como niña caprichosa.

—No conoces a Illona ni ella a tí. Es muy desconfiada y siempre teme que la quieran estafar. No por nada se ha matrimoniado tres veces y todas ellas terminaron en divorcio — Acotó tapando parcialmente su boca.

—Yo no pretendo casarme con ella. No entiendo por qué tendría que desconfiar de mí — Critiqué en un chillido que se diluyó en cuanto la mujer de pasados los sesenta años, elegante de un modo clásico, de cabello plateado por debajo de las orejas y con un seductor lunar bajo su nariz, apareció junto a la secretaria.

—*¡Renzo, carissimo!* —La señora y mi autodesignado guardaespaldas se estrecharon en

un abrazo fraternal. Aunque pareció más efusivo de parte de ella que de él, no lo supe con exactitud. Yo me puse de pie, testigo involuntario de la escena —. ¡Tanto tiempo! ¿Has decidido vender tu casa? ¿Separación de bienes? ¿Quieres comprar un nuevo apartamento? — A una pregunta le sucedió otra, sin siquiera registrar mi presencia.

—No, Illona, nada de eso. No por ahora— Ambos entrelazaron una carcajada que denotaba una complicidad que continuaba manteniéndome al margen. Mucho más, teniendo en cuenta que hablaban puramente en italiano. Renzo se aclaró la garganta, introduciéndome en la conversación —. Hoy vengo a presentarte a una amiga muy importante para mí y que necesita de tu ayuda. Le he dicho que eres la mejor de toda Italia, así que no puedes fallarme.

—Oh, disculpa mi falta de cordialidad, querida. —Rápidamente se adaptó al inglés —: Soy Illona Valturino y con modestia, la más reconocida y exitosa agente de bienes raíces de la zona y dueña de este pequeño imperio — en ese momento, sonreí ante su exageración.

—Mi nombre es Ivana Sutton, Renzo me ha hablado muy bien de usted y...

—¡No me trates de usted, linda! Soy muy joven todavía —Invitándonos a pasar a su despacho, seguimos su contorneado andar.

Ingresando a una oficina mucho más lujosa que la sala delantera, esto despertó mi envidia suprema. Luminosa, tecnológica, pulcra y con buen gusto, ese ambiente era del tamaño de la sala de estar de mi apartamento.

Dejando de lado la observación puntillosa del espacio, me ubiqué en una silla del mismo estilo que el sofá de la entrada, la cual Renzo se ocupó de conceder con galantería.

Illona nos ofreció un café.

—Agua, por favor —Pedimos ambos en simultáneo y en un santiamén, su asistente nos acercó una bella jarra de cristal con dos copas.

—Bueno, tú me dirás, qué te trae por aquí —Illona chocó sus palmas, llevando su atención a mí.

—Necesito tasar una propiedad. Quiero venderla y busco a una persona con experiencia en el mercado que pueda hacerlo rápido y a un buen costo, obviamente — Trabándome un poco

con el idioma, eso derivó en algunas preguntas personales.

—¿No eres de aquí, cierto?

—No, soy americana, pero mi familia materna era de Monferrato di Casale. He heredado una vivienda de la que no puedo hacerme cargo.

Ella se esforzaba por comprender mi relato, lo que me percató de que mi pronunciación era una barrera que debíamos solucionar de inmediato.

—No domino el italiano con demasiada precisión — me avergoncé.

—Por eso estoy aquí: seré el traductor oficial — Renzo se dio crédito, causando un inesperado sonrojo de la mujer mayor que teníamos en frente. Consciente de su encanto a pesar de la edad y que bien podría ser nuestra madre, fue demasiado obvia en su afán de coquetear con Renzo al batir sus pestañas renegridas y tocarse el arete de perla con frecuencia.

—Y dime, querida, ¿dónde se ubica la vivienda?

—En Monferrato.

—¿La han tasado previamente? ¿Te han dado algún valor aproximado? — Abrió su agenda, diligente.

—Ayer recibí la visita de una agente, quien me dejó un número aproximado. Pensé que lo correcto sería conseguir una segunda opinión. —Hablé más lento y funcionó.

—Me parece muy bien, hiciste lo correcto en estos casos — La vi escribir con sus gafas de aumento sobre el puente de su nariz.

—¿Alguna característica que pretendas destacar de la propiedad?

—Mmm, ¿qué era de mi abuela cuenta? —Elevé los hombros, desorientada.

Ella inspiró profundo, plegó sus lentes y se cruzó de brazos, con la postura de una maestra a la que no le entregaste la tarea en tiempo y forma.

—Ivana, desconozco las condiciones edilicias en las que se encuentra tu propiedad, pero estoy segura de que por la ubicación y por haber pertenecido a una anciana solitaria, no debe ser una casa lujosa o fácilmente vendible. En este punto es donde debes hacer la diferencia: a los compradores no solo les agrada ver una vivienda en buenas condiciones, sin manchas de

humedad o problemas de cimientos, sino escuchar una historia creíble, atrapante y romántica. Esta agencia no solo comercializa inmuebles cosmopolitas, torres de varios pisos o estancias con viñedos. ¿Sabes cuál es nuestro *slogan*? —detuvo su discurso para dar espacio a mi leve negativa—. Es “respirar nuevas oportunidades”. Una casa vieja debe dar la posibilidad a los nuevos ocupantes de tener en sus manos el lienzo de una nueva historia por escribir. ¿Entiendes ahora a lo que me refiero?

Quedando boquiabierta, no pude más que asentir. Esa mujer acababa de explicar a la perfección lo que yo deseaba transmitir de esa casa: su historia, el detalle que la hacía especial y única.

—Ahora, dime Ivana: ¿qué característica hace de esa casa un hogar? ¿Un sitio en el cual la gente quiera quedarse a vivir? —Insistió tras su acertada intervención.

Bajé la mirada y los recuerdos se superpusieron en mi cabeza uno tras otro. La añoranza anudaba mis cuerdas vocales, el rubor ocupaba mis mejillas.

—Estaba sentada en el columpio del parque trasero cuando me dieron mi primer beso... — presa de la nostalgia comencé a relatar. Renzo tradujo con su voz gruesa y sentida cuando no fui capaz de expresarme en italiano—. Recuerdo las plantas en flor. El limonero de mi abuelo, su gran cuenta pendiente, comenzó a dar frutos después de que él falleció. Supongo que al final, le dio el gusto — sonreí, con la mirada vaga en mis manos nerviosas —. El olor a galletas recién horneadas en la cocina, el aroma a sol y frescura en las sábanas de mi cuarto. La estela de luz entrando por las ventanas hacía que los colores fueran más vibrantes, más nítidos. Jamás podré olvidar lo feliz que he sido allí durante los veranos — Renzo me acercó un pañuelo desechable y su conocida exhaló satisfecha.

—Ese será el lema perfecto para el anuncio de venta: “en esta casa, siempre será verano” — con sus manos en alto emuló una marquesina de espectáculo teatral. Largué una risita agradecida —. Mi agenda está un poco repleta ahora mismo, pero ya encontraré el momento de ir a verla. ¿Quieres darme un contacto en el cual encontrarte? —Ella anotó con su bella pluma los números de mi teléfono —. ¡Listo! ¡Esta misma noche me pondré en contacto contigo para

confirmar la visita! Tan solo debes decirme cuál es el plazo máximo con el que contamos para ponerla en venta y hacer la operación.

—Necesitaría al menos dos días para ponerla en condiciones. De otro modo, no hay frase que colabore — me mordí el labio, ligeramente avergonzada por la cruda admisión—. Solo cuento con tres semanas antes de regresar a San Francisco. No puedo quedarme por más tiempo y regresar, no es una opción.

Tragué manteniendo una postura firme, convencida.

Renzo contrajo la mandíbula sin emitir juicio, jugueteando con sus gafas tintadas.

—Haremos lo posible por venderla en menos de lo que canta un gallo —Fue simpática, transmitiendo efectividad.

Finalizando con el encuentro, tras los saludos y agradecimientos de rigor, nos dirigimos hacia la salida. Sorpresa me invadió cuando Renzo y ella se fundieron en un abrazo que rozaba lo escandaloso... *¿o era yo quien lo veía con una alevosidad inexistente?*

Sea como fuese, meneé la cabeza y miré hacia el cielo, pidiendo que estas tres semanas pasaran volando.

## 10

### COSQUILLA DE CELOS

—¿Te apetece un café? A dos calles de aquí hay un sitio muy bonito. No es un *Starbucks*, pero es nuevo.

—Oh, no, de ningún modo, no es justo quitarte más tiempo. —Lo cierto es que deseaba estar a solas, sin su perfume acosando mis fosas nasales ni su presencia provocándome calores que nada tenían que ver con la menopausia.

—Mi ronda comienza en tres horas. Si me dices que no, me obligas a empezar la jornada antes de tiempo.

—No juegues la carta de la lástima contigo —respondí entre sonrisas. Él juntó sus manos en una súplica e hizo puchero.

Mi piel se encendió como la de una adolescente cachonda.

“Ya has tenido tu buena cuota de ello, un hijo te lo recuerda a diario”, me dije. Dejando las sonrisitas de lado, acomodé unos mechones rebeldes detrás de mi oreja.

—Gracias por venir hasta aquí y serme de gran ayuda. Ha sido un bello gesto de tu parte tenderme una mano.

Esta vez, Renzo se mantuvo en silencio. Sus ojos naturalmente azules como el cielo

diáfano de verano, se tornó casi negro. Tormentoso. No supe dilucidar qué pasaba dentro de su cabeza; de un momento a otro, devoró la distancia entre nosotros y me sujetó de los laterales de mi cráneo con ambas manos.

Con su mirada, recorrió mis ojos, mi cabello alborotado, mis labios entreabiertos. Mi corazón saltaba dentro de mi caja torácica, haciendo malabares para subsistir sin salir de mi pecho.

—Renzo —su nombre salió en un respiro ahogado.

—Siempre recordaré nuestro primer beso. —Confesó y por instinto, llevé mi cabeza a su duro pecho. Mi oreja absorbió sus latidos erráticos, el aroma del suavizante en su ropa. Me tomé de sus bíceps redondos a causa del riguroso ejercicio al que su cuerpo debía someterse. ¿Quién lograría tener un físico semejante si no lo cultiva a diario y con intensidad?

Necesitaba aferrarme a alguna parte si no quería caer con mis rodillas dobladas al piso.

—¿Eso es cierto o solo estás siendo amable? Pensé que solo las chicas conservábamos esos detalles en la cabeza.

—Quizás, pero para mí también ha sido importante lo que sucedió esa tarde. Esa y las otras también. —su voz reverberó dentro de su amplio esternón, llenando mi oído de cariño.

—Pensé que tu memoria era frágil...— Despegué mi cabeza de su cuerpo, cayendo en el lugar de los reproches, aquellos que nunca dejaban de inmiscuirse entre mis palabras.

—Ivana, dame un respiro. Déjame disfrutarte durante el tiempo que estés aquí—Pidió en un ruego. Sus manos cayeron de mi nuca hacia mis dedos. Entrelazamos nuestras manos y caminamos hacia la esquina.

¿Disfrutarme? ¿En qué sentido?

Abandoné el sobre análisis y lo tomé como era: una simple muestra de afecto.

—Tienes razón. ¿Bandera blanca?

—Paz y armonía.

A pocos pasos de la cafetería, Renzo se detuvo y cambió los planes sobre la marcha. Señaló el cartel que sobresalía de la tienda y mi sonrisa plena me delató.

—¿Recuerdas a Tonnio's? —En efecto, esta no lucía como la vieja heladería a la que veníamos cuando éramos adolescentes.

—Por supuesto que sí —Miré a mi alrededor, desconociendo las nuevas instalaciones.

—Cerró al poco tiempo que te marchaste a San Francisco. Aquí funcionaron muchos negocios y ninguno prosperó, hasta que tuvo suerte y tres años atrás, volvió a su antigua esencia.

—Tonnio's vendía el mejor helado de Turín... ¿cómo olvidarlo?

Tomando asiento en unas estrechas sillas sobre la vereda, fue gracioso ver a Renzo no caber en ella y su dificultad para sostener el helado mientras se acomodaba.

—Lamento desilusionarte, pero no sé si mi culo soportará por mucho estos fierros clavándosele. Este asiento es muy incómodo —Se removió por enésima vez sobre el delgado cojín, arrancándome una carcajada a desgano —. ¿Riéndote a mis expensas? Eso no es agradable —Me señala con su cuchara de plástica, fingiendo un disgusto que no siente.

—¿Quieres caminar un rato más? ¿O no puedes hablar, dar pasos y comer al mismo tiempo? —Lo desafié limpiando unas lágrimas de risa.

—En el fondo sigues siendo la misma chiquita impertinente que me lleva al límite— Abruptamente hincó su cuchara en mi postre, lo que me llevó a una protesta aniñada.

—Deberás saber que no puedes meterte con mi chocolate con almendras. Eso sí que será imperdonable.

Hablando sobre sus largas horas de trabajo, expresó estar muy contento con su nuevo puesto como titular del servicio de emergencias del Hospital Pediátrico Koelliker, conocido como "Ospedalino". Mencionando diversos casos, algunos más complejos que otros, destacaba la fortaleza de los niños y su constante optimismo para superar la adversidad.

—Cuéntame de tu hijo.

—Es todo un hombre...— suspiré emocionada —. Estudia medicina y ha conseguido una beca de estudios gracias a su destreza como deportista, cosa que no ha heredado de mí, claro está —La mueca de nostalgia se desliza por mi rostro. Esquivo sus ojos para que no descubra la

verdad que oculto.

—Debo confesarte que me dolió mucho saber que estabas embarazada. Me sentí...traicionado...

—Oh, ¿sí? ¿Y eso por qué? —las aletas de mi nariz se abrieron y cerraron. Estábamos caminando sobre campo minado en este punto.

—En algún momento pensé que el niño era mío, pero cuando mi padre me confirmó que estabas por contraer matrimonio con ese jovencito con el que noviabas en San Francisco, supe que no tenía chance contigo. Bueno...yo también tenía algunos asuntos por allí...pero...

—¿Asuntos o chicas? —Las cosas por su nombre.

—Chicas— sus mejillas se tiñeron de color carmesí, confirmando mis sospechas: yo nunca había sido la única ni la especial, sino una aventura más que ocupaba sus veranos. La bilis subió por mi garganta.

—Pues ya lo ves, no fuimos muy sinceros uno con el otro después de todo— Resumí.

—Éramos adolescentes, o casi...— de hecho, él no lo era con 22 años—. Yo te quise mucho, realmente lo hice.

—Y yo a ti.

—¿Nunca te has preguntado qué hubiera pasado si...? — Dejando la pregunta inconclusa al igual que mi probable respuesta, se excusó para atender su teléfono. Alejándose por unos pasos, se mantuvo al margen.

Turín era una ciudad transitada, con construcciones modernas que interactuaban a la perfección con las edificaciones antiguas. Observando hacia un punto fijo, pensé en mi vida.

*¿Podría montar un salón de belleza aquí mismo? ¿Tan descabellado era pedirles a mis socias que me dieran el dinero proporcional a mi inversión y solicitar un crédito para empezar mi negocio en este país, tan lejos de todos mis afectos?*

Desde que mi hijo recibió una beca de estudios en Standford, supe que la soledad se instalaría en mi casa. A menudo cenábamos en mi apartamento, aunque él compartía un pequeño piso con dos compañeros de estudios, contento con su independencia.

—¿Ivana? —El susurro de Renzo rompió mi burbuja de ensoñación. Pestañeé, volviendo a su lado.

—Estaba...pensando en... ¿sucedió algo?

—Debo regresar a casa, mi niño se ha golpeado la rodilla jugando fútbol y Mirella me ha llamado desde la escuela. Están viendo si es necesario trasladarlo al hospital. —Sumamente nervioso, arrastraba su cabello hacia atrás.

—¡Oh!

—Disculpa, pero debo irme de inmediato — apresurando su marcha, saludando a la distancia, se volteó repentinamente antes de entrar a su coche —. Me gustaría volver a verte.

—Ya sabes dónde encontrarme —Agité mi mano, con una respuesta ligera.

—Desde luego: estarás “donde siempre será verano” — Sonrió y el *slogan* de venta de la casa de mi abuela nunca se sintió más perfecto.

## **LO INESPERADO**

Agotada, caí desplomada en el sofá. Limpieza de tela de arañas por doquier, quitar polvillo de colección y apilar cajas con viejos recuerdos, fueron el saldo positivo de este día de furia doméstica.

Destapé un vino y me serví una copa casi hasta el tope. Arrastré la transpiración bajo mi flequillo y me di aire con las manos. A un trago le siguió otro y otro más y aunque sabía internamente que saciar mi sed con alcohol no era muy inteligente, dejé la botella por la mitad.

Hecha un estropajo, subí las escaleras y preparé el baño con una sonrisa infantil en mi rostro. Era obvio que el vino me estaba afectando más de la cuenta.

Reluciente, como de un antiguo hotel, pensé qué probabilidades había de transformar esta casa en uno.

*¿Cuántas viejas propiedades abrían sus puertas como sitios de hospedaje luego de una reconversión?*

Meneé la cabeza, nadie vendría a Monferrato a pasar sus días.

Sin desprenderme de la botella de vino fui hacia mi habitación, cogí una toalla y comencé con la preparación de la tina. El agua caliente en su medida justa, la espuma de coco cubriendo la superficie y unas pequeñas velas desperdigadas por el piso, merecían mi aplauso.

Bebí una copa más prometiendo que sería la última, me quité la ropa sudada y me sumergí en ese placer supremo; necesitaba aflojar mis músculos y aliviar las tensiones de haber estado limpiando todo el jodido día.

Pasé la esponja por mi cuello, por mis brazos y por mis piernas. Recorrí mi cuerpo y pensé en Renzo, en sus manos masajeando mi piel desnuda, en sus versos de Shakespeare y en las margaritas robadas.

Llevé las manos al centro de mi pecho; de inmediato, sentí la opresión del secreto, la angustia de tantos años de silencio después del último verano que me tuvo aquí mismo.

Lagrimé, llamándome injusta.

Lloré fuerte, convenciéndome de que había hecho lo correcto por mí y por mi hijo.

Mirando la botella a mitad de camino entre la puerta y la tina, supe que la acabaría en un rato más. Tarareando “Cielito lindo” con el sonido saliendo de mi nariz, no fue, sino que un extraño ruido en la planta de abajo me sacó de contexto; con sigilo envolví mi cuerpo en la toalla y con el cuidado correspondiente, bajé las escaleras lo más de prisa que pude.

Apostada tras la puerta, esperé por algún extraño sonido.

La noche solo me devolvió un pesado silencio lo que hizo cuestionarme si acaso estaba fantaseando. Sin certezas, me puse en puntillas de pie y apenas alcanzando la mirilla, encontré la

nada misma del otro lado.

Decepcionada, quizás con la idea de que Renzo tocara, subí con desánimo a mi habitación.

Peiné mi cabello, puse crema en mi cuerpo y me aproximé a la ventana desde la que observaba el patio trasero de los HerSIG. Como una fotografía, se mantenía igual al del último verano que pasé aquí, pensando en vivir mi romance con Renzo sin tapujos.

Perdida en viejos sueños, parpadeé con desconcierto cuando vi que la luz de la habitación de mi amante juvenil se prendía y apagaba, como cuando me avisaba que su hermana no estaba en su casa y ya podíamos encontrarnos en la puerta de adelante de mi vivienda o de la suya.

Refregué mis ojos; el ida y vuelta de la luz no fue tal para entonces.

Pensé en el vino, en lo desacostumbrada que estaba a beber.



Agité mi cabeza y envuelta en un enrarecido aire, logré alcanzar el sueño en pocos minutos.

La sirena de la ambulancia me alarmó. Incorporándome de golpe de la cama, lavé mi rostro y correteé hacia la planta inferior; apostada en la casa de lado, las luces del vehículo no dejaban de girar.

Sin pensar en mi aspecto salí en dirección a la casa de los HerSIG desde la cual salían Cecilia y Giorgio, este último tendido sobre una camilla y con ayuda respiratoria.

Descalza, vestida con un pantalón de ejercicio y una sudadera desalineada, pregunté a mi amiga por él: ella, aun en estas situaciones, era la envidia de cualquier mujer. Con su cabello rubio sujeto en una alta coleta, sus labios brillosos y con ropa de entrenamiento, Cecilia se

mostraba casual y también sexy e inalcanzable.

Siendo adolescentes, frecuentando la noche de Turín, ella era quien siempre se llevaba todas las miradas y elogios masculinos. Por momentos celosa, yo soñaba con una pizca de su carisma y físico.

Delgada, de cuerpo armonioso, ella era perfecta a pesar del poco busto que tenía para entonces (apostaba que se lo había aumentado en este último tiempo); celosa de su hermano y de su padre, muchas veces les reprochaba la atención que ellos me prodigaban.

Para Renzo, el perfecto y ejemplar hermano mayor, ella era la consentida y caprichosa. Riñendo a menudo, yo presenciaba los grandes debates nocturnos durante la cena, en los que discutían por casi todo.

Desde deportes, hasta cuestiones de moda, todo era motivo de enojo para Cecilia.

Temperamental, avasallante, la chica de poco más de metro y medio era pólvora pura. Cerré los ojos con el momento más vulnerable de mi vida figurándose en mi mente.

—*Necesito hablar contigo...*— Poniendo monedas en otra cabina telefónica, la llamé tras el trunco contacto con su hermano.

—*¡Ivana, pero qué sorpresa! ¿Estás en Italia?* —Agradecí que automáticamente hablara en inglés. Mi cabeza estaba lo suficientemente alterada como para hablar en otro idioma.

—*No, no. Sigo en San Francisco.*

—*¿Suced algo? ¿Por qué no platicar por mensajería instantánea?* — mencionó ese primitivo sistema de chateo virtual que usábamos algunas tardes.

—*Porque mi madre puede revisar las conversaciones y esto es muy privado.*

—*¿Estás en la calle?* —sin dudas el ruido a mi alrededor se filtraba por las finas paredes del cubículo.

—*Sí y el tiempo consume mi dinero* —informé, dispuesta a hablar sin interrupciones innecesarias —*...hay algo que debo decirte...importante...*— esnifé, arrastré mis mocos con el puño de mi abrigo y me eché a llorar con congoja. Me aferré con ambas manos al tubo telefónico, preparando mi confesión —: *Estoy embarazada.*

Tras un largo instante en el cual el silencio perforó la línea, Cecilia acusó reacción.

—¿Embarazada? P...pero... ¿de quién? ¿De tu amigo Charly? ¿Finalmente tuvieron sexo? — A una pregunta le sucedió otra y otra.

—No, Cecé — mi tono se diluía por mi congoja — *estoy embarazada de tu hermano.*

—¿Estás de broma? ¡¿De Renzo?! — Una sonrisa un tanto maquiavélica salió de su boca junto a un creciente chillido.

—Sí...de él...—¿Por qué lo dudaba? Jamás mentiría al respecto.

—*Eso es imposible, mi hermano está estudiando en Roma y tiene novia, ¿estás loca o qué a acusarlo de algo semejante?* — Su tono subió unas octavas y su acusación no me cayó en gracia.

—*Fue durante el verano en Monferrato, Cecé, antes de mi regreso a San Francisco, obviamente. No es difícil imaginar cómo sucedieron las cosas...*

—*Pues para mí, vaya que sí* — sonó estricta, reprendiéndome —. *Él no es tu clase de chico. No. Quiero decir...él no saldría con una chica como tú* — se la escuchaba nerviosa y punzante; no era para menos, su hermano no era perfecto después de todo.

—*¡Cecé! Renzo y yo fuimos amantes a tus espaldas. ¿Entiendes eso?* — Gruñí, molesta por su falta de consideración, por echar incógnitas en un panorama bastante claro a mi criterio.

—*No...¡no es posible! De ninguna manera Renzo pudo haberte dejado embarazada* — insistió en su defensa. En ese preciso instante, comprendí que había cometido un grave error al llamarla. El arrepentimiento endureció mis manos en torno al teléfono —. *No puedes tenerlo, ¿me escuchas? Sería un gran problema para todos*— Lapidó, de un segundo al otro, dueña de una insensibilidad inaudita. Sí, ella era un tanto frívola y caprichosa, como la llamaba su hermano, pero ¿negar a un bebé? ¿Sangre de su sangre?

—¿Qué me estás pidiendo? —Esperé porque reconociera cuán equivocada estaba.

—*Mi hermano está de novio con una gran chica, tiene una carrera brillante por delante y aún es muy joven para complicarse con un niño. No puedes arruinarle la vida de ese modo, no seas injusta.*

Recordar lo que continuó después, fue accesorio; sus negativas constantes, mis explicaciones sin sentido, su ataque de nervios...la conversación se cortó por mi falta de dinero y paciencia, aunque hubo tiempo para más unas semanas después: un correo electrónico egoísta e hiriente, en el cual hablaba de traición hacia su persona, sentenció el final de nuestra larga amistad.

Como respuesta a sus agravios, mis líneas no fueron muchas, pero sí suficientes para hacer un pacto de silencio y olvido conmigo misma.

—Cecilia, ¡Cecilia!— pisando con cuidado sobre el césped, me acerqué —. ¿Qué le pasó? — Las puertas de la ambulancia continuaban abiertas.

—Sufrió una descompensación. Por fortuna estaba Renzo para llamar al servicio de emergencias. Yo...yo no supe qué hacer.

—¿Renzo?

Volteé la cabeza hacia la casa y para entonces, lo encontré forcejeando con las llaves en la cerradura mientras que sostenía su móvil en el hueco de su hombro.

—¿Vas a tardarte mucho más? — le gritó su hermana en tono desesperado, subiendo al móvil médico.

Él colgó y lanzando una maldición en italiano, contundente y fácil de traducir, caminó de prisa por el sendero que llevaba hacia la verja de salida, donde mis fachas y yo estábamos de pie.

—Ivana...— Pestañeó, preso de la sorpresa, del susto por la situación y el reencuentro poco cordial. Como pude, llevé mi cabello hacia atrás, incontrolable por el viento.

—He visto la ambulancia y vine de inmediato.

—¡Renzo!!!! — su hermana insistió asomando la cabeza desde la ambulancia.

—Los alcanzaré en un minuto, ¡vayan ya mismo! — Ordenó sin la aceptación total de su hermana.

Intranquilo, buscó las llaves de su coche dentro de su bolsillo. El vehículo estaba guardado en el garaje.

—Por fortuna estaba justo aquí.

—Sí, desde ayer por la noche que duermo en casa de mi padre — Tragó fuerte y apenas mirándome por sobre su hombro, incómodo con la confesión.

Sin pedir mayores detalles, lo apuré en su marcha, recordándole que su hermana esperaba por él.

—¿Cuánto crees que puedes tardar en vestirte?

—Estoy vestida...— le sonreí ridículamente.

—Podrías...quisieras... ¿acompañarme? — el miedo en sus ojos fue elocuente. Quise negarme, decirle que no era yo quien debía estar junto a él, pero un sí, apenas audible, salió de mi boca. Renzo me necesitaba y aunque el rencor estaba a la orden del día y bien podía negarme, no fue momento de sangrar por la herida. Ya no.

—No me tardo.

## 12 VERDADES ATEMPORALES

Subiendo los escalones de dos en dos, imprimí velocidad a mi carrera y con lo primero que hallé en el camino, me vestí. Por fortuna, serían unos jeans y una blusa oscura.

Bajé un tanto agitada, tomé mis zapatos bajo el mueble recibidor y cerré la puerta tras de mí, aun descalza.

Para entonces, Renzo estaba subiendo a su coche y sin perder tiempo, lo secundé. Con el reloj corriendo a todo motor, arrancó sin darme tiempo a colocarme el cinto de seguridad, haciendo que la inercia me llevara hacia atrás y hacia adelante con rapidez. Distraída, colocándome mi calzado, mi cabeza chocó contra el salpicadero.

—¡Auch! —Exclamé frotándome el sector de mi cabeza que se había golpeado.

—¡Dios mío, Ivana! ¿Te lastimé? — *Mucho, pero no del tipo físico.*

—No te preocupes, no es grave—Quitó dramatismo al hecho, aunque probablemente me saldría un chichón.

Tomándose un momento en esta vorágine de sucesos, Renzo posó sus ojos en los míos,

azules, intensos como la propia noche. Resistiéndome, esquivé su mirada y aseguré mi torso tras el clic de la hebilla del cinto. Él volteó su torso hacia adelante, aferró sus manos al cuero del volante y respiró profundo, sin emitir sonido.

Sorteando el tráfico con destreza y velocidad, conseguimos estar a poca distancia de la ambulancia, la cual se abría paso con algo de dificultad. Su vehículo era una máquina voladora y pese a lo sexy que se veía un hombre fuerte como él en un automóvil moderno y potente como este, a menudo me encontré con mis manos tensas en el asiento.

Mordiéndome el labio y guardando para mí palabras de cautela, comprendía que este era un caso de extrema urgencia que requería de pericia física y frialdad mental, cosas de las que yo carecía a pesar de conducir desde los dieciséis años, precisamente, cuando él me enseñó mis primeras maniobras.

Al bajar, todo fue apabullante; exhibiendo su credencial de doctor, Renzo logró filtrarse por entre el equipo médico de la ambulancia para cooperar con el traslado de su padre a la zona de guardia, en donde ya esperaban por Giorgio.

Sin soltarle la mano a su padre, Cecilia pudo atravesar el hall principal del hospital. Firme, su hermano le pidió que rezara y se ocupara de los trámites administrativos mientras que él obtenía detalles del estado del patriarca de la familia Herssig.

Yo, vagando en la sala, no pude más que sentarme y esperar por novedades. Novedades que deseaba, fueran buenas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Cecilia, con cierta hostilidad.

—Tu hermano me pidió que viniera.

Sin desprenderse del sarcasmo que la caracterizaba, dio un ligero resoplido con la nariz.

—No me sorprende que lo hiciera.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada...por nada ...—Suspiró dejándome con la espina en el pecho, digna conducta de la niña petulante que alguna vez fue.

Después de una ansiosa caminata, tomó asiento a mi lado, rogando porque una pronta y

satisfactoria noticia.

—*Signora Herssig* — otro doctor, bien parecido y en tono amable, llamó a Cecilia. Como si tuviera un resorte en el trasero saltó a su encuentro. En tanto yo me mantuve por detrás, sin interferir, sentí a mis espaldas el caliente cuerpo de Renzo.

No hizo falta que girara para saber que era él; abatido, procesando la situación, susurró a mi oído un lamentable diagnóstico.

—Me temo que será muy difícil lo que viene —su voz salió rasposa.

Me tomó por el codo suavemente, volteándome hacia un rincón. Consciente de la cercanía de Cecilia con el otro médico, completó —: Dudo que pueda salvarse.

Mi mandíbula cayó y mis labios temblaron.

—Oh, Renzo, no digas eso. Él no bajará los brazos sin luchar muy duro primero —Sostuve su mano floja y la llevé a mi boca, dándole un beso. Conectados por un eterno instante, debí soltarla de inmediato cuando su esposa ingresó como un huracán, estrellando sus tacones en el resbaladizo piso del hospital.

La tensión que dominó los rasgos de aquella mujer no fue nada disimulado; no obstante, omitió hacer una escena de celos, limitándose a saludar con una leve inclinación de cabeza y escuchar las últimas palabras del doctor acerca de su suegro.

Cuando este se retiró, Cecilia pidió a su hermano una traducción “para mortales menos inteligentes”. Renzo, meciéndose sobre sus talones, no pudo más que afirmar lo que todos sospechábamos: Giorgio estaba delicado, en sus horas más críticas.

Ella se echó a llorar e instintivamente mis brazos se extendieron para cobijarla. Cecé era una mujer de hierro, siempre altiva y con un carácter de los mil demonios, muy distinta a la mujer angustiada que se desarmaba contra mi pecho.

De regreso a las sillas de la sala se espera, acaricié su espalda y pretendí darle algo de consuelo.

—Tu papá es un roble.

—Nunca lo he visto así, casi entregado a su suerte. Estaba pálido...débil...yo...yo debería haberme mudado a su casa hace tiempo, para estar cerca de él. Estar atenta a sus necesidades — los reproches no tardaron en aflorar. Se mostró abatida, culposa.

—Las cosas se dieron así, Cecé. Él tampoco hubiera querido que estés pendiente de él.

—No quiero que se vaya de este mundo sin que sepa que...— sus labios se sellaron abruptamente. El celeste de su mirada lanzó un deseo al aire que yo no estaba dispuesta a cumplir.

—Cecilia, no es momento ni lugar para tener esta conversación.

—Sí, lo es...por favor. Debes decírselo...— Pidió, entre súplicas y gimoteos.

—Decirle, ¿qué? — Renzo y su esposa se pararon frente a nosotras.

—Habla Ivana, hazlo, te lo suplico—Entre dientes, Cecé insistió.

Acorralada, con el corazón repiqueteando a mil millas por segundo, bajé la mirada comprendiendo el pedido, pero también, consciente de las esquirlas que el estallido de la bomba podía causar.

## 13 EL CAFÉ DEL PERDÓN

Asistiendo a diferentes cursos de estilismo y belleza personal, mi maternidad no fue tradicional. Con mi madre repitiendo que necesitaba de una rápida salida laboral que me diera dinero extra para mantener a mi hijo, estar cuerda, no había sido tarea fácil.

Sin tiempo para un estudio universitario, con el corazón roto y viviendo en un pequeño apartamento en Oakland junto a Charly, logré hacerme de una titulación que hoy, me hace sentir orgullosa.

Asistiendo a muchos cursos y ampliando horizontes, también había aprendido sobre maquillaje, masajes faciales y toda clase de condimentos necesarios para que, mucho tiempo después, fuera capaz de convertir ahorros y conocimientos, en un salón propio.

Conociendo a Wanda por casualidad, la química fue inmediata; confiando en nuestro éxito, nos hicimos socias. Ella era una experta en manicura pero contaba solo con un puñado de billetes en su bolsillo generado por su divorcio.

Junto a su prima Danni, entendida en la materia y con el seguro de su esposo en sus manos a causa de una trágica muerte, hicimos de nuestro vínculo, algo rentable y sanador.

Lamentablemente, entre tanto mi éxito laboral aumentaba con el tiempo y Gabriel crecía a pasos agigantados, mi vida hogareña era un completo desastre. Discutiendo a menudo con Charly, no encontrábamos la solución a nuestra falta de chispa: dócil, amable, servicial, nunca parecía enfadarse ante mi mal genio. Criando a un niño como suyo, amándolo incondicionalmente, poco podía exigirle yo y, sin embargo, lo hacía.

Confundidos, inmersos en un matrimonio por conveniencia y poco atractivo para ambos, tardamos ocho años en comprender que no debíamos forzar las cosas y que lo mejor era tomar distancia.

Charly jamás me había presionado a desempolvar la verdad; él simplemente me recordaba que Gabriel tenía el derecho de saber quién era su verdadero padre, aunque todos supiéramos que él había llenado muy bien los zapatos.

Sin embargo, los fantasmas del pasado tenían la mala costumbre de no quedarse allí, enterrados; el abuelo de sangre de Gabriel, el único que le quedaba vivo, el hombre que siempre me había querido sin importar qué, estaba muriendo.

¿Era egoísta pretender que el secreto fuera a la tumba conmigo? ¿Era egoísta no darle a Giorgio la posibilidad de conocer a su nieto mayor?

Frente a una persistente Cecilia, no cedí a su intimidante presión, a la exigencia de una persona a la que jamás le importó su sobrino.

—Ivana, mi hermano también merece saberlo.

—Chicas, esto no es un juego. ¿Qué es lo que tengo que saber?

Mi cabeza buscó un rápido pretexto, no me rompería en la sala de un hospital y mucho menos, frente a la estirada de su esposa.

—No estoy segura de vender la casa —Titubeé pese a que la mentira fluyó fácilmente de mi boca. Renzo pareció desconcertado. En cambio, su hermana se mantuvo tensa como una cuerda de guitarra —. Quizás lo transforme en una posada para visitantes o me instale en la ciudad de manera permanente.

Cecilia retrajo el ceño, con la lucha interna del querer hablar y el no deber hacerlo.

—Oh...vaya...eso no me lo esperaba. Planes de mudanza... ¡waw! Qué... apropiado...— Renzo se rascó la nuca en un gesto que delataba su nerviosismo. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba desarmado.

—Son planes. No he decidido nada. Ni siquiera Illona ha venido a tasar la propiedad —le recordé.

—Cariño, necesito que hablemos. Ahora. — La esposa de Renzo reapareció en escena tras atender un breve llamado que la tuvo ausente por un instante. Lo tomó por el antebrazo, apartándolo de nosotras y dejándome a solas con la inquisidora Cecilia.

—Es hora de irme — me puse de pie. Debería haber supuesto que ella no me dejaría volar tan rápido.

—Debes hablar. Por mi padre. —Cecé apeló al sentimentalismo. Pero ella bien sabía que no solo cuestión de ventilar la verdad, sino de aniquilar el secreto oculto que tantos reproches y juicios traería consigo.

—No es momento.

—¿Y cuándo piensas que lo será, cuándo mi padre ya esté muerto?

Molesta, la tomé de la muñeca y la arrastré tres pasos hacia el sector de aseos. Con la

mandíbula contraída, controlé mi furia interna.

—No me hostigues, Cecilia. Deja ya de extorsionarme, ¿acaso crees que es tan fácil decirle a tu padre que tiene un nieto de veintiún años? ¿Cómo crees que tomaría Renzo la aparición de un hijo al que jamás conoció? No tienes derecho a manejar las cosas, a manejar mis tiempos; cuando fue momento de hablar, tú me silenciaste. Me obligaste a callar. Ahora, respeta mi silencio. No te entrometas más, ¿de acuerdo? — Volví a recordarle que yo ya no era la niña que su madre tenía encerrada y nunca discutía nada.

—No estaría de más que recapacites — Bajó su mirada celeste, escondiendo disculpas que su orgullo nunca le permitiría pronunciar.

—Acompaña a tu hermano. Habla con él. Saben dónde encontrarme si desean ayuda, pero este tema está terminado para mí.

Con el corazón inquieta por haberme enfrentado con quien alguna vez fue mi mejor amiga, me aparté. A la distancia vi al matrimonio Herssig, discutiendo acaloradamente junto a la recepción. Renzo se distrajo un segundo y al verme, extendió su mano. Su esposa hablaba y hablaba, sin reparar en mi tibia despedida.

Saliendo por la zona de estacionamiento en busca de un taxi, el llamado de Cecilia a mis espaldas detuvo mi marcha. Antes de voltear, respiré profundo y miré al cielo, oscuro y estrellado.

—Cecé, si tienes más veneno por destilar, no estoy dispuesta a recibirlo.

—No, no es eso Ivana...— se mostró acongojada, casi avergonzada—. Quería pedirte disculpas— tarde, pero llegaron. Disfruté maliciosamente que le costara tanto expresarlas, no era propio de ella —. Sé que han sido años difíciles para tí y esta situación me desborda...— entre sollozos, explicaba —. Aunque no lo creas, por mucho tiempo me he reprochado mi indiferencia hacia ti, no he sido una buena amiga. No estuve a la altura de las circunstancias cuando más me necesitaste.

—Yo solo quería que me escucharas, no que me juzgaras. Estaba lejos y con un gran asunto que resolver. Pero ¿sabes? pude salir adelante. Sin tu ayuda, sin la de Renzo. Mi amigo

Charly fue un gran compañero. Aún lo es.

Sus dedos nerviosos se entrelazaban entre sí.

—Te invito un café, por favor. Acéptalo.

Sus manos volaron hacia el interior de su bolso LV, del cual extrajo un pequeño pastillero. Tomó una píldora y la tragó en seco. Sin preguntarle el contenido, aflojé mis hombros y acepté. Beber algo caliente a esta hora de la madrugada no sonaba tan terrible.

Dentro del hospital nos dirigimos a la cafetería del último piso, abierta las 24 horas.

Mientras que ella pidió un café fuerte, doble, yo quise un té con limón. Tras un tenso silencio, Cecilia rompió el hielo arrastrándonos hacia una conversación pendiente, con más de veinte años de atraso.

—Cuando llamaste aquel día, no podía creerlo. ¿Tú? De todas las mujeres del mundo, ¿tú? ¿Embarazada de mi hermano?

—Shhh, guarda silencio. Es probable que alguna de estas personas conozca a tu hermano— la reprendí para que bajara el volumen de su voz. Miró hacia ambos lados, no muchos médicos merodeaban, pero no me fiaba de nada dadas las circunstancias.

—Él te quería como una hermana. Te vio crecer a mi lado, maldita sea. ¿Cómo...? ¿Cómo? ¿Cuándo sucedieron las cosas? ¿Cómo no me dijiste nada? ¿Cómo no me di cuenta?

—Agitando sus manos, miraba al techo.

Sonreí de lado, agradecí al camarero la llegada de nuestras infusiones y abrí dos sobres de azúcar en mi té. Giré la cuchara dándome tiempo para responder.

—Supongo que sucedió y ya. Yo siempre estuve enamorada de Renzo— mis mejillas se sonrojaron, juvenilmente —, pero él era mayor, inaccesible. Cuando se mudó a Roma, mi corazón se detuvo. Apenas puse un pie en San Francisco pasé semanas llorando, echándolo de menos con anticipación.

—Aun así estaba ese tal Charly —lo menciona con desdén. Ignoro su ironía.

—Charly estuvo a mi lado, sin saber la verdadera causa de mi tristeza. Él solo pensaba

que odiaba estar de regreso en mi apartamento. Las cosas con mi madre no eran fáciles; en verano, todo cambiaba para mí. Y así fue como, al volver al año siguiente, que toda esa pena se transformó en un amor aún más grande —bebí un trago de te caliente y la miré con ternura—. Desconozco el momento preciso en que tu hermano sitúa estas cosas, pero lo único que puedo decirte es que no se trató de un beso de arrebató o una noche de pasión aislada. No. Lo que pasó, duró todo un verano. Promesas, frases especiales, canciones bajo la luna.

—¿Mi hermano te cantaba? —Tan sorprendida como sus sobrinos Tommaso y Giovanna, preguntó.

—Sí. Solía tomar las llaves de la camioneta de tu padre e iba por mí cuando todos dormían.

—¿Y yo jamás lo noté? — Sus reproches ya sonaban graciosos.

—Hemos sido cuidadosos.

—¡Y dos completos mentirosos! —Protesta.

—Yo era muy inocente para entonces aunque no tanto como para no imaginar que Renzo no tuviera alguna noviecita en Roma. Sin embargo, pensé que *realmente, como realmente*, era la chica más importante en su vida. — mis ojos se llenaron del encantamiento propio de aquel momento, de la tonta ilusión de fidelidad—. Lamentablemente, me equivoqué. Todo mi castillo de ensueño se derribó al escucharte confirmándome aquello que no quería admitir.

—En efecto, Renzo estaba saliendo con una muchacha a la que yo conocía solo por fotografías y anécdotas. No lo hacía tan a menudo, pero él enviaba algunos correos que los tenían juntos. Ella se llamaba Greta y su familia vivía en Génova — dio detalles poco importantes pero que coincidían con el del amigo de cuarto de Renzo—. No pensé que llevarías adelante el embarazo, lo juro— Clavó su mirada en la mía, pidiendo explicaciones sin pedir las.

—Fue una idea recurrente, un plan que se derrumbó en cuanto caí en la cuenta de que ese bebé era el producto del amor que yo tenía por tu hermano. Puede que él no me haya querido, ni me haya llamado de vuelta. Puede que haya sido ingenua al pensar que Renzo me imaginaba a su lado como yo al suyo, pero ese niño era amado.

—No pude ayudarte, no tuve el valor... — Cecé se quebró, hablándome desde el corazón. Le creí, porque a pesar de los años transcurridos, conocía la sinceridad en su ser.

Arrastré mis manos sobre el mantel y capturé las suyas, cogiéndola desprevenida.

—Aún guardo rencor, lo admito. Pero también, con el paso de los años, entendí que lo que hiciste fue instintivo. Quisiste proteger a tu hermano, eras chica y él era tu ídolo. Yo era una amenaza, un problema con mayúsculas.

Cecilia limpia las lágrimas que mojaron sus labios y se aparta de mi agarre para secar el rastro de humedad que estas dejaron en todo su rostro.

—¿Cómo es él? — se permitió preguntar, esperando porque no le quitara la oportunidad de saberlo.

—Un hombre extraordinario. Bello por dentro y por fuera.

—¿Se parece a...? —No hizo falta que pronunciara su nombre.

—Sí. Sobre todo, en su tesón para obtener lo que quiere.

—Es HerSIG de pura cepa.

—Definitivamente —ambas sonreímos al unísono y el ambiente se vuelve amable—.

Está estudiando medicina en Stanford.

—Lo lleva en la sangre.

—Es muy aplicado y bueno en los deportes.

—Renzo era muy bueno jugando al fútbol, ¿recuerdas cuando lo acompañamos a probarse a la Juventus?

—La lesión en su tobillo no permitió que sea una estrella — Él nunca dejaría de mencionarlo.

—Sin embargo, lo verdaderamente suyo es ayudar a los niños. Es un excelente médico. Sus colegas lo idolatran y sus pequeños pacientes lo adoran.

—*Pfff...* Imagino a las madres llevando a sus hijos ante cualquier inconveniente con tal de verlo — Jugueteeé con la servilleta de papel hasta desmenuzarla.

—Desde luego que sí. —La ágil conversación se trunca de golpe. Ya no hay nada por

decir acerca de la profesión de Renzo, por lo que me enfoco en ella.

—¿Y qué hay de ti, Cecé? ¿No estás en pareja? — Pregunté. Era bueno tomar aire de mí misma.

—Nah— chasqueó su lengua—, siempre he sido un poco obsesiva con mi trabajo. Las personas temen toparse con una mujer resuelta, profesional y que, sobre todo, no necesite de nadie para pagar las cuentas a fin de mes.

—A veces es necesario que alguien te abrace por las noches, que te escuche en la cena...que te haga masajes en los pies — Subrayé, a modo de reseña personal.

—Boberías. Me he acostumbrado a arroparme yo misma, a hablar con mi espejo e ir a la pedicura dos veces a la semana para arreglar mis pies — fue cómica, aunque sus ojos transmitieran soledad. Mira hacia el vidrio contra el que estamos sentadas, meditabunda. De inmediato, sé que no va a soltar fácilmente al pasado. ¡Demonios! Ni yo misma puedo —. Discúlpame, Ivana, no me he portado bien contigo. Era una niña tonta que celaba a su hermano y estaba ofuscada por sentirme usada. Por mucho tiempo creí que quien se me acercaba, era con la intención de acceder a él. Era el popular, el muchachito lindo del instituto y el vecindario, el inteligente de la clase.

—Cecé, nos conocemos de pequeñas incluso, desde antes que supiera que tu hermano era el amor de mi vida...—Por instinto cubrí mi boca. Ya era tarde. Había derramado suficiente verdad.

—¿Aún sientes cosas por Renzo? ¿Qué fue lo que te sucedió al verlo nuevamente?

Inspirando profundo, desde luego que no quería debatir mi estado de ánimo frente a ella. Muchos años haciendo terapia, muchas conversaciones que lo tuvieron de protagonista, terminaban en una única conclusión: yo debía hablar con mi hijo, sincerarme con él y prepararme para la decisión que Gabriel quisiera tomar.

—Vamos, ¡háblame! Solíamos contarnos todo —Insistió.

—Dejamos de ser amigas hace muchos años, Cecilia —Reconocí con nostalgia.

—Sí...es cierto...pero yo sigo siendo tan curiosa como antes—su lado gracioso afloró y

sonreí a mi pesar.

—Han pasado veintidós años de la última vez que pisé este país y muchas cosas sucedieron hasta el día de hoy. Soy consciente que tanto él como Gabriel tienen derecho a saber la verdad. —ella cuadra sus hombros, pero no dice nada—. De momento, todo está bien de este modo: tu hermano tiene una vida y mi hijo, la suya. Ha crecido con un padre genial que siempre lo ha apoyado en sus decisiones y que lo amó como a un hijo propio.

—¿Renzo no quiso escucharte en aquel entonces?

—Nunca respondió a mis llamados, mucho menos intentó hacerlo por su cuenta, por simple interés. Me cansé de suplicar por su atención. Yo ya no significaba nada y debía admitirlo, tenía un niño por el que velar.

Sorbió café, pensativa.

—Renzo tiene dos niños hermosos y una esposa que lo ama. No es justo destruir todo lo que armó hasta ahora. Somos todos felices así. ¿Para qué forzar lazos inútiles?

—¿Realmente crees que todo lo que ves es cierto? ¿Qué somos realmente felices conviviendo con esa mentira?

—Mi hijo lo es. Decirle a esta altura de partido que su padre biológico nunca supo de él porque no quiso, es lastimarlo y generarle una herida terrible. Me odiará. Odiará a Charly por habérselo ocultado y no creo que quiera conocer a Renzo por propia voluntad.

—¿Tienes miedo a que él te abandone? ¿Miedo a que te culpe por tus decisiones?

—Cecé, mi hijo nunca dudó que Charly fuera su padre y lo ama como tal. Y Renzo está muy bien así, ignorando que lo es.

—Lo primero, no lo dudo. Lo segundo, te aseguro que no — Firme, rozando el autoritarismo, Cecé buscaba convencerme de lo contrario.

—Sea como fuese, Renzo tiene una vida que no nos incluye. Yo me iré de aquí apenas ordene los papeles de la casa y anuncie su venta. No pretendo volver más que para estampar una firma y ya — Miré la hora, estaba amaneciendo Debía tomar un taxi y regresar a Monferrato.

—Entonces, ¿no piensas establecerte aquí como le dijiste?

—Fue una rápida excusa para quitarme tu presión de encima, Cecilia. — Revolviendo dentro de mi bolso, busqué dinero para pagar la cuenta y marcharme cuanto antes. Cecilia, sin embargo, me retuvo un poco más al pedirme una fotografía de Gabriel.

Dudando, simplemente abrí el compartimento interior de mi cartera y le mostré dos imágenes. Una, en la que era un bebe regordete, de mejillas sonrosadas y grandes ojos azules. La segunda, lo mostraba en su cumpleaños número dieciocho.

Cecé quedó estupefacta ante las similitudes con su hermano; podía ver su puja interna, su inmediato arrepentimiento por los años perdidos a causa de tontos celos y malas decisiones.

—Tommaso se parece mucho a él —Observó delineando los rasgos de Gabriel, comparándolo con su medio hermano. Sonaba extraño incluso llamarlo así —. Después de todo, tienen el mismo padre — me miró fijamente. Me mantuve imperturbable —. Es un muchacho muy apuesto.

—Y lo más importante: es buena persona —respondí y algo brusca, le retiré las fotografías de sus manos para devolverlas adonde estaban guardadas—. Necesito descansar y poner la casa en orden para la visita de Illona.

Echando la silla hacia atrás me puse de pie y coloqué mi bolso sobre mi hombro. Dejé unos billetes bajo el plato de té y saludé a Cecilia sin emoción alguna.

—Mantenme al corriente de la salud de tu padre. Por favor.

—Por supuesto, Ivana. Gracias.

—Ha sido solo un té.

—No, gracias por tus años de amistad y por estar junto a nosotros en este momento tan triste — afirmó acongojada y me fui.

## 14 ROMEO Y JULIETA

Hacer unos huevos revueltos con tocino trajeron a San Francisco a mi mesa.

Hablando con Wendy por más de dos horas, me tranquilizó saber que el salón de belleza funcionaba de maravillas sin mí. La opción de vender mi parte hizo contacto en mi cabeza. Mordí mi labio, pensativa más de lo normal.

Con el bullicio de la televisión de fondo, lavé los platos y caí desplomada sobre el sofá en el que mi abuela solía tejer todos los inviernos. Casi por tradición me regalaba un sweater año tras año y al ponérmelo, un poquito de Monferrato venía a mí.

Abrazándome a la lana durante el invierno, sentía que acariciaba aquellas mantas gruesas que Renzo colocaba en su camioneta y sobre la que mirábamos el cielo frente al río.

Mi pasado, ligado al verano italiano, era imborrable e inalterable.

*¿Cómo hubiera cambiado mi vida de no haberme marchado nunca de Alessandria?*

Era obvio: Renzo hubiera continuado con sus estudios en Roma como así también, conquistando chicas y rompiendo sus corazones hasta que alguna se encargara de vengarse en nombre del género femenino.

Tomando Romeo y Julieta por milésima vez, lo abrí.

Las hojas ajadas, las esquinas rotas, las letras grisáceas sobre el fondo amarillento...todo corría peligro de extinguirse con el paso del tiempo, pero acaso ¿qué mayor huella que un hijo en común para rememorar todo lo vivido?

Cuidadosamente dejé de lado las flores marchitas casi hechas para leer nuevamente esa antiquísima tragedia de amor y ponerme en la piel de Julieta Capuleto.

*“Ven, noche gentil, noche tierna y sombría dame a mi Romeo y, cuando yo muera, córtalo en mil estrellas menudas: lucirá tan hermoso el firmamento que el mundo, enamorado de la noche, dejará de adorar al sol hiriente”.*

Impostando la voz como si fuera la protagonista de la escena, mi sobresalto fue mayúsculo al escuchar a alguien golpeando la puerta delantera con gran virulencia. El libro cayó a mis pies.

Escéptica, bajé las escaleras y en puntas de pie, corroboré que era Renzo a través de la mirilla.

Quitando la llave, abrí. Estaba pálido e imaginé lo peor.



Inesperadamente, se echó a llorar en mis brazos y no pude más que corresponderle el gesto con sorpresa.

Bebió un café dulce, tal como le gustaba desde adolescente. Se lo notaba abatido, angustiado, y no era para menos; el diagnóstico de su padre era desalentador aun para profesionales duros como él, quienes debían enfrentarse a la crueldad de la vida conviviendo con la muerte. Giorgio estaba en la batalla y eso quise hacerle saber.

—Tu padre es fuerte.

—Mas no eterno — *Touche*.

Aniquiló mi buena voluntad con una sola frase. Debía rearmarme y pensar en algo que lo dejara reflexionando. Algo, que le dieran margen de esperanza.

—Renzo, créeme que entiendo tu dolor. He perdido a mi madre, mi padre nos abandonó y fue difícil continuar adelante sin ellos. Al menos deberías agradecer que tus hijos se quedarán con un bello recuerdo de él —Con la contradicción de estar negándole a Giorgio la posibilidad de conocer a su nieto mayor, hice declaraciones de afecto—. Tu padre es un luchador nato. Ha

tenido que sobreponerse a las tragedias más dolorosas que alguien puede atravesar. La muerte temprana de tu hermano, la de tu madre, incluso la de mi abuela. Él quiere seguir viviendo.

—El cuerpo no siempre va de la mano con la cabeza, Iv — continuaba poniéndome contra las cuerdas como un hábil boxeador; parecía que nada de lo que yo dijera atenuaría su pena, por lo cual decidí emplear otra táctica.

—Todos moriremos algún día, Renzo. Si esa es razón suficiente para dejarlo ir, pues olvídate de él y no regreses al hospital— dije en tono relajado, casi cruel. Sus ojos claros no daban crédito a lo que acababa de oír.

—¿Cómo podría olvidarlo? ¡Está vivo!

Y hete allí la cuestión.

—Tú lo has dicho: está vivo y como tal, debes hacer que su vida siga teniendo sentido. Todos sabemos cuál será nuestro final, pero no se lo anticipes, quizás el viejo nos dé una sorpresa —me eché a reír y a desgano, Renzo comenzó a hacerlo también.

A lo que fue una risa instintiva, casi por decantación, le siguieron unas carcajadas fuertes, de las que dan calambres en el estómago. Las lágrimas no tardaron en llegar y los recuerdos, tampoco.

Sentados en el viejo sofá de tres cuerpos, lo que fue un momento de lamentaciones se convirtió en un remolino ardiente: sus labios abandonaron su curvatura natural para convertirse en una línea delgada, intimidante. Renzo tomó mi rostro con ambas manos, mirándome con ese aire sombrío capaz de consumirme y sin siquiera pedirme permiso, sometió mi boca a sus deseos.

Con el magnetismo intacto a pesar del tiempo perdido, con la pasión de las cuentas pendientes y la tensión nunca resuelta, el frenesí doblegó la voluntad de dos cuerpos adultos con sobrecarga emocional.

Inclinándome sobre los cojines, Renzo se comportó como un animal herido que acababa de salir de su jaula; besando mi cuello, forcejeando con mi blusa, azuzó este amor eternamente atemporal.

Ayudándolo a pasar su polo oscuro sobre su cabeza, quedó de torso desnudo, exhibiendo su físico ancho pese a sus más de cuarenta, sus músculos trabajados e incluso, el tono más dorado en su piel.

La respiración era un mecanismo de supervivencia, porque el oxígeno pasaba a un segundo plano ante semejante explosión de deseo que dominaba nuestras extremidades.

Eché la cabeza hacia atrás en un latigazo apenas chupó uno de mis pechos cubiertos por el sostén.

Éramos fuego.

Éramos pasado.

Éramos presente...y éramos dos inconscientes que debían comportarse como tal.

Él estaba casado, maldito sea, y aunque no se tratara de un matrimonio feliz, su esposa e hijos merecían respeto.

—Renzo...Renzo...¡detente!— Quise zafarme porque sus besos eran hipnóticos.

—Iv...te necesito...te...

—¡Detente ya mismo! ¡Estamos cometiendo un grave error! —Conseguí imitar la voz y escabullirme de entre sus garras. Arreglando mi sostén, capturando mi blusa perdida en el piso, le di la espalda para ponérmela una vez que la vergüenza hizo su trabajo —. Tienes una familia...y yo no soy así...—mi voz era frágil y la situación más que embarazosa. Con el torso desnudo, aturdido y deliciosamente despeinado, se mantuvo estático mientras las ruedas de su cabeza asumían la responsabilidad.

—Lo siento, tienes razón...es que...— agitó sus manos buscando palabras correctas a un momento incorrecto —. Me he dejado llevar por...

—...por el dolor, por el miedo a otra pérdida... —Completé sus espacios es blanco, esas acuciantes sensaciones que no sabía gestionar —. Ya no somos dos adolescentes, Renzo. Han pasado más de dos décadas de eso y ya no quiero equivocarme. Menos aún, contigo.

—¿Fui una equivocación? — preguntó a medio acomodarse su polo arrugado.

—Te he entregado mi corazón en bandeja de plata y lo arrojaste a la basura. Por

inmadurez, por crueldad, por estupidez, no lo sé. ¿Éramos chicos? Sí, puede funcionar como excusa. ¿Ahora mismo? Ya no. Hay muchas personas involucradas que pueden salir lastimadas si cometemos este grave error.

Rastrilló su entrecano cabello hacia atrás, con ambas manos. Su cabeza no dejaba de trabajar en torno a mis dichos, lo intuía.

—Sé que te fallé porque yo me he fallado a mí mismo; yo te amaba, Ivana. Todo lo que dije bajo aquel árbol — señaló hacia el parque trasero— era cierto. Mi mayor error fue pensar en que esperarías por mí para siempre.

—¡Eres un descarado!

—Lo sé. Egoísta, estúpido, infantil...podrías pasar toda la noche encontrando calificativos justos. Mi peor castigo fue no verte por más de veinte años, hasta que el destino me dio revancha y apareciste aquí, nuevamente. Todavía más hermosa de lo que mi mente estudiantil recordaba.

Mi labio inferior tembló. Mi pecho ardía ante su admisión.

¿Servía de algo ahora? En absoluto. Las cartas estaban echadas y, a diferencia de nuestro último verano, debíamos detener este absurdo.

—Renzo, será mejor que te vayas. Necesitas lucidez mental, tomar decisiones inteligentes e importantes y estar en mi casa hablando de una vida que ya pasó, no te ayudará.

Masculló en italiano. No entendí qué dijo ni le pregunté. Quería que se fuera, necesitaba que lo hiciera.

Sonrojado, con ojos lacrimosos, tragó y dado que ni siquiera se movía,forcé su rápida salida. Junto a la puerta, empuñé el picaporte y esperé porque sus pies funcionaran.

Frente a mí, su figura se cernió, amenazante.

—Es demasiado tarde—sentencié mirando de lado, haciendo un trabajo pésimo de ignorar su aliento sobre mi cuello.

—¿Para qué?



—Para nosotros. —dije esperando porque fuera el último clavo en nuestro ataúd.

Volé al mismísimo lugar adonde Gabriel había sido concebido, donde yo había dejado mi corazón enterrado vivo y adonde el sol siempre lo iluminaba todo de un modo distinto. Había viajado sin abandonar mis nervios ni el sinsabor de pensar en un reencuentro con él, con su hermana y con su familia modelo.

Al momento de tomar mi vuelo en San Francisco, llevé un libro a cuestas. Era ni más ni menos que “Mil maestros, mil vidas” de Brian Weiss. Me agradaba leer por las noches, antes de dormir. Prefería el aroma a libro que los destellos brillantes de la TV, sobre todo cuando deseaba relajarme después de una extensa jornada en el salón de belleza.

Por viejas recomendaciones, sugerencias de mis clientas y por algo de curiosidad personal, había comprado este libro tras recorrer varias tiendas. Desde luego, podía obtener su versión digital, no siendo lo que realmente buscaba.

Consiguiéndolo, no fue sino para este viaje que consideré oportuno quitarlo de mi biblioteca para traerlo conmigo.

Adictivo, complejo y revelador, la narración era movilizante desde muchos puntos de vista. Para alguien con una estricta formación católica, leer acerca de las vidas pasadas era un tanto peculiar, pero yo, que llevaba sobre mis hombros bastantes entredichos con Dios, tomé una postura neutral y despojada de preconceptos.

Y así fue como por horas, pasé y pasé las páginas sin cesar, inmersa en ese mundo atrapante de “Catherine” y sus experiencias paranormales.

Pensar en una vida anterior me aterraba tanto como interesaba; *¿estaríamos Renzo y yo ligados desde vidas previas? ¿Qué equilibrio kármico buscábamos en esta que volvíamos a unirnos? ¿Qué hubiera pasado si él atendía mis llamados y aceptaba que mi bebé era suyo?*

Pensar en supuestos, no me ayudaba.

Renzo acababa de marcharse por nuestro bien: cayendo desplomada en el sofá refregué mi rostro, con su perfume impregnado en mi nariz. Ni el tiempo, ni la distancia, ni el desapego y mucho menos la desilusión, habían logrado extirpar su recuerdo de mi alma.

Ahora, tras esos besos pasionales y furibundos el panorama era desalentador; ya no viviría gracias a la nostalgia, de la resbaladiza remembranza de lo que pudo haber sido, sino que bastaría con reeditar el encuentro de sus labios en mi piel desnuda.

Sus manos me acababan de tocar con la misma torpeza que aquella primera vez en la camioneta, cuando las estrellas fueron cómplices de nuestro arretrato. Sin desnudarnos, con pudor, él se las había ingeniado para quitarme las bragas y ubicar su miembro dentro de mí. Bajo su enorme cuerpo, el punzante ardor me tuvo al borde del llanto y de escapar corriendo de allí.

Confesándome ante mi aguda insistencia que no era su primera vez, aclaró que nunca lo había hecho con una virgen. Y aunque saber que había estado con otras chicas fue como un puñetazo en mi estómago, agradecí su experiencia.

Atento, considerado, con la inconsciencia de dos chicos que se dejaban arrastrar por el fragor de lo excitante, comenzamos con aquella incómoda danza sexual. Renzo encontró su ritmo en cuanto me relajé, haciendo del empuje algo más excitante para ambos. Con mis piernas enredadas en torno a su cintura y mis brazos despeinando las ondas naturales de cabello, los temores se esfumaron con el pasar de los segundos, con la brisa veraniega golpeando nuestros cuerpos calientes y la luz de la luna como único reflector iluminando el momento.

Robándonos momentos, escabulléndonos en el patio de mi abuela, solíamos besarnos a escondidas y vivir nuestro romance en secreto.

Inocente de mí, pensaba que entregándole mi cuerpo sería suficiente para cautivar a ese hombre y “blindarlo” para cualquier otra mujer.

Jugando con la irresponsabilidad, con la prisa del momento, no nos habíamos cuidado como era debido y la imprudencia selló el destino.

Arrastrada por lo mitos, por pensar que sin protección todo era más intenso, no tuve la valentía de detenerlo en cuanto él se introdujo en mi cuerpo alborotado. Él nunca preguntó si estaba en control de natalidad. Tampoco, si quería que usara condón.

Claro, para entonces, yo había escuchado que los chicos disfrutaban más “hacerlo a pelo” y no quise ser menos; por el contrario, deseé que él tuviera la experiencia completa.

Vaya paradoja, fui yo quien obtuvo el premio mayor, quedándome embarazada.

Extraña, percibiéndome sucia, subí hacia la primera planta con el horror de haber caído nuevamente en su plática suave, en su necesidad de escapar de una realidad que lo superaba.

Me estaba usando como paño de lágrimas. No podía culparlo aunque quisiera.

Al cabo de unos minutos me asomé por la ventana ansiando ese repiqueteo de luces que solía tenerme en vela por las noches. Al verlo, meneé la cabeza, entendiendo que la señal del día de ayer tampoco había sido producto de mi fantasiosa imaginación.

Caminando dos pasos hacia el costado, hice lo propio con la bombilla del velador de la mesa de noche. Presioné y solté la perilla, generando el mismo juego juvenil y singular.

Encapuché mis ojos e incliné mi cuello hacia atrás.

—Lo hecho, hecho está —murmuré en un suspiro—. Siempre te amaré, aquí, ahora y en otras vidas, también.

*Maldito libro de Brian Weiss.*

## 15 AIRES DE ESPERANZA

Grandes manchas violáceas depositadas bajo mis ojos eran la muestra de mi insomnio. Ni dos tazas de té de tilo habían podido contrarrestar mi aturdimiento nocturno. Insoportablemente cansada, con los truenos de fondo, pensé en quedarme encerrada mirando TV para cuando el teléfono se ensañó conmigo sonando a destajo.

—Lo siento, ¿te he despertado? —La inconfundible voz de Cecé fue suave.

—No, estaba despierta hace rato —Por no mencionar que jamás había podido pegar un ojo gracias a su hermano —. ¿Alguna novedad de tu padre?

—No, su cuadro sigue siendo crítico, aunque estable. Se confirmaron sus dos ACV. Sospechan que el daño ha sido irreversible, pero no quiero dejar de soñar con un milagro — Una Cecilia espiritual, tranquila, transmitió calma. ¿Qué había ocurrido en este puñado de horas? No quise averiguar cuantos tranquilizantes había mezclado con su café.

—Haces bien. Los milagros existen.

—Nunca me ocurrió uno, aunque no pierdo las esperanzas —Sonó tan irónica como resignada —. Ivana, sé que estas ocupada con la venta de tu casa, procesando el duelo de tu abuela, pero necesito que hablemos.

—Sabes que no soy analista, ¿cierto? —Aporté mi cuota de acidez mientras me refregaba los ojos y ajustaba el teléfono en el hueco de mi cuello.

—Sí, aunque supongo que los años en un salón de belleza te han otorgado el don de la escucha y el de brindar sabios consejos. Hay algo...*importante* que no te he dicho en la cafetería. —Recalcó.

Cecilia siempre había sido dramática, buscando llamar la atención de todos. ¿Habría cambiado o el pesar en su tono era sobreactuado?

—Bueno, no sé cómo debería tomar eso — aun arropada en la cama, me permití dudar un segundo —. Supongo que no puedo negarme a un poco de tu cotilleo.

—Pasare por tí en dos horas. Si no te incomoda, prefiero estar cerca del hospital.

—Dalo por hecho, Cecé.

Escuché una sonrisa resoplada.

—Siempre me agradó que me llames así.

—¿Cecé?

—Correcto.

—Suenas bonito, elegante y sofisticado, como tú. Encaja.

—¿Realmente crees que soy bonita, elegante y sofisticada?

—¿Me lo preguntas en serio? Nunca has tenido un cabello fuera de sitio, vestías con lo último de la moda, hablabas tres idiomas a tus quince años y los chicos del vecindario y planetas aledaños caían rendidos a tus pies — se echó a reír y me gratificó ser la responsable de semejante proeza. Mi exmejor amiga no derrochaba simpatía —. Sigues siendo hermosa y la operación de senos te hace una figura más armónica —No pude dejar escapar mi comentario.

—¿Lo has notado?

—Ha sido un retoque muy natural. Te lo digo yo, que sé que eras una tabla.

—¡Eres una perra! —Las carcajadas se interpusieron en nuestra conversación.

—Hasta luego Cecé, nos vemos en un rato —Nos saludamos tras una conversación amigable.



Podía lidiar con ello.

Hasta donde yo tenía conocimiento, Cecé era una chica de armas tomar y esta vez, no era la excepción. Quedé con la boca abierta ante su propuesta.

—Siempre supe que eras un poco alocada, pero lo que me pides es desquiciado.

—No es ninguna locura, Ivana. Es un buen negocio, míralo de este modo: compro la casa

de tu abuela a un costo conveniente para ambas, tú te haces del dinero y yo monto un *Bed and Breakfast* —Resolvió, chasqueando los dedos.

—Nadie vendría a Monferrato de vacaciones —Concluí, desconfiada del éxito hotelero.

—Estás equivocada porque todavía crees que el mundo se maneja con correo postal, mi querida. Hoy por hoy el comercio se hace mediante sitios de internet. Una buena promoción, excelente atención, opiniones positivas, precios competitivos ¡y listo! Tienes un éxito seguro. —Sonaba convencida. ¿Yo? No lo estaba tanto —. Monferrato está a una hora de Turín y a diferencia de la gran ciudad, aún conserva el encanto de lo pueblerino, la serenidad de sus calles. Además, pensando en un futuro muy lejano, este sería mi legado para mis sobrinos. Y eso, incluye a tu hijo.

Contraje mi mandíbula; había ignorado a Gabriel durante años y ahora quería que formara parte de la familia a como diese lugar.

—No sería justo para ti. Sería una gran pérdida de dinero, por no decir que no creo que tengas que sentir compasión por mí.

—¡No es compasión! Sé que este lugar era importante para ti y no quiero que cualquiera lo usufructúe —cruzó los brazos sobre su pecho, persuasiva —. Mira, si no quieres vendérmelo, no lo hagas. Puedo ser una inversora, yo pongo el dinero y tú te encargas del resto y de tener tu propio salón. ¿Qué me dices?

—¿Que qué te digo? Que no puedo quedarme en Italia. Tengo un trabajo en San Francisco, una clientela fija, deudas por pagar, amistades...

—Amistades que puedes mantener gracias a internet y a que existen los aviones para visitarlas, una clientela que no tardarás en conseguir aquí y deudas que con solo un clic, pueden saldarse. Además, podría ayudarte a poner tu negocio en el centro de la ciudad.

—No todo pasa por el dinero —me pellizqué la nariz, con un fuerte dolor de cabeza amenazando con dinamitármela.

—Pues así como lo dices, suena como eso.

Cecilia Herssig no dejaba de devolver cada tiro que le enviaba.

Siendo razonable e incluso analítica, su idea no estaba muy lejos de la mía. A excepción de la operatoria comercial de la hostería que planteaba, yo soñaba con mi propio salón, el que generara ganancias exclusivamente para mí.

Adoraba a las chicas, pero ahora que las cosas iban bien, ellas merecían tener más dinero en sus bolsillos.

Aun con mis emociones a flor de piel, me parecía inverosímil estar pensando en inversiones inmobiliarias sabiendo que, a media calle de allí Giorgio estaba debatiéndose entre la vida y la muerte y que probablemente su hermano ni siquiera había dormido.

Por arte de magia, Renzo apareció en la cafetería. Su mal semblante era indisimulable. Tierno, dio un beso en la cima de la cabeza de su hermana en tanto que yo fui destinataria de un tibio asentimiento de cabeza.

Reprimí mi pataleo espiritual; él estaba tenso, las cosas se habían descontrolado anoche y no fui muy sensible a la hora de echarlo de la casa de mi abuela.

—¿Cómo sigue papá? —Cecé preguntó en italiano.

—Estable. Ninguna novedad. Los chicos quieren venir a verlo—Extenuado, arrastraba sus palabras haciéndome difícil descifrarlo.

—No sé si es un lugar para ellos —Deslizó su hermana, en voz susurrada.

—Mirella insiste en que deberían venir. No quiere cargar con el peso de que papá muera sin que los chicos lo hayan despedido.

—Eso es una lotería, todavía no está muerto —Ella protestó y sé que le costó un esfuerzo hercúleo no lanzar una retahíla de pintorescos insultos en italiano.

—No creo que falte mucho para eso —Fue extremadamente crudo y realista. Cecilia lo miró con la boca entreabierta, en shock.

Renzo elevó la mano en una disculpa silenciosa. Ella bajó la cabeza, también en completo hermetismo.

—No deberías extralimitarte con el café, te hará daño— Le sugirió Cecé a Renzo cuando este pidió una taza.

—¿Daño? No exageres.

—Eres médico, deberías saberlo.

—Hermana, no estoy de humor para tus regaños absurdos. No he podido pegar un ojo —  
Repentinamente, sus ojos azules se clavaron en los míos. Me removí en mi silla, sin intenciones de recoger su daga, fingiendo que no había entendido del todo su intercambio.

—Aprovecho tu presencia para comentarte que estuve hablando de negocios con Ivana.  
—Rodé los ojos, su cambio de tema no me favorecía en absoluto.

—¿No tenían nada más aburrido por hablar? No sé, sobre alguna serie de Hollywood ¿El comisario Montalbano y su nuevo caso? —Se calzó el traje del Rey de la Ironía.

—Renzo, quiero comprar la casa de Adda.

—¿Te has vuelto loca? —La cara de Renzo se transfiguró, tal como lo hizo su tono de voz.

—Le he preguntado lo mismo, pero sabes lo obstinada es tu hermana. —Agregué en inglés, rogando que la conversación volviera a mi idioma. Me dolía demasiado la cabeza como para tener que seguir traduciendo toda la plática.

—Ninguno está viendo la potencial ganancia en esta historia. Económica y afectiva, claro  
—Podía leer entrelíneas que eso involucraba a Gabriel nuevamente.

—Cecé, no tengo fuerzas para pensar en dinero ni creo estar tan despierto como para comprenderlo ahora. Debo ir a casa de papá, tomar una ducha, descansar un rato y regresar al hospital— se puso de pie, a poco beber de un tirón su taza de café —. Mantenme al tanto, ¿entendido?

—Sí, hermano, lo prometo —dijo por lo bajo, resoplando ante la obviedad.

—Adiós Ivana, hasta luego.

Ojalá pudiera decirle que no esperaba verlo pronto.

## 16 LA SOMBRA DEL ENGAÑO

Nos citamos a las diez de la noche, en un hotel del centro de Turín.

Él lucía nervioso, yo también.

Entrando como polizontes en la habitación, entre risas y caricias calientes, quedamos a merced de nuestros bajos instintos, dispuestos a terminar lo que habíamos comenzado en el sofá de la casa de mi abuela.

En la mejor parte, cuando él bajó hacia mi entrepierna, mi consciencia actuó inescrupulosamente al despertarme con un horrible calambre en mi pierna.

En mitad de la sala de espera del hospital, en una posición propia de un contorsionista, abrí los ojos más que sobresaltada. Acababa de quedarme dormida y lo más terrible era que sin importar el escenario, daba rienda suelta a un sueño erótico con Renzo.

Llevé las manos a mi pecho al encontrar a Cecilia a mi lado, con sus ojos brillantes y acusadores esperando palabra alguna de mi parte.

—¿Has visto algún fantasma?

—No, no. Hace días que no duermo bien — Refregué mis ojos, recuperando una postura digna. Extendí la pierna con intenso cosquilleo y la masajeeé, favoreciendo la circulación —.

¿Alguna novedad?

—No, aunque hay mucho movimiento en torno a la sala. Ya he llamado a mi hermano.

—Entonces, si Renzo está en camino, debería irme a casa.

—Me parece bien, pero al menos déjame pagar tu taxi.

—Ni se te ocurra —Detuve su mano a punto de abrir su bolso.

—Está bien. Pero al menos prométeme que tendrás en cuenta en mi propuesta. No es un despropósito y lo sabes. —Señaló con su dedo.

—Ya, ya, lo haré — y con el pedido explícito de ponerme al corriente de cualquier notificación atravesé la sala, bajé por el elevador y al salir del hospital, me topé con un Renzo mortificado y con gafas oscuras cubriendo su vista. Pese a su evidente mal descanso, olía a colonia fresca, estaba rasurado e impasible. La casualidad nos tuvo frente a frente, chocando involuntariamente.

—Oh, Ivana. ¿Te estás yendo? —Se quitó los lentes. Las líneas de expresión que surcaban sus ojos y daban cuenta del paso del tiempo, solo aumentaban su atractivo.

—Sí, tengo que volver rápido a casa.

—Ivi, antes de rite, quería pedirte disculpas. No hemos tenido tiempo de hablar de lo que sucedió la otra noche y...

—Renzo — posé mi mano en su hombro, interrumpiendo su discurso —, creo que sería dejar atrás lo que pasó. Estás atravesando un momento personal terrible y yo me dejé llevar por los recuerdos. No volverá a ocurrir.

Una arruga dominó su entrecejo. Tragó fuerte y miró hacia sus gafas, pasando de dedo en dedo.

—Eso me temía— ¿Sonaba desilusionado?

—¿A qué te refieres?

—A que todo era parte de un ingrato sueño.

La nostalgia ajustó su semblante, pero ni yo era la misma joven ilusa que creyó sus promesas incondicionalmente ni él el Romeo que recitaba los versos de Shakespeare de

memoria.

—¿Mi hermana sigue insistiendo en comprar la casa de Adda?

—Sí...— exhalé con pesadez agradecida con el giro de timón —. Pensé que era una broma, pero se ha mostrado convencida. Pretende montar una hostería y que yo me traslade a Turín para montar mi salón de belleza.

Él pestañeó, sumando una sonrisa ladeada. ¿Estaba considerando esa opción como viable?

—¿Qué está pasando por esa cabeza? —Busqué saciar mi curiosidad.

—Si bien Cecé suele ser impulsiva muchas veces, no es ninguna tonta para los negocios; cuando ella cree en el potencial de algo no descansa hasta agotar todas las posibilidades. Es un hueso duro de roer y no bajará los brazos fácilmente. No descansará hasta verte instalada aquí y yendo a beber café de la máquina gigante que se compró.

—No, no, no —elevé las palmas, aturdida por la seriedad en su tono de voz. Nadie la conocía mejor que él —. Me niego a ser un experimento inmobiliario o uno de los tantos caprichos de Cecilia HerSIG — me puse firme. La gente a mi lado mirándome con recelo.

—No creo que sea una mala idea. Míralo como una oportunidad increíble para...

—¿Para qué? — exigí una rápida respuesta.

—...para ser feliz...



Renzo elevó sus hombros y con un beso en mi frente, me dejó como una estaca en la explanada de acceso del hospital, rodeada del ir y venir de desconocidos y con una gran duda instalada en mi cerebro.

Todo se caía de mis manos como si estuvieran untadas con mantequilla. Dispersa, las espinas del rosal me habían provocado varios rasguños al despojarlo de las hojas secas y amarillentas.

Yo sabía que mi torpeza no era el simple producto de mi naturaleza, sino que había algo que mi cabeza no dejaba escapar y que, por lo tanto, me impedía focalizar en un ciento por ciento la tarea que estaba llevando a cabo.

Comprendiendo este punto, lavé mis manos, curé con alcohol mis heridas superficiales, me di un baño rápido y cogí las llaves del auto rentado, un Peugeot 307 con lo mínimo indispensable para circular por Monferrato o Turín.

Sin salir del coche, a velocidad intermedia, hice una recorrida identificando las tiendas de la zona. Los salones de belleza eran pocos en comparación a la enorme cantidad de locaciones destinadas a la venta de indumentaria o calzado femenino.

Parecía que Cecé no estaba tan errada al confiar que montar un sitio como el que yo explotaba en San Francisco era una oportunidad interesante.

Hábil con los números, no me era extraño que para todo tuviera un negocio en mente y este en particular se hubiera convertido en su actual obsesión.

Construyendo mentalmente el proyecto, divagando acerca de la decoración, el estilo del mobiliario y teniendo en cuenta la inversión de dinero, permisos de la comuna para trabajar siendo extranjera y el plazo mínimo en la puesta a punto de un salón, por primera vez sentí que aquel viejo sueño podía llegar a concretarse y eso, me arrancó una sonrisa enorme.

Mis manos sudaron, porque esa alegría fue destronada ante la posibilidad de ver a Renzo a diario y, probablemente, a su esposa también.

*¿Sabía ella sobre nuestra juvenil historia de amor?*

Yo, contra mi voluntad, conocía mucho de ella.

Mirella Grätz, hija única de un matrimonio de origen danés, era la primera generación nacida en tierra italiana. Sacando provecho de su altura, físico y actitud con solo 12 años, dio sus primeros pasos como modelo de ropa juvenil para algunas firmas de renombre dentro de la

industria local.

Siendo una adolescente, la oportunidad de su vida no tardó en llegar. Sin embargo, aun habiendo desfilado en pasarelas europeas, su nombre no logró consolidarse dentro del mercado, viéndose opacado ante la irrupción de otras jóvenes bellas y talentosas como ella.

Dueña de una porte cautivante y de unas piernas envidiables, continuó trabajando dentro de la industria de la moda ya no como modelo sino como diseñadora de su propia firma de bolsos de mano y equipaje.

—Parece que Renzo está por matrimoniarse con su noviecita, esa que nunca come— Mi abuela anunció por teléfono una tarde y aunque en otro contexto su comentario me hubiera hecho reír, en ese instante solo agradecí tener el sofá lo suficientemente cerca como para no caer de bruces al piso.

—Ella es modelo, abuela. Debe ser flaca — Para entonces él ya era ya un médico destacado, ocupaba un puesto importante dentro de la clínica médica y su romance con Mirella era una relación más que consolidada.

—Giorgio dice que le falta carne en los huesos. —¿Qué más podía decir al respecto? Acababa de arrancarme el corazón con esa noticia y ella solo parecía hablar de Mirella y su físico.

Adda había dado detalles de la relación del hijo de su vecino con Mirella en innumerables ocasiones. En un principio, mi abuela sostenía que sería un noviazgo de verano. Con el paso del tiempo, se mordió la lengua y aceptó que Renzo finalmente iba a sentar cabeza. En el viñedo de la familia Gräatz, la boda se consumó.

Imaginar a Renzo esperando a su prometida en el altar fue desalentador para la pequeña luz de esperanza que el fondo de mi alma albergaba.

Atravesando uno de los tantos malos momentos con Charly, cuidando a mi madre con una salud deteriorada y un esposo que acababa de abandonarla, el mundo parecía ignorar que yo ya no tenía más fuerzas para sostenerme de pie; Gabriel, con la ternura de un niño que no entiende de sueños rotos y desastres amorosos, se me acercó cuando colgué esa llamada de mi

abuela.

—Mami, no llores, yo te cuidaré para siempre — Prometió desde su inocencia y desconocimiento.

En ese momento, me prometí no regresar a Italia.

Con el paso de los años y las adversidades signando mi carácter, me volví más juiciosa, más práctica y desconfiada.

Habiendo quebrado mi propia palabra en manos del destino, me encontré absorta en la renovada dinámica de una ciudad que no me era indiferente. Frente a una vieja tienda de libros, el rubor juvenil acaparó mis mejillas al recordar la tarde en la que Renzo y yo competimos por encontrar la versión italiana de “La Divina Comedia” allí dentro. Con la ventaja de ser un lugareño y habitué de escaparates literarios, me ganó. Robándome un beso, acabamos con ese juego y fuimos a dar una caminata, recogiendo margaritas y tomando un helado al pasar.

Por inercia y curiosidad, entré a ese sitio que albergaba un trocito de mi historia con Renzo.

Al entrar, el aroma a sándalo me envolvió, tal como lo hizo la primera vez que entré siendo una adolescente con las hormonas revuelta. Paseando alrededor de las grandes mesas repletas de libros de toda clase, llegué a las estanterías abarrotadas del fondo.

Sacando y poniendo libros en su lugar, navegué entre los títulos de habla extranjera, tomando alguno en inglés y otros en español.

Detrás de un pequeño sector de lectura, con sofás cómodos y mesas bajas, luces ambaradas y ambiente silencioso, mis manos viajaron hacia la repisa que albergaba libros antiguos. Rozando su lomo, con una sonrisa dulce acariciando mis labios, susurré en italiano:

*Corazón y el Amor son una cosa / sola y gentil- el sabio lo ha dictado.*

*Ninguno sin el otro ha palpitado, que la razón no puede estar ociosa.*

*Falla natura cuando está amorosa, y Amor o el Corazón por un cuidado;  
transcurra el tiempo breve o dilatado, lo mismo en inquietud que si reposa.*

*Si a la Bella se suma la Discreta, y nuestra vista bebe su dulzura  
colmando el corazón de ansia secreta, del Amor al asedio que perdura  
pidiendo estadio la Beldad nos reta como bravo adalid en su armadura.*

Renzo no era fanático de la obra de Dante Alighieri sino que por el contrario, decía que disfrazaba sus sentimientos con palabras raras y rebuscadas que solo aportaban confusión. Yo solía contradecirlo en una suerte de juego dialéctico que tanto nos atraía, haciendo de nuestro vínculo algo que iba más allá de lo aburrido o convencional.

Inspirando hondo, regresando el libro a su sitio, levanté la vista desinteresadamente cuando mis ojos se posaron en una mujer cuya figura se entreveía tras una de las estanterías.

No estaba sola ni en silencio; sus manos se movían junto a su boca y sus susurros se dirigían hacia un hombre al que vi de perfil.

Con el morbo y la duda corriendo una maratón dentro de mi pecho, me moví con sigilo con el fin de determinar si acaso era quien yo creía que era o se trataba de una tonta presunción.

Mordí mi labio, sintiéndome una intrusa, hasta que mis ojos vieron la verdad. O una parte de ella; la mujer rubia se había calmado y posaba ambas manos sobre el pecho del hombre en cuestión.

Era ella, quien, con manos suaves, limpiaba una pelusa inexistente de la camisa a cuadros de ese sujeto apuesto, atlético y de tez morena que le hablaba muy cerca del oído.

Conteniendo mi respiración con el temor de ser descubierta y la timidez tiñendo mis mejillas de rosa fuerte, bajé la mirada, guardando aquel secreto para mí.

—Disculpe señora, ¿la puedo ayudar en algo? — Un muchacho de la edad de mi hijo me sobresaltó al aparecer de la nada. Llevé mis manos al pecho, como si estuviera cometiendo un delito por el cual fue cogida *in fraganti*.

—Oh, no. No...estaba...autor...libro — sin ser específica ni mucho menos clara, balbuceé en un extraño italiano con mezcla de inglés. Aclarando mi garganta, me fui en explicaciones inútiles —. Soy americana...costar idioma... —Mentí hablando como novata, pero

necesitaba ganar tiempo, disimular mi súbito voyerismo y no perder de vista a la pareja que, para entonces, se había movido de lugar —. Busco “El amor en los tiempos de cólera” —Pedí en modo automático, con el corazón desbocado.

Lo cierto es que el título de aquella novela en la cual el romance había trascendido las barreras del tiempo y que, con las distancias del caso, parecía encajar con mi propia historia, salió disparado de mi boca.

Diligente, el muchacho de pequeñas pecas y rizos anaranjados me llevó hasta la ubicación apropiada. Hablándome de otros clásicos de la literatura moderna, distrajo mi espíritu de fisgona para sumergirme en títulos en habla inglesa que me interesaron más de la cuenta.

Libro seleccionado en mano, me propuse pagar y continuar con mi derrotero sin poder quitar de mi cabeza el coqueteo de esa parejita, escondida detrás de los libros de gastronomía.

Guardando mis pertenencias y dando las gracias, caminé por la acera como una turista más: a ritmo lento, disfrutando de la arquitectura que atravesaba cualquier época cultural y a puro recuerdo.

Arrastrada por la añoranza y una vez más, por las promesas estivales de un joven y enérgico Renzo, entré al “Santuario de la Consolatta”, iglesia próxima a los restos de una torre de la gran muralla de la antigua ciudad.

Con fuerza, empujé la enorme puerta para encontrarme casi en soledad dentro de esa imponente construcción, reformada según los períodos históricos y los intereses políticos de turno.

Persignándome, con el libro de García Márquez en una bolsa y una enorme emoción, ocupé una de las últimas bancas de la nave central.

Con las manos nerviosas, desprovistas de alhajas de cualquier tipo, recordé el momento en que Renzo me juró su amor aquí mismo, donde sus padres habían contraído nupcias tantísimos años atrás.

*¿En qué momento el viento había volado sus palabras? ¿Cuál era el propósito de Renzo en esta historia? ¿Por qué buscó enamorarme si su objetivo ulterior era desecharme?*

*¿Realmente me amaba?*

Tonta de mí, había confiado en él, en su hombría. En sus ojos.

No había pasado noche en San Francisco en la cual no soñara con él, con su mirada azul, su humor cotidiano y sus conocimientos de literatura.

Con una gota cayendo sobre mi mejilla y mi vista clavada en aquella imagen central tras el altar, le agradecí por haber conocido al gran amor de mi vida, aunque no fuera correspondido.

Mi hijo Gabriel era la muestra física de mi amor inconmensurable y eterno; sus rasgos, tan similares a los de Renzo, el recuerdo constante de mi entrega.

A pesar de que Charly le mintiera diciendo que nuestro hijo le recordaba a su propio padre, de quien no tenía fotografías que respaldaran sus palabras, tarde o temprano, Gabriel dudaría de ellas.

*No podría culparlo.*

Cobardía mediante, inmadurez, una madre estricta y autoritaria, un noviecito virgen que estuvo dispuesto a hacerse responsable, fueron partes de una gran puesta en escena de la que él fue una víctima.

Con amor, con palabras de aliento y contención, compensaríamos la abrumadora verdad que yo ocultaba. Con el miedo latente de que intuyera que su vida estaba sostenida por un gran engaño, le dimos todo el afecto que pudimos.

*¿Valía la pena romperle el corazón en este momento?*

Arrodillada pedí perdón por mi engaño, por equivocarme en el camino.

Pedí perdón por las veces en las que maldije a mi madre sin comprender que ella había querido lo correcto para su hija. Pedí perdón por no ser tan persistente, por no continuar luchando para que Renzo supiera que estaba embarazada...

Envuelta en un sollozo doloroso, me puse de pie. Conmocionada, a trompicones, llegué a la puerta con el alma hecha trizas y al salir, sin esperarlo ni desearlo, una vez más la realidad se interpuso.

—Tú y yo tenemos que hablar.

Pretendiendo pasar desapercibida con grandes gafas oscuras y un pañuelo sobre su cabeza que ocultaba su cabellera larga y rubia, Mirella no era consciente de que incluso con una cobija negra, se vería llamativa.

De camisa blanca, vaqueros y con la cabeza gacha, me arrinconó a la salida del santuario.

— Nosotras tenemos varios temas por aclarar, ¿no lo crees?— su inglés era excelente. Lógicamente, había recorrido buena parte del continente desde pequeña a causa de los innumerables certámenes de moda de los que participó.

—En absoluto, no tenemos nada en común —Resuelta, desestimando su inquisidor tono, giré sin calcular que sus dedos elegantes se clavarían en mi codo. Elevé la mirada buscando el punto de contacto, con la rabia llenando cada poro de mi rostro.

Mirella aflojó el agarre, comprendiendo el error de su maniobra.

—Será solo un café de cortesía —susurró.

—No parecía que quisieras que fuera cortés hace unos segundos —Dibujé la más falsa de mis sonrisas. Ella alisó su falda, esperando mi respuesta.

—Tú dirás adónde quieres ir —Acepté la tregua. Ella encabezó la caminata de cincuenta metros hasta encontrar una pequeña y solitaria cafetería.

De no ser por esa terrible situación, el sitio pasaba completamente inadvertido para el transeúnte, aunque cabía mencionar que por dentro el lenguaje era bastante singular: mesas negras rodeadas por sillas de colores, techos altos y cóncavos de ladrillo visto y grandes arañas pendiendo desde lo más alto.

—Ya lograste tu cometido. Ahora, dime, ¿qué temas tenemos pendientes nosotras dos?  
— Fui al grano y crucé mis manos sobre la mesa. Yo tenía las de ganar y aunque la discusión era desleal, quise saborear mi segundo de gloria.

Para entonces, el camarero le imprimió un poco de suspenso a la cuestión, apareciendo en

escena sin ser explícitamente llamado.

—Un café negro para ambas —espetó sin siquiera mirar al chico y mucho menos preguntarme. Elevé la ceja, en clara posición de discordia. Esto era lo más parecido a la guerra que había tenido que vivir.

—Para mí, un té con limón.

El joven, intimidado por la tensión que rompía el aire, se marchó sin emitir sonido.

—Dime cuánto quieres —Si algo demostraba Mirella es que no se andaba con medias tintas.

—¿Perdón? — Resoplé, desorientada.

—Todos tenemos un precio. Dime cuánto quieres y te hago un cheque ahora mismo —expeditiva, fría, revolvió su bolso D&G del que extrajo una chequera. Humedeció su dedo y comenzó a pasar las pequeñas hojas precortadas de una en una.

—¿Cómo me garantizaré tu silencio? —Oh, finalmente me había visto fisgonear.

—Estás equivocándote conmigo, Mirella — puse mi mano sobre su bolígrafo, predispuesto a escribir una cifra —. No te chantajearé, no me importa hacerlo. No tengo por qué, tampoco. Lo que hagas de tu vida, si engañas o no a tu esposo, es tu asunto y no me importa.

—No me culpes si no te creo. Sé perfectamente quién eres y lo que buscas — Corrió de lado sus herramientas de extorsión con la evidente esperanza de utilizarlos después. Por supuesto que no le daré el gusto.

—¿Y quién soy? —Me preparé para recibir su dardo venenoso.

El camarero apareció nuevamente y en un milisegundo dejó el pedido sobre la mesa. No llegué a agradecerle siquiera.

Dejando su bolso de lado en la silla contigua, Mirella curvó sus labios. Cogiendo un sobre de endulzante, lo abrió con destreza y lo arrojó en su taza.

—Muchas veces me he preguntado quién eras tú. —*Genial, iba a jugar a las adivinanzas.*

—¿Y qué respuesta obtuviste? —Acompañé con el agudo tintineo de mi cuchara contra

la porcelana.

—Durante demasiado tiempo sospeché que Renzo me engañaba. No era antinatural pensarlo porque un hombre con su atractivo físico y su formación académica era blanco fácil de cualquier mujer que tuviera sus hormonas en su sitio. Largas horas en los hospitales, enfermeras dispuestas, especializaciones fuera de la ciudad... todo me llevaba a tener un punto: infidelidad —sorbió un trago de café caliente, sin abandonarme con su mirada crítica—. Un día, atenta a mi intuición, lo seguí — con extenuante lentitud, dejó la taza sobre su plato. La marca de labial rojo marcada en la porcelana. De no ser porque mi curiosidad por saber hacia dónde iba era suprema, me hubiera levantado ante su teatro—. ¿Y sabés qué pasó? —negué suavemente con la cabeza, intrigada por el final de la historia—. Me he llevado una gran decepción. —su puchero actoral casi me arranca una sonrisa.

—¿Decepción? —¿Quién en su sano juicio estaría decepcionada por descubrir que su hombre no la engaña?

—Exacto. Por días, incluso semanas, había lucubrado una estrategia, frases cargadas de ira. Había ensayado escenas de celos, pensando que lo encontraría en algún motel rutero o incluso, en el propio estacionamiento del hospital en el que trabajaba ...pero no. Él no me engañaba con nadie. Al menos no, con alguien físico.

Debí apoyarme en el respaldo de la silla para analizar a Mirella. Era una mujer de armas tomar, determinada y que no daba nada por sentado. Características que me acercaban a ella en cuanto a carácter. Sin embargo, ahora mismo, no podía leerla.

—Finalmente, lo encontré en el santuario del que acabas de salir, sentado en la última banca con la cabeza entre las manos, esperando por una aparente señal divina que no llegaba. Lucía desesperanzado.

«Frustrada por no obtener la respuesta ansiada, atribuí su visita al pedido personal de alguna familia con un niño enfermo o bien, a una muestra de fe ausente para entonces en su vida» — expresó a modo de consuelo. Sin llegar al extremismo que profesaba mi madre, me constaba que la familia HerSIG era muy religiosa. Renzo solía mofarse de las vírgenes de

cerámica que su madre coleccionaba en sus distintas peregrinaciones y a menudo se reía cuando ella contaba la anécdota de su fotografía mientras Juan Pablo II ofrecía misa en la Plaza San Pedro.

Mirella prosiguió con su monólogo por un tiempo más, sin captar mi atención total, hasta que inspiró profundo y limpié mi garganta.

—Soy una mujer muy intuitiva y ese extraño descubrimiento no me dejó conforme. Mi olfato me decía que no estaba tan equivocada. Nosotros éramos...*somos*...— subrayó — una pareja muy sexual. Tenemos una gran conexión sexual. Nos conocemos del derecho y del revés, sabemos desatar la pasión en el dormitorio, si sabes a lo que me refiero — el detalle me dio vuelta el estómago y su sonrisa socarrona dio a entender cuán intencional era su comentario. Su actitud no condecía con la edad real que tenía y tuve que esforzarme mucho por no rodar los ojos —. Y de un día para el otro, ¡zas! Dejamos de tener ese fuego bajo las sábanas. Él está constantemente de mal genio, irritado. Olvidadizo y desatento.

Mis ganas de quedarme disminuían proporcionalmente a cada secreto de alcoba que proporcionaba. Soportando los pormenores de su relación matrimonial, continué atenta, prometiéndome que de no abandonar el tema en cinco minutos, fingiría un súbito contratiempo.

—Comencé a seguirlo nuevamente, esta vez, durante horario escolar, mientras los niños estaban en el instituto. Por desgracia, desde que cambió de hospital, no me fue posible encontrar patrones de conducta; no tiene horarios fijos ni compañeros con los que superpone sus servicios. Además, las guardias pueden extenderse por larguísimas horas y no podía darme el lujo de pasar todo el día escondida en mi automóvil.

—Toda una profesional — Murmuré con sarcasmo antes de terminar mi té.

—Que quede claro que yo amo a mi esposo, Ivana, y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para que se quede a mi lado —Posesiva, casi rozando la toxicidad, impuso. Mi rostro prefirió ser indiferente.

—Mirella, cómo se lleven o cuáles sean tus maniobras para retener a Renzo, francamente, no son de mi incumbencia. Sigo sin comprender para qué cuernos querías reunirte conmigo— El

relato se tornaba monótono y desagradablemente privado. El reloj corría y más allá de comprar mi silencio, no entendía sus intenciones por mantenerme cautiva de su espionaje.

Me mostró sus palmas en alto, comprendiendo mi aprehensión.

—Lo seguí por tres semanas consecutivas, esperando un desliz de su parte. Nunca llegó; no obstante, pude notar una única coincidencia: todos los martes, a la misma hora, se sentaba en aquella banca de iglesia en la cual lo encontré. Supe que no era una simple casualidad o un pedido místico. No. Existía una razón por la que lo hacía. Y me propuse averiguarlo.

—Supongo que tienes una conclusión para eso.

—En efecto, Ivana. Confirmé, entonces, que no estaba liándose con una compañera de trabajo, con la madre de uno de los amigos del instituto de nuestros hijos o con una completa desconocida sino que él me estaba engañando con un recuerdo, con una sombra del pasado que no podía sacar de su cuerpo y mente — su mandíbula se puso tensa y sus pómulos más afilados de lo posible —. En oposición a lo que siempre pensé, no me casé con un hombre libre, Ivana. Y la culpa de eso, la tienes tú.

Fue inevitable sostenerle la mirada, en completo estado de *shock* ante la revelación: Renzo seguía yendo al lugar donde había prometido casarse conmigo, a esa iglesia donde yo acababa de llorar la pérdida de ese amor que, a mi juicio, pensé que nada significaba para él.

Recuperándome, minimizando mis sentimientos y los que posiblemente guardaba su esposo, me reí ante la ironía del caso porque para Renzo, el recuerdo de sus promesas, se habían convertido en una tortura difícil de enfrentar.

—Mirella, no puedo negar que me asombra lo que dices. Lo que pasó entre Renzo y yo no fue más que un romance tonto repleto de promesas que se desvanecieron tan pronto como me fui de aquí. Él supo encontrar rápido consuelo en otras mujeres, sé de lo que hablo —Cargando mi relato de una hostilidad impropia de mí, rogué porque me dejara en paz de una vez por todas.

—Conozco a Renzo y puedo asegurarte de que tu llegada no le resultó indiferente. Desde que te vio en casa de su padre, su actitud ha cambiado por completo.

—Lamento tus problemas maritales, Mirella — Fingí superación personal, pero mis

piernas se sentían como de gelatina —, pero no me culpes por su incapacidad de resolverlos—  
Inquieta, agobiada por esta pesada charla, me puse de pie, cogí mi bolso y arrojé el monto de mi infusión en la mitad de la mesa.

—No dejaré de luchar, Ivana. Es mi esposo, siempre lo será — dijo con enérgica defensa.

—Pues te sugiero que lo cuides y dejes de coquetear con otros hombres. No creo que eso te conduzca a nada bueno — Victoriosa, con una corona de laureles imaginarios sobre mi cabeza, lancé.

En piloto automático esquivé las mesas ocupadas de la cafetería y caminé hasta mi coche rentado. Con la quemazón interna de guardar no solo uno sino dos secretos, no supe ni qué maniobra realizar para arrancar el vehículo. Mis manos temblaban sobre el volante y mi corazón galopaba a toda velocidad.

Con la adrenalina corriendo por mis venas, nada me hacía mejor que ella. Yo había estado a punto de acostarme con su esposo de no ser porque la voz de mi conciencia se interpuso a tiempo.

Compuesta, giré la llave y comencé a conducir. Una sonrisa inintencionada escaló por mi cuerpo hasta estampillarse en mi rostro al aceptar que él continuaba yendo a la iglesia cada martes.

*¿Cuánto habría de redención y cuánto de sinceridad en su actitud? ¿Realmente su alma estaba en penumbras desde mi partida y los recuerdos le daban la luz que necesitaba para continuar adelante?*

Veintidós años y quince días habían pasado de mi adiós, de aquella mañana cálida y soleada en la que él se despidió de mí como si nada, en el porche de su casa, con su padre y su hermana como testigos.

Yo, con mi vestido azul con flores pequeñas en blanco y amarillo, me abalancé a los brazos de Cecé ante la fría mirada de su hermano.

Cuando fue su turno, Renzo se ajustó a un beso tibio, timorato. A un “*nos vemos en la Uni de Roma*”, en tono burlón y desinteresado, sabiendo que mi destino tenía acento americano

y que, en buena parte, dependía de mis calificaciones poco felices.

Desde dentro de aquel taxi, puse mi mano en el cristal, triste, con una opresión sobre el pecho que no me dejaba respirar. Mi madre, a mi lado, solo hablaba del horario del vuelo en tanto que mi padre protestaba por el calor.

Había pasado más de dos décadas de la última vez que nos escabullimos entre los árboles que delimitaban las regiones de Lombardía y Piamonte, cerca de Valenza. Más de veinte años de contar las estrellas en ese diáfano cielo y donde juramos que el próximo verano nos encontraría en el mismo sitio.

*¿Cuál sería el costo de decir la verdad?*

Mil veces me había hecho esa pregunta.

Mil veces, la respuesta me acobardó.

Pensar en el potencial odio de mi hijo confirmó cuánto lo echaba de menos. Dedicado a sus estudios, a su noviazgo reciente pero serio, poco tiempo tenía para platicar largas horas como cuando vivía en mi apartamento.

La soledad estranguló mis cuerdas vocales.

Más tarde, ya en casa de mi abuela, llamé a Gabriel.

Como era de esperar, no atendió a la primera llamada ni a la segunda. Sin reparar en la diferencia horaria, solo esperé escuchar su voz para tener un poco de sosiego.

## 18                    PAPÁ Y TÚ

—¿Mamá? ¿Pasa algo malo?

—¡No, hijo, no! —me anticipé—. Lamento haber llamado a esta hora solo quería... hablar. —Tragué la bola de angustia atorada en mi garganta. Al instante, supe que llamarlo en

este estado no había sido nada inteligente.

—Este no es cualquier llamado, ¿cierto? —Me conocía lo suficiente como para adivinar mis estados de ánimos aun a la distancia.

—Necesitaba escucharte— mi voz se rompió, dando lugar al llanto descontrolado.

—Mamá... ¡rayos! No llores. Estoy muy lejos para abrazarte — se reprochó y lamenté que se culpara —. Mira, no es por no hablar contigo, pero ahora mismo estoy por ingresar a una clase de anatomía. Necesito saber que estás bien y que esto es solo “extranitis aguda” —Bromeó, arrancándome una necesaria sonrisa. Así era mi hijo: un rayo de sol en estado puro.

—Hijo, no te aflijas, soy una tonta que necesitaba oír a su bebé— Sorbí mi nariz, dramática. Me di aire con la mano libre.

—Sé que últimamente no he pasado mucho tiempo contigo; mis estudios no me han dado tregua, pero prometo que en cuanto comiencen las vacaciones te iré a visitar más a menudo. Quizá, puede que algún día vaya con Sydney... — mencionó a su reciente y encantadora novia.

De origen canadiense, la muchacha estudiaba literatura. De contextura pequeña, su mirada enamorada hacia mi hijo me brindaba la tranquilidad de saber que él estaba junto a una persona que lo quería. Y ese no era un detalle menor.

—Me gusta la idea, Gabo. Sé que tienes tus obligaciones y está muy bien que así sea. Ya tendremos tiempo para pasar juntos.

—Claro, ¿cómo no lo entenderías? — chasqueó su lengua y exhaló —. A mi edad, tú ya tenías un bebé en brazos.

*Comprensivo, inteligente, hermoso por dentro y por fuera, ¿qué mejor hijo que este?*

—Es cierto, lo cual no significa que desee que puedas estudiar, ser un profesional con todas las letras y que ahora no tengas que cambiar pañales. Los tiempos cambiaron y te sugiero...bueno, pues que te cuides. Ya hemos tenido varias charlas alrededor de las cigüeñas y los niños, además de las ETS...— aun siendo una mujer joven me sentía incómoda hablar de ciertos temas con él. Agradeciendo que Charly me hubiera ahorrado las pláticas más profundas, no me parecía de más recordarle los aspectos básicos de la anticoncepción y protección sexual.

—Ya, ya...— apostaba que estaba sonrojándose —. ¿Cuándo volverás a San Francisco?  
—Salió elegantemente del enredo.

—Había previsto que todo se resolviera en el término de diez días, pero nada es tan rápido como pensé. Estoy esperando a la entendida en bienes raíces para que me asesore con el valor de venta de la casa. Quiero una segunda opinión.

—¿Continúas con la idea de ponerla en el mercado?

—Es una vivienda vieja, con muchos arreglos pendientes. Y sinceramente, necesito dinero para hacer unos arreglos en mi apartamento, en el salón y pagar algunas deudas en casa.

—¿Nunca se te ha ocurrido establecerte en Italia? Siempre hablas de lo bella que ha sido tu infancia allí, de los lindos recuerdos que has construido junto a tu amiga... ¿cómo era su nombre? —Ignorándolo, hablaba de su tía. Me atravesó un fuerte escalofrío de solo pensar que podían encontrarse cara a cara en algún momento de sus vidas.

—Cecé —ejem—. Cecilia Herssig.

—¿Has ido a visitarla? Es una buena oportunidad para reunirte con ella después de tantos años — *Si tan solo lo supieras, Gabriel...*

—Sí, la he visto. Su padre no está bien de salud y eso me tiene un poco preocupada. Él era muy amigo de la abuela Adda; Giorgio está internado desde hace unos días y el panorama es desalentador.

—Oh, mamá, esas no son buenas noticias.

—No, Gabo, me temo que no — Inspiré. Ese hombre tendido en una cama de hospital, luchando por su vida, era su abuelo, el único que le quedaba vivo y yo le estaba negando ver.

—¿Sabes? Está bien que llores, que expreses tus sentimientos. Siempre has tratado de contenerte por mí, mostrándote como una mujer fuerte. Las mujeres fuertes también sufren, mamá — Apuntó, cariñoso.

—Gracias hijo, eres una muy buena persona.

—Papá y tú me han moldeado a su imagen y semejante —reflexionó.

*Papá y tú*, repitió mi voz interna, apuñalándome por dentro.

—Jesús, ya llego tarde a mi clase. Tengo que entrar ya mismo antes de que no me permitan entrar. ¿Hablamos en otro momento?

—Claro, hijo. Y perdóname por las veces en que he sido un poco dura contigo...

—Mamá, ya deja de serlo contigo misma; has sido y serás una excelente madre. Nada ni nunca cambiará eso.

*Yo no estaría tan segura*, acoté, en silencio, con la culpa de llevar sobre mis espaldas la pesada carga de su identidad.

La verdad parecía convertirse en una fuerza opresora que combatía contra mi voluntad por callar. Jamás había estado tan insegura de mantener mi secreto a salvo, pero aquí, en el sitio donde su verdadero padre y yo habíamos jugado a ser novios y amantes, hasta las paredes parecían hablarme, reprochándome mi actitud.

Aturdida mentalmente, cansada y mal comida, abrí la puerta a Illona Valturino, la amiga personal de Renzo y experta en asuntos inmobiliarios.

Con su elegancia característica, me dio dos besos y se quitó las gafas. Sin expresar ningún tipo de juicio por adelantado, observó la sala de punta a punta.

Extendiendo sobre el respaldo de unas de las sillas su echarpe de hilo y delicadamente bordado con flores de nácar, recorrió los casi treinta metros cuadrados de superficie solo aprovechados por anticuado mobiliario.

—Mmm, creo que deberíamos retirar algunos muebles para que los compradores vean el potencial de este lugar. La pintura no está muy bien conservada, pero tampoco luce tan mal — fue extremadamente sincera —. Habría que rentar un depósito temporario para quedarnos solo con lo básico — frente a un gran armario de cuatro puertas -dos macizas y ciegas con volutas repujadas y dos de cristal con filigranas en sus esquinas- se mantuvo de pie, en silencio, contemplando con atención las copas en su interior. Diligente, volvió a escena y con el dedo comenzó a señalar—: Este mueble, esos sillones y ese tocadiscos, se van — chasqueó sus dedos —. A la mesa habrá que vestirla con la mejor blanquearías que tengas, vajilla importante y

platería de primera calidad. Debemos vender esta casa como una propiedad que conserva su elegancia y tradición.

Yo asentía cada una de sus palabras con cada paso dado. Illona se mostraba profesional, expeditiva y muy interesada en hacer un buen negocio. Se lo agradecí con el alma.

Continuando por el baño de la primera planta, quizás lo más deteriorado, frunció la nariz y cada músculo de su rostro. Contuve el aire, preparándome para el destrozo.

—Sí o sí necesitaremos pintarlo y revisar la fontanería. Agregaremos estantes y redecoraremos. Mañana mismo te enviaré a Filippo para que él haga la magia — Calzándose sus gafas de aumento, tecleó en su teléfono.

—Yo...yo no puedo afrontar una reforma ahora mismo — siseé, ya que no tenía previsto ponerme en gastos por adelantado.

—Lo deduciremos de las futuras ganancias, descuida — Era obvio que ella estaba acostumbrada al manejo de esta clase de situaciones y por eso era la mejor. Tenía todo pensado y resuelto. Renzo me acababa de hacer un enorme favor al enviarme a esta mujer —. Se pintará de blanco y subiremos el armario estrecho que está en la sala, actualmente mal utilizado — indicó, haciendo referencia a un pequeño librero que mi abuela mantenía con viejas revistas de cocina y baratijas de cerámica.

Hablando de las características de las propiedades que solía vender, de sus veranos en Grecia y de los múltiples cursos de decoración que hizo, expresó sus deseos truncos de ser arquitecta. Heredando el negocio familiar, había sabido tocar con su varita mágica una pequeña oficina que, hoy en día, era un imperio.

Con su tableta ultramoderna sacó fotografías y gracias a un programa milagroso de diseño en línea, las editó en un milisegundo. Por ser una persona mayor, manejaba la tecnología al dedillo. Era digna de mi admiración.

Su visión de la casa no cambió a medida que avanzaba, haciendo de su discurso algo monótono: mobiliario pasado de moda, fácilmente descartable y colores aburridos por doquier.

—La habitación principal será blanca a excepción de la pared adonde se ubicará el cabecero, la cual será morada. Reubicaremos este espejo — hablándole a la cámara de su teléfono, hacía referencia al bello espejo de volutas doradas, colgado sobre un mueble de madera algo corroído por el tiempo —. Desde ya, las lámparas con caireles serán el punto focal, porque si algo es atractivo aquí son ellas — No me resultó extraño que Cecilia hubiera destacado lo mismo.

Forzándome a buscar la mejor blanquearía que estuviera a mi alcance, rogué que las polillas no se hubieran hecho un festín con los juegos de sábanas de seda o los edredones de hilo de mi abuela. Era un detalle no menor, caso contrario, tendría que invertir en vestimenta para las camas y nuevas fundas para los múltiples cojines, en el fondo de su armario.

Finalizando con el cuarto más grande de la planta superior, fue el turno de los dos restantes. Mientras que el mío era cuestión de pintura y orden, el otro, aquel con la hermosa biblioteca y la máquina de escribir de mi abuelo, fue eje de polémica.

Yo quería mantener el espíritu de ese sitio con el olor a libros viejos, con las anécdotas perpetradas en cada hoja, mientras que ella sostenía que el polvo era malicioso y el aspecto general del ambiente, nada alentador.

—Estos libros no son atractivos y el aroma es a ...*cof-cof*...¡viejo!— Tosió dramáticamente y tapó su nariz, hablando en un tono aún más agudo de lo normal.

Sin esforzarme de más en refutar sus fundamentos, entendí que cualquiera de su propuesta tenía un signo de dinero por detrás. Ella era la experta mientras que yo, solo una sentimentalista que pretendía continuar atada a un pasado que ya no era más que un puñado de recuerdos.

Finalizando la excursión en el parque trasero, todo pareció fluir y disipar mi malestar de los días anteriores: propuso cortar el césped – algo obvio -, agregar algunos plantines con flores coloridas en los maceteros vacíos y reubicar el juego de jardín de hierro, nuevamente de moda.

Agradecí que el columpio no fuera parte del cambio; no estaba dispuesta a permitir que lo quitaran del lugar. Ese nogal, donde Renzo y yo habíamos tallado nuestros nombres era el mismo

sobre el cual me arrinconó por primera vez, tenía un valor sentimental inexpugnable.

Para ese entonces, su mano se había filtrado por debajo de mi blusa holgada veraniega; llegando a la parte delantera de mi torso, recalando en mi busto ya prominente, había rozado mis pezones con sus pulgares.

—Mañana tendrás a mis muchachos a las ocho. en punto. No los tendrás aquí por más de una semana.

—¿¡Una semana!? —Mis manos se movieron compulsivamente, repasando mi agenda mental. Una semana era más de lo que había calculado, aunque justo teniendo en cuenta todo el trabajo por hacer.

—Ivana, querida, sé que es un proceso doloroso y que quieres quitarte ese peso cuanto antes de tus hombros, pero se trata de una vivienda muy deteriorada y que necesita de mucho amor y trabajo para que sea vendible. ¿Acaso no es lo que quieres: desprenderte de ella lo antes posible y por una suma conveniente? — Fue amablemente cruda. Mi abuela llevaba menos de una semana muerta y yo ya estaba haciendo números con su casa.

—Supongo que tienes razón...—exhalé pesadamente, algo decepcionada con el curso de las cosas.

—Entonces, ¡no se habla más! ¡Tenemos un trato!— Del bolsillo interno de su bolso, extrajo una pequeña tarjeta. Blanca, minimalista, rozando lo básico, contenía el nombre de una persona: “Giuliano Bertolini” —. Él podrá asesorarte con el tamaño del depósito que necesitaremos para guardar los muebles que utilizaremos. Sus chicos se encargarán del traslado. Solo queda pensar cual será el destino final de aquellos que no son de valor para ti.

—Oh, por supuesto —mi corazón latía fuerte con el peso de lo pendiente.

—Hay algunos sitios de compraventa de muebles antiguos. Si quieres, puedo darte algunos contactos. Sinceramente, no te vendría mal algo de dinero extra — Entregándome dos tarjetas más, continuó con pensamientos en voz alta.

Acompañé a Illona hasta la puerta de salida. Fuera, incluyó a su interminable lista de tareas por hacer, la de pintura de la fachada y reparación de tablones de madera del porche

delantero. Rasqué mi cabeza, agobiada.

—Sé que estás sufriendo por tener que vender esta propiedad. He visto tus ojos cuando describías cada ambiente de la casa, su parque, tus vivencias en ella y créeme que eso jamás se borrará de tu vida ni de tu corazón, *bella* — fue amable, incluso, su gesto se llenó de emoción. No era solo una mujer de negocios después de todo —. Es hora de marcharme. Podría darte un costo de venta de acuerdo con lo que acabo de ver, pero te aseguro que no se compara con el precio que obtendrás después de la renovación —Guiñó su ojo, dándome una palmadita en la espalda.

—Gracias Illona, es muy importante lo que estás haciendo...sin ti, no hubiera avanzado ni dos casilleros.

—Me alegra poder ayudarte, *cara mía*. Y sé que, si Renzo me pidió colaboración, es porque lo necesitaban.

—¿En plural? —Ella se sonrió ante mi pregunta, relamiéndose, guardándose un comentario para sí misma, imposible de develar.

—Adiós, quedamos al habla —Agité mi mano en cuanto aceleró su Alfa Romeo rojo.

El primer paso estaba dado.

*Y qué gran paso.*

## 19 SE HIZO LA MAGIA

Tras secar los trastos usados para la cena, la noche me invitó a salir al patio.

Con las manos en los bolsillos, consciente de que en la próxima semana nada volvería a ser igual para esta casa, caminé descalza sobre el césped fresco.

Tomé una regadera, la llené con agua del grifo y comencé a regar las plantas, bastante verdes pese al poco cuidado de los últimos días. Poco me importó que mis pies se humedecieran.

La luz trasera de la casa vecina se encendió inesperadamente. ¿Algún sensor de movimiento habría advertido mi cercanía?

Sigilosa, me aproximé al muro medianero y escuché ruidos.

Nada pareció extraño y la paz regresó a mí; de hecho, no era ilógico pensar en que Renzo o Cecilia estuvieran cuidando la propiedad.

Continuando con mi tarea, arranqué yuyos malos, quité hojas mustias a las azucenas, reforcé la hidratación de los arbustos con campanillas de color sofocados por el calor estival y, por último, refresqué el cemento del camino que me conducía hacia el columpio.

Por inercia, caminé hasta él y tomé asiento.

Hamacándome con tranquilidad, pasé los minutos en soledad, con los ojos cerrados, inspirando el aire puro de este jardín que tantos recuerdos me traía.

¿Qué tan malo podía ser voltear el timón y comenzar en otro sitio?

Gabriel me había enfrentado a una gran verdad: Monferrato era mágico, era nostalgia. Mi felicidad. Mi lugar en el mundo. Y aunque ahora nada se comparaba con aquellos veranos en

bicicleta, cuando usaba vestidos floreados y reía hasta el amanecer, las cosquillas eran las mismas. Mis ganas de permanecer aquí eran idénticas.

¿Podría rentar mi apartamento en San Francisco y destinar ese dinero a uno en Turín?  
Claro.

Incluso, la posibilidad de acceder a un préstamo económico de la mano de Cecé para montar un salón en el centro estaba al alcance de la mano; sin encontrar más que viejas barberías o salones poco desarrollados, el panorama no era en absoluto despreciable.

Entusiasmada, me dije que tendría que llamar a la nueva esposa de Charly para revisar mis finanzas y mis posibilidades de cambio.

Megan era una mujer estupenda. Eficiente, profesional y gentil, había ganado la lotería al emparejarse con mi exmarido. Con el corazón roto y desgastado por años de no sentirse amado y de contribuir a un matrimonio que jamás funcionaría, Charly merecía rehacer su vida. Instigado por mí misma, le armé un perfil en un sitio de citas.

Escogiendo las mejores fotografías, enalteciendo su don de buen hombre, sumamente trabajador y gentil, no fue difícil que varias mujeres se interesaran en él.

En su intelecto, en su buen trato y serenidad, en su buen humor, radicaba su belleza. Y yo estaba más que feliz de haber criado a mi hijo junto a él.

—Tú también deberías hacerte uno de estos perfiles —Insistió contra mi voluntad para aquel entonces—. Eres joven, atractiva y una gran mujer. Además de excelente madre, claro. — Me tomó de las manos y me miró con ojos tiernos, con la herida apenas cicatrizando por habernos divorciado.

—No, lo creo. Deberías saber que no se me da bien el amor.

—Lo que *tú* deberías saber, es que mereces una oportunidad y a veces, hay que salir a buscarla. Yo no fui el indicado y las circunstancias tampoco ayudaron. Sin embargo, no podemos decir que no hemos hecho de Gabriel un hombre de bien.

Llorando como una chiquilla admití que Charly había sido demasiado hombre para mí; sin rencores, entendió que habíamos sido presos de una situación adversa.

Tras dos citas con Megan, supieron que estaba hechos el uno para el otro y después de un año de relación, yo misma fui testigo de su unión en matrimonio.

—Hola vecina, ¿gustaría tomar una taza de café con un viejo amigo? — la voz de Renzo atravesó el patio, tomándome por sorpresa. Coqueto, apoyaba sus brazos sobre el muro que separaba nuestras casas.

Ladeé mi sonrisa y me puse de pie. En dirección hacia él, esgrimí una respuesta:

—Mmm, no lo sé. Temo no poder dormir de noche —Afirmé, consciente de mi habitual reflujo y los efectos de la cafeína.

Manteniendo cierta distancia, dimos continuidad a la plática informal.

—Eso significa que ya te estás convirtiendo en una mujer muy mayor.

—¿Giorgio no te enseñó a no referirte a la edad de una mujer? Es de mal gusto. — Crucé los brazos sobre mi pecho, subiendo mis pechos inconscientemente. Él se limpió la garganta y siguió como si nada.

—Yo no he podido quitarme el vicio de beber al menos una taza antes de ir a la cama.

—Yo prefiero leer un buen libro.

—¿Estás con algo nuevo? Hace mucho rato que no leo...— se mostró afligido por el abandono de esa práctica que tanto cultivaba de joven.

—Trabajas mucho, tienes dos niños pequeños que te necesitan y una esposa por la que velar. Es lógico que no puedas dedicar tiempo a tus aficiones— Enumeré, obviando el pequeño detalle del flirteo de Mirella en la biblioteca del centro de la ciudad.

—Sí, lo sé. Aun así, debería hacer cosas por mí, más allá de las responsabilidades de sostener a una familia.

—Te vendría bien hacer terapia.

—Si el día tuviera cuarenta horas más, quizás — fue gracioso y nos reímos a la par —. Vamos, Iv. Realmente me gustaría conversar contigo. Puedo ofrecerte un té de manzanilla. — Hizo una mueca infantil de disgusto. Él odiaba el té de hierbas. Meneando la cabeza, debatiendo si era lo mejor, admití que no aceptar sería grosero.

En menos de cinco minutos estuve en la sala de su casa. Tan ordenada como aquel mediodía en el cual almorzamos, solo noté una pila de álbumes familiares sobre la mesa familiar. Sonreí al recordar cuando Giorgio me mostró fotografías del cumpleaños de Cecé.

Ese momento había transcurrido hacía un puñado de horas y, sin embargo, parecía muy lejano.

—Esto tiene un valor incalculable — aceptó con una mueca de desazón frunciéndole el rostro —. Hemos tenido una infancia feliz pese a la muerte de Lucciano — tomando una pila de fotografías, las pasó una a una. Yo me mantuve a su lado, testigo de sus reflexiones en voz alta —. ¿Sabes? He soñado muchas veces con él; ha sido un gran amigo, quien me iniciaba en todas las travesuras y desventuras. Lo veía como un ídolo, invencible e inalcanzable. —Chasquea su lengua, sentimental. No he tenido hermanos, mucho menos que hubieran fallecido, lo cual hace imposible que esté en sus zapatos —. Quiero creer que está cuidando de mi madre y están preparándose para recibir a nuestro padre — Vulnerable, se echó a llorar.

Hubo una vez en la que Renzo sabía que conmigo no debía tener pudor ni ocultar sus verdaderos sentimientos. Aparentemente, seguía siendo rudo por fuera pero tierno por dentro.

—Aquí, Cecé estaba obligándome a jugar al té con ella — Entre sus risas y sollozos, señaló una cómica imagen: su hermana, sentada en el piso de alfombra, se había rodeado de muñecos a los que le servía té con una tetera. Por detrás, se podía ver a Renzo sacándole la lengua y haciendo gestos ridículos con la lengua y los ojos.

—Ahora entiendo por qué te decantas por el café —Nuestra carcajada fue instantánea, conectándonos nuevamente. Me miró por sobre su hombro, manteniendo la curva de sus labios en alza.

Anécdotas familiares mediante, todas las fotografías contaban una historia cuyo factor común era el afecto y cariño que se tenían los miembros de esta familia. Dado que fui amiga de Cecé por mucho tiempo, también participaba de los recuerdos que afloraban.

—¿Recuerdas esa tarde? El calor era insoportable.

—Fue tomada en mi último año en Monferrato, en el cumpleaños de tu hermana.

Casualmente, en menos de un mes se cumplirán veintidós años de ese momento.

—No es lo único.

—Ah, ¿no?

Renzo elevó un dedo, obligándome a permanecer en mi sitio. Frente a un pequeño y antiquísimo mueble de roble, similar en textura y estilo a los que predominaban en la casa de mi abuela, sacó una caja de zapatos, pesada y con polvillo.

Sopló la cubierta, le pasó un trapo húmero por la tapa y la colocó sobre la mesa.

—¿Qué es esto? — Curioseé.

—Hete aquí la magia.

—¿La magia? — Repregunté y para entonces, él abrió la caja y señaló numerosos casetes de videos.

—¡Esto es prehistórico! Deberías llamar a la Dirección de Patrimonio de la Comuna para que lo exhiba en un museo — Bromeé, leyendo velozmente algunos de los títulos rotulados con marcador.

Rápidamente, apartó dos y pulsó el encendido del televisor.

—Mi padre no era adepto a desconectar las cosas por miedo a no saber reconectarlas por lo tanto, si tenemos la suerte de nuestro lado, esto tendría que funcionar — Encendiendo los dispositivos necesarios, desenrollando el nudo de coloridos cables y enchufes, tomó uno de los viejos y sucios casetes y lo insertó en la lectora.

Corrí una de las sillas que rodeaba la mesa principal y tomé asiento, dispuesta a disfrutar de lo que fuera que apareciera en pantalla. Tras apretar una serie de botones y pelearse con el control remoto, Renzo logró su objetivo. A tozudo nadie le ganaría y ese detalle me recordó a Gabriel.

Lo echaba de menos, por cierto.

Animado, Renzo regresó a mi lado y presionó el botón de “play”. Efectivamente, la magia se manifestó ante nuestros ojos.

Las imágenes eran borrosas en el mejor de los casos, las voces en diferentes escalas de agudos y vestuario para el olvido mostraban uno de los tantos bailes que organizaba Cecé. No recordaba su atuendo, lo que me hizo pensar que no había participado de ellos.

.Señalando a los conocidos, recordando sus nombres y apellidos, Renzo se doblaba de la risa.

Yo también lo hacía, contagiada por su emoción y carcajadas.

Una mala edición mostró otra secuencia de baile y saludos a Cecé. La cámara se movía de un lado al otro sin enfocar y los gruñidos de Giorgio no hacían más que confirmar que tanto la filmadora como él estaba en “modo experimental”.

La cinta corrió sin más, hasta que una toma me tuvo como protagonista: ubicada en un rincón, yo no hablaba con nadie. Mi poco discurso en italiano, mi mote de extranjera junto a mi timidez, me jugaban en contra. Entonces, el mismísimo Renzo fue quien se sentó al lado y me hizo compañía.

Cerca, casi pegado a mi boca, me susurraba. Mi cabeza automáticamente se situó en ese preciso momento:

—*Vamos a bailar. No es el mejor tema del momento, pero es una canción divertida* — Renzo trataba de ser simpático. Yo me aferraba a mi asiento, negando con la cabeza. Él se mostró resignado al instante —. *¿Prefieres tomar aire fresco?* — me propuso. Yo prefería la intimidad, el resguardo de tumulto.

La cámara tomó el instante preciso en que Renzo sujetó mi mano y la besó antes de irnos de foco. Sin embargo, pudo verse que alguien levantó la grabadora y acompañó nuestra marcha.

Con algo de vergüenza, esperé por la próxima imagen. Renzo se colocó sus gafas con expectativa de quien mira a escondidas. Me esforcé por recordar lo que sucedió a continuación. ¿Él se sentiría del mismo modo o todo era un viejo borrón?

De pie, apoyados contra una pared, nos amparamos en la tenue oscuridad que nos proveyó la huida del sol. Nuestro beso a escondidas fue nítido para la máquina, como así también el movimientos de mis manos sobre su pecho y las suyas, en la parte baja de mi espalda. Por acto

reflejo bajé la mirada, con las mejillas calientes y sonrosadas.

—¿Estás avergonzada? — preguntó Renzo presionando el botón de “stop”.

—No sabía que alguien nos vio. Además, ese vestido era espantoso— protesté dándome aire con ambas manos.

—No seas tonta, todos los vestidos que usabas te quedaban hermosos. Deberías volver a usarlos.

—Si con 17 años me sentaban horribles, no quiero siquiera imaginarme lo que parecería ahora con ellos.

—Iv, no te desmerezcas. Puede que el estilo no te siente, pero sigues siendo preciosa —Acepté su cumplido, tomándolo como lo que era. Sin sobre analizar. Sin esperanzarme.

—Vamos, pon “play”. Estoy ansiosa por ver cómo terminó la telenovela — Bromeé con la certeza de que ese beso había sido uno de los primeros que nos dimos.

Por fortuna, la persona que estaba detrás de la cámara se apiadó de nuestro infame toqueteo y nos ignoró, enfocándose en el perro de la familia, Chicco, que estaba haciendo travesuras con su hueso de goma.

Preguntándose en voz alta “cómo se apagaba la filmadora”, cualquier sospecha sobre el autor del video se esfumó.

—¿Era mi papá?

—Giorgio siempre lo supo...— Suspiré. Él me había tendido una trampa al traerme hasta aquí excusándose con una simpática foto, siendo que había filmado la prueba exacta de nuestra fechoría juvenil.

Mordí mi labio y meneé la cabeza. No habíamos sido tan discretos después de todo.

Renzo se puso de pie apenas culminó la cinta para extraer el video. Fue inevitable notar un gesto apacible y tierno de su parte, lo que anticipó una reflexión acerca de lo descubierto.

—Ahora comprendo por qué papá sostuvo mi mano y me habló de ti antes de llamar a la ambulancia.

—Te hablé...¿de mí? — Desconcierto era decir poco.

—Al principio no logré comprenderlo; mis idas y vueltas con Mirella han sido una constante desde que nos casamos. Por eso, cuando me dijo algo acerca de tener otro nieto, fue extraño — inspiró y exhaló, haciendo que mi corazón golpee en mi pecho —. Antes de cerrar los ojos y hacer una ligera convulsión, besó mi mano y me hizo prometer que sería feliz. Obviamente le respondí que ya lo era y fiel a su estilo, chasqueó su lengua y cito textual: “serás feliz solo con ella. No con esta...sino con ella...” — Un grueso nudo bajó forzosamente por su garganta.

Y por la mía también.

Me fue imposible acotar algo, pecando de torpe e insensible; Renzo no pretendió que le respondiera, optando ir a la cocina para cargar agua y poner la tetera.

Pocos minutos después, el aroma a café fue inconfundible y el silbido de la tetera indicó que todo estaba listo para mi té.

Con ambas tazas sobre la mesa y los álbumes sobre una de las sillas de la sala, abrió un paquete de galletas de manteca que no dudó en ofrecerme. Tomé una y se me deshizo en la boca. Lo siguiente, fue un concierto de silencios y sorbidas de infusiones, ruido de envoltorio plásticos y pensamientos en secreto.

—¿Cómo te llevas con tu soltería? — De la nada, como lo haría un mago, sacó conejos de la galera. O más bien, preguntas incómodas.

—¿Con mi soltería? Es mi mejor compañera, en años. —*No me traiciona, no me pide nada a cambio, no me juzga...*

—No has vuelto a formar pareja después de...—Movié su mano, floja.

—¿De Charly?

—Sí, de él — Fingiendo desinterés mojó una galleta en el café, como un niño durante la merienda.

—No — Negué, sin explicar. Había salido con hombres, nunca superando las cinco salidas —. Conmigo solo buscan engañar a sus esposas — murmuré perdida en el líquido asentado en el fondo de la taza, sin medir que, horas atrás, habíamos saboreado nuestros labios como en nuestra juventud. Reaccioné al instante —. Oh, perdona...no quise...no tú, pero... bueno...hay muchos que...sí...— mis palabras tropezaron sin sentido.

—Descuida, Iv. Sé que no me he comportado como es apropiado — Rascó su nuca y dispuesto a apaciguar la tensión, tomó por asalto mi taza vacía.

—¿Sabes leer la borra de café? ¿Eso también te lo enseñaron en la universidad?

—Shhh, necesito concentrarme. — Girando la taza, mirando compenetradamente hacia su interior, parecía un entendido en el tema. O un gran embustero.

—¿Qué ves?

—Veo, veo riqueza. Material y espiritual. ¿Observas esa forma alargada que se curva sobre su punto medio?

—Mmm...algo así...—Con escepticismo, asentí.

—Ese es el infinito — parpadeé ante su seriedad, sin emitir objeción. Continuó con el análisis unos segundos más —. Tu futuro está colmado de dicha. Dicha infinita. Y estos puntos de aquí, que se desperdigan hasta el borde, significan movimiento. Mudanza.

Estupefacta ante su rutina, no fui capaz de esbozar palabra alguna. Yo no era una ferviente creyente de la brujería, por el contrario, mi madre sostenía que hacerlo me convertía automáticamente en una hereje. Sosteniendo que los amarres amorosos, los muñecos vudú y esas prácticas solo servían para quitarle dinero a los desesperados por una respuesta o a los que atravesaban momentos de debilidad, les quitaba importancia a las predicciones banales.

Sin embargo, un cosquilleo particular se apoderó de mi piel al escucharlo con tanto aplomo. Hablando de mudanzas, de felicidad y cambios, todo parecía presuponer que mi mañana

tenía acento italiano.

—¿Y ves algo sobre el amor? — Lo desafié, arrastrándolo a un límite peligroso.

—Déjame ver...mmm...no mucho...mmm — Giró y giró la taza sin que se le moviera un pelo de sitio.

—Oh qué pena. Supongo que tendré que seguir con la postura de no confiar en nadie, entonces.— Fui categórica y un tanto hostil. ¿Innecesariamente? Sí. Pero, quién podía culparme.

—Eso dolió.

—No tendría por qué. De todos modos, pasó mucho tiempo— el reproche quedó perdido en la última línea. No podía superar el dolor. Estaba muy jodida. Recuperando mi taza, fingí leerla —. Aquí puedo ver que me mantendré célibe hasta los ochenta y que apenas llegue a San Francisco, me pondré los hábitos — Nos echamos a reír ante mi ocurrencia.

—Sería un sacrilegio, *sor Ivana* — De improviso, él tomo mi mano derecha y comenzó a acariciar mi muñeca con su pulgar, allí donde el pulso me saltaba intranquilo. Mi lado práctico pedía a gritos que me quitara de su tacto. Mi lado nostálgico solo quería rememorar viejas sensaciones a través de la yema de su dedo gordo.



Mirándome fijo, casi insoportablemente, Renzo se puso de pie sin soltar mi mano; por el contrario, capturó la izquierda y como si acabara de lanzarme un maleficio gitano, fui incapaz de apartarme de él y, mucho menos, de no caminar hacia antigua su habitación.

Hechizados, rehenes de un magnetismo eterno, comenzamos a besarnos lentamente, a transitar el camino de lo pendiente. A diferencia del atraco inconcluso sobre el sofá de mi abuela,

su actitud no fue desesperada ni brusca, por el contrario, se lució por su sutileza.

Posó sus labios en mi boca pidiendo permiso con ternura; accediendo a ella, su beso se intensificó. Traviesos, sus dedos desabotonaron mi blusa abriéndola en dos, haciéndola caer sobre mis pies.

Instintivamente cerré mis brazos, avergonzada por mis curvas de más y por los años transcurridos; mi cuerpo ya no era el mismo de antes.

—Dame una buena razón para estar aquí conmigo — Primó un rastro de cordura con tono suplicante en mi voz. Estaba a un paso de arrepentirme y salir corriendo, pero su perfume, su aliento a café fuerte y el milímetro y medio que separaba nuestros labios, resultaba sofocante.

—Te amé, te amo y te amaré por siempre, ¿te parece suficiente? — mi boca dibujó una leve curvatura hacia arriba, consciente de su respuesta tan necesaria como romántica.

Quise atorarlo con mil preguntas, acusarlo de que lo había esperado mucho tiempo con la ilusión vigente y que le había prometido inútilmente al cielo nunca más rendirme a sus pies, solo que no era momento.

Sus manos habilidosas y salvadoras recorrieron el hueso de mi mandíbula; sus nudillos patinando por la columna de mi cuello.

No pude esbozar reacción ya que mis brazos cayeron desplomados a ambos lados de mi cuerpo y mis párpados se sentían demasiado perezosos para abrirse.

Como los amantes de Verona, pero en Monferrato, Renzo y yo nos reconocimos uno para el otro; algo más de dos décadas habían tenido que pasar para comprender que nos habíamos pertenecido desde siempre y que en mi caso, fue mi dueño desde que lo vi.

Ladeé la cabeza permitiéndole a su boca un mejor acceso a la vena que corría mi cuello; se sentía dulce, excitante. Dolorosamente deseado e impostergable.

Mi boca entreabierta dejó escapar un jadeo impropio al sentir su rastro sobre mi clavícula; relamí mis labios cuando sus besos se desplomaron sobre la línea superior de mi sostén. Fue entonces cuando dejé de ser una estatua para tener un papel un tanto más activo: tomándolo por los codos, acompañé cada uno de sus movimientos sin denuncias ni reclamos.

Mi respiración fue entrecortada cuando mi torso quedó expuesto ante él y su mirada se tornó carnívora. Tragué, descubriendo el deseo implícito en la rigidez de su quijada, en el ardor en sus iris naturalmente azules.

—Eché de menos la tersura de tu piel — besando la línea media de mi pecho, se escabulló entre las copas de mi sostén, llegando así a mis sensibles pezones. De mi boca entreabierta escapan jadeos y gemidos —. Tus pechos son deliciosos, grandes, pesados, mejor de como los recordaba —Los acuné, tomándolos por debajo, ofreciéndoselos a su boca juguetona.

Enredando mis manos en su cabello, en sus ondas desordenadas, rubias y entrecanas, me sentí deseada, venerada. Como una diosa romana.

Renzo descendió hasta mi ombligo, trazó su circunferencia con su lengua y de rodillas, comenzó a despojarme de mis vaqueros.

No importó que me fuera un poco más ajustado de lo ideal, ni que mis bragas no gritaran “Victoria’s Secret “. Tampoco que mis muslos fueran gruesos o que tuvieran marcas de celulitis.

Enmarcando mi cintura con sus manos, aplomó sus palmas en torno a esas curvas extras que se generaron en mi cuerpo producto de dulces nocturnos, vasos de vino, un embarazo de treinta libras contra las que luché y perdí, y un metabolismo un tanto desordenado.

Tardíamente pudorosa, crucé mis piernas una por delante de la otra, deteniendo su raid sobre mi cuerpo, prohibiéndole al acceso a aquel sitio que poco había explorado con sus dedos y, mucho menos, con su boca.

—Sin presiones, Ivana. Estamos aquí para disfrutarnos — Su voz ronca delataba sus ansias, su preocupación por mi bienestar.

—Lo sé...es que...no soy perfecta...—Suspiré.

—Ese es el motivo por el que te amo tanto, Ivana. Porque tu imperfección es todo aquello que siempre quise y jamás pude encontrar en nadie más que en tí.

Incorporándose, extendido en toda su plenitud, llevó mis manos a su rostro.

—He sido un inmaduro, un pendejo cruel. No hice bien las cosas, pero no fue adrede; yo

tenía una chica que esperaba por mí en Roma, un trabajo bien remunerado, una carrera a la cual dedicarme. No supe cómo lidiar con el imprevisto de encontrarnos — Besando las palmas de mis manos fue extremadamente sincero. Se me cerró la garganta, odiando sentirme como esa mujercita de diecisiete años que creyó en cuentos de hadas y arco iris con tanta facilidad.

—Lo hecho, hecho está. —Una lágrima gruesa cayó por mi rostro.

—Déjame amarte como debes, déjame amarte como nunca lo hice antes.

Su súplica, desde el fondo de su ser, cortó como un cuchillo afilado.

—Renzo, tienes una esposa, dos hijos...— Decir “dos” era mezquino y angustiante.

Recordarlo me puso la piel de gallina, me anudó las venas.

—También te tengo a tí, aquí, ahora— Presionando mi mano derecha la apoyó sobre su corazón, en un frágil intento porque no me dé la vuelta —. Amo a mis hijos, pero de qué me sirve continuar con una persona a la que nunca dejé de engañar. Siempre has estado entre nosotros —que esas palabreas se asemejaran tanto a las de su esposa fue debilitante—. Sé que le romperé el corazón, sé que la lastimaré a Mirella, sé que romperé mis votos matrimoniales. Por favor, no me quites esto.

—¿Y qué es “esto”?

—La posibilidad de volver a ser feliz. La oportunidad de volver a enamorarte.

Sus ojos se llenaron una terrible nostalgia y un desgarrador silencio que apagaron la intensidad de su mirada. Abrazándolo fuerte, colgándome de su cuello, me puse en puntillas de pie; él rodeó mi cintura con sus brazos robustos y subió sus manos por mi espalda desnuda, dispuesto a volver a empezar en todo sentido.

Quitándose el polo dejó su torso al desnudo, exhibiendo los nombres de sus hijos tatuados en cursiva caligráfica en el inicio de sendas costillas flotantes.

En el aire se respiraba redención y culpa, pasado y presente, coraje y temor. El pavor de abrir una puerta que jamás volvería a cerrarse.

*¿Pero acaso yo no había soñado con su confesión real y carnal? ¿Qué más necesitaba para despojarme de dudas?*

“Renzo está casado. Ante la ley y los ojos de Dios. Ante los ojos de sus familiares y allegados. No está divorciado, ¡por Dios santo!”

Sin embargo, como bofetada fuerte a mi razón, apareció mi corazón para sacar del plano a la inmoralidad y las traiciones de lado.

Así de gentil, así de crudo, Renzo comandó un nuevo abordó y mi cuerpo y alma, estuvieron dispuestos a pagar el precio.

—Aguarda un segundo —Jadeé al no sentirlo. Dando dos pasos de lado, tomó su maletín médico del que obtuvo una tira de condones. Me eché a reír automáticamente.

—¿Siempre estás así de preparado? ¿Y todos esos necesitas? ¡Vaya confianza! — mi pregunta fue irónica y en cierto punto, inquisidora. La fama de los correteos entre doctores y enfermeras era factor común en cualquier hospital.

—Aunque no lo creas — rasgó el sobre y cubrió su miembro erecto. No pude retirar mis ojos de semejante espectáculo —, dicto talleres de educación sexual en colegios de bajos recursos —Me sorprendió, obligándome involuntariamente a subir mi mirada cachonda —. Ahora, necesito estar dentro de ti.

Arrojándome sobre el colchón, dejando sus actividades extracurriculares de lado, reptó por la cama, soportando el peso de sus aproximados cien kilos sobre sus antebrazos.

Su erección mojaba mis muslos, sus besos humedecían mis pómulos.

—Renzo, ya no habrá vuelta atrás—musité en un estado de ingravidez absoluto.

—Lo sé y no quiero que lo haya —Cautiva de sus palabras, me propuse no caer en su trampa y simplemente disfrutar de este reencuentro.

## 21      **el negociador**

Despacio, con movimientos precisos y cortos, Renzo entró nuevamente en mí. En mi cuerpo, en mi vida, en mi mente y en mi corazón.

Besando mi cuello, mis pómulos, mordisqueando mis labios y jalando de ellos, reavivamos el fuego sagrado que habíamos sabido encender y que nunca se había extinguido.

Entregándome a sus gruñidos, respondiendo con agudos gemidos, la cuestión no era demostrar vigor ni potencia sino de afirmar que ese romance de verano continuaba en vigencia.

El pecho de Renzo rozaba el mío, subiendo y bajando en idéntica sintonía, mientras que mis talones se clavaban en su trasero. Entrecruzando nuestros dedos en línea con mi cabeza, acrecentó el ritmo de los embates; una gota de sudor cruzó su sien hasta que se perdió en algún

punto de su incipiente barba.

Con determinación, necesitando hundirse más, impuso su ritmo. Intenso, caliente, el fuego de la pasión me consumía por completo. ¿O eran las llamas del infierno?

Rechacé mis tontos pensamientos

Yo era un cometa, volaba lejos, guiada por él, por su impulso, por su contacto físico y mental. En una incómoda maniobra, pasó sus manos por detrás de mi espalda y tomamos asiento sobre el colchón. Extendió sus piernas y yo me reubiqué sobre su polla firme, emprendiendo un nuevo camino.

Mechones de cabello ondeado, caían desordenados sobre mis pechos, sobre el suyo, rozando sus hombros salpicados de pecas de sol. Entrelazando mis brazos tras su nuca, robándole besos, dominé por un instante la situación; la fricción era real, ardiente, vibrante. Agitados, con la satisfacción de estar cerca de la meta, las estrellas explotaron detrás de mis ojos: él elevó sus caderas con frenesí y yo, en dirección opuesta, causé el choque, la colisión universal que desembocó en una pesada exhalación de su garganta.

Clavando mis uñas en su espalda, marcando su piel y gritando con desquicio, me liberé.

—Mierda, ha pasado mucho tiempo de esto— Confesó, en oposición a la recurrencia de la que su esposa hablaba.

—¿Qué cosa? ¿Lo de ser infiel? —Eso salió más rápido e inoportuno de lo previsto.

—¿Siempre fuiste tan correcta? ¿Nunca has traicionado la confianza de nadie? —Aún estaba dentro de mí y sus brazos se tensaron a ambos lados de los míos.

—Lo siento. Y sí, he traicionado mis principios — lo besé con energía, dispuesta a que olvidara mi puñal verbal. Salí de él para que se quitara el condón —. He jurado no dejarme embaucar por nadie. Tuve mi buena cuota de drama y dolor. Sin embargo, aquí me tienes, teniendo sexo con mi enemigo.

—¿Eso es lo que soy? ¿Tu enemigo? — Gruñó. Arrojó el condón a la papelera y caminó un par de pasos hacia la silla para recoger su polo. Con el dorso de la mano secó la transpiración de su frente, sin abandonar su gesto acusatorio—. Por Dios, Ivana. ¿No podríamos agitar bandera

blanca? ¿No te interesaría hacer el amor y no la guerra? — Romantizó, desplegando a aquel Renzo idealista que supe filtrarse bajo mi piel.

Estaba cansada de pelear por el pasado, de enojarme por el presente y de sufrir a cuenta por el futuro.

Busqué las sábanas y me cubrí los pechos con ellas. A lo lejos y a pesar de la oscuridad, veía sus ojos lujuriosos, con una chispa incandescente.

Avanzando hacia la cama se arrojó sobre mí y como animal dominante, arrastró las sábanas hacia el piso dejándome al descubierto.

—Tendríamos que negociar los términos de la tregua. —Sugerí, menos combativa.

—Soy muy bueno negociando términos.

—Ah, ¿sí?

—¿Quieres que te lo demuestre? —Logró que mis labios tironearan en una media sonrisa.

—Siempre has sido muy pagado de ti mismo, doctor HerSIG — Hizo un bollo con su polo y lo dejó sobre la mesa. Inesperadamente, se desplomó sobre la cama, abrió mis muslos y escondió su cabeza entre ellos, escribiendo los alcances de nuestro debate.

Cambiando el compás, marcando pausas, Renzo me mostró sus dotes de amante, creando recuerdos nuevos, dejando marcas imborrables en mi memoria.

Cuidadoso por momentos, voraz en otros, buscó mi punto débil, mi botón de estallido. Sin prisa, recorriendo la piel interna de mis piernas, mi carne trémula y desnuda, escribió un nuevo capítulo de esta historia.

Retorciéndome de placer, embelesada con su lengua curiosa y experta, mis manos agitaban su cabello sedoso en una danza desincronizada. Mis rodillas flexionadas eran pieza clave para mantenerme firme; su paso por mis pliegues se sentía como si estuviera bajando en la montaña rusa sin usar cinto de seguridad.

Dispuesto, imprimiendo intensidad, succionando y alternando delicadas lamidas, hizo que colapsara en torno a su boca receptiva y laboriosa. Con sus dedos doblados en mi boca, selló el pacto.

—Eres adictiva. Ni en el más optimista de mis sueños pensé que nos encontraríamos de este modo — Soplando besos sobre mi mullida barriga signó su ascendente camino. Me dio beso casto en los labios, en contraposición con todo lo hecho anteriormente.

—Y yo, ni en el más optimista de mis sueños, creí que no te arrojaría dardos cargado de veneno.

—¿Estás segura de que no lo has hecho? — Rio, acostándose a mi lado y acomodándose la cabeza sobre su pecho. Sus dedos giraban rizando un mechón de cabello húmedo.

—Tienes razón. No puedo evitarlo.

—Siempre has sido sincera conmigo y lo aprecio. Me he ganado cada uno de tus insultos. No fui un buen muchacho.

Besé su tetilla izquierda y perfilé sus costillas con una pregunta atragantada: “¿y ahora qué?”

Una pregunta que no vería la luz de momento, sino que quedaría presa entre mis cuerdas vocales.

—Muchas veces me he preguntado qué hubiera sido de nosotros si después de la preparatoria finalmente venías. O de habernos escapado lejos de Roma.

—¿Llegaste a alguna conclusión? —Susurré contra su piel caliente.

—No estaba seguro de querer saber la respuesta. Supongo que tenía miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿Por qué?

—Miedo de confirmar que me había comportado como un cobarde bueno para nada que se creía muy hombre, pero que al fin y al cabo era un idiota timorato y falto de carácter.

—Buen análisis —musité.

En esta posición escuchaba su corazón, latiendo bajo mi oído, trabajando calmadamente. La luz de la farola del patio apenas atravesaba las rendijas de la persiana de madera. Todo me recordaba a las tardes compartidas aquí mismo, cuando su familia no estaba en casa.

—Quizás creas que soy un tonto pero...no, mejor...haz de cuenta que no dije nada... —retrajo sus labios, haciendo silencio. Incorporándome, clavé el codo en el colchón y exigí que finalizara su exposición acusando un “es injusto que me dejes en ascuas” —. He fantaseado muchas veces...quiero decir...mierda...esto es difícil — balbuceó. Para entonces, tomé la almohada y le di un golpe suave en su rostro. Él puso su espalda sobre el respaldo de madera acolchonada y me invitó a acurrucarme nuevamente bajo su brazo —...cada vez que venía a casa de mi padre soñaba con encontrarte, con verte por casualidad. Que hubieras venido de visita. Los primeros veranos en los que no te vi, fueron duros. Me había acostumbrado tanto a besarte, a escaparme contigo, a hablar sin ser juzgado.

—Sin embargo, estabas con otras chicas.

—Eran parejas casuales, muchachas agradables y de buena familia, nada capaz de satisfacerme. Ninguna era lo suficientemente buena para mí como lo eras tú.

—¿Por qué nunca fuiste a buscarme a San Francisco? —La pregunta que mayor cantidad de veces había reproducido en mi cabeza acababa de filtrarse sin pedir permiso.

—Porque cuando estuve a punto de hacerlo, apareció Mirella — bajé mis párpados, maldiciendo mi infortunio —. Aún conservo el ticket de avión a San Francisco. Te lo juro, Ivana.

Su confesión aumentó mis palpitaciones.

—¿Realmente ibas a volar a San Francisco? — lo miré fijo, buscando alguna fisura en su discurso.

—Por supuesto — acarició mi rostro, sumido en una tierna acción —. Una semana antes de volar, fui a una fiesta de cumpleaños. No sé cómo surgió todo, pero allí estaba ella. Espléndida. Carismática. Comenzamos a hablar y volvimos a salir. Lo tomé como una señal cuando me convocaron a trabajar como asistente en un hospital pediátrico. Allí definí mi vocación. El resto, fue historia: el nuevo puesto en Turín apresuró la convivencia. Nos mudamos de Roma, ella dejó sus desfiles y proyectamos nuestra boda. Los niños no tardaron en llegar. — Con tono monocorde, resumió en tanto que mi estómago giraba pensando en los años que derroché llorando por un regreso imaginario.

—Tienes unos hijos preciosos.

—Son lo mejor que me ha sucedido en la vida — frunciendo el ceño, perdió la mirada en un punto fijo de la pared frente a nosotros —. ¿Sabes? Fue una tortura saber que estabas embarazada y ese niño que llevabas en tu vientre no era mío. Pero estaba dispuesto a lidiar con eso si al viajar a San Francisco decidías que podíamos estar juntos —agregó con gesto adusto. Mordí mi labio, consciente de la información que yo mantenía bajo siete llaves. Podía hablar en este mismo instante, pero no era prudente. Renzo estaba confiándome sus más privados secretos, su sentir más íntimo y no quería interrumpirlo —. Me sentí engañado, estafado. Acabábamos de pasar un verano intenso, de romance puro, nos habíamos entregado sin condiciones y de repente ¡zas!, mi hermana viene corriendo con la noticia de tu embarazo.

Por muchos años me pregunté el modo en que Renzo supo de mi estado, suponiendo que mi abuela había sido la mensajera.

Veintidós años más tarde, quedó en evidencia.

Mordí mi labio inferior, mi respiración inquieta en mi pecho, la culpa ocupando cada

espacio de mi mente. Era el momento aunque me quisiera convencer de lo contrario.

Abrí la boca para cuando él me arrojó un par de preguntas seguidas.

—Cuéntame de él, de Gabriel. ¿Por qué ese nombre? ¿Quién lo escogió? ¿Es tan cascarrabias como tú? —Rozó la punta de mi nariz con la suya, risueño. Más liviano, incluso.

—Pues bien: Gabriel siempre ha sido un nombre que me gustó, angelical y todo eso y Charly no tuvo objeciones — *ni voto*, de hecho. Lo cierto es que mi madre solía acusar al “arcángel Gabriel” de mi embarazo temprano con cierta sorna; obviamente, yo no era la virgen María. Ni virgen, para el caso. Escogí ajustarme a lo más trivial y sencillo —. Como madre, te diré que es el mejor hijo del mundo. Solidario, buen compañero y estudiante. Sus amigos lo adoran y yo lo amo, por supuesto. — Me emocionó gratamente hablar de ese hermoso niño que se había convertido en un hombre más rápido de lo deseado.

—¿Nunca pensaste en ser madre otra vez? — Su pregunta me cogió por sorpresa. No había broma en su voz.

—He estado tan dedicada a Gabriel que simplemente, no se dio. No sé si ahora podría serlo; he dejado los pañales muy atrás — me mostré más nerviosa de lo necesario —. Creo que estoy más cerca del abuelazgo. —Fruncí la nariz, suplicando porque mi hijo fuera más cuidadoso que sus padres —. ¿Y tú? Tienes niños más pequeños que el mío. — Acariciándole los bíceps, noté que sus fosas nasales se abrieron, excitándose. Se lo notaba ejercitado, las venas de sus antebrazos se marcaban como cables en permanente tensión. Ya no era solo el muchacho ancho de espalda y músculos sin trabajar, sino un hombre vigoroso y entrenado, listo para calentar mis hormonas.

—Me encantan los niños. Pero no lo creo posible.

—Tu esposa es muy joven. ¿No quiere otro? ¿Por qué lo dices? —debería haberme callado, después de todo seguía casado y la idea de que embarazara nuevamente a su mujer me dio náuseas.

—En efecto lo es, pero Mirella ha tenido preeclamsia. Sus dos embarazos han sido muy custodiados y por el bien de su salud, un tercero significaría un nuevo riesgo. Se practicó una

histerectomía. Dejando de lado su intervención, tampoco creo que intentaríamos tener otro niño— recorrí sus ojos, sentimentales y sinceros. Un poco de culpa anidó en mi pecho y quise saber si ese remordimiento me correspondía. Detuvo mi futura diatriba con un profundo pensamiento —. En una pareja, la infidelidad es la puerta hacia un camino sin retorno. Hemos pasado momentos álgidos como matrimonio, así como otros de felicidad. No obstante, no estaría aquí si la amara. No me lo perdonaría.

—¿Soy sexo de rebote?

—En absoluto, Ivana. Nunca debimos habernos separado y esto demuestra que el destino quería nuestra unión.

—¿Sugieres algo así como que nos conocimos en vidas pasadas? — Apoyándome en mi texto nocturno pregunté, tocando tímidamente sus pectorales marcados.

—¿Tú dices que somos como Cleopatra y Marco Antonio?

—Esperemos tener un mejor final. —Ambos carcajearon.

—Ivana, yo no quiero escribir finales contigo. De ninguna clase.

El pecho se me infló de orgullo y vergüenza.

—Deja ya de palabrería, Renzo. Deberíamos ser honestos con nosotros mismos — interrumpí su derrotero de besos por mi cuello. Acuné su rostro entre mis palmas, siendo la dueña de la cordura —. Tú debes regresar a tu vida y definir tu historia con Mirella. Tienes dos niños a los que cuidar y cuyos futuros dependen de ti. De mi parte, me queda arreglar este lío inmobiliario y volar a San Francisco a cortar cabellos y a hacer la manicura a mis clientas.

El panorama me aturdía y sonaba mejor de lo que realmente se sentía. Quería mostrarme fuerte, bien plantada. Segura de mis decisiones.

Nada más lejos.

—No quiero que te vayas. ¿Por qué no pensar en la propuesta de mi hermana? Cecé puede ser impulsiva y un poco loca, pero su idea es muy buena.

Mi vida está en San Francisco. Cerca de mi hijo, de mi negocio, de mis amigas. ¿Lo entiendes?

Él inclinó la cabeza, decepcionado por mi respuesta. Buscando mis pechos, se refugió sobre ellos y nos acomodamos en la cama bajo las sábanas enredadas.

—Entonces, aprovechemos el tiempo que estarás aquí. Necesito tenerte, disfrutarte.

—De ningún modo esto puede repetirse. Esto ha sido cosa de una vez. Fue...rascarse la picazón —La garganta se me cerró ante la descarada mentira que brotó de mis labios. Bastante sucia me sentía con el hecho de haberme acostado con una hombre bien casado.

Como era de esperar, la armonía que habíamos sabido sobrellevar se disipó; tomó asiento repentinamente, casi enojado, arrastrándome a llevar la misma postura enérgica.

—Esta misma noche hablaré con Mirella y le pediré el divorcio. Lo prometo.

—No. No deberías hacerlo. Al menos no por esta aventura — Mentí, deseándolo con el egoísmo inserto en mi pecho.

—No es algo descabellado ni de último momento, Ivana. Estos últimos años no se sintieron bien. —exhaló con pesar—. Si no consigo que te quedes a mi lado, al menos pretendo que de este encuentro surja mi fortaleza para hablar con ella. Ser franco con mis sentimientos.

Las palabras posesivas de Mirella en la cafetería resonaron en mi cabeza. Estaba segura de que ella no le concedería el divorcio y que la tenencia de sus hijos sería un derramamiento de sangre y gritos.

—No soy quién para decirte qué hacer y qué no, pero te sugiero que medites tu decisión. Enfría tu cabeza. No es algo para tomar a la ligera. Tus niños deben salir indemnes de esto.

—Ellos son lo único que siempre me han preocupado y haré lo imposible para no perjudicarlos. Giovanna y Tommaso merecen que sus padres sean felices y de este modo, realmente no lo estamos siendo.

Observándolo con serenidad, acaricié su cabello desordenado y corto, anticipándome al adiós. No deseaba marcharme, mucho menos abandonar sus besos, pero era el momento de hacerlo.

Leyendo mi mente, Renzo atrapó mis muñecas, posando un beso suave en cada una de

ellas y rodeándose el cuello con mis manos. Llevándome hacia su torso, mis pechos quedaron desnudos, sin tela que los cubriese; subí a su entrepierna cálida, volcánica.

—La muerte de tu abuela no ha sido en vano.

—¿A qué te refieres? —Susurré a un beso de distancia.

—A que debíamos encontrarnos nuevamente. A que no nos iríamos de esta vida sin vernos otra vez.

—No pensé que serías tan espiritual. Tú, un hombre de la medicina. Fáctico y práctico — dije para cuando me robó un beso furiosamente. Mis dedos se negaban a apartarse de su cabello, raspándose con el corte casi rasante sobre sus orejas.

—Soy un hombre de ciencia y fe en su medida justa. Y sé que ambos teníamos pendiente una segunda oportunidad. Nos la merecíamos. Todavía lo hacemos.

—Renzo, por favor. No hagas que las cosas sean más complicadas. Yo me iré de aquí en cuanto todo esté listo con la casa de Adda— le recordé a desgano y a él no pareció importarle que lo repitiera por enésima vez; abalanzándose sobre mí, capturó la tira de profilácticos y el resto, fue historia.

## 22      **cuestión de tiempo**

Jugueteando con el gel de ducha, con su untuosidad, su tersura y la espuma, reinventamos la pasión. Como aquel adolescente encendido, Renzo se mostraba vivaz, risueño y travieso. Me sentí reconfortada por ser quien le devolviera parte de esas sensaciones, de ese despertar. No obstante, era inevitable caer en la cuenta de que esto no era más que un hermoso sueño con fecha de caducidad.

Haciéndose carne en mí, incluso más que antes, confirmé que en estas más de dos décadas Renzo no había sido un simple amor de verano.

En absoluto. Renzo había sido mi primer beso. El primero en hacerme mujer. El primero por el cual lloré y al cual odié. El padre de mi hijo, ni más ni menos.

*El primero y único en todo.*

Aunque los obstáculos nunca habían dejado de existir y los miles de kilómetros, las mentiras y los secretos había coexistido por más de veinte años, mi corazón nunca había dejado de creer en él.

Mi cuerpo era otro bajo el calor de sus manos. Mis músculos, alertas a su contacto, se contraían y distendían cada vez que era tocado por los suyos.

Colocándome la blusa, no reparé en que se transparentaría a causa de mi cabello mojado. “Ya se secará”, pensé, sin darle mayor importancia al asunto.

Eran las 6 de la mañana y me sentía exhausta. Durmiendo solo de a ratitos, la inactividad sexual previa a esta noche de reencuentro me jugaba una desafortunada jugada.

—Me duele todo — Reconocí, recibiendo un beso cálido de su parte.

—Me alegro ser el causante de tu problema. —Me guiño su ojo, atrevido, pero yo bajé la cabeza, enredada con mis propios pensamientos —. ¿Sigues pensando que dar rienda suelta a esto no es conveniente?

—Fue agradable. El cierre perfecto para nuestra historia de amor —dije con un nudo cerrándome la garganta—. No me siento a gusto con esta situación: sigues casado y no soy de aquí. Punto. — Subí la cremallera de mis vaqueros bruscamente, lista para salir corriendo.

—Ya te he prometido que hablaría con Mirella esta misma noche— Esquivé sus labios en cuanto los buscó. Necesitaba mantenerme enfocada en la negativa, en dejar lo que sucedió bien atrás.

—Aunque me alegro de que eso te haga sentir mejor, las cosas no cambiarán a futuro: ni tú no te marcharás de aquí, ni yo me quedaré.

—Yo no estaría tan seguro de lo último — Insistente como Cecé, me sujetó por la cintura. Susceptible a su encantamiento no ofrecí resistencia.

—Renzo, no somos dos jovencitos inmaduros que no saben lo que quieren. Ambos ya hemos trazado los caminos por los cuales queremos transitar.

—No me sorprende que esté, otra vez, en desacuerdo contigo, Iv. No somos inflexibles ni tenemos comprado el mañana, la vida está en constante cambio, buscado o no. Y yo no quiero perderte. No ahora ni nunca — Sus ojos se oscurecieron en redención absoluta.

*¿Debía creer en sus promesas de hombre adulto y bien plantado? ¿Podía confiar en que su divorcio de Mirella llegaría a buen puerto? ¿Cuánto más estaba dispuesta a esperarlo?*

El forcejeo del picaporte de la puerta de entrada nos alertó, dejando mi debate mental en un segundo plano. El timbre sonó fuerte segundos más tarde puesto que las llaves de Renzo obstaculizaban la cerradura, impidiendo que alguien accediera desde afuera.

El corazón se me atascó en la garganta.

—¡Renzo! — los gritos tempraneros de su hermana fueron elocuentes. Apuradas palabras en italiano le siguieron; sonaban rudas y enojadas, pero ninguna determinante. Renzo y yo nos miramos, sospechando de una mala noticia.

Él cerró su camisa lo más rápido que pudo, corrió hacia la entrada y llevando paciencia a su hermana, quitó el pasador y dio vueltas a las llaves.

—¡Mierda, Renzo! Odio que dejes las llaves colgando del lado de adentro — lo regañó

en un italiano tan cerrado que apenas pude comprender —. ¿Qué...quién...? — disminuyendo la velocidad del ingreso a su vieja casa, Cecé lo miró de los pies a la cabeza. Permanecí en la cocina, sin saber si debía aparecer en escena o aguardar el modo en que se diera el diálogo entre hermanos.

Las tazas sucias sobre la mesa, los álbumes apilados sobre una de las sillas y mis zapatos planos en mitad de la sala eran pistas bastante elocuentes para una mente brillante como la de Cecilia Herssig.

—¿Mirella está aquí? ¿Con quién has dejado a los niños?— A una pregunta le sucedió otra, sin pausa.

—No, no estoy con Mirella. Ella está en casa y por la hora, supongo que preparando a los niños para llevarlos al instituto. —Habló en inglés y de inmediato, supe que no esperaba que sea solo su hermana quien escuchara.

—¿Entonces...?

—He pasado la noche con Ivana, Cecé. ¿Cuál es el problema? — Letal y sin dar margen a suposiciones erróneas, lanzó ante la atónita mirada de su hermana menor.

Cecilia, cuya virtud era siempre tener una palabra en la punta de la lengua, quedó boquiabierta, sin reacción.

—Oh, waw, ese sí que es un gran giro de los acontecimientos. —Se llevó la mano al pecho, ligeramente alterada.

Espiando, apenas veía la parte superior del cuerpo de Cecé, reflejado en el espejo de la sala.

—Sucedió y punto. No daré mayores explicaciones al respecto —El cuero del sofá crujió, y a juzgar por el impacto de lo sucedido, supuse que fue Cecé quien cayó desplomada.

—¿Está aquí? Me refiero a Ivana.

Miré hacia el piso, mordiéndome el labio. Inspiré profundo y me subrayé a mí misma que era una adulta de casi cuarenta años.

—Sí, estoy aquí — me dejé ver. Cecilia entrecerró sus ojos celestes, requisándome. Avergonzada, acomodé un mechón de cabello detrás mi oreja e inesperadamente, recibí un abrazo tierno y un beso en la sien de parte Renzo.

—Era cuestión de tiempo Cecé.

—¿Tiempo?; Estás casado, por Dios bendito! —Llevó sus manos al techo, claramente disgustada.

—Casado con una mujer que no amo.

Ella abrió y cerró su boca varias veces, hasta que consiguió emitir respuesta.

—Debería resultarme más sorpresivo de lo que realmente es, por cierto— afirmó; no obstante, no abandonó su reproche —. Puedo que no sea una gran fan de Mirella, pero le debes respeto y fidelidad. Te has casado con ella ante el Señor. Prometiste cuidarla. Tienes dos hijos.

—También soy un hombre que merece ser feliz. Y, honestamente, solo lo he sido junto a esta mujer — su mano presionó mi brazo. Luego, la deslizó hasta pasarla por mi cadera y empujarme hacia la suya—. Lo siento, hermana, pero no es a ti a quien le deba dar seguimiento de mis asuntos amorosos.

Inactiva, dibujada como un cuadro de Monet, mi silencio dijo más que cualquier palabra. Practicando mentalmente un torpe adiós, el teléfono de Renzo sonó a todo volumen, nunca más oportuno.

—Atiende, tu esposa debe estar llamando a la policía en este momento — Cecé fue tan graciosa como dramática. Renzo, lejos de festejarle la broma, frunció el ceño al ver el número en su pantalla. Nada bueno se escondida tras ese gesto.

Retirándose de la sala por un segundo, nos dejó a solas a su hermana y a mí.

*Mierda, debería haber escapado por el muro trasero. Esto me pasa por haberme quedado fisgoneando en la cocina.*

—...con que cuestión de tiempo, ¿ah? — Cecilia enarcó una ceja, acusadora.

—Si tu hermano decidió no darte explicaciones, yo no tendría por qué dártelas tampoco.

—Lo sé y aunque me cueste reconocerlo, me alegra que por fin se haya quitado el velo de

los ojos y admita que quiere ser feliz.

Pestañeé, procesando su reflexión.

—¡Debemos ir ya mismo al hospital, parece que papá ha despertado! — el grito enérgico de Renzo interrumpió un incipiente diálogo con mi antigua amiga —. Vamos Ivana, tú vienes conmigo — Renzo me sujetó de la mano con fuerza y determinación. Yo, sin embargo, me mantuve rígida como estaca.

—No creo correcto ir, no soy la indicada para acompañarte en este momento. —Susurré.

—Te quiero a mi lado, ¿me escuchas? Ahora y para siempre — sus manos se ajustaron a ambos lados de mi rostro, fue romántico. Cecilia rodeó su hombro, apurándolo.

—Chicos, adoro que vuelvan a sentirse como los amanes de Verona, pero este melodrama debemos dejarlo de lado por un rato. Ivana, si quieres venir, solo hazlo. Eres mi amiga y parte de la familia, yo también quiero que estés con nosotros.

Una chispa de emoción se arremolinó en torno a mis ojos; era cierto: yo formaba parte de la familia, aunque no todos lo supieran y fuera algo que se gestó hace mucho tiempo atrás.

Giorgio era el abuelo de mi hijo.

Y acababa de reaccionar.

## 23      en pie de guerra

Tomé mi abrigo liviano de hilo, mi manojó de llaves y la cartera con un puñado de billetes y documentos personales que llevaba a todos lados. Sin perder tiempo, subimos al Porsche de Cecé, poseída por el espíritu de Dom Toretto, el protagonista de la saga de “Fast and Furious”.

—Cielo santo, Cecilia, ¡a esta velocidad nos mataremos antes de llegar al hospital! — Renzo protestó, más pálido de lo habitual.

—Quiero estar allí lo más rápido posible — se la notaba nerviosa, incluso, temblorosa. Tras algunos minutos de riña y regaño, Renzo le aconsejó que se mudara al asiento del acompañante y se ofreció a conducir el tramo faltante.

Cecé accedió y agradecí en silencio no morir tan joven.

Claramente más sereno que ella, Renzo tomó el volante y retomamos el camino a una velocidad menos peligrosa.

Mi alma volvió a mi cuerpo, aplastado en el asiento trasero.

La apertura de una cremallera me desvió la mirada hacia Cecilia quien volcó unas pastillas en la palma de su mano y las tragó en seco. “Son tranquilizantes”, dijo cuando me vio analizando sus movimientos.

Con las manos sobre mi falda, observé la carretera a través del cristal, fundiendo mi vista en el entorno. Presa del cansancio y de la ansiedad por las novedades en torno a Giorgio, mi cuerpo aún se mantenía en estado de confusión.

No sabía qué debía hacer desde este punto pese a la fortaleza que quise mostrar a Renzo durante la madrugada.

Tras aparcar en una parcela reservada para el personal médico, los tres bajamos del coche

al mismo tiempo. Los pasos de Renzo eran más enérgicos y largos, lo que hizo que tanto su hermana como yo prácticamente corramos detrás de él.

En cuanto los doctores vieron a Renzo, lo citaron. Él extendió su brazo aguardando por una lenta Cecilia para perderse en un extenso corredor, solo transitado por algunos médicos y enfermeros.

No era horario de visitas, por supuesto.

Preocupada, mordiendo mi uña de a ratos y después de una larga caminata en la enorme sala de espera, tomé asiento en una de las sillas plásticas de siempre.

Intenté mantenerme en estado de alerta máxima, luchando con el cierre involuntario de mis párpados, hasta que la figura de Mirella, tan llamativa y con su teléfono pegado a la oreja, irrumpió en la mitad de tenso silencio de la sala del hospital.

*¿Mi rostro delataría que había amanecido con su esposo?*

Cono si tuviera un radar incorporado, giró en mi dirección, encontrándome pese al personal que se movía constantemente y a la gente ocasional que iba y venía por la planta.

—¿Dónde están? —Ni “hola”. Mucho menos “buenos días”.

—Hace unos treinta minutos se fueron por ese corredor con el doctor del turno mañana — Mirella farfulló algo en italiano, parecido a un insulto.

Miró la pantalla de su celular y regresó a mí.

—¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué sigues entrometiéndote en nuestras vidas? ¿Acaso no tienes casa, o familia, o un maldito lugar adonde estar? — Sin importar la razón por la cual coincidíamos en este sitio, me acusó.

—Yo quise que nos acompañara. Ella es mi amiga — Cecilia marcó el límite por detrás de su cuñada, arrastrando algunas lágrimas de los ojos.

—¿Cómo esta Giorgio? — me enfoqué en ella, en su sollozo y desazón.

—¡Me reconoció, Ivana! ¡Me llamó por mi nombre y me dijo cuánto me amaba!— nos fundimos en un abrazo profundo, cálido y sentimental. Me puse realmente contenta por ella y me uní a su llanto.

—¡Eso es muy bueno!

—Lo sé, aunque el doctor no es muy optimista con respecto a su cuadro. Quiero pensar que saldrá de esta situación muy pronto.

—Cecé, deberías saber a estas alturas que muchos especialistas hablan de la mejoría antes de la muerte— Cruda, al borde de lo grosero, aportó la madre de sus pequeños sobrinos. Si la mirada de Cecilia disparara clavos, probablemente Mirella ya estaría crucificada en la pared.

—¿Para qué demonios viniste? —la cruzó Cecé. Froté sus brazos, calmándola.

—Lamento recordarte que soy la esposa de tu hermano —Sonrió triunfante.

—Espero que no por mucho — Cecilia arrojó leña al fuego, anticipándose a un ausente Renzo.

—Cecé, por favor, acompáñame a la cafetería. Un té de tilo no te vendría nada mal en este momento— Aconsejé rogando porque Mirella dejara pasar el inoportuno comentario.

Los astros no estaban de mi lado, como era de esperar.

—¡De ningún modo ustedes se van de aquí sin antes explicarme qué quiso decir ella!— Señaló a su cuñada mientras su rostro se desfiguraba. La gente a nuestro alrededor nos miraba con insistencia, recordándonos adonde estábamos. A ninguna de las dos rubias se les ocurrió detener el circo.

—Cecilia está nerviosa, cansada y dice cosas sin querer — intercedí, cubriéndonos de las balas.

—No soy idiota. ¿Qué sabes tú de mi matrimonio? — La acusó.

—Lo mismo que nosotros: que lo nuestro ya no tiene retorno — La voz gruesa de Renzo se unió a la discusión. Mordí mi lengua, esto se estaba complicando.

—Quiero suponer que este estrés también te hace decir cosas sin sentido — Mirella se volteó hacia su esposo, forzando un beso que no fue recíproco —. Renzo, hablemos en privado de nuestras cuestiones de pareja — murmuró esto último en italiano, sujetando el brazo de su marido.

—No, ahora mismo debo acompañar a Ivana a la habitación de mi padre. Está pidiendo

por ella.

Las miradas, la mía incluida, fueron de alarma e intriga. Mirella quedó con la mandíbula desencajada.

*Somos dos, linda.*

—Pidió ¿por mí? —repregunté.

—Sí. Pidió exclusivamente hablar contigo. —Confirmó.

Podría negarme, ¿con qué objetivo? Era sabido que el me estimaba mucho, que había sido un gran compañero de mi abuela y que estos días habíamos vuelto a conectar. Resultaría más que sospechosos no ir, ¿cierto?

Entonces, ¿por qué las rodillas me temblaban y el corazón repiqueteaba inquieto dentro de mi pecho?

Limpié mi garganta, alisé mi blusa y tomé la mano que gentilmente me ofreció Renzo. Fue inevitable ver la expresión rígida de su esposa y el pesado respirar de Cecilia.

Sorteando el personal y alguna que otra visita, subimos a un elevador que nos llevó al segundo piso. Llevándome la delantera por un paso, Renzo casi que me arrastró al cuarto en el que estaba internado Giorgio HerSIG. No había que ser licenciado en ciencia espacial para notar mis nervios.

—Todo saldrá bien, papá te quiere mucho. —Renzo me besó la frente antes de entrar a la habitación.

—La salud de tu padre es delicada y no es justo que haya reproches y temas de pareja allí fuera. Deben dejar las diferencias de lado por un rato. —No era quién para juzgar el comportamiento de la familia, pero mi sugerencia era genuina.

—Tienes razón. Mirella y Cecé nunca se han llevado bien y no es momento de acusaciones. Trataré de hacerlas entender que la prioridad, es papá — Él acunó mi rostro, dejando un beso suave sobre mis labios —. Ahora entra, el viejo está deseoso de verte.

Asentí ignorando el temblor que se expandía por todo mi cuerpo. No sabía qué esperar. Empuñé el picaporte de la sala de cuidados intensivos y entré. Puse alcohol en mis manos y

avancé hacia el escenario tan familiar: tubos enroscados, máquinas pitando, bolsas con suero, esterilidad, olor a medicinas...

La lenta y cruel agonía de mi madre la había tenido así, postrada por más de cinco meses. Período eterno, desgastante y doloroso; su cáncer se había adueñado de su cuerpo primero y luego, de su cabeza.

Bajé la mirada al piso recordando sus últimos días, el pedido de perdón que escapó de sus labios antes de marcharse de este plano.

Mujer altiva, valiente y autoritaria, había salido adelante tras el abandono de nuestro padre cuando ella enfermó. La cercanía con la muerte le ablandaría un poco el corazón y en sus últimos días, cuando aún podía portar su voz y hablar, se expresó.

Quitándose la mascarilla había reconocido su intransigencia, su poca sensibilidad para contenerme cuando más yo lo había necesitado: durante mi embarazo.

Llamándose a sí misma “tirana”, pidió disculpas por su actitud y extendió su mano para que fuese contenida por mí, por su única hija. Llorando a la par, acepté sus palabras y simplemente, le dije cuánto la quería y que todo había quedado en el pasado.

Tantos años después, este incómodo *deja vù*, me tenía en desventaja.

—Giorgio, debería saber que este no es el mejor llevar a una chica a una cita — Adicta a las bromas simples que quitaran presión a las situaciones difíciles, le susurré sujetándole la mano rugosa y con machas típicas de la edad.

Él esbozó apenas una curvatura de labios; yo había logrado mi cometido, alegrarlo tan solo por un segundo. Continué sin querer ocupar el horario de visita por más tiempo.

—Renzo me ha dicho que quería platicar conmigo, pero no quiero que se esfuerce. Está débil. Ya tendrá momento de invitarme a tomar un té en el parque de su casa — Evité que el llanto rebalsara de mis ojos.

Sin embargo, terco y tozudo como los hombres de la familia, la mano que poseía la vía se movió para quitarle la mascarilla. Negué con la cabeza, en un regaño tácito.

—Mi...mi nieto...— con gran esfuerzo, pronunció. Mi espalda se endureció y de

inmediato, pensé en el pequeño de Renzo y Mirella.

—¿Tommaso? Está en el instituto, ya vendrá a verlo.

—No...no...el tuyo...el tuyo. El...el que tuviste con mi hijo. —en un claro aliento, preguntó.

La mortificación me dejó mudo por un instante: Giorgio no estaba alucinando, mucho menos inventando. ¿Qué carajos...?

—Giorgio, tranquilo, relájese. No sé...no sé de quién habla — le acaricié sus mejillas con amor. Era el abuelo de mi hijo y en su breve estado de conciencia preguntaba por él. ¿Cuán injusta estaba siendo al negarlo o hacerme la distraída? Él sujetó mi muñeca, enfocándose en mi mirada vaga. Tragó fuerte, me pidió un poco de agua y le guie el sorbete para que pudiera beber. Recuperando energía, impostando la voz, no se rindió.

—Sé que...yo sé que tu niño es ...mi nieto...siempre lo supe...— Una horrible y aplastante sensación me comprimió el pecho, como si un tren me hubiera impactado de lleno.

—Co- cómo... quiero decir... ¿por qué dice eso? — mis palabras tropezaron al salir de mi garganta, pero acaso ¿valía la pena seguir ocultándole la verdad? ¿Cuán reconfortante podía resultarle saberlo a este hombre convaleciente?

—Adda me mostró fotografías...las cartas...con fotos ...— su voz iba y venía, como su fuerza. Apreté su mano, sorbiendo mis lágrimas —. Mi corazón siempre supo que Gabriel era hijo de Renzo. Y Cecilia...ella me lo confirmó — ¡Rayos! ¿Cómo no suponer que Cecilia estaba enredada en esta historia?

Mi labio inferior tembló con una mezcla de resignación y enojo. Opté por guardar el resentimiento y enfrentar a su hija más tarde.

—¿Hace cuánto lo sabe? — Ya no valía la pena seguir negándolo.

—Desde hace muy poco —tosió un poco, pero a tozudo nadie le ganaría —, pero no importa. Saber que él es mi nieto ha sido la mejor de las noticias —Con una sonrisa feliz en su fatigado rostro, todo pareció sosiego hasta que los pitidos de las máquinas comenzaron a ser vibrantes.

Giorgio estaba desestabilizándose; desesperada, salí de la habitación y grité en el corredor en busca de ayuda. Una enfermera ingresó a toda prisa, relegándome a un lado. El médico de turno también se hizo presente, en tanto que Renzo no tardó en venir.

—Estaba hablándome y se descompensó — A un lado de la puerta, todo mi cuerpo temblaba, al borde de un colapso nervioso.

—Shhh, calma, Iv. No es culpa tuya.— Me frotó la espalda y me sentí culpable porque estaba cuidándome a mí y no tratando de socorrer a su padre. Cuando lograron estabilizar a Giorgio, el alma me volvió al cuerpo —. ¿Lo ves? Ha sido una crisis momentánea. Su corazón está muy débil y debemos prepararnos— Inspiré profundo, abrazándolo fuerte, hasta que se permitió bromear—: ¿Qué clase de propuesta indecente le has hecho al viejo como para que se emocione de este modo? — Él tenía la capacidad de hacerme reír aun en los momentos más incómodos de la vida. Por eso lo amaba. Por eso había elegido tener a nuestro hijo: para tener eternamente un pedacito de su ser en mí, para ver en los ojos de mi hijo el amor inmenso que nos habíamos sabido tener pese a los obstáculos.

Renzo se quedó en la habitación con el equipo médico mientras que yo regresé a la sala de acceso, donde el aire se cortaba con un papel. El rostro iracundo de Mirella era insostenible.

—¿Por qué Renzo tuvo que salir corriendo como un loco? — Cecilia me interceptó.

—Tu padre sufrió una leve descompensación cuando yo estaba por salir de la sala. Ya está bien — Le transmití tranquilidad, dejando de lado la verdadera esencia de nuestra conversación privada.

—No entiendo por qué eres tan importante aquí. — Mirella se cruzó de brazos con expresión molesta. No estaba en mi naturaleza ser violenta, pero esta mujer me llevaba al límite.

—Vaya casualidad, lo mismo pienso de tí, Mirella. —Cecé también estaba al tope de su paciencia —. Mi padre jamás te ha querido y estoy segura de que tu mala energía trasciende el grosor de las paredes. — Gruñó la hermana de Renzo.

—¿Mi energía? *Pfff* ¿Desde cuándo eres tan espiritual? ¿O esas pastillas que tomas como

dulces tienen alguna especie de opiáceo? — Se mofó la exmodelo, destilando aún más veneno.

—Ya sabrás de qué hablo cuando el karma se encargue de tí — retrucó Cecilia con los ojos inyectados en rabia y los dientes afilados.

Mirella ondeó la mano en gesto desdeñoso. Miró su delicado reloj de oro y brillantes y pasó las gafas de sol de la cima de su cabeza, al puente de su nariz.

—Es hora de recoger a los niños; debo ocuparme de ellos. Por fortuna, no soy una fracasada estéril sin vida. Dile a tu hermano que nos vemos en casa. Adiós.

El ataque había sido violento, directo a la yugular. Boquiabierta, no fui capaz de hacer justicia por mi amiga quien se resignó a escuchar las palabras ponzoñosas y despectivas de la vil Mirella.

La esposa de Renzo giró sobre sus talones y se marchó con el fuerte golpeteo de sus tacones en el linóleo.

Nunca había deseado con tanta fuerza que su zapato se rompiera. O que su falda se enganchara en el picaporte de las puertas batientes del ingreso. O que alguien se topara con ella y la hiciera caer de culo en el piso.

—Es una arpía. — Solté cuando su silueta se perdió en el bullicioso exterior.

—Lo sé. Pero lo más triste es que tiene razón — Cecé estaba a punto de llorar. Pálida, sin maquillaje pesado, mostraba su humanidad. Nunca la había visto tan vulnerable y quebradiza.

—No justifiques su agresión. Agraviar nunca es una opción.

—No puedo tener hijos, Iv. No ha dicho más que la verdad — Cayó desplomada en la silla más cercana y acudió a su bolso en busca de los supuestos tranquilizantes.

Detuve su mano apenas sujetó el frasco.

—Estas mierdas no te ayudarán a pensar con claridad, Cecé. Adormecen tu estado de ánimo, suprimen tus capacidades. Debes estar alerta.

—¿Para qué? Mi papá se está apagando de a poco, Ivana. Ya no hay vuelta atrás. ¡El mundo apesta!

Tomó dos píldoras entre su palma hundida y las tragó sin agua. Inspiró profundo, exhaló

y dejó caer su cabeza contra la pared.

—Sé que no debería haberle dicho a mi padre lo de Gabriel, pero conoces a papá cuando algo se le mete en su cabeza. El día de su caída, en el que tú lo asististe, me presionó hasta la confesión. En el fondo no hice más que confirmar su intuición. Lo siento, no fue mi intención.

Mi pecho se desplomó. La rabia anterior no hizo más que disolverse al escucharla.

—Has hecho lo correcto, Cecé. Yo soy la única responsable de este silencio que hoy en día me carcome el alma.

—Deberías aprovechar y decirle a mi hermano.

—De ningún modo.

Cecé enfundó sus labios y elevó sus palmas.

Esto estaba fuera de control.

## 24 palabras, palabras

A la mañana siguiente, Renzo pasó por la casa de mi abuela. Buscó mis labios y no me rehusé a que los encontrara cuando cerré la puerta a sus espaldas.

—Eché de menos tu boca y ese lunar que me enloquece — me rodeó con sus brazos fuertes, sin dejarme escapar

—Renzo...— Mi regaño fue débil.

—Ya sé lo que dirás: que esto no es correcto— se anticipó —. Y créeme que mi cabeza me lo repite cada día de mi existencia — resopló y corrió mi flequillo de lado —. Ayer no tuvimos tiempo de hablar acerca de lo que mi padre quería decirte — Como una tonta, soñé con que abandonara el tema. No tuve suerte. Apartándome de su gran cuerpo, caminé hacia la cocina a servirme una taza de café. Le ofrecí una, recibiendo una negativa de su parte.

—Hemos hablado de...cosas...nada importante —Sujeté la taza con ambas manos y bebí un sorbo. Él me la arrebató con elegancia, la puso sobre la encimera y me robó un beso que subió varios grados de un segundo al otro.

Cautivo de la excitación, sus manos descendieron hacia mis vaqueros para abrir mi cremallera y bajarlos de arrebato. Yo no pude ni quise detenerlo y solo me dediqué a gozar con la intromisión de sus dedos y su lengua en mi sitio más íntimo y sensible.

Con el cuello hacia atrás absorbí cada gota de placer sin importar la incomodidad del sitio o tener el trasero aplastado contra el filo del granito.

Aferrada a la fría superficie, mis extremidades comenzaron a flaquear.

Renzo percibió mi inestabilidad; interrumpiendo su atraco, bajó la pierna que me había anclado a su hombro, me quitó los pantalones por completo y nos llevó hacia el sofá para seguir con la contienda.

No demoró en conseguir un condón o incluso, ponérselo. Tampoco en penetrarme, ya que mi carne resbaladiza resultó de gran ayuda. Cortos, seguros, intensos, sus estocadas eran la muestra de la efectividad.

Respirando intermitentemente, apretando sus bíceps ejercitados, me dejé ir. Volé alto, lejos y rápido. Casi vergonzosamente.

Con sus labios sobre los míos, mordisqueándolos y murmurando palabras sucias, Renzo también explotó en un gruñido sostenido y profundo.

El sofá no había sido de mucha ayuda, ya que la mitad de su cuerpo colgaba de él en tanto que el mío quedó aplastado por su humanidad. Nos reímos al ver el desparramo de ropa y extremidades flojas.

Cuando reunimos fuerza suficiente, nos pusimos de pie desafiando la estabilidad de nuestras piernas.

—Eres tan caliente.

—Y tú, un charlatán.

—Una cosa no quita la otra —Guiñó su ojo y mi traicionero corazón recordó al

muchachito que me enamoró siendo una adolescente.

—No me malinterpretes, el sexo contigo es fabuloso en este punto, pero no me agrada... bueno...tú sabes qué. —Dándole la espalda me puse mis bragas y subí mis pantalones por mis piernas. No podía esperar que se divorciara de un día para el otro ni tampoco quería ser la tercera en discordia.

—Ayer no he podido platicar con Mirella, estaba tan enojado que ni siquiera la saludé cuando llegué a casa.

Até mi cabello en una cola de caballo desordenada, frustrada. Sin dudas, esto era algo delicado. Había una esposa e hijos pequeños involucrados, ¿qué rayos estaba haciendo al follar con un tipo casado?

El dolor de cabeza creció exponencialmente.

—Esto no puede continuar —Era un ultimátum, aunque a intención no era ponerlo entre la espada en la pared.

—Cielo, Ivana. Solo me tomará algunos días más poder hablar con Mirella. Lo solucionaré, lo prometo.

—Aun en el caso que te divorcies, estaremos a miles de kilómetros. —Mordí mi labio, indecisa con respecto a mi futuro.

—¿Siguen sin confiar en la propuesta de Cecilia?

—No he dejado de pensar en ella ni un solo segundo — me desinflé como un globo, cayendo en el sofá con aplomo. Renzo se puso de rodillas, a mis pies.

—¿Y por qué no aceptas y ya? —su aliento sopló la piel de mis manos, dentro de las suyas.

—Porque no es fácil comenzar de cero a nuestra edad.

—Yo estoy por dejar atrás un matrimonio, la unión con una mujer a la que quise mucho y prometí acompañarla por siempre. Podemos hacerlo, Ivana. Estaré a tu lado, acompañándote en esta nueva etapa. —Sonaba sincero.

Perdí la mirada en la unión de nuestros dedos, sintiéndome en una encrucijada,

sintiéndome como un completo fraude. En un puñado de días había destruido mis promesas, bajado la guardia y perdonado mucho más de lo planeado.

—¿Por qué no nos tomamos un día para nosotros? Ahora mismo.

—¿Ahora? ¿De qué estás hablando?

—Podemos ir a la casa de campo de mis padres en la Toscana. No es muy lejos y me apetece perderme un rato en la carretera. ¿Qué piensas? — Abrí mis ojos ante su entusiasmo. Nunca había viajado hasta allí, pero las revistas y la TV mostraban hermosos paisajes, verdes prados y bodegas de renombre.

— Tu papá no está bien. No me parece una buena idea —Negué con la cabeza, odiando ser tan razonable.

—Tengo contactos en el hospital; el médico de mi padre ya está al tanto de su estado de salud y ha ido a visitarlo. Estará atento a cualquier cambio. Massimo es un buen amigo y colega de renombre. Además, contamos con Cecilia.

—Ella necesita que estés a su lado. Esto la ha impactado demasiado fuerte.

—Y a mí también, pero necesito tomar distancia por un rato.— Besó mis nudillos y con un chisporroteo juvenil en los ojos se puso de pie, jalando de mis manos, invitándome a seguirlo.



Yo sabía que no era correcto dejarme seducir por el encanto de un hombre que continuaba casado, por el mismo hombre que me había roto el corazón dos décadas atrás...pero como una tonta enamorada, cogí la chaqueta del respaldo de la silla, colgué de mi brazo mi bolso siempre listo y me dispuse a vivir este romance por completo, a sabiendas de que todo se iría al demonio en el momento menos pensado.

Las enormes extensiones de césped eran de un verde vibrante, los ríos de un turquesa intenso y vivaz. El cielo, de un celeste intenso y puro.

A cada kilómetro realizado, el paisaje mejoraba considerablemente y mi compañero de aventuras se encargaba de hacerlo todo aún más nostálgico y emocionante.

Dicharachero, hablando por sobre la vibración del viento que chocaba contra su Camaro color plata descapotable, escribía nuevas páginas a nuestra historia.

El calor no nos hacía mella, la ventisca refrescaba nuestras pieles.

Las campiñas se veían diminutas, como pequeños puntos comparados con la inmensidad de los prados. La madre naturaleza nos brindaba un espectáculo inigualable.

Una vez que llegamos a Pisa, tras tres horas de viaje, aparcamos el coche en la esquina de su icónica catedral

— ¿Entramos? — Renzo entrelazó sus dedos con los míos y sin esperar siquiera mi respuesta, nos mezcló entre los transeúntes.

Con un gran despliegue intelectual, él explicó brevemente la historia de su construcción, como así también la fusión de estilos arquitectónicos a la que respondía la edificación.

Embobada con su modo de hablar, con sus pausas y miradas, Renzo se convirtió en el centro de mi universo. Me odié por ser tan blanda, por perdonarlo tan fácil. Por permitir que se metiera bajo mi piel nuevamente.

Me odié, también, por haberme obligado a sentir rencor.

Ingresamos a la catedral en silencio. Frente al altar, imponente y majestuoso, me dejé llevar por la emoción y comencé a sollozar.

—He, ¿qué sucede? —Levantó mi barbilla, preocupado.

—Nunca pensé estar en un lugar como este, contigo y frente a esta delicia histórica. Estoy sensible, solo eso — me excusé. Lo cierto, es que estaba cada vez más convencida de hablarle sobre Gabriel.

*¿Qué peor cosa que perderlo podía ocurrir?* Había vivido sin Renzo, sin sus caricias y sus matices por más de veintidós años. Había cambiado pañales con un esposo falso, había dado

de comer a un niño con la ayuda de otro hombre que supo ocupar el rol de padre a la fuerza. Había construido una vida que no lo incluía.

Por sobre mi hombro, lo miré, sentado en la primera banca, con las manos entrelazadas y los párpados bajos. Estaba rezando o quizás pidiendo perdón por sus pecados.

*¿Cuántas cosas pasarían por su cabeza?*

Bajé la vista, confundida, en falta con Dios y, sobre todo, conmigo misma.

Las cosas ya no serían como antes; Renzo había reaparecido en mi vida para completarla, para hacerme vibrar, para recordarme que era algo más que una madre preocupada por su hijo o una estilista con problemas económicos.



—¿Seguimos recorriendo? — Escondí más lágrimas y me dio un beso suave en la frente.

—Sí, claro — Nuevamente de la mano, salimos para ir a la afamada torre local.

Por las siguientes dos horas caminamos por las callejuelas irregulares de la ciudad. Paseando, jugamos a ser novios. Besos robados, caricias aniñadas y susurros calientes, nos acompañaron hasta el automóvil y luego, a la finca familiar.

Algunos cuantos kilómetros más allá de la urbe nos adentramos en un camino de tierra apisonada, flanqueado por altos y espigados árboles, arbustos de mediana talla y el sol en lo alto. Sin desentonar con mis expectativas, nos esperaba una casona con los colores tierra típicos de la región. De una planta, desarrollada en un mismo nivel, su aspecto familiar era encantador.

Descendiendo de su coche, no pude más que contemplar el pequeño viñedo asomando por detrás de la hacienda.

—¿Te gusta? Era de mis abuelos maternos — me recordó.

Yo sabía que los padres de su madre eran oriundos de Florencia, pero nunca había tenido la posibilidad de viajar con ellos hasta aquí. El entorno era una belleza con mayúsculas: colores verdes y brillantes, morados y marrones fundidos y por detrás, el atardecer con sus propias pinceladas. Un espectáculo con una intensidad visual increíble.

—¿Entramos? — me invitó. El dorado del horizonte refulguraba tras la casa, resguardada por una colina y las vides.

—¡Claro que sí! —¿Cómo negarme?

El aroma a canela y vainilla apenas entramos fue abrumador. Era evidente que esa vivienda no estaba abandonada. Renzo, leyendo mi mente, me sacó de dudas.

—Hay un matrimonio que vive a unos doscientos metros de aquí y mantiene la casa en orden. Hasta hace unos años mi padre conducía y se quedaba por unos días. No me asombraría que tu abuela la haya conocido antes que tí — elevó su ceja, con el doble sentido implícito —. Actualmente está desocupada y ni Cecé ni yo podemos venir a menudo. De hecho, hemos pensado rentarla como casa de veraneo o por períodos breves de tiempo. No obstante, la producción de vinos y jaleas sigue en marcha y quien se ocupa de llevar los números es mi hermana.

—Esta propiedad es hermosa — una mesa, seis sillas y un armario de madera maciza y vidrio aportaban calidez. Los cortinados en colores tales como el rojo, naranja y amarillo complementaban los pisos veteados en ocre y beige.

Ramilletes de orquídeas decoraban cada rincón de la casa; las flores frescas no eran un detalle menor. Era obvio que Renzo había tenido algo que ver con la preparación de esta casa para recibirnos. ¿En qué momento organizó todo esto?

—¿Tienes hambre? He pedido a Giuseppina que amase unos rollos de canela y miel — Confirmó mis sospechas en cuanto a su plan y mi olfato.

Diligente, abrió un cajón y colocó unos mantelitos de tejido rústico en la mesa. Luego, hizo lo propio con unos vasos de vidrio con un intrincado patrón de flores talladas y unos platos de porcelana labrada con el nombre de la estancia: “*La famiglia*”.

Un nudo sentimental se atoró en mi garganta.

Desde mi posición pude ver parte de la cocina: poseía una amplia isla central sobre la cual pendían cacerolas y sartenes de cobre colgadas en una red de hierro.

En un ir y venir, Renzo apareció con una fuente de barro. Debía de estar caliente, ya que la sostuvo con un trapo a cuadros rojos y blancos.

—¡*Voilà!* — descubrió, dejando a la vista unos apetitosos rollos de canela, esponjosos y aromáticos —. ¿Té? ¿Café?

—Té, gracias. —Me senté y el ruido de mi estómago me hizo sonrojar. A Renzo no pareció importarle mientras nos servía en las tazas.

Extendí la servilleta de tela y la puse sobre mi regazo. Tomé un rollo y fue probar el mismísimo paraíso. Suave, se deshacía en el paladar; aun tibio, era un pecado no comerlo así.

—Me iré de Italia con varias libras de más —Me eché a reír. Su semblante no fue de buenos amigos.

—Por favor, quédate en Italia — se limpió la boca e inesperadamente, se puso de rodillas frente a mi silla y buscó mis manos, como esta misma mañana. Besó mis nudillos, se acarició con ellos y fijó sus ojos bonitos en los míos —. Te necesito y te quiero a mi lado. Sé que puede sonar injusto y a destiempo, pero contigo seré feliz y tengo la firme convicción de que esta vez, estoy preparado para hacerte feliz a tí.

—Renzo...no puedo...no ahora...

—Shhh, por favor —selló mis labios con su dedo índice y prosiguió —: Esta ha sido la mejor semana de mi vida. He vuelto a sonreír, a sentir que mi vida tiene sentido.

Es cierto, tengo dos hijos hermosos y es lo único que puedo agradecer a Mirella, pero ¿sabes qué? Ellos no son felices. Nos ven pelear cada maldita noche. Ven a su madre desbordada culpándome de todo y a un padre tan insensible que ni siquiera tiene fuerzas de rebatir sus

argumentos.

—Mirella te ama. — Amor y posesión no es lo mismo, pero aun así...

—Mirella...— suspiró y acercó una silla —. No me cabe la menor duda que ella está teniendo una aventura — Quedé de piedra, con la boca abierta.

—Esa es una acusación muy dura. ¿Estás seguro? —Mis mejillas se sonrojaron por el secreto que guardaba.

—No soy tonto y la conozco lo suficiente como para saber que no hace mucho su cutis está más brillante o incluso, su ansiedad por salir de casa es desquiciante. Mira su reloj a menudo y los niños se quedan en casa de su madre más días de los pactados. Está olvidadiza y ha aumentado la cantidad de clases de pilates a las que asiste. No es casualidad que vaya más seguido a la peluquería, tampoco. —mordió su labios inferior, bajando la cabeza —. Lo peor de todo, es que esa chispa, esa emoción que muestra cuando se va, se la vi cuando nuestro noviazgo iba viento en popa. Cuando le propuse matrimonio. Cuando nos fuimos de luna de miel. Cuando obtenía lo que quería. Y esta vez, estoy segura de que está obteniendo lo que quiere lejos de mí.

No sabía qué pensar al respecto. Mirella había sido clara en su advertencia, ¿o simplemente no quería divorciarse de Renzo para no perder posición y dinero? ¿Quién pondría el *status* por sobre su familia?

—¿No es apresurado decir que te está engañando? Algunas veces buscamos, inconscientemente, razones que son un reflejo de actitudes propias. El amor muta, se transforma. No es solo una muchacha con un novio apuesto, libre de salir y entrar de su casa o dedicada solo a su profesión. Es madre a tiempo completo, ama de casa.

—Ivana, no tienes idea de lo que digo —cortó mi diatriba, una tonta manera de no sentirme culpable en caso de que quiera separarse de una vez por todas —. Entiendo que sería mucho más fácil evadir la responsabilidad que me cabe en este asunto, pero nuestro matrimonio pende de un hilo hace años; incluso, el nacimiento de Giovanna en lugar de unirnos como pareja terminó por alejarnos.

—Realmente lo siento mucho, sé lo que es vivir bajo el mismo techo con la angustia de

estar con alguien a quien no amas — Mis hombros cedieron con el remordimiento de haber actuado por tantos años.

—Te amo, Ivana. Siempre lo hice. No quiero perderte. — Inclinando su torso hacia adelante, posó un beso en cada uno de mis párpados cerrados.

Como en una coreografía, nos pusimos de pie al mismo momento, con el hechizo cayendo sobre nosotros: atravesando un corredor amplio y luminoso, cuyos muros sostenían grandes con alguna clase de arte abstracto, llegamos a una habitación donde nos amamos a escondidas del mundo.

Dulce, delicado, me desnudó ante sus ojos famélicos y encendidos. Sus labios trazaron el camino correcto hasta llegar a mi pubis sobrecargado de deseo. Nunca había sentido esta anticipación antes del sexo, o esta necesidad primaria de que me devoraran.

Renzo me había devuelto la capacidad de gozar y sentir.

Mis dedos revolotearon su cabello, domando lo indomable. Echando la cabeza hacia atrás, mantuve mi cuerpo estático, aunque las cosquillas y el placer doblegaran mis rodillas.

Hundiendo su lengua en mí, me poseyó sin pedir permiso.

Jadeé con el nacimiento de un grito oscuro arremolinándose en mis cuerdas vocales; Renzo era ardor, frenesí e irresponsabilidad. Con él me sentía segura, amada...y *en falta*.

Tras lamidas constantes y perezosas, subió para mordisquear mis pechos, masajearlos, jugar con mis pezones. Su mano sostuvo la parte posterior de mi muslo derecho, enmarcando su cadera izquierda. Mi piel sensible rozaba la áspera tela de sus pantalones; arrastrándome hacia la cama, mullida, esponjosa y con un delicioso perfume a suavizante de ropa, expandió su torso ante mis ojos, dejándolo al descubierto.

Mirándolo desvergonzadamente, relamí mis labios a verlo erecto, firme y dispuesto.

No importó la protección: él había jurado que estaba limpio y con Mirella usaban condón ya que era alérgica a los anticonceptivos orales. Yo no podía decir que hubiera estado con alguien en los últimos tiempos, y me había hecho estudios antes de volar a Italia.

Como aquella noche bajo las estrellas de Turín, fuimos uno, echando por tierra cualquier

consecuencia, desafiando al azar y a la medicina.

Renzo era un volcán activo; enfurecido, caliente, me daba todo de sí. No hacía falta demostrarme su vigor, yo conocía cada centímetro de su piel y la reacción de cada uno de sus poros.

Abajo de él, recibí pasivamente sus embates en estado puro y crudo; sobre Renzo, domé su mirada lasciva, sostuve el ritmo y viví su orgasmo dentro de mí.

Repleta, con su máxima expresión de deseo dentro de mí continué rozando su miembro hasta que la entrega cedió.

Luego fue mi turno de explotar: mis palmas se posaron planas sobre su torso ancho, tatuado y agitado. Gemí, expulsando mis fantasmas, mis temores, mis lamentos y mis promesas.



Yo estaba dispuesta a luchar por él.

Esta vez, no me arrepentiría de hacerlo.

Caminando por el prado, sin alejarnos demasiado de la casona, disfrutamos de las últimas vetas del atardecer pintando el horizonte. Tomados de la mano, con un sombrero de Cecé que encontré en el asiento trasero de su Camaro cubriéndome de los vestigios de un potente sol vespertino, nos miramos sin decirnos una palabra.

Entre risas, con las mejillas sonrojadas, avanzábamos descalzos sobre el césped mullido y apenas húmedo por el rocío.

—He perdido de la cuenta de las veces que soñé con este reencuentro, con la posibilidad de decirte cuánto te amé y que estaba mortificado de todo lo que había pasado.— Sostuvo mi rostro entre sus manos, con el último rayo de sol abriéndose paso entre las esponjosas nubes.

—Siempre seré tu Julieta, mi Romeo.

—Esta vez no te dejaré ir, lo prometo.

—Me estás convenciendo rápidamente. Buen trabajo —Su sonrisa fue épica y su expresión aniñada, reflejaron lo mucho que deseaba tenerme aquí.

—¿Te quedarás, por fin? — Su tono jubiloso lo traicionó.

—Puede que sí. Pero necesitaré de toda tu ayuda para buscar un sitio donde vivir y la de Cecé, para montar un pequeño negocio — Impuse con algo de vergüenza. No se me daba bien pedir favores, mucho menos exigir socorro.

Apenas terminé de hablar, tuve sus labios sobre los míos. Exultante, me besaba y abrazada sin parar. A pesar del ocaso, el salía el sol para nosotros dos.



Al menos por un rato.

En cuanto regresamos a la carretera rumbo a Monferrato, los mensajes comenzaron a caer uno tras otro en mi teléfono.

—¿Todo bien? — consultó Renzo con intriga.

—Son mensajes y llamadas perdidas de mi hijo — Con una mala sensación en mi pecho, pedí que detuviera el automóvil para poder retribuirle el llamado.

El móvil de Gabriel sonó y sonó, aumentando mi preocupación. Renzo frotó mi rodilla con su mano, dándome tranquilidad. Finalmente, mi hijo atendió y alma me regresó al cuerpo en un santiamén.

—Hijo, lo siento, he estado fuera de la ciudad. ¿Está todo en orden?

—¡Mamá! Acabo de aterrizar en Turín, quería darte una sorpresa — mis ojos no se

abrieron más porque físicamente era imposible —. ¿Mamá? ¿Estás ahí?

—Oh, sí, yo...estoy... ¿estás en Turín?

—Adelanté mis vacaciones porque no te he escuchado bien los últimos días — tuve sensaciones encontradas: un amor inmenso tanto como un pavor atroz —. Mmm, parece que no hice bien en viajar sin advertirte, ¿me equivoco? — de inmediato, demostré cuán feliz estaba con su abrupta pero amable decisión.

—Oh, hijo, de ningún modo. Solo es que me has cogido desprevenida. ¿Dónde estás ahora?

—Aun en el aeropuerto. Más precisamente, esperando la maleta junto a otras doscientas personas —sonrió—. ¿Cuál es la dirección de la abuela Adda? Supongo que tomaré un taxi desde aquí.

Tapando el auricular, pidiéndole disculpas a mi hijo, atendí a las señas exageradas de Renzo.

—¿Él está aquí? — susurró.

—Sí, es... ¡una gran sorpresa! —mi corazón saltaba de felicidad en mi pecho.

—Podemos ir a buscarlo — ofreció, resuelto.

—No te preocupes. Le diré que espere allí mismo; falta poco para estar en casa de mi abuela y tomaré el coche de alquiler. — Intenté sonar confiada, pero la sola idea de que se encuentren me causaba dolor de estómago como mínimo.

—Vamos, Ivana, no seas terca. Haremos más rápido yendo desde aquí. Además, quiero conocer a ese jovencito —*Oh, no.*

Tragué fuerte, aturdida, evaluando la situación: era cuestión de tiempo que se conocieran. Si mi futuro estaba aquí y probablemente junto a Renzo, el encuentro se daría tarde o temprano.

Exhalé profundamente, aquietando mis nervios. Regresé a mi teléfono.

—Siento haberme demorado en responder, pero estoy con un amigo que puede recogerte. No te muevas de allí.— Renzo mordió mi cuello, causándome una sonrisa placentera.

—Bueno, eso es genial. —respondió con algo de curiosidad en su tono.

Gabriel era uno de los tantos que me quería ver en pareja. Entusiasmado con su pequeña media hermana, feliz con la nueva pareja de su padre y con la relación madura que manteníamos con Charly, sostenía que era mi turno de encontrar a alguien.

Yo me negaba a que oficiara de Cupido con alguno de sus profesores de universidad, porque bien sabía que jamás podría enamorarme de otra persona como lo había hecho de su padre.

De su verdadero padre, al que estaba por conocer contra mi propia voluntad.

Gabriel y Renzo estarían frente a frente, en un encuentro nada planeado.

Me toqué las mejillas, frías. Me sentía enferma, inquieta.

*¿Se verían parecidos?*

*¿Notarían similitudes uno con el otro?*

Me aferré a la manija de la puerta, cerrándolo los ojos, rogando porque la suerte esté de mi lado.

Estaba a solo unos minutos de saberlo.

## 25 HIJO MÍO

Nerviosa. Incómoda. Las manos me transpiraban y una gota de sudor helado recorría mi espalda porque estaba a punto de enfrentarme al momento más incómodo e inesperado de mis treinta y nueve años.

Ya en el aeropuerto, me abrí paso entre el vaivén de gente. Un paso por detrás de mí, y con su mano apoyada en mi hombro, se encontraba Renzo. El padre de mi hijo.

Y ninguno de los dos sabía que estaban unidos por la sangre.

Mi corazón se puso a prueba en cuanto vi a Gabriel, sentado junto a su maleta y sonriendo a su celular. Él era el fruto de aquel amor juvenil, desprejuiciado e irresponsable, que había trascendido el tiempo y los obstáculos. Que jamás pensé revivir.

Mi hijo, ese hombre de veintiún años, íntegro, inteligente y amoroso, elevó su vista y agitó su mano en señal de saludo. Con sus largas zancadas atravesó el bullicioso hall con su equipaje a cuestas. Fue imposible evitar el nudo de llanto que se acumuló en mi garganta, mucho más costó mantenerlas a resguardo.

Fundiéndonos en un abrazo cálido y sostenido, apoyé mi mejilla en su pecho fuerte y amplio.

—Gabo — lo llamaba como García Márquez, por mi afición a la lectura aun con el pendiente de “El amor en los tiempos de cólera” — ¿por qué no me dijiste que ibas a venir? — Él besó la cúspide de mi cabeza. Desde los 15 años, su metro ochenta permitía que lo hiciera sin inconvenientes.

—Porque no hubiera sido una sorpresa. *Duh* — Acomodó mi cabello ondulado detrás de mi oreja, mirándome a los ojos, estableciendo esa conexión madre e hijo tan inexplicable como íntima.

Renzo permaneció apartado de la escena hasta que Gabriel tomó la iniciativa. Estático por un instante, recorrió visualmente a aquel desconocido hombre que tan importante era en

nuestras vidas.

—Supongo que tú eres el amigo de mi madre — Extendió su mano, enorgulleciéndome de sus modales.

—Exactamente, soy Renzo. *Benvenuto*. — Devolvió el gesto con un fuerte apretón. Toqué mi pecho, dolorido y en alerta máxima.

—Tendrán que enseñarme italiano, reconozco no saber nada de idiomas — Aseguró de camino al estacionamiento del aeropuerto.

—Será pan comido para un joven inteligente como tú, ya lo verás — Renzo se mostró atento, ofreciéndose a llevarle el equipaje. Pese a la negativa inicial, Gabriel aceptó a cambio de que yo colgara del pliegue de su codo.

En cuanto mi hijo vio el Camaro de Renzo, sus ojos centellaron. Amaba los automóviles tanto como él.

*Supongo que la manzana no cae lejos del árbol.*

—¡Vaya! ¿Este es tu coche? ¿Un Camaro 2015?

—¿A ti también te gustan los carros buenos?

—Carro bueno y costoso —Sonrió de lado.

—¡Gabriel! — Le apliqué un correctivo en su bíceps.

— ¿Puedo ir del lado del acompañante? — Volvió a ser un niño de diez años. Renzo, obviamente lo permitió.

A mi mente vino el recuerdo de las tardes en que Charly pasaba intentando arreglar su coche, un Honda bastante maltrecho que nos permitía ir y venir como una familia.

Con esmero y entusiasmo, Gabriel se dedicó a arreglarlo sin ninguna instrucción profesional más que su propia tozudez y capacidad autodidáctica. Llevaba en la sangre el amor hacia los motores.

Hablando sin detenerse ni por un segundo, padre e hijo compartieron una plática netamente automovilística. Yo, en cambio, fui una simple espectadora con el corazón en la boca

y los nervios como un cable de alta tensión.

En poco menos de media hora estuvimos en la casa de Adda; lo primero que hice fue estudiar la reacción de Gabriel reparando no solo en su extraña emoción sino, además, en el físico tan semejante al de Renzo.

Supliqué porque las cosas sigan inalterables como hasta el momento.

—Con que esta es la casa de tu abuela— Deslizó tomando la delantera por el estrecho camino de baldosas. Renzo y yo lo secundamos hasta la puerta de entrada.

—No me acostumbro a las llaves — dije, notablemente inquieta después de la tercera vez en que quise introducirla en la cerradura.

—Son dos, mamá. No debería resultarte muy difícil después de tantos días — Frunció el ceño sin que se le pasara por alto.

—Estoy muy feliz de tenerte conmigo, hijo. Debe ser la alegría por tenerte aquí, supongo.

Al entrar, su vista fue directo a la enorme y vistosa araña con caireles que a Cecé tanto le gustaba. Abandonando sus pertenencias sobre el sofá, el rubor se apoderó de mis mejillas al recordar que no hacía muchas horas atrás, Renzo y yo nos habíamos revolcado de placer allí mismo. Tosí aclarando mi garganta.

—Ivana, tendría que irme. Gabriel y tú tienen mucho por hablar y no quisiera entrometerme — dijo Renzo a mis espaldas. Giré, sintiendo su aliento resoplando en mi cabello; él me dio un beso cariñoso en la sien que me puso las mejillas coloradas. Gabriel debe de haber reparado en ese detalle, ya que elevó sus cejas curiosamente.

—¿Por qué no te quedas a cenar? Has sido muy gentil al recogerme en el aeropuerto — Sugirió mi hijo con algún plan en su mente. Lo fulminé con la mirada, agregando:

—Es muy tarde y Renzo es un hombre muy ocupado.

—¿Sabes qué? Me encantaría quedarme a cenar con ustedes. Estoy solo y sin alimento en la nevera— subió sus hombros exageradamente, buscando compasión —. ¿Pizza? A unas calles de aquí venden una para relamerse los dedos — Los llevó a sus labios, chocándolos contra ellos.



— ¡Hecho! — Gabriel se frotó las manos y sin esperar más, se fue a lavar las manos.

La cosa fluyó mejor de lo previsto.

Hablando de sus cosas en común, la universidad fue el tema por excelencia: comparando experiencias, materiales de estudio y puntos de vista, compartimos una cena con un alto nivel académico.

Me sentí orgullosa de mi hijo y por qué no aceptarlo, feliz de que congeniaran a pesar de no conocer los entresijos de su unión.

—Y dime, Renzo, ¿cuán amigo eres de mi madre? — Ahogándome con el sorbo de vino que acababa de tomar, comencé a toser groseramente.

—¡Gabriel! — Chillé en cuanto mi garganta dejó de picar y mi respiración se normalizó.

—¿Qué hay de malo en la pregunta? — sereno y sospechosamente inocente, preguntó. Renzo no participó, bajando la mirada en claro conflicto.

—Él está casado y tiene dos niños — respondí con un horrendo sinsabor. De momento, su separación ni siquiera era un hecho concreto sino planes en el aire y en su cabeza.

—Oh, vaya...— Gabriel se mostró a disgusto, rascándose la cabeza —. Disculpa por las segundas intenciones en mis comentarios, no era consciente de tu situación — respetuoso, lo miró.

—Es...complicado. Pero efectivamente, estoy casado — afirmó con el destello de su alianza matrimonial resplandeciendo en su dedo anular.

El silencio fue tan pesado, que Renzo corrió su silla hacia atrás y se excusó pobremente.

—Estaré en casa de mi padre. Mañana temprano iré a visitarlo al hospital— anunció —. Gabriel, ha sido un enorme placer conocerte. Espero que puedas convencer a tu madre de que se quede.

Mi hijo me miró con intriga y me guiñó el ojo con un objetivo en claro.

—Ivana, nos estamos viendo — Renzo pasó su mano por mi cuello, adaptando su palma a su curvatura. Un beso casto se posó en mi mejilla.

—Salúdame a tu hermana y a tu padre.

Renzo se marchó finalmente y el clic de la puerta aligeró la carga en mis hombros. El primer obstáculo estaba superado, pero lejos estaba yo de confesarles la verdad.

Levanté los platos advirtiendo el rostro contrito de mi hijo. En la cocina, una vez que todo estuvo en el fregadero, no tardó en exigir algunas respuestas.

—Mamá, ¿cómo se te ocurre salir con un tipo casado? — De brazos cruzados, el juicio me surcó.

—¡Gabriel! No me faltes el respeto.

—¿Yo? ¿Faltarte el respeto? No tiene nada que ver con eso, madre. Simplemente no quiero que te ilusiones y te rompan el corazón — su preocupación fue genuina; frotó mis brazos con sus grandes manos—. Es obvio que este tipo te gusta y es algo recíproco. Lo vi en sus ojos, en el modo que toma tu mano y te besa. Pero no estoy de acuerdo con que se haga el príncipe azul contigo mientras esté con otra persona.

—Su situación es...compleja.

—Todos dicen lo mismo.

—Lo sé, te lo aseguro.— Un sollozo tonto ajustó mis cuerdas vocales.

—No estoy reprendiéndote, mamá, pero me preocupas. Mereces un hombre que te ame sin condiciones y no anteponga excusas propias de los cobardes. Renzo parece un buen tipo, pero si te hace daño, tiene que saber que ahora estoy aquí, contigo. Defendiéndote. Cuidándote.

—Hijo... ¡te amo tanto! — Rompí en llanto, quebrando la coraza imaginaria que me había colocado desde su nacimiento.

Abrazándolo con fuerza, desahugué mis penas en su camisa. El peinó mi cabello ensortijado con sus dedos.

—Ahora entiendo por qué te tardaste tanto en venir a Italia. La *nonna* debió morir para forzarte a hacerlo. —Susurró, entendiéndolo.

—Renzo y yo tenemos un pasado en común, muy fuerte. Muy bonito y también triste.

—Lo imaginé. El hilo que los conecta es evidente.

—¿Tú también lo ves?

—Como que me llamo Gabriel Anberg.



Mi hijo besó el nacimiento de mi cabello y proponiéndoselo, fue mi ángel guardián.

Sacando cajas a la calle, terminamos con la pesada labor de deshacernos de los objetos en desuso; etiquetando bolsas con ropa para donar a la caridad, agradecí que mi hijo estuviera aquí para facilitarme la tarea.

El contratista enviado por Illona era eficiente, silencioso y muy trabajador; con solo una mano de pintura, todo ya lucía más limpio y grande pese a los plásticos que colgaban por doquier. Quedarnos con los muebles más elegantes y vistosos de la abuela, sin duda fue un acierto de la especialista en bienes raíces.

Los tapizados fueron lavados, borrando rastros no así recuerdos de mis encuentros con Renzo.

Los días pasaron velozmente y no se caracterizaron por tener noticias de Renzo. Veía las luces en el patio trasero de la casa de Giorgio, sin jugar al encendido y apagado.

Yo no me animaba a preguntar siquiera por su padre y mucho menos, por el divorcio, aunque no era difícil suponer que las cosas no tenían compostura; durmiendo en su casa paterna, el matrimonio no parecía mejorar.

—No sabía que eras una fisgona — Gabriel apareció por detrás de mí, haciendo que solape una cortina sobre la otra con un seco golpe de mano — ¿Te descubrí en pleno atraco?

—No en nada que no haya hecho antes — Reconocí con humor, subiendo mis hombros con resignación.

Gabriel rodeó mi cintura por detrás cálidamente apoyando su mejilla en el hueco de mi hombro y cuello.

—Quisiera ver fotografías, figurarme la historia de este lugar. ¿Sabes? Al bajar del automóvil de Renzo me invadió una extraña sensación, un sentimiento sobrecogedor sobresaltó mi corazón, como si esta casa hubiera formado parte de mi vida. Cosa de locos, ¿cierto? — perceptivo, sensible, Gabriel no sabía que aquí mismo había sido concebido. ¿Acaso era posible que su cuerpo lo reconociese? Leer sobre encarnaciones y vidas pasadas abrumaban mi criterio.

Cediendo ante su pedido, bajamos hacia la planta inferior. Nos serví un café a cada uno y llevé los álbumes al sofá. Puede que la ambientación de la casa no haya sido la misma que cuando llegué, pero el espíritu de Adda, su impronta, era evidente.

Rápidamente nos adentramos en las imágenes color sepia. Preguntándome por los rostros de quienes aparecían allí, muchos de los cuales yo no conocía, pasamos los primeros diez minutos. Riendo de los atuendos antiguos, elogiando el mobiliario e intentando armar un álbum genealógico, llegamos a las fotografías más recientes

El patio trasero era el protagonista de la mayor parte de las anécdotas retratadas; los atardeceres y mi bicicleta con cintas de colores anudadas en el manubrio, una constante.

—Y esta chica ¿quién es? Es muy guapa — Señaló a una adolescente Cecé.

—Una amiga. Es la hermana de Renzo, de hecho.

Gabriel continuó pasando las imágenes dando con una que nos tenía a Renzo y a mi bailando, muy cerca uno del otro. Girando la imagen, leyó en voz alta:

— “No soy piloto, pero, aunque tú estuvieras lejos, en la orilla más distante de los mares más remotos, zarparía tras un tesoro como tú”. Por siempre tuyo, Renzo. O en otra vida, Romeo...

—¿Qué estás leyendo? — Sin lograrlo, quise quitarle esa foto.

—Este tipo es todo un romántico. ¿Por qué nunca que me has hablado de él? — curioso, sumido en una peligrosa intriga. Cerró el álbum con la clara intención de saber más, obviamente, sin entrar en detalles inoportunos.

—Fue un romance juvenil, adolescente. Yo estaba en el último año de la preparatoria en San Francisco mientras que él ya era un chico universitario para cuando surgió el romance. Nos conocíamos de pequeños, crecimos juntos. — Reconocí con algo de pudor.

—¿Y todo terminó de la noche a la mañana? —quería negar, pero eso abriría la caja de Pandora.

—Pues, sí. Yo regresé a San Francisco y él a Roma, donde vivía para entonces.

—Quedaste embarazada de mí en ese mismo verano, ¿verdad? — Hizo cuentas mentales lo suficientemente rápido.

—Sí. Después.

—¿Y por qué nunca regresaste por él? ¿Por qué nunca voló a San Francisco?

—Porque él estaba en pareja — elevé los hombros con la voz de su compañero de cuarto diciéndome que se había ido con su novia a Génova —y porque yo quedé embarazada.

El miró la imagen suelta en sus manos.

—Una pena, me hubiera gustado tener sangre italiana— bromeó con un puchero.

—Pues algo de ella tienes: mi madre nació en esta tierra — tomando el álbum lo guardé con los otros.

Llevé las tazas a la cocina, apagué la luz y regresé al comedor para cuando la pregunta a la que más temía fue formulada:

—Mamá, ¿estás segura de que Renzo no es mi padre?

## **26        BROMAS PESADAS**

En estado de shock, debí sostenerme del mostrador de la cocina. Costó que el aire volviera a mis pulmones; era una perspícaza, cuya simple respiración podía dejarme en falta demasiado pronto.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¡Estoy bromeando! —mi labio tembló en un tic nervioso y su carcajada me convenció del chiste —. Nah, es que me ha parecido un tipo genial: médico prestigioso, con un súper auto y muy inteligente. Supongo que su herencia es jugosa — Se rio groseramente. Desarreglándole el cabello con un manotón, el color volvió a mi rostro.

Retirándose hacia la sala para conversar con su novia, Gabriel se excusó. Consciente de que en un par de días tendría que volar a América, me propuse aprovechar su estadía al máximo.

Consultándole sobre la posibilidad de establecerme en Turín al día siguiente, se contentó con verme emprendedora y vivaz, por lo que tener una cita de negocios con Cecilia Heressig era el próximo paso.

Definitivamente, era más fácil decirlo que hacerlo.

Teniendo el costo de esta propiedad, asombrándome para bien, busqué valores de un nuevo hogar y un local para montar mi salón.

Me armé de coraje y me puse en contacto con Cecé, sabiendo que para las instituciones bancarias yo era una extranjera que recién se asentaba en la ciudad, tomaría un crédito para adquirir materiales de trabajo; quería y necesitaba empezar de cero y era injusto dismantelar el negocio que tanto esfuerzo habíamos sabido mantener con mis socias.

Mis colegas estarían felices de ver mi expansión, de sentir que por fin mi sueño se hacía realidad pese a los tantísimos kilómetros de ellas. Entusiasmada, trasladé mi inquietud a mi hijo quien, sin dudar, quiso acompañarme al centro de la ciudad.

Entusiasmada, hasta el cielo diáfano y brillante acompañaba mi estado de ánimo.

Al llegar, aparcamos en una callejuela paralela a la margen del Río Po. Gabriel se mostró extasiado, declarándose en paz.

—Este lugar es increíble, la arquitectura es grandiosa, la naturaleza está presente en su medida justa y las calles entreveradas la hacen aún más atractiva — Con las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros, se balanceó de adelante hacia atrás. Cerrando sus ojos, inspiró profundo.

Entre elogios a la ciudad que yo amaba y tanto había cambiado, caminamos dos calles

más hasta dar con un enorme macizo construido en hormigón y cristal de imponente escala.

—¿Qué es este monstruo? — entrecerró los ojos hasta leer, en su fachada, “Museo Nazionale dell'Automobile” —. ¡Oh, Dios santo! ¿En serio estamos aquí? — abrió enérgicamente sus brazos, histriónico.

—Necesitabas un recreo y un reconocimiento por todo lo que me has ayudado en estos días.

Como cuando íbamos al zoo, tomó la delantera sin soltar mi mano. Gabriel había vuelto a ser un niño y tenerlo a mi lado en esta difícil e incomprensible etapa de mi vida, me llenaba de satisfacción.

Al ingresar, pude ver su espíritu entusiasta. Leyendo cada placa con las especificaciones técnicas de los modelos expuestos, se tomaba fotografías con todas las máquinas exhibidas.

De brazos cruzados, yo escuchaba toda la información que él aportaba a lo escrito; sorprendiéndome, era un entendido en el tema. Sonriendo ante su verborragia, las imágenes de las carreras televisadas de Fórmula 1 en la casa de los Heredig supusieron una carga emotiva que se había trasferido de generación en generación.

Gran mecánico, Giorgio había ocupado un puesto importante dentro la fábrica Fiat, tan vigente en el país. Cuando hubo reducción de personal, poco importaron sus años de antigüedad, sus temporadas de servicio a la industria y mucho menos sus conocimientos sino que tomara a bien su jugoso retiro y su reemplazo.

Algo abatido, se refugió en los juegos de mesa con mi abuela y en la producción de jaleas y vinos en su bella finca.

Adda solía mencionar que Giorgio había quedado un tanto deprimido y que salir a caminar por las tardes se había convertido en un pasatiempo saludable y entretenido, y que, gracias a esas largas charlas, estrecharon lazos más fuertes.

Ambos viudos, sin compromisos, se acompañaron mutuamente hasta la muerte de mi abuela.

Secundando a mi hijo, capturé su alegría en una fotografía que no pude evitar enviar a

Charly...y a Renzo. Automáticamente, sentí la necesidad de que se viera reflejado en él, en sus mismas inquietudes, aunque para Renzo no tuviera explicación ni justificativo.

La respuesta de mi exesposo no se hizo esperar: a un mensaje de su parte en el cual se contentaba con mi viaje le siguió otro en el cual me anticipó que su esposa estaba embarazada por segunda vez y que estaba evaluando tomar distancia de su trabajo con el fin de dedicar más tiempo a su nueva gestación. Los felicité cálidamente; merecían la dicha.

Mordí mi labio, sintiéndome egoísta, ya que eso representaba un nuevo problema para tener en cuenta en mi esquema: salir a la caza de alguien entendido en finanzas que pudiera tenderme una mano para arreglar los asuntos con mi salón de belleza en San Francisco y que, en simultáneo, conociera el fisco italiano para comenzar con mi emprendimiento local.

*¿Y si esto era una señal? ¿Si estaba escrito en alguna página del destino que yo no debía quedarme aquí, esperar por Renzo y cumplir mis sueños profesionales?*

—Te ves preocupada — Gabriel me tomó por sorpresa mientras mis pensamientos se enmarañaban en el interior de mi cabeza.

—Tu padre me acaba de chismear que Megan está embarazada. Tendrás un nuevo hermanito — *El cuarto, de hecho.*

—Ah, eso. Me lo dijeron antes de venir hasta aquí.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Porque pensé que no te interesaría. Después de todo es la vida de papá con otra mujer.

—Gabriel, tu padre y yo no estamos juntos pero nos tenemos mucho afecto. Y Megan es una excelente mujer y merecen lo mejor.

—¿Sigues amándolo?— Me tomó de la mano mientras caminábamos a otro panel.

—No, hijo, sentimos afecto mutuo. Eso es todo. Hemos crecido juntos y te hemos criado con gran amor y respeto.

—¿Y a Renzo? ¿Lo amas? — fue directo, sin rodeos.

Mordí mi labio, sentimental.

—Amar a alguien es una construcción, Gabo. No nace de un día para el otro.

—Más a mi favor: con tu vecino te une un pasado un romance juvenil y un presente bastante indescifrable. La cuota justa de romanticismo y drama que se necesita para cualquier historia de amor.

—¿Y desde cuándo eres tan melodramático?

—Desde que estoy de novio con Sydney. Bien sabes que estudia literatura inglesa; adora a Shakespeare y a esos romances complicados del siglo XVII.

—¿Y tú amas a Sydney?

—Aquí y ahora, sí — respondió sin dudar, simplificándolo.

Almorzando en un pequeño restaurante fuera del museo, sentimos esa complicidad especial que tanto echaba de menos. Mientras que él escogió una hamburguesa completa, sacando a relucir su impronta norteamericana, yo pedí unos *raviolis*, fiel a la tradición y al lugar que nos convocaba.

Al terminar, caminamos por el centro de la ciudad. Comimos un helado mientras recorrimos las calles de Turín. Hablando de la historia familiar, de política, de sus estudios y mis planes a corto plazo, apoyó mi decisión de quedarme aquí.

Deteniéndonos a mitad de camino, me abrazó muy fuerte, tomándome por sorpresa.

—Quiero verte feliz y si tu felicidad está aquí, bienvenida sea — Me afirmó por tercera vez en el día. Dueño de un corazón enorme, le retribuí la calidez para cuando voz familiar y sarcástica resonó a nuestro alrededor.

—Vaya, vaya, ¡mira a quién tenemos aquí!

Cerré los párpados con pesadez. Mi día era demasiado bueno para ser cierto.

Mirella Herssig, cruzada de brazos, mostraba una gran sonrisa de lado. Mirando de arriba hacia abajo a mi hijo, no solo lo comía con los ojos sino que, además, lo hacía en gesto triunfalista.

—Mirella, ¿cómo estás? Él es mi hijo Gabriel — Evidentemente no esperaba mi respuesta, dado que su ceño se frunció en un gesto de desaprobación. ¿O estaba trazando un - acertado- paralelismo entre su esposo y mi hijo. Me puse rígida, aun habiendo ganado el juego.

—Hola. Soy Mirella Herssig.

—¿Tú eres la esposa de Renzo? — preguntó él.

—Por supuesto. Y la madre de sus hijos, que conste. —Evité rodar los ojos solo porque no era una maleducada.

Gabriel también la analizó, aunque más disimuladamente. Ella se mostró nerviosa, inquieta. *¿Habrá pensado que estaba tirándome al chico? ¿Acaso yo tenía aspecto de Milf?*

—¿Conociendo la ciudad? — Sacó una pregunta de la galera. Agradecí que no se desatara el vendaval de preguntas.

—Ha llegado hace unos días y quiere aprovechar hasta el último minuto de vacaciones.

—Qué pena, pensé que quizás nos harías el favor de llevarte a tu madre. Ya sabes, para que deje de meterse en nuestras vidas — Ohhhhhh, esto se estaba calentando rápidamente. Apreté mis manos en dos puños, pero la caricia cariñosa de mi hijo en mi codo evitó la hecatombe.

—No, de hecho, mi madre se quedará a vivir en Turín. ¿No es grandioso? — Quise que la tierra me tragara viva; el comentario de mi hijo, cierto y demasiado revelador, echaba más leña al fuego.

—¿Quedarte? ¿Aquí? ¿Y de qué vivirías? Abrir un salón de belleza en un sitio como este es costoso y no es para cualquiera estilista de vecindario mediocre. Esta zona es para la elite. — Me dolió que hablara con tanta animosidad de mis proyectos. ¿Qué sabía adónde trabajaba yo o el nivel adquisitivo de mi clientela?

—No debo darte explicaciones de mis proyectos, Mirella — contuve mis ganas de abofetearla—. ¿Vamos Gabo? Aún hay mucho por recorrer — sujetando el brazo de mi hijo lo forcé a salir del enredo, lográndolo. A los pocos metros, todavía hirviendo, lo regañé —. ¿Por qué le has dicho que me quedaré aquí? Tengo muchas cosas por resolver antes de tomar mi decisión definitiva.

—Es mejor que lo vaya sabiendo con antelación.

—Lo siento, no debería haberte acusado así. ¡Esta mujer me saca de quicio! —Gruñí.

—Es una bruja. No es del estilo que mujer que imaginé casada con Renzo.

—¿Y desde cuándo conoces sus gustos personales?

—Lo único que sé es que tiene *muuuuuy* buen gusto. Su auto es a todo lujo y su mujer, aunque sea una araña ponzoñosa, es una belleza.

—Sí, lo es. Fue modelo durante bastante tiempo. Se retiró de las pasarelas para dedicarse a la familia y a sus propios emprendimientos personales — bajé la mirada, reconociéndome derrotada, al menos en ese aspecto.

—Mamá, ¿tienes idea cuán hermosa eres tú? Curvilínea, con unos ojos preciosos y una sonrisa genuina. Es cierto, también eres mala en el ajedrez, pero no puedes ser perfecta en todo.

—¡Eres un crápula!

Y jugueteando de mano, divirtiéndonos a todo dar, continuamos con nuestra travesía italiana un rato más.

## 27      MUCHO GUSTO

La nostalgia se apoderó de mí por anticipado al ver que Gabriel estaba doblando su ropa, ya que quedaban solo tres días para que se marchara.

La casa estaba a punto, limpia, ordenada, lista para mostrarse.

A diario, recibía mensajes de Illona recordándome que debía mantener la vivienda lo más inmaculada posible.

—¿Así que Renzo y Mirella tienen dos hijos? —Las preguntas aleatorias eran un gran activo de mi hijo.

—Sí, un pequeño de diez y una niña de cinco.

—¿Los conoces?

—Por accidente; socorrí a su padre prácticamente en el mismo momento en que ellos llegaban para almorzar.

¿Y cómo son ellos?

—Como dije, pequeños — Rodó sus ojos. Permanecí sentada en el extremo del colchón. Gabriel ocupaba la habitación con mayor transformación. El blanco le había ganado al papel tapiz avejentado y floral. Sin perder la impronta y ganando en prolijidad, el cuarto de visitas también funcionaba como una oficina.

—Hablo de su aspecto físico —me arrojó un cojín sin fuerza.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Lisa y llana curiosidad—lo dijo como algo natural.

Yo podía percibir que en su cabeza las cosas no estaban del todo claras. Gabriel no sospechaba que Renzo era su padre, pero dentro suyo cohabitaba un extraño sentimiento. La conexión con este sitio, sus buenas migas con Renzo, los niños...

Creí necesario comenzar a abrir el juego; ¿cuánto más podría sostener mi secreto bajo siete llaves?

—Hijo, estás raro. Muy distinto al Gabriel de esta mañana.

—Lo sé. Es...algo loco...

—¿Por qué? Sabes que puedes contar conmigo —Acaricié su mano y le besé los nudillos. Puede que sea un hombre, pero para mí los mimos nunca estarán de sobra.

—Nunca fui un aficionado a la espiritualidad, pero este último tiempo me he acercado al yoga. Sydney tiene mucho que ver con esto — sonrió con sonrojo, reconociendo la influencia de su novia en su vida —. Al principio pensé que “cultivar el ser” —entrecomilla — era para aburridos, débiles e *hippies*, pero estaba equivocado. Me he dado cuenta de que la meditación es algo que todos deberían hacer obligatoriamente — yo escuchaba atentamente su planteo. Continuó sin interrupciones —. Meditar me ha servido para lograr una mejor concentración al momento de estudiar y aquietar mi temperamento. Nunca te lo he dicho, pero solía pelearme muy a menudo en el campo de juego — Rascó su nuca, bajando la mirada.

—¿Tu? Pe- pero si siempre has sido un chico tranquilo.

—Es lo que intentaba proyectar para no defraudarte.

—¿A mí? ¿Defraudarme? No hay modo en que lo hicieras.

—Yo quería ser el mejor de mi clase para que estuvieras orgulloso de mí, para impresionarlos. Contenía mis frustraciones por las noches y al momento de entrenarme, decantaba toda mi furia.

—Oh, hijo mío — Llevé su rostro a mi pecho. Él se mantuvo arrodillado, rodeando mi cintura, mirándome —. Escúchame bien, Gabriel, siempre serás el mejor en cualquier cosa que emprendas a mi ojos porque eres mi orgullo. Significas mi vida entera, ¿entiendes? —Lloriqué.

Minutos de silencio y respiraciones tranquilas mediante, él tomó asiento junto a mí.

—Existe una energía especial en esta casa. Una vibración distinta a la que siento cotidianamente. Como si ya hubiera estado aquí antes. Y Renzo, pues Renzo me parece un tipo súper genial, pero cobarde.

—Está atravesando una relación compleja, no lo castigues —dije, aunque era difícil no coincidir.

—Él la ha complicado al no haberte retenido veintidós años atrás.

—Éramos dos inmaduros. Yo estaba rondando los dieciocho y en mis cartas estaba graduarme de la preparatoria.

—Pues tendría que haberte ido a buscar a San Francisco.

—Estudiaba en Roma.

—Pues podía haber calificado para otra universidad — Insistió.

—La vida no es lineal. Además, yo quedé embarazada y él...pues...también tenía sus propios asuntos. Simplemente no era el momento adecuado para ninguno. — Justifiqué lo que hace un mes ni siquiera era capaz de perdonar.

Acaricié su cabello apenas ondulado, rubio.

Hijo, sabes que te amo, ¿verdad?

—Lo sé, me lo dices como mil veces al día —su sonrisa me encandiló —. ¿A qué viene eso?

—Siempre he tratado de darte lo mejor, de hacer lo que creí correcto.

—No es fácil criar a un niño con apenas diecinueve años. Yo no sé qué haría si Sydney quedara embarazada ahora mismo.

—No puedo decir que tu búsqueda fue planificada, pero sí que decidí tenerte para darte todo mi amor y más — mi voz comenzaba a temblar, la verdad se acercaba a mi boca irremediablemente —. Hay algo que...bueno...se me hace difícil de explicar, sobre el pasado.... — las palabras se me trababan en la lengua, mis manos sudaban. Las cerré en un puño con la intención de calmarme.

—¿Debería asustarme? Has empalidecido de golpe.

Destino, oportunismo, designio divino, pero el timbre de casa sonó e interrumpió mi confesión.

—¿Esperas a alguien? ¿Renzo vendrá a comer? — Gabo se puso de pie, condenando mi relato a la cola de espera. Mi pecho se descomprimió, los planetas me daban otra oportunidad.

Mi hijo tomó la delantera en las escaleras y abrió la puerta con la confianza de que no sería nadie que no conociéramos. Efectivamente, Cecilia entró como un vendaval, sin percatarse de la presencia de Gabriel; desbordada y sollozando, me embistió con un pesado abrazo.

—No pasará de hoy, Ivana— sentenció, quejumbrosa y con alarmante olor a alcohol.

—Cecé, cálmate por favor — busqué su rostro, enmarcándolo con mis manos —. ¿Qué pasó? ¿Quién ha dicho eso? — Exigí respuestas concretas.

—El doctor que conoce a Renzo.

La envolví con cariño, masajeándole la espalda. Tomando asiento, mediante señal de manos, pedí a Gabriel que le trajera agua. Diligente, presentó una jarra de vidrio con dos vasos. Sirvió uno y me lo entregó. Hice lo propio con Cecilia.

Ella lo tomó entre sus manos temblorosas y bebió unos sorbos.

Enrojecida por el llanto, el agua dentro del vaso bailaba con inestabilidad.

—Cecé, ¿estás segura de que el médico dijo eso? ¿Con esas palabras?

—No es un tipo que habla por hablar — fijó sus ojos lacrimosos en los míos.

—Entonces, si es cuestión de horas, ¿qué estás haciendo aquí?

—Necesitaba de tu paz. No me fiaba de mí misma estando sola —Por primera vez desde que entró en casa, se percató de la presencia de un tercero. Con escepticismo volteó la cabeza, dejó el vaso sobre la otomana de vidrio y miró en dirección a mi hijo.

Temí por lo que podía suceder, mucho más teniendo en cuenta que Cecé estaba con alguna copa de más. La verdad, o mi secreto para el caso, era un arma que ella siempre tenía en el cargador del revolver que era su boca.

Gabriel sonrió tímidamente, esperando la reacción de la visita.

Cecé regresó la vista a mi rostro, el cual no movía un músculo.

—¿Él es...tu...? — preguntó con dificultad, en un hilo delgado de voz.

—Él es Gabriel. Mi hijo— lo presenté.

Su cuerpo giró por completo y olvidándose de los motivos que la habían traído hasta aquí, se puso de pie como resorte para acercarse al brazo del sillón, donde él permanecía atento a la escena.

—Gabriel...— Suspiró su nombre, extasiada. Sus manos se movieron alrededor de los brazos de mi hijo, sin rozarlo siquiera. Él la miró analíticamente.

—Y supongo que tú eres Cecilia. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Sabes quién soy? —su mirada reflejó una creciente y errónea esperanza.

—Si, le he dicho que eres la hermana de Renzo. ¿Recuerdas las fotografías que te mostré el otro día? — pregunté a mi hijo.

—Por supuesto. Ella era la del vestido azul — Con memoria fotográfica, la identificó sin pestañear.

—Eres un hermoso hombre — Se me cerró la garganta ante su admisión.

—Gracias. Usted también es muy hermosa — Gabriel lo tomó como el elogio de cualquier mujer, ignorando quién era realmente Cecé Herssig.

El silencio se tornó apabullante e incómodo, sobre todo para mi hijo, quien se e movía inquietamente sobre su asiento.

—Cecé, ¿cómo has venido hasta aquí? —Era momento de finalizar el escrutinio por el

bien de todos.

—Conduciendo mi coche, por supuesto.

—¿Estás loca? Podrías haberte matado.

—No seas exagerada, no estoy ebria. Tomé una copa de vino antes de venir.

—No puedes regresar en estas condiciones al hospital.

—No estoy segura de querer ir de todos modos.

—Deberías estar con tu hermano. Acompañarse mutuamente.

—Está con la bruja de Mirella. No lo deja ni a sol ni a sombra — la bilis se atascó en mi garganta, pero no podía juzgarlos. Era la madre de sus hijos y de ningún modo la negociación de su separación se haría en buenos términos. Sin embargo, una pregunta inmediatamente me atormentó: ¿Renzo le había pedido el divorcio finalmente? Lo echaba de menos y la ausencia de mensajes fue dolorosa.

—Cecé, me has dicho que puede que estos minutos sean decisivos para tu padre. Él querría estar con ustedes en su último aliento, ¿no lo crees? —el dolor también traicionaba mi voz. Giorgio no era cualquier hombre para mí.

Cecilia meditó mis palabras por unos segundos, algo de cordura quedaba en ella.

—¿Por qué no vamos a tu apartamento, tomas una ducha rápida y salimos? Te dejaremos en el hospital — Se mordió el labio, pensando en mi propuesta.

—Sí...bueno...quizás...

—Es lo mejor.

—Ustedes deberían quedarse con nosotros.

—Cecé, es un momento íntimo, familiar.

—Ustedes son parte de nuestra familia, deberías saberlo — sus ojos celestes apuñalaron los míos.

No me sería fácil escapar.

## 28 LA DESPEDIDA

Tal como imaginé en mi mente, el apartamento de Cecilia era amplio y de un gusto excelente. Dentro de un lujoso condominio a pocos minutos del centro, estaba no solo era confortable sino accesible.

Agradeciendo que en el transcurso de esas horas no hubiera recibido malas noticias, en cuanto Renzo la llamó, mi respiración se detuvo.

Vibrando sobre el colchón, el celular reflejaba su nombre.

—¡Cecé, es tu hermano! — grité desde su cama, cuidando porque no se accidentara en la bañera.

—¡Atiende por mí! ¡Ya salgo! — su voz sobresalió del sonido del agua corriendo.

Sentada en el extremo, rodeada de elegantes paredes con papel tapiz con patrones de arabescos color plata y viéndome reflejada en una enorme puerta espejada, atendí. Rogué porque

fuera solo fuera una llamada de cortesía.

—¿Renzo? Soy Ivana — me anticipé. Como era de esperar, él se mostró sorprendido.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Y mi hermana? — se lo notaba cansado.

—Está tomando una ducha.

—¿Qué hace contigo en lugar de estar aquí?

—Apareció en mi casa con unas copas de más, aunque dijo que bebió solo una. Gabriel y yo la trajimos a su casa y la acompañaremos al hospital. No te preocupes, la dejaremos en la puerta y ya. No quiero tener inconvenientes con *tu esposa* — fue inevitable sentirme “sucio” y “engañado”. Era obvio que el momento de discutir acerca de su divorcio no era atinado y me sentía como una inmadura. Pero aun así...

—No puedo decirle que vaya a casa, me está acompañando — se excusó con razón. Estaba siendo injusta.

—¿Cómo está tu padre? — Tragué duro, escuchando el crujido de mi corazón. Yo era la única culpable de sentirme así; no debería haberme liado con Renzo. No debería haberlo dejado entrar en mí.

—Supongo que Cecé te dijo que Massimo nos confirmó que estamos frente a sus últimas horas.

—Sí, lo hizo. Lo siento mucho.

—Te necesito mucho, Iv.

Cecé salió con la toalla envolviendo su cuerpo y sacudiéndose el cabello.

Inmediatamente, sin despedirme de su hermano, le pasé el teléfono.

Dándoles privacidad, garantizándome que ella estaba de una pieza, escapé de la habitación rumbo a la sala, encontrando a Gabriel de pie frente un ventanal, mirando el perfil urbano del centro de Turín desde ese décimo piso.

—Las vistas desde aquí son espectaculares — afirmó —. ¿Cómo está ella?

—Coherente, cosa no menor — Gabriel se volteó en dirección al moderno mueble de cristal y madera de haya, sitio donde se encontraban pequeños adornos y retratos familiares en

perfecta armonía.

Tomasso y Giovanna eran los protagonistas principales de los estantes; en diferentes etapas de su vida, se mostraban en solitario o con su tía, con su padre y con Giorgio.

Sin embargo, eso no me llamó la atención como sí lo hizo una imagen pequeña enmarcada en un cuadro de madera, a espaldas de una en la que tenía a Cecé con sus sobrinos.

—¿Este soy yo? —Observó con acierto. En efecto, era una imagen tomada de arrebato en el zoo de San Francisco, a sus 5 años. Recordaba bien ese día: salió con una gran fascinación por las cebras.

—Eso parece— mi pulso se aceleró.

—¿Y por qué tiene una foto mía? — Debía presentar una excusa válida y no tenía idea cuál.

—Porque eras el hijo de mi mejor y más querida amiga, Gabriel.

Cecé apareció por detrás de nosotros, salvándome del incendio.

—No recuerdo que nos hayamos visto ese día. —Mi hijo regresó la vista a la vieja imagen.

—La he tomado sin que lo supieran. Tu madre y yo hemos tenido diferencias irreconciliables durante muchos años y no sabía cómo retomar el contacto. Hace muchos años viajé a San Francisco por trabajo y los vi disfrutando del zoo. No tuve el coraje de acercarme y limar asperezas así que solo te fotografié.

A mi hijo pareció bastarle la explicación de momento, aunque por su expresión, no estaba del todo convencido. Miré a Cecé agradeciéndole en silencio que me evitara inventar pretextos.



Al menos por ahora.

Al llegar al estacionamiento del hospital, bajamos del coche y le entregué las llaves a Cecilia. Nos pediríamos un taxi desde allí.

—Quédense con nosotros, por favor — pidió en un ruego y no pude negarme.

Gabriel me respondió afirmativamente con una mirada silenciosa y avanzamos dos pasos por detrás de ella. Los rostros de aflicción hablaban por sí solos.

Dolió mucho ver a Renzo junto a su esposa, pero me mantuve estoica. Sin muestras de afecto, un simple “buenas noches” fue suficiente.

Mientras que las mujeres permanecimos sentadas, en completo silencio, Gabriel y Renzo armaron su propio grupo; hablando de nuestra visita al museo del automóvil, aligeraron la tensión que ninguna de las tres supimos ni pudimos vencer.

El desenlace era tan inminente como desgastante; en el corredor frente a la puerta del cuarto, éramos testigos del ir y venir de las enfermeras.

Cecé tomó mi mano, tan fuerte, que me dolía la carne.

Ese contacto estaba cargado de tristeza y dolor. Ambas habíamos perdido a nuestras madres siendo estas muy jóvenes; yo, sin contacto con mi padre desde hacía muchísimo tiempo, había continuado mi vida sin él.

Pero Giorgio era un hombre presente en la vida de sus hijos y sus nietos; amante de la jardinería, de los automóviles y un romántico empedernido, se estaba apagando de a poquito.

Después de una interminable hora, el doctor Massimo Pallestra, amigo de universidad y colega de Renzo, se acercó con un gesto que delataba el final.

—Chicos, ya no nos queda más tiempo He hablado con el director y se les permiten unos últimos minutos con Giorgio. Lo siento mucho — en un calmo italiano que me permitió entender en su totalidad, expresó con angustia. Dio una palmada en la espalda de Renzo y un beso en la frente a Cecé y otro en la de Mirella. En cuanto a mí y a Gabriel, una suave inclinación de cabeza.

Cecilia se volcó en los brazos de su hermano, quien la apretó en un sentimental abrazo. Duro como un roble, evitó llorar, aunque su mandíbula temblara.

Gabriel me abrazó por detrás, tomándome por la cintura y colocando su mentón sobre mi hombro. Yo estaba sumida en una horrible sensación de culpa por negarle la oportunidad de conocer a su primer nieto.

—Vamos, entremos — Inesperadamente, Cecé tomó de la mano a mi hijo y lo llevó casi a la rastra adentro de la habitación. Renzo me miró desconcertado y bajé la mirada, sin poder explicar el arrebato de su hermana; sin perder tiempo, los siguió.

No sería gratis quedarme a solas con Mirella, de mirada atenta y sagaz, ávida de sangre. Yo era el blanco perfecto para destilar su odio.

—Dime que ese chico no es hijo de Renzo — disparó entre dientes, con los ojos agudos y las manos tensas.

El silencio se apoderó de mi garganta, seca, áspera.

—¿Renzo y el chico lo saben? —No respondí. Pero claro, no lo dejaría ir así como así.

—Él nunca ocupará el lugar de mis hijos, ¿entiendes? Yo nunca permitiré que les quite su amor o lo que les pertenece. No sé cómo se te ha ocurrido traerlo.

Molesta, inquisitiva, Mirella mantenía su discurso en un tono bajo. Nadie a nuestro alrededor podría darse cuenta las barbaridades que estaba diciendo.

Miré en dirección el techo, dejando que unas lágrimas cayeran por ambos lados de mi rostro. No estaba dispuesta a ceder a sus provocaciones, no tenía fuerzas para hacerlo.

Su respiración era inquietante. El chasqueo constante de su lengua, provocador.

—Mirella, dentro de esas cuatro paredes, está muriendo el padre de tu esposo. El abuelo de tus hijos. Por favor, ten respeto por él. Si Gabriel es o no el hijo de Renzo, no es momento de discutirlo. Y si así fuera, concédele el derecho de que comparta unos minutos con su abuelo. Los únicos y últimos que tendrá.

Mirella quedó de una pieza, sin habla. No era poca cosa y no quería gritar victoria, pero parecía que mis palabras habían tocado su fibra íntima. Retrocediendo en su postura, se puso de

pie y tomó un cigarrillo de su costoso bolso al mismo tiempo que Cecilia, Renzo y mi hijo se acercaron con el peso de lo inevitable sobre sus espaldas.

—Se nos fue...— Cecé, más elocuente que su hermano se desplomó en la silla con el dolor de la pérdida atravesándole el cuerpo. Renzo negó con la cabeza, con los labios temblando y giró para mecerse en los brazos de su esposa.

Gabriel se arrodilló ante su -desconocida aún para él- tía y le apretó fuerte las manos en tanto que yo le frotaba la espalda en un susurro constante. Tras las condolencias de algunas enfermeras y sollozos de tristeza, mi hijo se puso de pie y se excusó para ir a hablar por teléfono.

Mirella me miró con resignación y sin juicio. Le devolví la mirada, solemne, sin emitir sonido.

La esposa de Renzo secó sus ojos con un pañuelo y sujetó la mano de su marido; murmuró algo a su oído y se marchó con un tibio adiós. No me atreví a mirarlo enseguida, pero no pude contenerme cuando los segundos pasaron y su cuerpo se desmoronaba contra la pared del corredor.

Besé a Cecé en la sien y me puse de cuclillas frente a Renzo.



Lo abracé fuerte, sostenidamente. Yo sabía de pérdidas, de hecho, había regresado a Italia por una.

Reunidos en el apartamento de Cecilia, tanto ella como su hermano delinearon los últimos detalles del velatorio de su padre. Su destino final sería el panteón familiar de los Herssig, en el *Cimitero Monumentale di Torino*, lugar donde descansaban los restos de los dos tíos, la madre y el hermano mayor de Renzo y Cecé.

Gabriel y yo, cansados, nos mantuvimos junto a ellos en este duro momento. Bebiendo

un café, escuchándolos, el tiempo pasó hasta que los primeros rayos de sol asomaron, pincelaron el cielo.

—Los restos de papá estarán en la sala velatoria a partir de las tres de la tarde. Hasta entonces, no hay nada qué hacer aquí — Renzo guardó su móvil y tronó su cuello después de varios llamados telefónicos —. Yo llevaré a los chicos — dijo a su hermana, señalándonos. Ella solo asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Renzo, debes descansar. Ha sido una noche larga y complicada. Tomaremos un taxi; prometo que nos veremos más tarde.

—No, Iv. Corresponde que los lleve a su casa. Es lo mínimo que puedo hacer en agradecimiento a su compañía y solidaridad.

Luchar para que Renzo cambiara de opinión era gastar energías que no tenía. Acepté, sabiendo que ese simple gesto le aliviaría el dolor que estaba padeciendo.

Subimos al Camaro, aparcado dos calles más abajo y en menos de una hora, dado el poco tráfico, llegamos a mi casa en un profundo hermetismo.

Gabriel, recostado en el asiento trasero, se había dormido de inmediato. De ser pequeño, no dudaría en alzarlo con mis brazos y acostarlo en su cama, arroparlo y besarle la frente. Nada de eso era posible con sus veintiún años y su porte físico.

—No quiero estar solo— Renzo me susurró al oído, con cada músculo de su cuerpo entumecido por el drama.

—Y yo no quiero continuar confundiendo las cosas. No más.

—No quiero estar solo en esa casa, con los recuerdos a flor de piel. Quédate hasta que me duerma, al menos — me miró con sus preciosos ojos abatidos.

Girando mi cabeza hacia atrás, noté que Gabriel continuaba dormido y que probablemente apenas tocara su almohada el sueño lo vencería enseguida.

Me sentía tan débil frente a Renzo y al mismo tiempo tan poderosa de que mi simple compañía apaciguara su sufrimiento, que no pude resistirme a hacer lo que me pidió.

Despertándolo con tranquilidad, él cerró su boca entreabierta y parpadeó hasta ubicarse

en tiempo y espacio.

—¿Ya llegamos?

—Sí, es hora de bajar.

Casi al mismo tiempo, los tres descendimos del coche. A metros de la verja de entrada, detuve a mi hijo tomándolo del codo.

—Toma las llaves, en un rato volveré— miró de Renzo a mí y dijo que sí con la cabeza, sin hacer preguntas incómodas ni juicios de valor. Tendió su mano a Renzo y entró a la casa ante mi confiada mirada.

Inspiré profundo. Otra vez estaríamos Renzo y yo solos, en su casa familiar, aunque bajo otras circunstancias. Me rehusé a tomarlo de la mano pese a su aprehensión, hasta que comprendió que mi dolor iba más allá de la muerte de Giorgio.

Una vez en la sala, sus piernas se aflojaron conforme se dirigía al sofá de un cuerpo que su padre utilizaba para mirar las carreras los domingos.

—Lo echaré mucho de menos — entre gimoteos y puñetazos al cojín, expresó con ira.

—Él siempre estará contigo, Renzo. Con tu hermana, con sus nietos.

—No los ha disfrutado lo suficiente.

—Pues háblales mucho de él. Tu padre era amante de las buenas historias. Lo apreciará.

Renzo giró y sostuvo la vertical aferrándose a la gruesa mesa de madera.

—No sé qué haría sin ti ahora mismo. —Exhaló.

—No exageres.

—Me consuela pensar que todo esto fue un plan ideado por tu abuela y por mi padre para que nos reencontremos — fue una bonita apreciación, la de creer que todos tenemos un plan que cumplir en esta tierra antes de marcharnos de esta vida.

Caminé los pasos que me separaban hasta él y acaricié su mentón, áspero por la barba que empezaba a crecerle.

Tomó mi mano, la besó y la colocó sobre su inquieto corazón. Buscando mi rostro, besó mi frente, luego mis párpados y por último mi boca. El calor creció varios grados en la sala en

cuanto su lengua sondeó la mía, en cuanto sus manos se aferraron a mi culo y las mías, rasguñó su espalda.

—Por favor, lo necesito— su solicitud sopló mis labios. Y como no podía ser de otra manera, cedí. Porque era una mala mujer, porque había estado tanto tiempo lejos de él que ahora lo quería todo.

Aunque fuera prohibido y desleal.

Merecía el infierno. De seguro, mi madre estaría escandalizada por mi comportamiento.

Tropezando en la escalera, arribamos al dormitorio que había ocupado en su juventud, el cual conservaba sus trofeos juveniles y una copia de su diploma universitario, enmarcado en madera y colgado en la pared.

Su padre había mantenido buena parte del aspecto original de la alcoba, a no ser por algunas cajas cerradas de cartón marrón, ocupadas con viejas pertenencias.

Acurrucándonos en su cama estrecha, me abrazó por detrás. Llevé sus manos hacia la parte inferior de mi busto y él acomodó su cabeza sobre mi hombro.

—*Non é mai troppo tardi per essere felici, amore mio*<sup>[2]</sup> — susurró en italiano, su lengua madre. Rozó mi oreja con su nariz y luego colocó su cabeza en la almohada, entregándose al tan merecido descanso.

*Ojalá que no sea demasiado tarde.*

## 29 CITADOS

Tres horas más tarde, abrí los ojos. Contracturada por el poco espacio y la posición, me moví con cuidado para no despertar a Renzo. Cuando conseguí deshacerme de su amarre, me agaché y acaricié el cabello ondulado de mi Romeo, dormido profundamente.

Se lo veía en paz después de muchos días y me dio pena tener que llamarlo, pero temía que se quedara dormido y no estuviese lo suficientemente preparado para el funeral. Susurrando su nombre, contorneando su barbilla rasposa con mis nudillos, no obtuve más que un bostezo forzado de su parte.

Miré el reloj de la mesa de noche pensando en que, si regresaba a mi casa, corría el riesgo de que Renzo continuara durmiendo y ni mil alarmas lo animarían. Miré mi ropa arrugada y pegada a mi cuerpo con una ligera capa de sudor; una buena ducha y prendas limpias me renovarían la energía.

Inspirando profundo, decidí darle la ventaja de unos minutos más y bañarme aquí mismo. La vestimenta podía esperar.

Ganando tiempo tomé una gran toalla en el baño de los Herssig; pasado de moda, los azulejos turquesa con uniones en negro, causaban fatiga visual. Dejé el agua correr y para

cuando hubo vapor, comencé con la tarea de desnudarme.

El chorro caliente distendió mis músculos, su fuerza impactando de lleno sobre mis escápulas, aligeró la tensión de estas últimas horas. De imprevisto, me eché a llorar.

Giorgio no era solo el padre de mi amiga o el padre de mi amor. Él había sido el abuelo de mi hijo.

Culpa, egoísmo, no les permití disfrutarse. Y ya no había vuelta atrás.

Enjuagando mi cabello, frotando mi rostro cobarde, la inesperada apertura de la cortina y el ingreso de Renzo a la bañera me sobresaltó.

—¿Renzo? ¿¡Qué demonios...!?!— Mi voz se atascó tras el asalto furioso de su boca; vestido con la ropa de la noche, poco le importó empaparse.

Presos del arrebató, ambos colaboramos para sus prendas fueran una anécdota; besándome con salvajismo, recorriendo mi cuello con el filo de sus dientes, me hizo distraer del verdadero objetivo; dos de sus dedos se abrieron paso en mi carne hinchada, preparándola para su miembro listo.

De espaldas contra la pared, mi pierna se ancló en sus caderas. Maniobrando con crudeza, sin palabras de por medio ni expresiones de cariño, todo se trataba de una descarga de dolor.

Hizo de mi boca un frunce mientras llevó a cabo su último round. Sin galantería y con mis gemidos ahogándose bajo la lluvia de la ducha, entró de un empujón rudo, rompiéndome por completo.

La galaxia explotó bajo mis párpados y su gruñido no dejó margen de dudas.

Apoyando la frente entre mis pechos, estabilizando su respiración, pasó una de sus manos por mi espalda para cerrar el grifo.

—Hola — su voz era oscura, grave. Sus palmas planas sobre mi cabeza me mantuvieron cautiva y en alerta.

—Hola — respondí, complacida y dolorida, mientras le recorría los labios mojados con mi pulgar.

—Lo siento, pero escuché la ducha y no me pude resistir —Apartándose, recogió la toalla

para secarme el cabello, pasarla por mis hombros y detenerse en mis pechos colorados por el roce contra su piel.

—Reconozco que nunca lo he hecho en un baño —expresé con tono travieso.

—¿Otra primera vez conmigo?

—Sí, claro.

Teniendo en cuenta el piso resbaloso, me cubrí y me dispuse a secar el resto de mi cuerpo mientras que él hacía lo propio con el suyo con otra toalla.

Frente al espejo, batí mi cabello dejándolo caer en un manto desprolijo y enredado.

—Sueño con que cada mañana sea así, Iv— se puso por detrás, mirándonos en el espejo. Giré, quedando perfil a perfil, dispuesta a poner un poco de coto en esta cuestión. Todo estaba fuera de control.

—Mi corazón siempre ha sido tuyo y lo seguirá siendo, aquí y en cualquier otro sitio, pero no puedo permitirme ser la segunda. Está en tu poder darme el primer lugar.

—¿Lo intentaremos?

—Contra todo pronóstico y promesa, lo intentaré.

Su energía y sonrisa condicionó mi conciencia. Yo debía decirle la verdad... ¿o ahora no era necesario?

*Ivana, su esposa aprovechará cualquier momento para decirle que Gabriel es su hijo.*



Me vestí en un incómodo silencio,  
prometiéndome qué pensaría en qué momento abrir mi boca.

Abrí la puerta en puntillas de pie agradeciendo que Gabriel no puso llave en la puerta.

¿Había sido prudente hacerlo? Claro que sí, pero – caso contrario – hubiera tenido que presionar el timbre hasta el fin de los días para despertarlo.

Procuré subir la escalera sin hacer ruido...para cuando un fresco Gabriel, taza de lo que parecía café en mano, apareció con una sonrisa capciosa estampada en su rostro.

—Oh, Gabo...hola...pensé que aún dormías...— Retrocedí sobre mis pasos, bajando los tres escalones subidos hasta entonces.

—Solo dormité unos veinte minutos. En el tiempo restante, preferí leer y darme una ducha...como tú — su ceja se elevó. Bebió un sorbo de su infusión esperando pacientemente por mis excusas.

—Sé qué es lo que parece, pero se trató de ahorrar algo de tiempo.

—No es a mí a quien deberías darle explicaciones, sino a ti misma. Lo que puedo decirte es que las medias tintas nunca son buenas: estás con Renzo o no lo estás. Y él está contigo o con su mujer. Si me preguntas, lo único que me importa es tu corazón.

Tragué la bola de lágrimas que se formó en mi garganta. Entendía perfectamente lo que decía.

—Lo sé, y me angustia saber cuál es su condición sentimental. Traté de no involucrarme, ser fría, distante. Incluso grosera...nada funcionó. Lo juro — sintiéndome como una adolescente, confesé con ardor y culpa.

—¿Has amado a papá? — se refirió a Charly.

Mis ojos hacia el piso le respondieron.

—Ahora entiendo por qué nunca los vi...enamorados...

—Hemos sido felices, a nuestro modo.

—Los amigos también son felices.

—Es complicado.

—Sé que mi pensamiento es un tanto inocente e idealista, pero no quisiera casarme con alguien por obligación. Un niño no tendría que ser un pegamento a la fuerza.

Acercándome a mi hijo, le tomé las manos y se las besé.

—Siento mucho lo que pasó. Fueron tiempos difíciles; éramos jóvenes, inexpertos y nuestros padres tuvieron mucha influencia para entonces.

—Mamá, lo entiendo, por eso quiero que ahora luches para ser feliz. Has hecho mucho por mí y este es *tu* momento. Si crees que estás en condiciones de pelear por el amor de Renzo, hazlo. Tenle paciencia si confías en que es solo cuestión de tiempo, pero debes estar alerta porque si no él toma cartas en el asunto con rapidez, estarás metido en un lío desagradable.



Brindándome lecciones de vida como si él fuera mi padre y no a la inversa, le agradecí por su madurez y su incondicionalidad. Nos dimos un fuerte abrazo y prometí regresar en cinco minutos, con ropa limpia y sin arrugas, para desayunar con todas las letras.

El sepelio de Giorgio fue triste, como todos los sepelios.

Vecinos, algunos familiares de Cecé y Renzo con los que habíamos compartido cumpleaños, amigos de los hermanos y colegas de trabajo, fueron los presentes.

Tras el servicio y el entierro, nos congregamos en la casa familiar de los Herssig.

Los pequeños Giovanna y Tommaso revoloteaban por el patio trasero de la casa ignorando el significado de la muerte y el sentimiento de pérdida; la casa albergaba al círculo más privado, a los más íntimos.

Mirella no se despegó ni un segundo de su esposo, entrelazando su mano con la de él. Cecé era la más sociable; menos tensa que al momento de la ceremonia, desplegaba su papel de anfitriona al ofrecernos comida y bebida.

Para cuando el sol cayó, dispuse que era el momento preciso para marcharnos; buscando a Gabriel, mi cuerpo entero tembló al verlo con los niños de Renzo jugando con un balón. Ellos compartían algo más que un par de minutos: compartían sangre.

—¿Ya se van? — Renzo apareció por detrás, con ambas manos en sus bolsillos. Yo descrucé mis brazos y enderecé mi postura.

—Es tarde y ya no tenemos nada que hacer aquí —No quería mirarlo; las imágenes de nosotros en la bañera a primera hora y las suyas con su esposa durante todo el día, me abrumaban y confundían.

—Todavía no puedo hacerlo, Ivana. Necesito un par de días más. Estoy bajo mucho stress— suplicó en voz apenas audible.

Mordí mi labio y el discurso ensayado en mi mente salió tan duro como lo pensé.

—Mis planes aquí van más allá de ti, Renzo. Montaré mi salón, conseguiré un apartamento y comenzaré mi vida aquí mismo. Con o sin tu compañía, que quede claro —Rogué por la ayuda de Cecé y le sostuve la mirada con una fortaleza que no tenía. Durante la tarde, no había logrado conectar con él, ya sea por su falta de energía o la defensa férrea que su esposa hacía de Renzo.

—Eso es estupendo. Y te admiro; siempre has salido adelante pese a los obstáculos y supongo que esta no es la excepción. Nunca bajaste los brazos. Pero te di mi palabra. Lucharé. Con todo lo que tengo.

—¿A cualquier precio? —Podía escuchar los latidos de mi corazón más allá del bullicio a nuestro alrededor.

Sin una respuesta inmediata, esto dio lugar a la aparición de Cecé y a la del abogado y amigo de la familia, Raffaello Baressi, un hombre de unos sesenta años.

—Ivana, Raffaello insistió con que los convoque para mañana por la tarde en su oficina de Turín — el hombre que no hablaba inglés, se apoyó en la traducción de Cecilia.

—¿A mí? — me mostré desconcertada.

—A tí y....a Gabriel—Ella bajó la mirada. Renzo pestañeó con insistencia, buscando explicaciones que no estaba preparada para dar.

Necesité de la intervención de mi amiga cuando el abogado, en un italiano muy cerrado y rápido, amplió lo dicho.

—Raffaello dice que no puede adelantarnos mucho, pero papá pidió expresamente que ambos estén presentes en la lectura de su testamento.

—¿Papá ha dejado un testamento? —Su hijo mayor puso en duda el deseo de su padre.

—Papá era una caja de sorpresas — ella subió los hombros, sonriendo de lado — desconozco las finanzas de nuestro padre por fuera del viñedo. De momento, Ivana y su hijo

tendrán que acompañarnos.

Lo mejor era huir en ese preciso instante, lástima que el hijo de Renzo lo abrazó por sus piernas, pidiéndole agua. Estaba sudado y agitado.

—Tomarás agua y te prepararás para ir a casa, ¿estamos?

—¿Dormirás en casa esta noche? — El niño preguntó en su idioma natal, con un puchero que me hizo doler el corazón.

Renzo inspiró profundo agitándole su cabello rubio.

—Sí, hijo. Lo haré — un nudo grueso acordonó mi garganta, pero nada podía yo hacer al respecto. Había visto a mi padre abandonar a mi madre cuando más lo necesitaba y si bien aprendí a convivir con ello, siempre quedé resentida al respecto.

Sin embargo, no era el hecho de que fuera con su hijo a su casa sino que eso alimentara las posibilidades de que arregle su matrimonio.

Gabriel se acercó a nosotros alegando cansancio y jaqueca; fue el pretexto perfecto para irme antes de verlo marcharse con Mirella como si fueran una pareja feliz.

## 30 SUEÑOS ROTOS

Cenando en la sala, no volaba una mosca. Gabriel a menudo sonreía y yo, de soslayo, le respondía con otra mirada traviesa o un latigazo de lengua.

—¿Te vas a quedar?

—Aún tengo mis dudas.

—¿Renzo sigue siendo el principal eje de tu duda?

—Exacto, lo mismo que me dice que me quede, me grita que me vaya.

—Entiendo, pero no supeditaría tus propios sueños a lo que Renzo decida para su vida — pasando su mano sobre el mantel tomó la mía —. Eres valiosa y aunque reconozco que me agrada para tí, no quiero que te lastime. Creo que he dejado en claro eso en este tiempo de visita.

Asentí, con el nudo en el estómago que me acompañaba desde que el abogado de la familia Herssig nos convocó a su despacho.

—Gabo, hay algo que debo decirte.

—¿Debería preocuparme? — limpió su boca con la servilleta.

—No, no. Solo que no sé bien de qué se trata — aunque podía deducirlo: la posibilidad de que mi hijo fuera incluido en el testamento de Giorgio me tenía intranquila.

—No entiendo.

—¿Por casualidad has visto al hombre que estaba hablando con nosotros antes de que tú y el hijo de Renzo se acercaran a nosotros hace un rato? ¿El abogado de la familia Herssig?

—Mmm, no sabía quién era. Supuse que era alguien muy importante a juzgar por lo bien

vestido que estaba — Hizo una gran observación.

—Pues él nos citó a su oficina en Turín mañana. Leerán el testamento de Giorgio.

—¿Y qué tenemos nosotros que hacer allí?

—Yo tampoco comprendo el motivo de la citación — mentí aunque parcialmente—, pero Cecilia y el hombre insistieron.



—Bueno, supongo que no hay escapatoria, ¿verdad? — Él simplificó las cosas. No hizo más preguntas al respecto y eso, me reconfortó.

Al menos, hasta las próximas horas.

A la hora señalada estuvimos en la oficina del Dr. Raffaello Baressi.

Bastante amplia, antigua, ordenada y con dos grandes sofás de cuero marrón dominando la sala, era el sitio indicado para reunir a un grupo mediano de personas.

Libros de leyes ubicados en anaqueles, carpetas gruesas en estantes y expedientes amarillentos sobre su enorme escritorio de madera torneada y vidrio, demostraba su vasta bibliografía y experiencia laboral.

Gabriel y yo fuimos los primeros en llegar.

Con mi acotado italiano alcanzó para entablar un diálogo sin compromiso y banales que aligeraron la tensión. Mi hijo solo escuchaba, esperando por mi resumida traducción.

A los diez minutos de nuestro arribo le siguió Cecilia, vestida de negro de pies a cabeza y segundos más tarde, el matrimonio de Mirella y Renzo. Verlos juntos me devastó. En tanto que él nos dio un beso poco afectuoso, su esposa solo se ocupó de saludar al abogado y “regalarnos” una sonrisa falsa a los restantes.

—Con todos los presentes aquí, es momento de hacer algunas aclaraciones — el abogado, con un traje de tres piezas impecable, tomó asiento en una silla frente a nosotros, presidiendo el encuentro —. Este testamento fue modificado no hace mucho tiempo, de hecho, me vi sorprendido cuando Giorgio me llamó pocas semanas atrás — explicó. Escondí el temblor de mis manos al cruzarme de brazos—, para entonces, hubo un acontecimiento que cambió sustancialmente las cosas — una gota de sudor frío corrió por mi espalda. Pensé en la posibilidad que Gabriel se viera incluido en este testamento, lo que me colocaba en un escenario sumamente desfavorable. Sin anticiparme esperé—. Chicos, su padre no solo era dueño de la vivienda en Monferrato donde ha pasado sus últimos días o del viñedo con la estancia de la Toscana, sino que también había comprado la casa de su abuela, señora Sutton.

Empalidecí de golpe a punto tal de sentir que me faltaba el aire. ¿Esta era una pesadilla o estaba escuchando cualquier cosa?

—Pe-perdón, pero ¿usted me está diciendo que mi casa no es mi casa? — Gabriel me frotó la rodilla al notar mi desborde. La mandíbula estuvo a punto de quebrárseme. Cecilia tuvo que oficiar de traductora ya que no fui de preguntarle en italiano.

—Legalmente, no. Giorgio la ha comprado hace tres años atrás.

Todas las miradas de los presentes coincidieron en mirarme, sin entender lo que pasaba.

—Papá nunca nos ha dicho nada al respecto y la abuela de Ivana tampoco. De hecho, la nombró heredera. ¿Está usted seguro, Rafaello?

—Ciento por ciento — afirmó, consiguiendo que me pusiera a llorar como una desquiciada.

Mi hijo me abrazó fuerte, llevándome sosiego. Todos me rodearon de golpe, a excepción de la esposa de Renzo, quien pareció disfrutar de la escena surrealista desde su lugar de lujo.

—Necesito tomar un poco de aire fresco — reconocí, tragando fuerte y abanicándome la cara. Rafaello me sirvió un vaso de agua, el cual acepté con ganas.

—Te acompaño — Renzo fue amable, aun así me negué. Ignorándome, me tomó de la mano sacándome casi a la rastra de la oficina ante la mirada atónita de Mirella.

Apostados en el corredor de ese nivel de oficinas, nos refugiarnos en una de las esquinas del edificio, frente a un gran ventanal. Esa construcción se asemejaba a las de Chicago, por su arquitectura de ladrillo visto y extensos paños de vidrio.

—Calma, Ivana. Esa casa será tuya a como dé lugar —Acunó mi rostro, convenciéndome con su mirada decidida y sus palabras.

—No es más mi casa, Renzo. ¿Acaso no lo escuchaste? Tu padre y mi abuela tejieron un ardid que claramente, no me beneficia. Mucho menos sé qué pudo haber sido del destino del dinero de la venta — acababa de darme cuenta de que, a excepción de las cenizas de mi abuela, no tenía motivos para haber regresado. ¿Cómo pude haber ignorado el marco legal en todo este asunto?

—Es solo una cuestión de papeles; yo no pretendo quedarme con esa vivienda y puedo asegurarte de que no está en miras de Cecé apropiársela.

—Ya no se trata solo de ustedes dos, Renzo.

—¿A qué te refieres?

—A que esa casa, por derecho, les corresponde a tus hijos— *y si era justa, también al mío.*

Él pareció entender mi punto; no obstante, tras una pausa, volvió a la carga como terco que era.

—Buscaremos el modo de regresártela.

—Renzo, ¡ya está! Cualquier plan de asentarme aquí, de reconvertir mi vida acababa de derrumbarse...— mis hombros se aflojaron, con mi alma cayendo al piso.

—No puedes marcharte, Ivana.

—No hay motivo por el cual luchar, Renzo — el brillo de mis ojos delató mi desencanto. Ni siquiera él había platicado con su esposa sobre nuestra relación clandestina. ¿Qué iba a hacer aquí sin dinero y sin amor? —. Regresemos, no quiero que esta salida levante suspicacias desagradables — giré sobre mis talones, cuando su mano se ajustó a mi muñeca.

—No quiero que te vayas.

Sin darle lugar a sus deseos, me solté sin esfuerzo y entré al despacho, donde el aire se cortaba con un papel.

Mientras que Cecé hablaba en voz alta con Gabriel, Mirella estaba inmersa en la pantalla de su teléfono. Apenas notó que ingresamos, se levantó como resorte del sofá.

En un murmullo y en un italiano intrínseco, le habló casi en el oído a su esposo. Estaban discutiendo, pero ni siquiera me tomé el tiempo de interpretar de qué se acusaban.

Sentada nuevamente, Gabriel palmeó mi espalda y me apretó contra su cuerpo.

—Lamento mucho lo sucedido, realmente no estaba al tanto que Giorgio no había hablado del tema con ustedes — el abogado mostró sensibilidad. Asimismo, continuó con el proceso de lectura de testamento y las correspondientes acotaciones profesionales —. Tal como mencioné anteriormente, esos tres bienes son los que se corresponden heredar, tanto por parte de Cecilia como de Renzo — ambos afirmaron con la cabeza, en un tenso silencio —. No obstante, hay una pequeña cláusula que mi amigo quiso introducir a este documento — sorbí mi nariz y arrastré mis lágrimas calientes con un pañuelo desechable.

—¿Otra cláusula? ¿Cuánto misterio quiso ponerle a este trámite? —Resopló Cecé, disconforme con todo lo sucedido.

—Evidentemente, tu padre era un hombre al que le gustaban las sorpresas — Mirella puso los ojos en blanco y se dejó caer contra el respaldo del sillón, en una actitud arrogante e impaciente. Cecilia no le pegó una bofetada por respeto a la memoria de su padre.

El Dr. Baressi se calzó sus gafas de aumento y abrió el escrito plegado en dos. Se reacomodó en su silla, carraspeó y leyó en cuanto Cecilia confirmó que traduciría para Gabriel.

— “Dejo a mis hijos Renzo y Cecilia, la vivienda en la cual hemos compartido hermosos momentos juntos y el usufructo del viñedo y la casa de la Toscana hasta que Giovanna y Tommaso alcancen, en ambos casos, la edad mínima de 21 años. — miró por sobre sus gafas, asegurándose atención exclusiva —. Sé que lo próximo que escucharán los sorprenderá, pero compré la casa que era propiedad de mi hermosa amiga Adda. Sí, la compré a sus espaldas sin saber cuán significativa resultaría su adquisición, ya que mediante este acto, informo que la

misma quedará a disposición del señor Gabriel Sutton, a quien me hubiera honrado conocer en vida y darle el abrazo que, como su abuelo, quedó pendiente”.

## 31 GABRIEL

Obviamente, ese no era un “detalle” que fuera a pasar desapercibido por ninguno de los presentes.

En tanto que Cecé bajó la mirada tapándose el rostro con una mano, en absoluto sorprendida, Mirella, Renzo y mi hijo me clavaron sus ojos.

Poco importó que el abogado quisiera imposter su voz para terminar de leer el documento; la bomba acababa de estallar en medio de la sala y sentir el impacto de las esquirlas se tornó inevitable.

—Qué rayos... ¿¡mamá!? ¿Me puedes explicar qué significa eso? — Gabriel exigió respuestas. Mi sollozo ahogó mis palabras, dejándolas atascadas en mi garganta. Renzo se puso de pie, con su rostro desencajado, sin comprender. Era lógico, el secreto estalló y los involucrados se mostraban afectados —. Mamá, ¿podrías darme una explicación ya mismo o tendré que esperar otros veinte años? —su tono fue en ascenso. Miré a Renzo, de respiración agitada y ojos llorosos. Su esposa, extrañamente, continuaba en su sofá sin participar.

—Creo que está todo dicho — elevé mis hombros y en cuanto quise acariciarle la mejilla me corrió su rostro, rompiendo mi corazón —. Te juro que no fue a propósito, jamás quise...tu padre es Charly, quien cuidó siempre de ti — Aseguré con el corazón en la mano y el dolor en el alma.

—¿Tú estabas al tanto de esto? — Gabriel giró su cabeza en dirección a Renzo —. Dime, ¿también has sido cómplice de esta mentira atroz? —Como era lógico, mantener el control no era

una opción.

—No, Gabriel, de ningún modo. Soy tan víctima de esto como tú — su semblante adusto se enfocó en mí, la gran culpable de este desastre.

—No entiendo, no entiendo cómo has sido capaz de ocultarme algo semejante. ¡Me has ocultado mi propia identidad! — cada una de sus palabras era cierta y tan filosa como una daga —. ¿Qué clase de monstruo eres? — su rostro enrojecido, sus manos movedizas, su tono entrecortado, mi hijo era dominado por la furia y la tristeza en partes iguales. Merecía cada uno de los reproches que me hacía

—¿Cómo pudiste, Ivana? — esta vez fue el turno de Renzo, el otro damnificado —. ¿Cómo es que mi padre estaba al tanto y yo no? ¿Por qué? ¿¡Por qué, maldita sea!? ¡Di algo, demonios! — Gotas de saliva enfatizaron la ira de su diatriba.

Mirella se acercó desde atrás, tomando sus brazos con suavidad.

—Renzo, creo que lo mejor será que nos vayamos a casa y regresemos a escuchar el testamento en otro momento — su esposa buscó la complicidad del abogado, espectador absoluto desde que el mensaje de Giorgio fue transmitido.

—Vete tú si quieres. Yo no he terminado aquí.

—Cariño...

—¡Ya lárgate de una vez, Mirella! —Fuera de sí, le gritó injustamente.

Arrepintiéndose de su exabrupto, le pidió disculpas susurradas que ella no aceptó. Furiosa, tomó su bolso y salió farfullando insultos en italiano.

Envueltos en una tensa calma, el Dr. Baressi nos ofreció su despacho para mayor privacidad. Él se marchó, postergando la lectura pendiente.

—¿Acaso te quedarás allí, sentada como si nada hubiera ocurrido? — Gabriel tomó la palabra, sintiendo la traición en primera persona.

En ese momento Cecé, quien hasta entonces se había mantenido completamente al margen de la discusión, se puso de pie.

—Cecé...—gimoteé su nombre. Ella me detuvo, haciéndose cargo de la situación.

—Deberías ser más respetuoso con tu madre Es lo mínimo que se merece — me defendió, envuelta en llamas.

—¿Desde cuándo la defiendes? ¡Tú también has sido víctima de esta historia! — increpó mi hijo, agitando los brazos.

—Te equivocas —la pequeña rubia se plantó frente a su sobrino —, porque cuando ella quiso decir la verdad, yo no se lo permití— la culpa vio la luz, dominando su semblante. Los dos hombres de la sala se mantuvieron estáticos, rígidos y por primera vez en lo que iba de la reunión, no fui el centro de las miradas.

Renzo se dejó caer sobre uno de los sofás, tomándose la cabeza con ambas manos, derrotado. Gabriel caminaba de un lado al otro, con el desentendimiento y desilusión como motor.

Yo continuaba agitada, con el pecho subiendo y bajándome brutalmente. Cecé se puso a mi lado y sostuvo mi mano, la cual besó con ternura. Buscando mis ojos, se exclamó:

—Ivana ha sido muy valiente al tenerte, Gabo.

—No tienes derecho a llamarme así —Mi hijo era un cúmulo de energía negativa. Nunca lo había visto tan desequilibrado y ser la causante, significaba un dolor inexplicable.

Ella se limpió la garganta y prosiguió.

—Gabriel, ella decidió tenerte contra viento y marea. Tu madre era, para entonces, una joven estudiante apenas graduada de la preparatoria, lejos del amor de su vida y padre de su bebé, agobiada por el catolicismo de su madre y presionada para perpetrar un matrimonio por la fuerza. Una joven que pese a todo eso, emprendió la difícil tarea de seguir adelante. Adolorida, apenas supo la noticia de su estado me llamó... — Cecé necesitaba abrir su pecho y contar de primera mano lo sucedido, con la buena intención de eximirme de toda la responsabilidad de mi conducta.

Pero en esta historia solo yo era la culpable de haber callado; ni sus iniciativas, ni los rechazos telefónicos de Renzo y ni siquiera el paso del tiempo, eran los pretextos suficientes. Sin embargo, la necesidad de purgar su responsabilidad era loable.

—Ella llamó a casa para hablar conmigo, con su amiga de siempre, quien no solo le cerró cualquier canal de diálogo sino que, además, la aconsejó de un modo vil y egoísta — Renzo elevó su mirada, quizás recordando el llamado a su ciudad estudiantil, ese mismo día. Puso atención con envidiable calma —. Ivana estaba abatida y ansiosa por contarme la noticia de su embarazo, pero yo le respondí de la peor manera, ¿sabes por qué? —tragó y su voz flaqueó —: Porque ellos me acababan de dejar fuera de su círculo de confianza. Yo era la amiga de Ivana, hermana de Renzo, salíamos juntos a todos lados, éramos inseparables ...Entonces, ¿por qué jamás me habían confesado que se amaban en silencio, a escondidas? — retrató nuestra dinámica a la perfección. Jugando al límite, a espaldas de todos —. La persuadí para que callara; de hablar, arruinaría la prometedora carrera de Renzo — Su hermano inspiró profundo y la mueca de reconocimiento le arrugó el ceño.

—Aguarda un instante, Cecilia, ¿tú sabías de la existencia de Gabriel y lo guardaste como si fuera asunto tuyo?

—Tenía miedo...

—¡Miedo de qué, maldita sea! Seguía sin ser tu asunto.

Miedo de arruinar tu vida profesional, de que tus sueños se derrumben por... ¡por un error!

La palabra “error” asociada a mi embarazo fue un golpe enorme. Ese error, como lo llamaba ella, estaba parado allí, frente a nosotros, y hoy era un hombre de bien al que estábamos destrozando minuto a minuto.

—Cecé, yo soy la única que debe asumir cuán equivocada estuve en no hablar a tiempo y con la persona correcta. Insistir a Renzo porque me atendiera. Confesarle a mi madre la verdad y no meter a Charly en esta historia. Es cierto, te llamé pidiendo socorro, pero no fuiste quien tomó las decisiones al final del día.

—¡Yo fui artífice y cómplice de tu silencio!

—Lo hice porque no supe manejar la situación y esperaba la palabra de alguien que me entendiera.

—Tuviste más de veinte años para serme honesta, madre — Gabriel añadió, con una acuciante palidez en su piel y firmeza en su voz.

—Lo sé y no me lo perdonaré.

—¿Charly sabe que no es mi padre biológico?

Le otorgué la respuesta sin necesidad de expresarme verbalmente.

—Genial, ¡él también es un mentiroso! —Rastrilló su cabello en idéntico gesto que Renzo, agrietándose más el corazón.

—Charly es, fue y será un excelente padre.

—¡No es mi padre!

—¡Sí que lo es! — destacó Renzo elevando su voz como un trueno que rompe en plena tormenta —. Ser padre no solo significa engendrar a un hijo, Gabriel. Ser padre representa un alto grado de responsabilidad diaria; cambiarle pañales, estar allí cuando siente frío para arroparlo, bajar su febrícula, arrojarle el balón cuando quiere jugar futbol...

—Una responsabilidad a la que has esquivado estoicamente conmigo. —Murmuró, dolido.

—De saber la verdad jamás me hubiera mantenido al margen — sin dejar dudas, expresó—. ¿Por qué no me llamaste, Ivana? ¿Por qué?

—Lo hice, pero estabas muy ocupado con una noviecita tuya — los celos aparecieron, aunque ya era muy tarde y ese detalle formaba parte de un pasado sin peso propio —. Luego, pues no tuve el valor de seguir haciéndolo, mi madre me presionó para casarme con Charly cuanto antes. Perdóname por estar tan confundida y presionada — Mezclando reproches actuales con algunos bastante viejos, el dolor no pasaba de moda, ni prescribía.

—...pudimos...pude...ayudarte...— dijo.

—¿Ayudarme? — Resoplé en una queja y me puse pie, caminando en dirección a uno de los estantes con mayor cantidad de libros —. Yo no necesitaba compasión, necesitaba que asumieras el rol que te cabía en esta historia. Pero estabas ocupado con otros asuntos y tomé las riendas de mi vida como pude — aclaré, devastada.

Nuevamente el silencio densificó la atmósfera, dejándolo con el peso del plomo.

—Era joven y con demasiadas cosas por manejar por mi cuenta — le di la razón a Cecé en este punto —. Charly se comportó como un excelente hombre; para entonces era mi noviecito, un chico con el que coqueteábamos y ya, al que le prometí serle fiel cuando vine aquí — levanté los hombros, avergonzada de confesarlo —. En San Francisco, las cosas cambiaron; él se encontró con la terrible tarea de admitir que sería tu padre...cuando claramente no lo era. Sus propias inseguridades, el hostigamiento de tu abuela, la presión de sus propios padres, el amor que sentía por mi... fue el héroe en esta novela, hijo. Charly también era joven y resignó sus sueños por criarte, por darte todo y más.

Gabriel parecía darme crédito.

—Él fue el mejor padre que pudiste haber tenido. Él sí te eligió por sobre sus necesidades, por sobre él mismo, sin siquiera tener motivos para hacerlo.

—Pero me mintió, nunca me lo dijo.

—Lo hizo por mí, por ti. Yo le prometí que buscaría el momento adecuado para hablar y él respetó mi decisión a pesar de estar en desacuerdo.

—¿Se divorciaron por ese motivo?

—No, Gabriel. Nosotros no fuimos una pareja en el sentido convencional de la palabra. Nosotros no nos casamos por amor, sino por obligación. El cariño y el respeto era enorme, y nuestra unión solidificó esas bases. Tú eras lo más importante para ambos — a tres metros de distancia, exhibí nuestra máxima preocupación.

Gabriel pellizcaba compulsivamente su labio inferior, sopesando mi discurso, ordenando sus pensamientos. A mitad de camino entre Renzo y yo.

—Yo no te hubiera abandonado —Remarcó Renzo.

—Nadie sabe qué hubiera sucedido de regresar a Italia en cuanto supe que estaba esperando un niño tuyo. Cuando tuve la valentía de hacerlo, tú ya tenías una familia hermosa, dos hijos pequeños, una carrera reluciente y una vida de ensueño. ¿Quién era yo después de todo para destruir lo que habías construido con tanto esfuerzo?

—La madre de mi hijo, ni más ni menos — escucharlo con su propia voz, tan profunda, fue impactante.

Nuevamente el silencio se adueñó del ambiente

—Necesito oxígeno, aire, pensar. —Gabriel tomó su chaqueta intempestivamente, en dirección a la puerta de salida.

—¿Adónde te vas? — pregunté con desesperación.

—No lo sé.

—No conoces este país, no sabes adónde ir.

—Apuesto a que un taxista sí lo hace — Cínico en su respuesta, me dejó de una pieza.

La puerta se cerró con un fuerte estruendo ante mi resignación. Se las arreglaría fácilmente en esta ciudad, no me cabía dudas y no era eso lo que me preocupaba, sino que volviera a San Francisco sin resolver las cosas entre nosotros.

—Renzo yo no quise...— Cecé elevó su tono, pero su hermano la detuvo con un gruñido feroz.

—Cállate Cecilia, por favor. Con tus silencios has causado más daño que con tus palabras — marcó. A paso firme, vino hacia mí, la causante de todos los males, la bruja total —. Yo hubiera dejado todo por ustedes...— afirmó, con la convicción de quien se cree capaz de cambiar el pasado.

—No era justo que lo hicieras.

—¿No lo hiciste tú, acaso?

—Yo llevaba al niño en mi vientre, era más difícil.

—¿Qué me perdí?

—¿Perdón? — acusé duda.

—¿Qué cosas me perdí? Cuéntame todo lo que no pude presenciar en estos veintiún años de Gabriel. Cuál su primera palabra, su primera enfermedad, su asignatura favorita...— conjugando sus experiencias como pediatra, aquellas anécdotas vividas con sus otros dos hijos, el sentimentalismo afloró de su cuerpo. Me eché a llorar como si no hubiera sido suficiente ya.

Cecé apareció por detrás y en un gesto maternal, apoyó su oreja sobre la espalda de su hermano y pasó sus manos por delante, aferrándose a su pecho.

—Perdón hermano...te he hecho tanto, tanto daño...

Renzo dejó caer sus hombros y sus defensas para besar las manos de Cecé. Girando, la envolvió en un gran abrazo.

—Lo siento mucho, no podría vivir con tu indiferencia ni con la conciencia intranquila, pero todo lo que he dicho es cierto: ella me llamó, ella me pidió ayuda y yo se la negué. Yo la convencí de cerrar la boca. La arrastré a tomar decisiones inconvenientes — sus palabras tropezaban entre sí, mezclando inglés con italiano.

—Shhh, calma Cecé, ya no podemos modificar lo sucedido.

—Quisiera retroceder el tiempo y cambiar las cosas.

—Pues lo hecho, hecho está. Ahora debemos ajustarnos a la actualidad— Fue compasivo, aunque no creía tener la misma suerte que su hermana.

Cecilia siempre había sido su protegida, la niña que obtenía todo lo que quería con sus berrinches. Ahora que hablaba desde lo más profundo de su ser, desde la culpa y su propio martirio, por supuesto que no le negaría las disculpas.

Cecé limpió sus lágrimas con un pañuelo, apartándose de los brazos de Renzo. Por mi parte, no esperaba muestras de afecto. Mi confesión no lo ameritaba; su calma, disfrazando su ira interna, lo dominó.

—Ve a tu casa, Ivana. Estoy seguro de que Gabriel terminará su día allí.

—No es mi casa— tragué en seco, dolida por la decisión de mi abuela. Los papeles que yo tenía eran viejos e inservibles. ¿Cómo fue capaz de anoticiarme de sus cambios de planes?

De haberlo hecho, ¿hubiera venido en busca de sus cenizas siquiera?

— No sé qué clase de historia hay detrás de su compra y venta, pero lo descubriremos. Además, legalmente, es de tu hijo...de *nuestro* hijo —Nunca imaginé cuánto significaría escucharlo hablar de Gabriel como “nuestro”.

Las manos me temblaban, ya no había pañuelo sobre la faz de la tierra que absorbiera mi

llanto.

—No fue por maldad. Mi silencio no fue un castigo. —relamí las lágrimas que mojaban mis labios con insistencia.

—Estoy seguro de eso, Ivana, en tu corazón no hay maldad. Has sido muy valiente en criar a nuestro muchacho y hacer de él una buena persona. Debo darte las gracias a ti y a Charly. Eres una mujer fuerte...y por eso...— pasó saliva con rudeza, tomó mis manos y me miró fijamente —, por eso es por lo que nunca pude olvidarte. Por eso es por lo que te amo ahora — con una sonrisa nerviosa, desinflé mi pecho —. No obstante, estoy muy dolido con todo este descubrimiento. Debo procesar, comprender y elegir qué camino tomar — aquello me desestabilizó por completo, pero en este momento no podían primar mis intereses, mis anhelos personales por sobre los suyos —. Debo regresar a casa y enfrentarme a Mirella, a mis hijos, verlos a la cara y decirle que hay un nuevo integrante en la familia.

—Gabriel regresará a sus estudios, a su vida en San Francisco. No les será una molestia — aclaré, conociendo a mi hijo mejor que nadie.

—Por supuesto que no será una molestia, Ivana. Guste a quien le guste es mi hijo, con lo que eso implica.

—¿Y qué es lo que implica?

—Que soy consciente que no se puede recuperar el tiempo perdido, pero sí, que estoy a tiempo de ganar tiempo — rebuscado en sus palabras, expresó con una envidiable tranquilidad exterior. Amé sus ojos, amé su boca al deletrear las palabras “es mi hijo”, amé su conducta para asumir este reto.

Sin embargo, yo intuía que lo construido hasta entonces conmigo, que este romance tórrido, voraz, que resucitaba entre nosotros como un Ave Fénix, acababa de sentenciar su final.

No había vuelta atrás, por causa de mi mentira y mi daño.

*¿Bajo qué circunstancias regresaría a mis brazos si yo había ocultado semejante verdad? ¿Cómo confiar en mí después de tanta decepción?*

—Vamos a descansar. Ha sido un día muy duro. Hablaré con Rafaello y le pediré tener

una reunión la semana próxima — decidió Renzo sin imaginar mi negativa.

—No será posible; yo estaré en San Francisco para entonces.

—¿Regresarás a San Francisco? — Cecé rompió su línea para acercarse a mí.

—Allí está mi casa, mi hogar. Mi trabajo. Lo único que tengo a mi nombre, de hecho.

—Una sonrisa ácida acompañó mis palabras débiles.

—Pero... ¿y tus planes en Turín?

—Así como vinieron, se fueron —Con rima, exhalé.

—¿Y tú dejarás que suceda eso? — Cecé arremetió contra su hermano, quien no emitió sonido.

—Cecé, mis planes fueron hecho sobre otras...condiciones. Todo ha cambiado en un segundo, todo es distinto ahora.

—Pero la casa es de Gabriel. Él quizás pueda venderla y con ese dinero ayudarte a empezar aquí.

—No se trata de montar un salón de belleza y ya, Cecé. Este no es mi lugar.

—Ahora lo es más que nunca, Ivana — chilló —. Gabriel querrá venir a visitarnos, a ver a sus hermanos...— se la notaba entusiasmada, como si el drama hubiera quedado súbitamente atrás. Pero así era ella, impulsiva, cambiante, inestable.

—Yo ya no puedo atropellar la voluntad de mi hijo; si él quiere venir, pues que lo haga. Pero no decidiré más sobre él, le he causado suficiente daño como para continuar dirigiendo su destino — fui sincera y cruda. Con que Gabriel me retomara el saludo, me sentía satisfecha.

—Es un Heredig después de todo. Él lleva a la familia en la sangre, yo sé que él querrá venir a menudo— me emocioné con esa idea tan idealista de mi amiga, porque sabía que era una fuerte posibilidad cuando todo esto se calmara. De momento, estaría herido.

Sin especular sobre el futuro de nadie, recogí mi bolso, mi abrigo y me dispuse a regresar a mi casa. O a la de quien fuera.

Iba a esperar por mi hijo.

A esperar por mi destino.

## 32            **AMOR Y ODIO**

Envuelta en una frazada, sobre el sofá, miraba la TV. O al menos el fogonazo de las sucesivas imágenes ya que no prestaba atención a la película ni a la tanda comercial.

Mi mayor pesadilla se materializaba y lo peor de todo, es que debería agradecer que por más de dos décadas mi secreto no había salido a la luz.

Era una madre horrible. Una mujer patética, vencida por sus propios miedos y su falta de coraje. Le había arruinado la vida a mi hijo.

Eran las nueve de la noche y Gabriel no daba señales de vida. Infructuosamente había llamado diez veces a su teléfono, pidiéndole disculpas y dejándole mensajes que le decían cuanto lo sentía, cuán arrepentida estaba con el modo en que había manejado las cosas.

Arrastrando mis lágrimas con fuerza, me repetía lo ingenua que había sido al pensar que las cosas jamás se sabrían y que me llevaría ese pesado secreto a la tumba. Pero como decía mi mamá, “la mentira tiene patas cortas”.

*Gracias, madre, siempre tan sabia.* Gruñí la terrible influencia que había tenido sobre mi

yo de dieciocho años, sobre Charly incluso sobre la familia Anberg.

No podía culpar a Giorgio por desenmascarar la verdad, ni por haber comprado esta casa vaya a saber Dios en qué condiciones, ni de expresar como última voluntad que le hubiera gustado abrazar a su primer nieto y consentirlo como a los otros dos.

*¿Por qué me había comportado como una tirana? ¿Por qué me había creído capaz de dominar el destino a mi antojo?*

Flagelándome, supuse que era más que merecido perderlo todo.

Perder esta casa en manos de los planes de mi hijo, fuera cual fuera; perder mis sueños en torno a mi futuro, perderlo a Renzo, otra vez.

¡Fui tan tonta al creer que vendría corriendo a mis brazos a proponerme una eternidad compartida!

Cerré los ojos recordando nuestra tarde en la Toscana, donde me sentí una joven nuevamente. Donde había sentido mi amor por él en toda su expresión.

Añoré las noches estrelladas de nuestra juventud y los viejos poemas de amor.

*Por Dios bendito, Ivana. El hombre está casado.*

*Ca.Sa.Do.*

Dejando por un instante la autocompasión subí a ese cuarto repleto de memoria y emotividad; saqué “Romeo y Julieta” y releí las estrofas de aquel amor imposible que había culminado en tragedia. Renzo solía decirme que no era así, que habían muerto en su ley, buscando desarrollar historia en el limbo de los enamorados perpetuos.

Yo discutía temperamentalmente su conclusión inocente y romántica, tratando de convencerlo que era un drama pasional muy triste y que no podía verlo de otro modo.

Sonriendo, llevé el libro a mi pecho y lloré sobre sus hojas.

Tres fuertes golpes en la puerta me sobresaltaron lo suficiente como para dejar de lado mi autocompasión y correr escaleras abajo. Abrí con la desesperación de imaginar que mi hijo era quien necesitaba entrar. Efectivamente, Gabriel estaba de rodillas frente a la puerta, doblando en dos y oliendo a destilería.

—Gabo, ¡estás ebrio!

—Deberías agradecer que sigo vivo —No solo estaba alcoholizado sino también, iracundo.

A gatas pudo moverse; sujetándolo por debajo de los brazos lo arrastré hasta plantarlo en la mitad de la sala. Le quité el abrigo con un gran esfuerzo de mi parte y le serví un vaso de agua helada que rechazó entre balbuceos inconexos. Nunca lo había visto así, perdido y en mal estado, motivo suficiente me para sumar otra culpa más a mis hombros.

Sería imposible subirlo hasta el baño de la primera planta para ducharlo, ni siquiera, podría arrastrarlo por las escaleras por dos escalones.

Pensando mil veces qué hacer, solo un nombre vino a mi mente.

Otras mil veces me respondí que debía arreglar esto a solas.



Pero no podía.

—Hiciste bien en llamarme — Renzo sorbió café en la cocina. Gracias a él, había logrado subir a Gabriel a su habitación, descalzarlo y aquietar mi errático palpitar. Gabriel se encargaría de su propio baño más tarde.

—Tenía miedo de tu respuesta —Sostuve mi cabeza con ambas manos, cansada.

—No soy un ogro, Ivana. Necesitabas mi ayuda. Además, correspondía que lo hiciera.

—Desde luego que no.

—Desde luego que sí. Después de todo, es mi hijo— Tocó mis codos, clavados en la mesa.

—Ya no sé cómo seguir pidiéndote perdón por eso.

—No te martirices más de la cuenta, no vale la pena.

—Gracias por venir. No sabía a quién recurrir.

Renzo suspiró y tomó su taza, la llevó al fregadero y la lavó. Secó sus manos y arrastró su silla hasta enfrentarla a la mía.

—Puede que me lleve un poco de tiempo pero te perdonaré, Ivana. Lo haré, no ahora, ¿entiendes? — su tono fue suave, conciliador. Acepté con un ligero movimiento de cabeza —. Mi vida no era simple incluso antes de que vinieras. Todo esto ha complicado el panorama de una forma...especial — sonrió, tierno. No pude más que escucharlo, aunque supiera cuál sería la conclusión del relato—. Mi relación con Mirella no está pasando por un buen momento, lo cual no significa que no hayamos considerado darnos otra oportunidad — mis manos temblaron, mi labio inferior también. Mis pesadillas estaban confirmándose, mi castillo de romance italiano rompiéndose ladrillo a ladrillo —. Hemos decidido tomar un poco de distancia y pensar en todo lo acontecido para entonces. Eso puede dejarnos de extremos opuestos de la vereda...o del mismo lado. — En efecto, dos hijos en común eran suficiente argumento para darse una nueva oportunidad. Renzo se había casado con una mujer a la que amaba, con la que había formado una familia hace muchos años.

—No necesitas justificarte, Renzo. El ser humano forja su futuro en base a decisiones, sean estas más o menos importantes.

—Me mata que prometí hablar con ella para estar contigo, pero dadas estas circunstancias...hay mucho qué evaluar.

Mordí mi labio, palpando el final de todo. La voz de mi razón no se cansaba de repetirme lo tonta que había sido al desviarme del camino original, del plan trazado en San Francisco.

Pero era una mujer fuerte, me recordé.

—Shhh — sellé sus labios con mi dedo índice —, lo sé y agradezco tu honestidad aun en desmedro de mi desilusión— exhalé desanimada, exponiéndome.

—Ivana, no quiero que mi situación personal afecte tus proyectos. Estabas pensando en establecerte aquí, montar tu propio negocio, no sería justo que renuncies a ello.

—Es irrisorio pensar en una mudanza, Renzo. No tengo dinero para hacerlo. Fue una bella fantasía.

—¿Es solo una cuestión de dinero? — Insistió.

—No del todo — asumí.

—Si se trata de un tema económico, tanto Cecilia como yo estamos dispuestos a ayudarte. Hemos hablado al respecto.

—Gracias, pero no necesito ser un caso de caridad.

—No se trata de caridad, tonta. Se trata de tus sueños.

—Sueños volátiles, casi imposibles de concretar. Ya tengo mi salón en San Francisco. Mis amigas están ansiosas porque regrese y les tienda una mano, así que no me siento del todo mal — sonreí, sorbiendo mi nariz —. Este es un caso cerrado, Renzo. Te agradezco de corazón.  
— Aclaré, mirándolo con ternura.

Renzo acunó mis manos y se acarició con ellas. El momento del adiós era inevitable y no menos tormentoso.

Las cartas estaban echadas, el juego había terminado y en cierto modo me lo merecía; me había entrometido en una relación, había interferido en un matrimonio pese a que sus bases no estuvieran del todo sólidas.

*Si no estuviesen solidas no estarían pensando en darse otra chance.*

—No quiero perderte — reconoció, inspirando profundo.

—Nunca me perderás, Renzo. Estaré siempre en tus recuerdos y en la existencia de Gabriel, me tendrás del mismo modo en que yo te he tenido a ti durante estos años.

—¿Me extrañaste?

—Como a nada en este mundo.

—¿Me amaste?

—Y también te odié— me eché a reír con fuerza, contagiándolo —. Nunca creí estar a tu

altura y pensaba que no me harías falta. Pero no fue así.

—Es momento de mirar hacia adelante, Iv. Ahora más que nunca— Gentil, posó un beso sobre mis labios. Ambos respirábamos con ganas de más, sabiendo que no era el momento, el lugar, ni la correcta circunstancia. Era un beso de despedida.

—Es hora de marcharme — Abandonando mi boca, me dio la espalda.

Sumida en un terrible dolor, sintiendo que no existía músculo de mi cuerpo que no se desgarrara internamente, lo acompañé hasta la puerta.

En el porche, se prolongó la agonía.

—¿Irás a la lectura del testamento? — preguntó, inquieto.

—No tiene sentido para mí. Ya no tengo nada que hacer allí — él asintió, dándome la razón.

—¿Cuándo volverás a San Francisco?

—Lo antes posible.

—¿Qué harán con esta casa?

—Será decisión de Gabriel. No interferiré en ello.

—Entonces...

—Entonces sí. Este es un adiós. Gabriel será el único que pueda unirnos voluntariamente— suspiré con la mano sobre el pecho, presionando sobre los pedazos de mi corazón que aún latían.

Renzo giró sin un “hasta pronto” o un iluso “hasta siempre”.

Rota, me eché a llorar; las rodillas me flaquearon y dos grandes brazos evitaron que caiga al piso. De rodillas sobre la vieja madera, dejé contenerme. Aunque más no fuera por unos pocos minutos.

—Gracias por este regalo — sus ojos señalaron el primer nivel —. Es un chico fenomenal. Confía en que pensará y se pondrá de tu lado en esto.

—Esto no es una gripe que pasa después de unos días, Renzo. Mentí sobre su vida, sobre su sangre. Tiene un apellido que no le corresponde.

—Con respecto a eso...

—¡No!

—Es un HerSIG y por la memoria de mi padre, quiero que lleve su apellido — un grueso nudo se atascó en mi garganta —. No me niegues la posibilidad de que sea mi hijo con todas las letras, con todas las de la ley.

Lo miré, encontrando sinceridad, orgullo y cariño.

Ladeé la cabeza y con su ayuda, me incorporé.

—Dejemos que Gabriel lo escoja. Es suficientemente mayor para hacerlo por su cuenta.

—Me parece justo — Llegamos a una tregua.

—Estos días contigo han sido maravillosos —mi voz no tenía fuerza de voluntad. Mis brazos me rodearon y evité hipar del llanto.

—Lo mismo digo, Ivana. Me has devuelto las ganas de vivir.

—No seas exagerado.

—No lo soy, y lo sabes. —Lo cual lo hacía peor.

Retrocedió a grandes zancadas hasta alejarse por completo. Traspasó la verja y agitó la mano, saludando. En seguida entró a su coche y se marchó, con acierto, a su casa familiar. Allí tenía una esposa y dos hijos que esperaban por él.

Con el cuerpo hecho trizas, con los ojos colapsados por el llanto, cerré la puerta y me dejé arrasar por la tristeza.

—¿Por qué se despiden si realmente se aman? No lo entiendo. — Gabriel apuntó desde el pie de la escalera, asustándome. Estaba refregándose los ojos y con un aspecto de muerte.

Arrastré el torrente de lágrimas que caía sin cesar de mis ojos.

—La vida no es lineal y no estamos solos en este mundo.

—Entonces, ¿esto es porque él regresará con su esposa?

—Quizás, no lo sabe con certeza. No lo juzgo, hace bien.

—¿Hace bien? ¿Acaso no han pasado los últimos veinte años viviendo una vida miserable?

—Él tiene su familia, Gabriel. Dos hijos.

—Pues ahora tiene otro más.

Gabriel sonó inocente y dulce a la vez.

—He sido un idiota, inmaduro. Un pendejo con todas las letras — llegó la hora de sus disculpas.

—No, Gabo. Te he traicionado.

—Sí, lo hiciste, pero eso no significa que tuviera derecho a maltratarte, ¿me perdonas por ello? — Lanzándose a mis brazos, buscó mi calor materno, aquel irremplazable e inigualable.

### 33 RAYO DE ESPERANZA

Sentada en el sofá, con la cabeza de Gabriel sobre mi regazo, acariciaba su cabello.

Estábamos mirando *“Lo que el viento se llevó”* en el anticuado televisor de mi abuela.

—¿Por qué no te quedas? Es tu casa mamá.

—No, ahora es tuya. Y está bien que así sea.

—De un modo u otro lo sería — incliné la cabeza hacia abajo, mirándolo. Tenía razón. De no heredarla por medio de Giorgio lo haría a través de mí.

Extrañamente, una loca idea vino a mi cabeza: *¿y si mi abuela sospechaba que Gabriel era de Renzo, no así de Charly? ¿Si tanto ella como Giorgio habían pensado en el testamento por anticipado, contemplando que el único modo en que se sepa que él era un Herssig fuera por medio de la lectura de este documento legal?*

Pensar en un complot de su parte no parecía ser tan descabellado. Lo cierto, es que ellos se habían llevado el secreto a sus tumbas y jamás sabría sus intenciones.

—Tu romance con Enzo debería adaptarse al cine.

—¡Qué locuras dices! — Me alegraba recomponer la relación. Incorporándose, tomó el cubo de palomitas saladas y se sentó a mi lado.

—La trama de “Lo que el viento se llevó” se asemeja a tu historia de amor: tú como Scarlett, enamorada del protagonista que se casa con otra, terminas contrayendo matrimonio con alguien a quien no amas. El paso del tiempo los reúne a ti y a tu amado, pero vuelven a desencontrarse...y así sucesivamente hasta que cumplen cien años.

—Muy buena sinopsis, pero no creo que se ajuste a nuestra realidad — le dije, con el fantasma del beso del adiós de Renzo persistiendo en mis labios.

—Mamá, ¿cuántas cosas has hecho por ti misma?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuántos sueños propios has cumplido?

Me hizo pensar, exigiendo a mi memoria.

—Tejerte una cobija antes de que nacieras fue un sueño y un desafío. — di una ingenua respuesta.

—¡Eso no era un sueño! Hablo de algo más...espiritual, más profundo. Un viaje, por ejemplo.

Pensé con un dedo en la barbilla. Estaba esforzándome demasiado por responderle, lo cual no era una buena señal.

—Montar mi salón de belleza.

—¡Exacto! Pero no se me ha pasado por alto que te has demorado demasiado en darme una respuesta válida — tragué molesta, coincidiendo en su razonamiento —. Durante estos días has sido feliz, te has animado a salir de tu zona de confort. Has tenido más proyectos que en veintidós años...y aun así estas dispuesta a echarlo todo por la borda por una estúpida razón.

—¡El dinero no es una estúpida razón! —Protesté, sabiendo que la pelea estaba perdida. Mi hijo no solo era un chico tozudo sino también, defensor acérrimo de causas perdidas.

—Es una estúpida excusa. El dinero está aquí, saldrá de la venta de esta casa, tal y como

habías planeado.

—Ese dinero será tuyo, para gastarlo en lo que te plazca.

—La beca solventa mis gastos, madre. Hoy por hoy, lo único que quiero es tu felicidad, ¿es mucho pedir que reconsideres priorizarte por una vez en tu vida?

Gabriel tenía un corazón enorme, más grande que su propio pecho. Orgullosa de haber criado un hombre ejemplar, un ser generoso y pensante, me eché a llorar.

—¿Y esta vez por qué estás llorando? Si continúas así, te deshidratarás en dos horas — bromeó.

—Lloro porque eres un ángel.

—Por eso has escogido mi nombre.



—Tenerte fue lo mejor que pude haber hecho en mi vida— Besé su frente y convenientemente, apagamos el televisor.

Aun suponiendo que vendiéramos esta casa a corto plazo, la posibilidad de quedarme en Italia ya no tenía sustento. ¿O sí?

Ese debate no me dejó dormir durante toda la noche.

“Sueños versus Realidad”.

Gran debate.

Tomándome un día más de lo estimado, fui con mi hijo a la oficina de Bienes Raíces comandada por la amiga de Renzo para ponerla al corriente de las novedades. Dejando de lado los detalles intrafamiliares acontecidos en las últimas horas, simplemente le pedí disculpas por no haberme manejado con la información correcta.

—La cédula inmobiliaria no estaba actualizada — le dije sin saber si usaba el término correspondiente. Ella, cordial, sonrió como si no le acabara de dar una mala noticia.

— Ya lo sabía.

—Oh...vaya... ¿cómo?¿Hace cuánto?

—Hablé con Cecilia ayer por la noche— ¿qué le habría contado al respecto? Gabriel me miró, desconfiado —. Me comentó que los papeles originales los tiene el abogado de su padre y que apenas pueda, los traerá para continuar con la operación. ¿Aún tienen pensado ponerla a la venta? Afortunadamente, ya cuento con algunos interesados — Parpadeé, asombrada. Gabriel me tomó de la mano, más sereno.

—Vaya, es como muy rápido, ¿cierto?

—La gente es muy nostálgica aquí, muy pasional — reconocí en mi sangre esas características —. Esa casa transmite calidez, sentimiento. Lógicamente, gracias a mi intervención ha mejorado su cotización — y debía besarle los pies por ello. Su toque distintivo había hecho la diferencia —. Por favor, mantenla en orden, prolija y cuídala mucho. El escribano checará los papeles que Cecilia traiga y se pondrá en contacto con ustedes para terminar de concretar el precio de venta y negociar el precio en caso de que no les convenza.

—Gracias, Illona, sin dudas eres la mejor en lo que haces.

—Renzo no te hubiera traído hasta aquí si no confiara en mi trabajo — estrechándonos la mano, nos despidió con un elegante guiño de ojo. Illona era glamurosa hasta en un simple gesto.

Al salir de la inmobiliaria, Gabriel pidió caminar un rato más. Quería terminar de despedirse de Turín, aunque prometió regresar el próximo verano. Incluso Renzo lo había llamado por la mañana.

Me contentó saber que se darían la oportunidad de conocerse mejor y bajo otras circunstancias.

—¡Mira mamá, este local está en venta! — Haciéndose visera con la mano, aplastó su nariz contra el cristal para mirar las instalaciones por dentro —. Parece que aquí hubo una barbería — Leyó el letrero en voz alta, con un gran número de teléfono y dirección en él.

—Está a cuatro calles del centro — Parecía un sitio amplio y sin tanto tiempo de abandono. Quizás, con una jugosa intervención, podía ponerse a punto en menos de lo previsto.

—¿Por qué no hacemos una consulta?

—Gabo, ¿cómo debo decirte que he cambiado de parecer?

—¿Y cómo debo decirte que el dinero no es un obstáculo? ¿Acaso no has escuchado a Illona? Hay interesados en la casa, pronto se pondrá en venta y lloverán las ofertas. Nos quedaremos con la más alta y tú podrás comprarte un bello lugar adonde vivir y un salón en el cual trabajar.

—Es agradable de tu parte.

—No hay mucho que pensar. No deberías sobre analizarlo todo — Tomándome de la mano, me llevó a la rastra por unos cuantos metros, sin imaginar que nos topáramos con Mirella saliendo del café adonde pretendíamos entrar. Ni más ni menos.

No estaba en mis planes cruzarla. Tampoco hablar con ella. Pero pegué una sonrisa de todos modos en cuanto quedó frente a nosotros.

Lejos de su habitual altanería, se llevó una mano al pecho. esa simple señal de vulnerabilidad me llamó la atención; su cabello estaba cubierto con una gran pañoleta turquesa y sus grandes lentes ahumados tapaban parcialmente su rostro.

—Lo-lo siento. Hola a ambos— su voz rasposa la traicionó. Llamó mi atención una sombra morada rodeando su ojo derecho apenas bajó sus lentes de sol.

—Buenos días, Mirella.

—Espero que estés contenta, por fin te has salido con la tuya — Tragó fuerte, dejándome de una pieza.

—No sé a qué te refieres.

—¿No es obvio? —señaló el golpe alrededor de su sien y pómulos—. Pues te la explicaré sin pelos en la lengua: Renzo nos abandonó, no sin antes darme una buena paliza.

Incapaz de pensar en Renzo como una bestia de semejante calibre, esperé por sus argumentos...argumentos que no llegaban lo suficientemente rápido. Mi corazón comenzó a latir

angustiosamente.

—Regresó a casa muy agresivo después de la lectura del testamento. Borracho. Irritable. Forcejeamos tras una acalorada discusión y su puño no conoció de límites cuando le pregunté por qué nos dejaba a sus hijos y a su esposa —su tono era inestable, transmitiendo dolor—. No fue difícil imaginar por qué lo estaba haciendo, aunque reconozco que fue duro escuchar la verdad: que era pura y exclusivamente para estar contigo.

Mirella se echó a llorar a todo pulmón, en la mitad de la vereda transitada. Mi hijo y yo la sujetamos de los codos, temiendo un vahído que la hiciera perder la estabilidad. Yo no salía del sopor.

—¿Renzo? ¿Violento? —preguntar acerca de la veracidad del relato era de mal gusto, una falta de tacto total de mi parte. ¿Cómo creerle? ¿Cómo no hacerlo? MI cabeza giraba, con el miedo de ser yo quien cayera en el piso.

Junto a la puerta de la cafetería, la estabilizamos. Sus manos continuaban temblando y sus lágrimas rodando sobre su perfecto rostro de modelo.

—Entró siendo una furia y fue directo a la ducha, dispuesto a borrar cualquier rastro de ebriedad. Exigí respuestas, pedí explicaciones, pero no obtuve más que un portazo en la cara en cuanto lo llamaste— narró el momento en que yo le había pedido ayuda con Gabriel. Exhalé—. Volvió más tarde, me pidió perdón e hicimos el amor intensamente, en medio de palabras de cariño y disculpas— aquel detalle escabroso me dio náuseas. Gabriel cerró los ojos y negó con la cabeza, borrando cualquier tipo de imagen mental—. Lo cierto es que no la primera vez que descarga su ira en mí.

—No puedo creer que estemos hablando de Renzo. —De *mi* Renzo, al menos.

—No me extraña, todos creen que soy una enferma de celos, que exagero las cosas. Incluso, que estoy un poco loca — mencionó en tono burlón contra sí misma—. Pero este golpe es real — impostó la voz colocándose las gafas nuevamente—: Renzo no es solo el tipo responsable, amable y trabajador que proyecta al público en general. También es el sujeto con mal genio y bebedor que pierde los estribos cuando se siente frustrado. —La advertencia cuelga

entre nosotros y pese a ocultar sus ojos, sé que me mira fijo—. Te sugiero que vayas con cuidado. Y tú también —Antes de marcharse, sembró la duda en mi hijo.

Dejándome con un horrible sinsabor en la boca y la sensación de estar en una realidad alternativa, pedí a Gabriel terminar el paseo y regresar al automóvil.

Al subir al carro, frente al volante, mi rostro de preocupación fue elocuente.

—¿Estás considerando su discurso? —Su semblante escéptico me desorienta.

—Acabo de verla golpeada, abatida. ¿Qué gana con mentir?

—Que nos alejemos de su esposo. Ella considera que tú le arrebataste a su hombre y que yo vine a quitarle el cariño de su esposo a sus propios hijos — frunce el ceño, viéndose muy parecido a su padre de sangre. ¿Cómo no pudieron notarlo apenas se vieron en el aeropuerto?

—Gabriel, ¡tú la has visto! —Una traicionera gota de transpiración fría se deslizó por mi espalda.

—También he visto mujeres mentirosas y manipuladoras.

—¿Cómo puedes poner en duda su relato? Eso es muy...machista.

—Madre, siento mucho que esa sea tu impresión, pero la realidad es que no sabemos con exactitud qué es lo que sucedió.

—¡Es muy obvio! —mi respiración se desploma, al igual que mi corazón —es evidente que Renzo no es el hombre con el que me he relacionado últimamente.

¿Conocía a Renzo lo suficiente como para creer en la historia de Mirella? Él era un sujeto apacible, medido en sus modos para hablar y un trato estupendo. Yo no solo había conocido al Renzo juvenil, aquel con grandes sueños sino también al hombre maduro y sentimental del que me había enamorado por segunda vez, si acaso eso era posible.

Sin embargo, pensar en la agresión hacia Mirella, en que después de hacer el amor en la Toscana había ido a tener relaciones con su esposa, me revolvió el estómago.

—Me duele la cabeza, esto es demasiado para mí — puse en marcha el vehículo y a punto de arrancar, mi hijo cubrió mi mano, impidiendo el movimiento del automóvil.

—Mamá, eres una de las pocas personas en el mundo que conoce a Renzo de toda la

vida. ¿Por qué dudas de él o de su integridad?

Tragué tomándome un momento para responder. Nada salió.

—A ver, entiendo que has estado separada de él por veinte años, pero la esencia de las personas no cambia. Piensa conmigo, ¿qué otra persona podría darte respuestas? ¿La tía Cecé?

Decirle “tía Cecé” a Cecilia era un gran avance y un alivio que poco a poco naturalizara los vínculos.

—Habla con ella y dile si podemos verla. Si algo me quedó claro en este tiempo, es que dirá las cosas como son, pese a los secretos guardados. Eso la hace estar moralmente en deuda con nosotros — mi hijo era mi faro, aquel que me permitía ver más allá de la niebla.

Qué bueno era tenerlo a mi lado hoy.

## 34 NO CORRESPONDIDOS

Cecilia se puso muy contenta por nuestro llamado y no dudó en invitarnos a cenar. Pidió algunas piezas de sushi, la comida predilecta de su *viejo-nuevo* sobrino.

Hablando de la colección de discos de Giorgio a la que Cecé estaba haciéndole sitio en su enorme apartamento, pasamos un buen rato. Gabriel se interesaba en la historia de cada uno de ellos, socializando por demás.

Pidiéndole muchos de los libros que sacaron de la casa familiar, casi con vergüenza, recibió un gran “sí” de parte de Cecé.

—Por supuesto que son tuyos. Ni a Giovanna ni a Tommaso le interesarían. Mirella dirá que es basura pasada de moda — volteó los ojos y bebió vino, dándonos el pie preciso para ahondar sobre el escabroso tema que nos tenía aquí en primer lugar.

—Cecé, mmm, hay algo que quiero preguntarte — avancé unos pasos en la sala. Los tres estábamos merodeando la mesa, prontos a comer —. ¿Qué tipo de relación mantiene tu cuñada con Renzo? No quiero que me malinterpretes, no pretendo meterme en sus sábanas ni mucho menos, pero esta mañana hemos mantenido una pequeña conversación con Mirella.

—¿Con Mirella? ¿Tú? ¿Adónde? No puedo creer que haya salido de su torre de marfil para codearse con los mortales. —su mordacidad me arrancó una sonrisa.

—A pocas calles de la oficina de bienes raíces de Illona. Hemos ido a hablar de la flamante titularidad de la casa.

—Oh, siento haberme adelantado, pero juro que no le di los detalles del caso— supuse que Illona no era estúpida y algo sospecharía al ver el nombre de Gabriel como titular de la casa. Dejé pasar eso, para continuar con la historia de la tarde.

—No me ha caído en gracia ver a Mirella, no obstante, no lucía como la perra que suele ser.

—¿Estás segura de que era ella? —preguntó mientras acomodaba las servilletas sobre el mantel.

—Por supuesto; era Mirella. Y lucía un feo moratón en su cara.

—¿Estaba herida?

—Tenía el ojo morado y no fue por accidente, sino provocado por alguien. —Los vellos del cuerpo se me erizaron como cuando la vimos en la puerta de la cafetería.

Cecilia dejó lo que estaba haciendo, esperando el tiro de gracia que saliera de mi boca.

—Ha acusado a Renzo — se me anticipó Gabriel, todavía con dudas al respecto.

—¿Renzo? ¿Mi hermano? ¿Ella dijo que le levantó la mano? — se mostró ofuscada, casi al borde del grito.

—No es el primer caso que escucho de mujeres a la que nadie les cree porque sus esposos tienen una buena reputación y...bueno...me preocupó verla así. Aparentemente, él se enfureció cuando ella le cuestionó que los abandonaría por mí. — reconocí, en una encrucijada.

—Dios santo, Ivana, mi hermano es testarudo, a veces en exceso. Odia levantarse temprano los domingos y que la Juventus pierda el *scudetto*, pero jamás, ¡jamás! sería capaz de una conducta semejante —estaba segura de que Cecé defendería a su hermano a capa y espada. Él siempre había sido su héroe, su faro. — ¿Realmente dudas de su integridad?

—¿Y por qué dudar de la de ella? — Protesté envuelta en una discusión que subía de volumen.

Cecilia se sirvió otra copa de vino y bebió la mitad de un gran tirón. Era obvio que su resistencia al alcohol era alta; yo, con la mitad, no podría caminar en línea recta a la puerta de salida.

—No toda su vida ha sido color de rosas y tú misma, que has estado casada, puedes dar fe que los matrimonios son una caja de sorpresas — estaba en lo cierto, lo cual no habilitaba a la violencia de ningún tipo. Siguió—. No obstante, y pese a sus peleas públicas, apuesto lo que sea

a que Renzo no es un golpeador.

—Tampoco él vendría a decírtelo — murmuré.

—Supongo que no, pero conozco a mi hermano y siendo honesta, desconfío de que esto sea una de las habituales tretas de Mirella para retenerlo. —sus ojos celestes no dejan margen de duda en lo que a apoyo se refiere—. Ivana, en todo este tiempo que has pasado con él, ¿no te ha dado pruebas suficientes de sus intenciones? Admito que no ha sido, *ejem*, prolijo en cuanto a su proceder contigo y su matrimonio —eso me provoca un incómodo sonrojo que rápidamente sofoco con mis manos en las mejillas—, pero eso no lo transforma en un tipo violento.

—¡El golpe era verdadero! Además, no fue a mi casa adrede. Se topó con nosotros por casualidad, en mitad de una calle concurrida...

—¿No lo ves? La idea no era encontrarse contigo por azar, Ivana —lo dice tan convencida que me asusta—. Lo que ella quería es que todos vean, *no tan de casualidad*, que había sido agredida.

—Sigo sin entender...—me dolía la cabeza.

—Verás, Renzo trabaja en el hospital de niños que está cerca de la agencia de Illona, ¿verdad?

—Sí, ¿entonces?

—Desprestigio...que la bola de rumores de eche a correr con solo mirarla...— susurró Gabriel, como si acabara de descubrir un plan perfecto.

—Exacto. Desprestigio. Hacer de su reputación, un infierno. Es lo único que le queda a Renzo hoy por hoy; se siente culpable de romper su matrimonio y del potencial rechazo de sus niños en cuanto el divorcio esté en camino; perdió tu amor, el que le daba esperanzas y papá, su referente e ídolo, murió. Lo único que todavía conserva es su carrera. Él es pediatra, Jesucristo. ¿Qué persona llevaría a su hijo a atenderse con un tipo que maltrata a su esposa?

Los engranajes dentro de mi cabeza comenzaron a moverse. *¿Qué clase de persona inescrupulosa sería capaz de semejante barbaridad, de tal bajeza?* Según Cecilia, Mirella no era de las que se quedan de brazos cruzados aceptando la realidad.

Quería creer a mi amiga. Quería confiar en que la esencia de Renzo no había cambiado.



Mi conciencia era una perra.

La velada en lo de Cecilia, afortunadamente, divagó alrededor de muchos temas aleatorios. Interesada por la infancia de Gabriel, no quiso perderse detalle de su crecimiento.

—¿Por qué no abordarme para decirme que eras mi tía? — mi hijo regresó a la fotografía del mueble.

—No correspondía que me entrometiera en tu vida.

—Sin embargo, te entrometiste cuando le dijiste que no hablara con Renzo para no arruinarle la vida. —Oh, mi hijo no se anduvo con vueltas. *Gracias Gabriel.*

—*Touche*— respiró profundo, consciente de sus errores.

Gabriel bebió un poco más de vino; como conductora designada, evité el alcohol.

—¿Por qué nunca te casaste? Eres una mujer bella, profesional y con un apartamento que te vuela los sesos — eso nos quitó una carcajada a ambas. Con un tema de Louis Armstrong de fondo y varias copas de vino encima, Cecé se dispuso a profundizar.

—Porque es difícil hallar a la persona correcta.

—¿La has buscado?

—No, sin embargo la encontré — su confesión fue un hallazgo para mí.

—¿Y por qué no están juntos?

—Era un amor no correspondido.

—¿Se han vuelto a ver?

—Sí, claro.

—¿Y qué paso?

—Nada. Continúo sin corresponderme — Simplificó, con el hombro derecho en alto.

Al momento de marcharnos, Gabriel y ella se fundieron en un gran abrazo. Él, varios centímetros más alto que su tía, la levantó en volandas y la hizo girar, provocando una carcajada en Cecé que jamás le había escuchado. El pecho se me calentó.

—¡Eso tendría que haberte hecho yo cuando eras un niño! — le pellizcó las mejillas, gesto que él odiaba profundamente, pero que dejó pasar por el bien del momento alcanzado.

—Lamento que las cosas no hayan sido de otro modo — tranquilo, con el yoga como herramienta y la inteligencia emocional como estandarte, dijo.

—Estamos a tiempo de reparar muchas cosas.

Dándose un último beso y -otro- efusivo adiós, quedaron en encontrarse en la oficina del abogado para finalizar con la lectura del testamento que los involucraba. Cecilia, apostada en el umbral de su apartamento esperó hasta que subiéramos al elevador. Inesperadamente, Gabriel trotó por el corredor y le dio un abrazo cálido.

—Estoy feliz de tener una tía —A Cecé se le aflojaron las rodillas y a mí se me escapó un gemido sentimental.

Al subir al auto, Gabo bostezó. Le tomé la mano y se la besé con un inexplicable orgullo acariciándome el corazón.

—Fue admirable lo que sucedió allí arriba.

—Así es como debe tratarse a la familia, ¿no? Con cariño y con respeto. El perdón reconforta, te hace más fuerte y mejor persona. — Rozándose la mejilla con la palma de mi mano, sonrió —. ¿Vamos? Estoy muriendo de sueño.

## 35 MENTIRAS VERDADERAS

Aprovechando el viaje de Gabriel hacia Turín para la lectura final del testamento de Giorgio, me encontré nuevamente sola en esa enorme casa. Recorriendo con la mirada sus paredes recién pintadas, tocando la suavidad de las cortinas nuevas y admirando los viejos muebles dispuestos más eficientemente, sucumbí a una pronta añoranza.

De a poco, esta historia, la historia de esta casa, estaba siendo reescrita. Nadie quitaba a Gabriel la idea de venderla y como dueño absoluto, no quise discutirle.

Frente a la pantalla de mi tableta, escogí una fecha disponible de viaje: la más próxima era en dos días. Debía regresar a San Francisco, a mi hogar, a rodearme de mis cosas y de mi gente.

El verano estaba llegando a su fin aquí en Italia y mis sueños volaban con él.

A diferencia de lo que pensaba mi hijo, quedarme aquí ya no era conveniente. *¿Para qué?* Yo ya tenía un salón en marcha, clientas que adoraban mi trabajo y unas amigas incondicionales. Aquí solo tenía a Cecilia. A una amiga que estaba dispuesta a luchar para recuperar la agradable relación que supimos mantener.

Escogiendo asiento confirmé la reserva y suspiré con gran alivio y nostalgia.

Acababa de dar un enorme paso.

Meciéndome en el columpio del patio trasero, pasé una buena parte de la tarde. Junto a un vaso de limonada fresca, dejé que la brisa rozara mi rostro y enredara mi cabello rizado.

*¿Quién compraría esta casa? ¿Quién sería su nuevo dueño?* Me acongojaba pensar que

fuera alguien que demoliera todo o algún joven citadino al que no le interesaran las plantas.

Invocando a mi locura, hablé con ese limonero en flor. Acaricié su tronco y le dije cuánto lo echaría de menos. Igual conducta tuve con las peonias y begonias, con los rosales de gruesa espina. Por último, acaricié las cadenas del columpio.

Encintadas, reforzadas, habían sostenido mi peso por mucho tiempo.

Aferrándome a ellas, comencé a lagrimear. Las despedidas nunca fueron lo mío.

—Hey, ¿qué haces llorando frente a eso? — Gabriel había vuelto. Dos pasos por detrás de él se encontraba Cecilia, vestida como la persona importante que era. Se me encogió el corazón cuando distinguí a un elegante Renzo, de camisa blanca perfectamente planchada y pantalón gris oscuro. Sintiéndome ridícula, arrastré mis lágrimas y saludé con un tibio “hola” —. Espero que no te moleste, pero los he invitado a cenar.

—Oh, claro que no. Veré que hay en el refrigerador. No hay mucho en las alacenas.—Mis palabras trastabillaron.

—No te preocupes por eso, ya lo hemos solucionado — Cecilia exhibió una bolsa con lo que supuse, era pasta fresca.

—Entonces pondré el agua a calentar. —Necesitaba escapar de allí, pero no me lo permitieron.

—Quédate aquí. Cecé y yo nos la arreglaremos, ¿cierto? — Mi hijo buscó complicidad en la mirada Cecilia, muy a gusto con su papel de tía.

—Por supuesto. Entremos.

Nada casualmente, nos dejaron a Renzo y a mí a solas, en el parque, en ese patio en el que nos amamos tantas tardes.

—¿Te empujo? — sin esperar mi respuesta dejó su saco en la silla de hierro pintada de un vibrante color aguamarina. Obviamente, idea de la genial Illona.

Asentí y rodeé el columpio para ubicarme sobre el asiento de madera barnizado recientemente. A mi ritmo, fui cogiendo velocidad. Las palmas de Renzo me animaron a subir

más y las risas entusiastas no se hicieron esperar.

—¡Ni se te ocurra tirarme! Sé que siempre quisiste hacerlo — grité al llegar muy alto. La adrenalina corría por mi sangre y el miedo era tan real como atrapante —. ¡Ya, ya, ya! — chillé — ¡Detente! — Renzo sujetó las cadenas en cuanto disminuí la velocidad, quitándole vaivén a mi impulso. Colocándose por delante, frenó mis giros descoordinados.

Bajé con pies torpes, con mi risa estruendosa y dolor de estómago. Su rostro se llenó de un amor inmenso, de un amor épico y real.

*Lo sentí, lo vi.*

Él no podía ser el maldito golpeador que atacaba a su esposa...*él no...*

Atrapando mi rostro entre sus manos, Renzo me dio un beso tierno, casi con vergüenza.

—No me pidas que no te ame — susurré.

—No lo haré— sugirió.

—Debo hacerlo para continuar con mi vida lejos de tí.

—Amar es parte de la vida, por lo tanto, siempre estaré en ti —Besó mis muñecas con delicadeza, con el dolor del final acercándose a pasos agigantados.

—Me voy a San Francisco en menos de cuarenta y ocho horas, Renzo. No hay marcha atrás —Confesé en un angustioso jadeo.

Él retrocedió, a disgusto con mi anuncio.

—¿Por qué no esperar a la venta de esta casa?

—Porque no sé cuándo demorará el asunto y necesito avanzar.

—No te puedo pedir que te quedes ni que me esperes, pero sería hipócrita de mi parte no decirte que lo anhelo.

—Sería injusto y egoísta. Pero lo entiendo.

Su mandíbula se trabó mientras su mirada vagaba por sus pies; ya no me prometía pelear por nosotros. Su relación de pareja pendía de un hilo que él mismo mantenía tenso y nunca soltaba. Yo no podía pedirle que lo cortara, tenía que ser su decisión y lidiar con las consecuencias.

—Creo que deberíamos entrar y ayudar.



Renzo, aun cabizbajo, dijo que sí con la cabeza. Caminó hasta la silla donde descansaba su saco y me ofreció su mano. Con pesadumbre la acepté y permití que entráramos juntos.

Gabriel era el centro de atracción; verborrágico por demás, hablaba sobre su novia Sydney, acerca de las estrategias de fútbol americano que practicaban hasta el hartazgo y de algunos artículos médicos publicados recientemente. Culto, atento a la experiencia de Renzo, causaba una buena impresión.

Mirando a los tres Herssig, era fácil notar que Gabriel era digno hijo de su padre; aun sin haberse criado con él, tenía sus mismos ojos, e incluso, la misma forma de tomar los cubiertos para cortar los tallarines.

—Tu abuelo volvería a morir si te viera con un cuchillo cortando los fideos— señaló Renzo, con el reproche del matrimonio Herssig latente en los eventos familiares.

—Nunca se me dio bien lo de la cuchara — confirmó mi hijo. Y era cierto: las veces que lo había intentado, terminaba con más cantidad de salsa en su sudadera que en el plato.

Proponiendo un brindis por Giorgio, por Adda y por el amor en general, la cena nos tuvo lagrimeando y sensibles. En tanto que Renzo y Gabriel fueron a casa de Giorgio en busca de los libros que le había cedido Cecé la noche anterior, ella y yo nos quedamos haciendo la tarea más desagradable de todas: ordenar la mantelería y lavar y secar platos.

—Este entorno no combina con tu vestido de Dolce Gabbana — Señalé su vestuario, salpicado con unas gotas de agua y burbujas de detergente.

—Lo creas o no, no me importa —me guiñó su ojo y cambió de tema —. Gracias por

Gabriel. Has hecho de él un hombre estupendo. Y aunque adoro que me llame tía, me hace sentir vieja— sonrió, coqueta.

—Me alegro de que pese a todo lo que pasó en tan poco tiempo, él se lo haya tomado tan bien. Todo parece estar saliendo bien.

—No todo...

Lo más importante, sí.

—¿Cuándo pensarás en ti? —entre dientes, acusó.

—¿Gabriel y tu estuvieron confabulando en mi contra? —fruncí el ceño exageradamente. Sus intenciones eran buenas, pero mi vida se regía por algo más que planes azarosos.

—Algo así —reconoció—. Vamos, Iv, tu hijo chico te ama y le duele que resignes tus sueños por tu terquedad.

—Quiero que venda esta casa y compre su propia vivienda, que tenga ahorros, un respaldo para el futuro. Yo no podría dárselo aunque trabaje las veinticuatro horas del día por años.

Cecé bajó la mirada, con su cabeza en una ida y vuelta inquietante. Cerró el grifo de agua, estudiando cuidadosamente qué más decir.

—Hay algo que necesito contarte. Es algo, mmm, delicado —respiró profundo, insuflándose coraje.

—Cecé, ¿ocurre algo malo?

—Se trata de mí. —aclaró, aunque no contribuyó que se mantuviera en silencio por unos cuantos segundos.

—Pues, ¡lárgalo ya!

Cecilia rodeó la mesa de la cocina, limpia de enseres de cocina y vestida únicamente con el mantel a cuadros blancos y verdes.

—Me ha costado mucho digerir esta sensación, esto que hace años tengo aquí. —señaló su garganta. Yo me limité a darle el espacio para escucharla—. Pero necesitaba que lo supieras, porque no sé cuándo volveremos a vernos.

—¡Cecé, tú y tu drama! — le di un ligero golpecito con el repasador húmedo en el brazo —. Habla ahora que me estás poniendo nerviosa.

Frotándose una palma sobre la otra, elaboraba su confesión. ¿Qué secreto guardaba hace tanto tiempo?

—Si yo no le dije a Renzo que estabas embarazada de él, no fue simplemente porque temía por su futuro y sus ambiciones.

Pestañeé. No creí que hubiera más por confesar sobre aquellos viejos tiempos.

—No lo hice porque siempre estuve enamorada de ti, Ivana.

Mis ojos casi salen de sus órbitas, desencajados como en un dibujo animado. A punto de emitir palabra, ella pidió silencio para ampliar su desconcertante declaración.

—Tuve celos de Renzo, de tu vínculo con él. No porque se escapasen sin mí o no me consideraran en sus travesías en bicicleta, sino porque yo no era la persona a la que tú amabas. Crecimos juntas, como amigas, compartiendo secretos, ropa y un montón de situaciones, hasta que vi que mi amor no era el tipo de cariño fraternal que tú sentías. Durante muchos años, me acusé de no confesarte mi amor.

—Cecé... me dejas boquiabierta...no sé qué decirte...

—Cuando llamaste para hablar sobre tu embarazo me sentí morir, me faltó el aire, no pude pensar más que en mí, en esas sensaciones nuevas que estaba descubriendo y la gran desilusión que eso significaba— explicó —. Fue difícil aceptar ir a terapia; necesitaba gestionar mis emociones. Estuve resentida con Renzo porque, después de todo, tampoco te tenía. Nadie lo hacía. Fue entonces que me focalicé en mi carrera, en ser una mujer poderosa, lo que me jodió de alguna manera. Nunca conseguí establecerme con alguien, sea hombre o mujer —comenzó a lloriquear, afectada, pero sin desbordarse—. Supongo que merecía tu buena cuota de desprecio, dado todo lo mal que había hecho por mero individualismo.

—Cecé, no te despreciaba. —le aseguré, porque no era la palabra correcta para usar—. Estoy anonadada, no esperaba esta confesión —jamás imaginé que algo así podía suceder.

—Ya lo creo que no. Ahora mismo te veo, siendo una madre espectacular, una hermosa persona más allá de cualquier tipo de amor que te profese. ¿Y sabes qué más veo? Que mereces ser feliz, con el amor de tu vida. Y que Renzo debería dar el salto de fe.

—La vida no es tan simple, deberías saberlo. Sobre todo después de lo que acabas de decirme — sentía mis mejillas ardiendo y mi echo adolorido.

—Siento mucho la incomodidad del caso; pero no podía callarme más. Espero que sepas entenderme.

—Lamento no corresponderte.

—Aprendí a lidiar con eso, no te preocupes — sonrió, plena —. No obstante, necesito que me prometas algo, por favor — pidió, como súplica.

—¿Qué cosa?

—Que no bajarás los brazos, que no te darás por vencida todavía. Eres una mujer bellísima, por dentro y por fuera. Deja de lado el qué dirán, enfréntate a tus miedos. No hay hombre en la Tierra que te quiera más que Renzo. Él es el único capaz de hacerte feliz.

—Te repito, no es tan sencillo. —me removí en mi silla. ¿Tenía que ser tan explícita?

—¿Lo dices por Mirella? —*Aleluya*.

—Por ella, por sus hijos, por la distancia entre nuestras vidas. Ni siquiera Renzo está seguro de cómo procederá con ella; incluso, ha dejado una puerta abierta a la reconciliación.

Cecé retrajo el ceño, desconcertada, sin poder dar crédito a lo dicho.

—Vaya...eso sí que no lo vi venir y más teniendo en cuenta que ella te dijo que la ha golpeado. Caray, todo sería demasiado tóxico. —Asentí con la cabeza, en coincidencia con su pensamiento.

—Sinceramente, no soportaría ver a Mirella y a Renzo pasear por el centro de Turín junto a sus hijos, como una gran familia. Este es el mejor momento para irme, para dejar todo esto atrás y demostrarme, nuevamente, que puedo seguir sin él.

—Esta vez las cosas son distintas, admítelo, él ya sabe toda la verdad sobre Gabriel, ya no hay mentiras entre ustedes. ¿Por qué no esperarlo?

—Agradezco tu papel de Cupido, pero me temo que no resultará ni ahora ni nunca— Las llaves tintinearón a lo lejos, anticipándonos la llegada de los muchachos. Cecé tomó mis manos y me preguntó si podía abrazarme —. Por supuesto, tonta —y lo hizo, haciendo evaporar a las tiranteces de los últimos minutos.

Gabriel apareció en la cocina, con una caja repleta de libros y rostro de entusiasmo.

—Mamá, ¿sería mucha molestia que lleves esto a San Francisco? En el apartamento que comparto con Phil no tengo mucho espacio.

—Creo que no tengo alternativa — hice un inventario veloz de todo aquello que estaba ocupando su habitación. Una caja más daba igual.

—¿Cuándo tienes pensado regresar a San Francisco? — preguntó Cecé a Gabriel.

—Debido a que mamá se anticipó, no pude conseguir asiento en el mismo vuelo. Me iré dos días más tarde.

—Si no te incomoda, podrías venir a cenar uno de esos días. Los chicos se han puesto contentos con tu visita — Renzo, desde la puerta de la cocina, sugirió. Gabriel y yo lo miramos con claro asombro.

—Les has hablado de...¿mí?

—No les he explicado acerca del vínculo que nos une todavía, pero los niños son más receptivos y sencillos que los adultos; te aceptarán enseguida, lo sé. Haber jugado contigo el día del funeral de mi padre ha sido un gran avance. Te llamaron la “superestrella del fútbol americano” —su media sonrisa causó un leve arritmia a mi corazón y pensar en que no se tomarían a mal tener un hermano mayor, me consoló.

—¡Sí! Eso estaría genial — mi hijo también se mostró interesado. No quería romper su burbuja y preguntar por Mirella, entregándome a la idea de que Gabriel era todo un adulto que no necesitaba que lo defendiera.

—Bueno, es hora de irse, ¿cierto Renzo? — Cecé le apretó el brazo, un gesto que solo yo pude percibir.

—Sí, ya es tarde y me espera un largo viaje a casa — lo cual significaba que no estaba en

sus planes quedarse en casa de su padre. Inspiré profundo, ocultando mi decepción.

—Prométeme que seguiremos en contacto — pidió Cecé en un ruego apenas traspasaron la puerta de salida.

—Por supuesto que sí. Prometo amigarme con la tecnología — aclaré a mi amiga. Dándonos un fuerte abrazo, entre promesas de llamadas telefónicas y visitas a San Francisco, nos despedimos. Luego, fue turno de Renzo.

—Esto me recuerda tanto a los veranos en que te marchabas a América— sonrió, resignado. Apenas esbozaba un tibio “arrivederci” cada vez que me marchaba a mi casa —. Espero que tengas un buen viaje Ivana.

—Gracias, ha sido muy revelador volver a verte— Lejos de darme un beso pasional y devastador que me hiciera recordarlo por el resto de mis días, tuve que conformarme con uno suave sobre la mejilla izquierda.

Los adioses nunca eran cómodos y ya había tenido buena parte de ellos durante estos veinte años. Tras cerrar la puerta, Gabriel hizo una pregunta letal, fiel a su estilo:

—¿Estás segura de dejarlo ir? — Resoplé por mi nariz, miré hacia un cielo imaginario y respondí.

—Su libertad no depende de mí.

## 36 EN MIL PEDAZOS

Al día siguiente comencé con los preparativos de mi viaje. Guardé mis viejas prendas en la maleta que traje de América y doblé otras tantas que compré aquí en un bolso secundario. También, envolví con papel los recuerdos que fui comprando durante mis días de compras en Turín y una serie de fotografías que me importaba conservar. Al momento de mirar hacia la biblioteca vacía, me invadió la remembranza. Todo estaba en sus respectivas cajas, etiquetas y listas para despacharse a San Francisco, puesto que Gabriel había decidido quedarse con todos los libros...excepto por uno.

Toqué su lomo, y la voz de mi hijo me sobresaltó.

—Ese te pertenece — señaló el ejemplar de “Romeo y Julieta” desde el umbral de la puerta.

—También a tí — dije recorriendo arbitrariamente sus páginas —. Es parte de tu historia. De tu gesta, si soy precisa —Detallé con un sonrojo, regresando el libro a su solitaria posición.

—¿Sabes qué? Illona acaba de llamarme

—Oh, eso es bueno. ¿Tiene novedades?

—Sí, de hecho, me ha citado en su oficina. Dijo que hay un comparador muy interesado que quiere ofrecer una paga en concepto de reserva.

—¿Ya? ¡Eso es genial!

—En efecto— se frotó las manos, feliz.

—¿Y ya pensaste seriamente cuál será el destino del dinero?

—Prometí a Sydney hacer un viaje a Grecia. Supongo que el resto lo guardaré en una cuenta en el banco para disponer de él cuando me haga falta. Tendré que hablar con Megan para que me asesore — mencionó atinadamente a la esposa de Charly —. A propósito, también he hablado con papá...con mi *expapa* — sonó chistoso aunque me hizo cuadrar los hombros ya que ni Charly ni yo habíamos hablado después de que Gabriel supiera la verdad —. Nos merecemos una plática muy larga, los tres juntos, pero para tu tranquilidad, le agradecí todo lo que hizo por mí este tiempo.

Un extraño y esperado alivio me aquietó la presión que se gestaba en mi pecho. De hecho, me había sorprendido no tener noticias de mi expareja en estos días.

—Es un gran hombre. Puede que no hayamos actuado correctamente contigo, pero tuvimos miedo. A medida que fuiste creciendo, la posibilidad de perderte no era una opción. Lo siento mucho.

—Mamá, con el paso de los días voy comprendiendo mejor el asunto. No reaccioné de la mejor manera en cuanto me enteré de la verdad, pero sé que lo que hicieron fue por mi beneficio. Me dieron una buena familia. Cariñosa, estable.

—Era lo mínimo que te merecías —me dio un beso en la frente y me atrajo hacia sus confortables brazos.

—Charly preguntó por ti.

—¿Sí? ¿Y qué le dijiste?

—Que volarías a San Francisco en un puñado de horas.

—¿Y qué te dijo?

—Que eras una gallina.



Rodé los ojos, sin estar preparada para la misma discusión que se debatía en mi interior desde que había pisado Monferrato.

Sin pegar un ojo, me mantuve despierta la noche previa al vuelo. Asomándome por la ventana, solo veía la espesura negra del parque trasero de la casa de al lado. Nadie estaba allí, nadie prendería su luz para indicarme que aguardaba por mi saludo.

Abrazada a mí misma, me entregué a la noche cerrada, al destino errante que se interponía entre Renzo y yo.

Quizás uniéndonos en otras vidas, con la abnegación como enseñanza durante ésta, me reconfortó pensar en que me marchaba más liviana de aquí.

Sobre mis espaldas ya no pesaba la enorme carga de la mentira y el engaño.



Pero no podía pretender salir ilesa de este

lugar; veintidós años atrás, me iba de esta misma casa con el corazón roto y con un niño en mi vientre y ahora, también, con el alma en quiebra, pero con la conciencia en paz.

Faltaban menos de diez minutos para salir y Gabriel continuaba en la ducha canturreando como si Pavarotti tuviera un grave caso de faringitis.

Obligándole a echarle ganas, no quería perder el vuelo. Estaba ansiosa, un tanto intranquila y deseosa por llegar a mi apartamento y barajar de vuelta.

Aunque nadie esperaba por mí en San Francisco, deseaba respirar ese aire cosmopolita y desordenado que tanto conocía.

—Gabo, ¡date prisa, por favor! — le grité desde la puerta del baño. Él parecía envalentonarse más con mis súplicas. Tenía menos de cinco minutos para cambiarse y ponerse al mando del volante.

Confié en que lograría hacer rendir el tiempo y que en menos de lo que cantara un gallo, nos tendría viajando hacia el aeropuerto de Turín.

Sentada en el porche con mi nueva y mi vieja maleta, una gran tensión se apoderó de mi cuerpo cuando el Camaro de Renzo aparcó frente a la casa de Adda. Bajé mis gafas, viendo lo imposible y con el corazón a mil: él abrió la puerta de su coche, la cerró, destrabó la verja de la propiedad y caminó hacia mí con total frescura.

—Alguien me dijo que necesitabas un aventón al aeropuerto — expresó con tono bromista. Maldije a mi hijo, a mi cuerpo hormonalmente despierto y a mis ilusiones construyendo sus bases.

“No, no, no”, me repetí. Nada de flaquear.

—Discúlpame un momento, por favor — sin siquiera saludarlo y con la rabia como motor ingresé a la casa, prácticamente chocando con un sereno Gabriel envuelto en una toalla y sacudiendo su cabello —. ¿Puedes decirme qué rayos significa esto?

—¿Con “esto” te refieres a Renzo?

—¿Sabes bien a qué me refiero! —Me llevaba el demonio.

—Pues sí, le pedí que te llevara al aeropuerto y como buen caballero que es, aceptó.

—¿Acaso te volviste loco?

—Claro que no. Tienen temas pendientes por resolver y en los automóviles suelen darse buenas charlas.

—Ya me despedí de él. No hay nada que hablar entre nosotros, hijo.

—¿Estás segura? — retrucó. Gruñí internamente.

Odié tener que montar un espectáculo para poner a Gabriel en su sitio.

—Quería ir contigo, que fueras tú la última persona de la que me despida— Apelé a su sensibilidad, al golpe bajo.

—Aquí también podemos despedirnos — dijo —. No estaremos lejos por mucho tiempo; iré a visitar a papá Charly en menos tres semanas: nos debemos una charla bastante profunda — No era mala idea. Después de todo, era lo mínimo que merecía.

Acercándoseme, me sujetó de los bíceps y me miró fijamente.

—Que tengas buen viaje, pero por sobre todas las cosas, que esta distancia te permita pensar en lo que es lo mejor.

—Lo mejor es irme. Cuanto antes.

—Estás huyendo, mamá.

Respiré pesadamente, esto no nos iba a llevar a ningún punto y como el reloj seguía con su intransigente “tic-tac”, preferí enfocarme en lo más urgente.

—Recuerda regresar el auto a la agencia. No quiero que pese una multa por tu culpa.

—Ya, ya, ¿me saludarás o continuarás regañándome? — Pellizqué sus mejillas, a sabiendas de su disgusto —. Nos veremos pronto, mamá...si es que Renzo no te convence de quedarte aquí — persistente hasta el hartazgo, me guiñó su ojo. Le arrojé un cojín en cuanto giró para subir por la escalera que conducía a la habitación que estaba usando.

Haciendo las cosas más complicadas de lo previsto, simplemente me conformé con que alguien me llevara al aeropuerto para llegar en tiempo y forma a mi casa.

*Mi verdadera y única casa.*

Prácticamente arrastrando los pies salí a encontrarme con Renzo. Él no tenía la culpa de lo mucho que me dolía tener que despedirme nuevamente.

—¿Lista?

*Todo lo que podía estar...*

Asentí y gracias a su ayuda, acomodé las dos cajas con los libros de Gabriel en el asiento trasero y me ubiqué dentro, forzándome a practicar el voto de silencio.

Obviamente, no iba a durar más de diez minutos; Renzo me miraba con frecuencia y sonreía de lado con la música de la radio como único sonido dentro del coche.

—¿No piensas hablarme en todo lo que queda del viaje? Eres muy aburrida.

—No te perdonaré que hayas planeado esto a escondidas—Escupí entre dientes. Sí, acababa de convertirme en una niña caprichosa, ¿y qué?

—Era una mentira blanca, Ivana. No le hacíamos daño a nadie.

—¿Daño? ¿Precisamente tú me hablas de daño? —bufé, con el odio corroyéndome las tripas — ¿Qué hay de tu esposa y de tus hijos? ¿De las promesas que se escribieron con la mano y al primer inconveniente – uno que ya sabías, por cierto – borraste con el codo? —La vieja Ivana, aquella que vino con el pecho adolorido y los reproches a flor de piel, apareció con todo.

—Mis hijos saben que producto de una relación que mantuve en mi juventud, tuve un hijo. Y que es Gabriel — su tono fue fuerte, seguro —. Les hablé al respecto en cuanto volví de la cena en casa de Adda. Desde que se los dije, no han dejado de preguntar cuándo lo volverán a ver — su sonrisa fue amable.

—¿Y qué hay de Mirella? No creo que ella haya estado muy contenta de que lo hayas dicho a los niños.

Tragó con disgusto, con sus ojos atentos al tráfico, esquivando mi pregunta por un instante. La posibilidad de haber sido el culpable del golpe que su esposa le había adjudicado me llenó de miedo.

Reprimí una sonrisa irónica con la certeza de que los roles se habían intercambiado y era

Renzo quien practicaba el juego del mutismo.

Por fortuna, llegamos a aeropuerto a la hora indicada y con su ayuda, despaché las cajas de mi hijo y validé mi pasaje.

—Bueno, finalmente ha llegado la hora del adiós. Definitivo. —La palabra era fuerte, intimidante. Pero así debería haber sido mi postura desde que llegó; me bastaron unas palabras cálidas y varias sonrisas de su parte para derruir mis murallas.

*Floja.*

—No han llamado a tu vuelo— señaló hacia arriba, haciéndose eco de las sucesivas llamadas para el abordaje de los pasajeros.

—Renzo...— mi tono fue tembloroso, pensando en Mirella y en el hematoma horrible —. Hay algo que debo decirte —él levantó la ceja—. He visto a Mirella hace unos días atrás, no muchos.

—Bueno, es probable siendo que frecuenta el centro de Turín y tú has estado por allí. ¿Me equivoco? —¿Ella le habría hablado sobre nuestro encuentro? ¿Por qué se lo veía tan tranquilo?

—Me mostró su ojo. —Lo miré acusatoriamente.

—¿Su ojo? —¿Por qué no mostraba incomodidad?

—Tenía un gran golpe en él. —Insistí. ¡Vamos Renzo, no me la hagas más difícil! Aunque, ¿quién reconocería abiertamente ser un golpeador?

—Oh sí, por fortuna solo fue un hematoma externo y su córnea no está en riesgo. Tampoco el hueso. Cayó de su bicicleta fija mientras hacía *spinning*. Aparentemente, enganchó su pie en la correa del pedal y chocó contra el manubrio. UN accidente doméstico que pudo haber sido más grave.

—¡Renzo! ¿Cómo puedes creer que puedo ser tan tonta?

Toda su cara se contorsionó, sin dudas, a disgusto con mi comentario. Entreabrió los labios, molesto.

—¿Estás pensando que soy el culpable de ese golpe?— Sin alterarse, nadie sospecharía

que estaba siendo acusado de golpeador. El bullicio era ensordecedor y la cantidad de gente que circulaba demasiado sofocante para mi gusto. Sin embargo, agradecía que el tumulto me hubiera dado el coraje para confrontarlo.

—Me ha dicho que no es la primera vez que te comportas así con ella.

—¿Así?

—Violento. Irascible.

—¿¡Pero eso es un absurdo!? ¿Cómo es posible ...? ¡Ivana! ¿Cómo has podido creerle?

—Su tono continuaba siendo bajo, pero el filo de su voz no dejaba lugar a dudas.

—¿Eres alcohólico? No hace mucho llegaste a casa de Adda bastante bebido y...

—¡No soy un borracho! — Llevándome hacia un rincón, en privado, aseguró.

—Ella sonó convincente —expliqué, justificando mis sospechas. Lo cierto, es que lo único que tenía era su palabra y le creía.

—¿Y acaso yo no? —frustrado, sus ojos se llenaron de rabia —. Ivana, tú eres una de las personas que más me conocen en este mundo — el dolor trepó por su rostro, enrojecido —.

¿Cómo puedes imaginar siquiera que puedo haberle puesto un dedo encima! Es la madre de mis hijos, ¡cielo santo! — Llevó ambas manos a su cabeza y rastrilló su cabello ondulado, dando a esta despedida un tinte dramático. Inspirando profundo, aquietándose, tomó aire.

Estática, evaluando su conducta corporal, su voz, su semblante, esperé.

¿Pero qué esperaba? ¿Que confesara su agresión? ¿Que la negara hasta el hartazgo?

Enganchando sus manos a los lados de sus caderas, giró y sin dar vueltas, me enfrentó.

—Necesito saber si realmente crees en ella. Porque eso significa una cosa: que no crees en mí.

—¿Importa eso? —se me cerró la garganta, mis palmas comenzaron a sudar y mi corazón latió agitado.

—Por supuesto.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Para saber si vale la pena pelear por ti en un futuro.

El silencio, pese al bullicio de nuestro entorno, fue avasallante.

—¡Responde de una puñetera vez, Ivana! —entre dientes, sin montar un desagradable espectáculo que atrajera miradas extrañas, exigió—. ¿A quién le crees? ¿Al sujeto al que has estafado emocionalmente por veintidós años y que optó por creer que no has alejado adrede a Gabriel, a su propio hijo, de su vida entera o a la mentira infame de una mujer que no se resigna a entender que su esposo ama a otra?

— No...es lo mismo. La comparación es injusta.

—¿En serio? Durante veintidós años guardaste este secreto. Me miraste a los ojos cientos de veces antes de que todo saliera a luz y aun con el dolor penetrándome la carne, vencido, con la muerte de mi padre vigente, preferí perdonarte. ¿Sabes por qué? —no le respondí, no tenía palabras—. Porque creí en tus ojos, en tus pedidos sinceros de disculpas. Confié en que eras una niña apabullada en aquel entonces, sin saber qué hacer, hostigada mental y físicamente por una madre castradora. Confié en la mujer adulta que se vio inmersa en una cómoda mentira. En el miedo a perder todo lo que tenía si abría la boca. ¡Vaya decepción! Esa misma mujer me señala, me juzga sin querer escuchar mi verdad. Sin mirarme a los ojos y sin apoyarse en mi discurso porque es más fácil seguirle la corriente a una mujer que apenas conoce. — Todo me resultaba difícil de digerir, tan cierto como doloroso. Mi cabeza giraba en trompos, incapaz de responder con lógica lo que derivó en una rápida conclusión de su parte—: Ivana, si no puedes darme el beneficio de la duda, entonces, ya no hay motivo de lucho. No hay amor posible.

Mi labio inferior comenzó a temblar. Estos días habían sido maravillosos; tristes también, emotivos y reveladores, pero fui feliz a su lado. Me sentí amada. Me sentí protegida. Me sentí correspondida.

¿A qué precio? ¿Era Renzo el hombre al que había esperado toda mi vida? ¿El que valía la pena esperar aunque me llevara mil mundos?

—Adiós Ivana, te deseo un muy buen viaje. Y a pesar de haberme roto el corazón en mil pedazos, nunca me arrepentiré de haberte vuelto a ver ni de amarte como lo hice.— Marchándose sin más, Renzo cumplió con su parte del trato.

Se fue sin mirar atrás.

## 37      **LOGÍSTICA**

La única esperanza a la que podía llegar a abrazarme acababa de esfumarse delante de mis ojos, como el humo. Renzo se iba para siempre, con los brazos caídos en señal de frustración y el sentimiento de fraude impregnado en los músculos de su rostro.

Yo había dudado de él, de su hombría de bien y honestidad.

Yo, que había sabido leer en sus ojos el amor genuino e imperturbable que tenía hacia mí, fui incapaz de ver que no existía maldad en su corazón y de que era víctima de una mujer capaz de culpar a su propio esposo de agredirla por salvar un matrimonio que estaba roto hacía rato.

A puro reproche llegué a mi vivienda de San Francisco con el pecho vacío.



Dejé mi maleta, las pesadas cajas y me eché  
a llorar sobre mi cama.

Me había ganado con creces cada una de mis lágrimas.

Tres llamadas de mi hijo me dieron la pauta de mi desconsideración; no lo había informado de mi llegada. Bebí un vaso de agua y sin desarmar mi equipaje - mucho menos cambiarme - establecí comunicación con la persona más importante de mi mundo.

—¿Y? — preguntó. No un “hola”. No un “cómo viajaste”.

—Y, ¿qué? — Redoblé la apuesta.

—Y, ¿prometieron verse en breve? ¿Le juraste esperarlo? ¿Te prometió ocuparse de su divorcio?

—No. Nada de eso. — Fui determinante.

—Mmm. Lo que me temía. La despedida fue un desastre.

—Diste en el clavo, pero no quiero hablar del tema.

Gabriel hizo silencio, lucubrando una conclusión que, como era de esperar, fue acertada.

—Supongo que hablaron de nuestro encuentro con Mirella.

—Gabriel, déjalo ya. —Estaba con *jet lag*, molesta y frustrada.

—¡No, porque eso significa que has caído en la trampa de su esposa! ¡Exactamente como ella buscaba!

—Lo sé y me lo he reprochado durante todo el camino a casa.

—Entonces, ¿la situación es irreversible?



—Me temo que sí, ya no contaba con más margen de error, hijo. He cometido todas las equivocaciones posibles —Me lamenté y rogué porque algún día, pudiera tener la posibilidad de disculparme personalmente.

Aun ocho meses después de aquella dolorosa despedida en el aeropuerto, continuaba refugiándome en el buen ánimo de mis amigas y en mi apartamento de San Francisco. Compré plantas para mi balcón, cortinas nuevas y reubiqué retratos familiares, esperando que eso me cambiara el humor.

Las noches fueron idénticas desde entonces: solitarias, aburridas, frías y llenas de reproches. Echaba de menos las conversaciones con Renzo, nuestras desafiantes respuestas y bromas al respecto, hablar de literatura, contar las estrellas y disfrutar de la cena. Incluso, las videollamadas semanales con Cecé me provocaban un cosquilleo de nostalgia.

Echaba de menos a Renzo, más que antes. Más que nunca.

Feliz por la relación que Gabriel había logrado tener con Giovanna y Tommaso, sus medios hermano, hizo que corazón estuviera en paz consigo mismo. Sin embargo, que sus padres vivieran bajo el mismo techo no hacía más que alimentar mi tristeza.

Sufriendo, bebiendo vino más de lo habitual, mis días transcurrieron entre cortes de cabello, barnices para uñas, pago de salarios y chismerío barato. Era una buena forma de pasar el día, por supuesto, como también, una máscara para ocultar el verdadero dolor que guardaba en mi cuerpo.

Caracterizándose por ser un salón que en su mayoría trabajaba para mujeres, muy pocos hombres eran los que iban más allá del rumor o del prejuicio, buscando un cambio de aspecto

que, con gusto, les hacíamos sin chistar.

Hablando de los romances famosos de turno, de las últimas películas en cartelera, la economía del local no brillaba en absoluto. Las cuentas estaban en rojo, pero cerrar permanentemente no era una opción para ninguna de las tres.

Con demasiados salones en la ciudad, la exclusividad no era lo nuestro; ni siquiera los malabares de la contadora lograban mejorar la situación.

—Otro mes en baja, ¿verdad? — Danni se acercó con el semblante adusto.

—Ya no sé de qué modo reducir los costos. No hay más promociones que sacar de la galera — el panorama no era alentador y mi ánimo no estaba pasando por su mejor momento.

—La tormenta pasará pronto, ya lo verás — Quiso llevarme sosiego y se lo agradecí con un abrazo.

Hacia las 7 de la tarde, el sol comenzaba a ocultarse tras los edificios y yo, como habitualmente lo hacía, me quedaba unos minutos más después del cierre, repasando la economía y jalándome los pelos por ello.

*¿Cuál era la solución? ¿Que debía hacer?*

Megan – la esposa de Charly - había sido contundentemente clara: una de las tres socias debía resignar su participación en el negocio si queríamos obtener una verdadera ganancia. Sin respaldo monetario de cualquier índole, ninguna de las tres seríamos capaces de “vivir del aire” siquiera un mes. ¿Emprender un nuevo proyecto por cuenta propia? Solo en sueños.

“Sueños que tuviste al alcance de la mano y tu orgullo los rompió”, me recordé por milésima vez en la soledad de mi salón.

Agobiada, triste, todo me salía al revés de lo planeado.

Apostada en la pequeña oficina trasera, atiborrada de insumos y anaqueles con facturas, me sostuve la cabeza con ambas manos. El nudo en mi garganta era cada vez más apretado y apostaba que no pasarían más de dos segundos sin llorar.

Sin embargo, el tintineo de la campana que chocaba la puerta de entrada al salón me sacó de la miseria.

—¡Está cerrado! — grité de mala gana, maldiciendo no haber puesto llave —. ¡Por favor, regrese mañana! —entreabrí la puerta, sin ver al intruso, lo cual me asustó.

No escuchar el sonido de la campanilla me confirmó que quien sea que entró, no estaba dispuesto a irse en lo inmediato. O bien, que yo acababa de fabular que alguien ingresó.

Mi falta de descanso estaba haciendo mella en mi organismo agotado.

Cerré la carpeta que estaba analizando, cerré la puerta con llave y avancé por el salón con sigilo, con el chirrido del ir y venir de una de las sillas altas de cuero, cortando el sonido ambiente.

Inspiré profundo, estudiando posibles evasivas, respuestas que no fueran groseras y unas disculpas adecuadas. Puede que no haya girado el cartel de “abierto” a “cerrado”, pero habíamos sobrepasado la hora de atención por más de una hora.

Avanzando a paso firme por la profundidad de la peluquería, esperé porque la extraña persona girara en la silla y me ofreciera una vista a la cual poder echar de aquí.

Mi mandíbula cayó al piso a ver quién había interrumpido mi aterradora tarde.

—Me han dicho que aquí cortan bien el cabello— su tono fue susurrado mientras que con ambas manos se llevó el cabello hacia atrás.

Tragué duro, con la emoción cerrándome la glotis. Tosí y alisé la tela de mi delantal de atención, aún puesto.

—No creo que encuentres lo que estás buscando aquí. Nos especializamos en cortes femeninos.

—¿Usan tijeras?

—P-pues sí.

—Entonces me basta con que sepan manejarlas —elevó los hombros completamente despreocupado y con una sonrisa juvenil que me devolvió el corazón al pecho. El mismo corazón que se había quedado en Italia junto a él. Aunque no lo supiera.

Renzo se puso en pie, poniendo a prueba mi resistencia. Como era obvio, mis pies no se movieron y mis ojos fueron testigos de su despliegue. Frente a mí, con una distancia que

rivalizaba con la nada, tomó mis manos y se las llevó a los labios.

*¡Oh, Dios, que esto no sea un sueño!*

—He sido un tonto al dejarte ir — de repente, parecíamos estar nuevamente en el aeropuerto, donde el final se había escrito con feos palabras.

—No, debería haberte dado la oportunidad de defenderte. Fui mala persona contigo.

—De ningún modo, Ivana. Has empatizado con otra mujer, te has hecho eco de un relato bien contado y actual. Fuiste engañada, como yo, como lo fue tu hijo. Y no te culpo por eso.

—No podía creer que la hubieras golpeado, pero al mismo tiempo...lo hacía. —No tenía explicación, ni siquiera después de tanto tiempo de haberlo pensado.

—Lo sé y me dolió mucho, no lo niego — suspiró —. Estos meses me han ayudado a entender que tú escogiste creerle a una mujer que decía ser golpeada y no que yo había sido el agresor.

—No podía dejar de pensar en todo lo que habíamos pasado juntos, en cuanto nos conocíamos, en lo bien que siempre me trataste. Era imposible que fueras el sujeto que ella describía.

—Iv — recorrió mis labios con su pulgar derecho, en un gesto excitante. Un suspiro caluroso salió de mi boca —. Mi corazón no sabe vivir sin ti, no quiere hacerlo —accidentalmente vi su mano, sus dedos largos, sin una sortija. Él notó mi descubrimiento —. Mirella y yo hemos comenzado con los trámites formales de divorcio. La he denunciado por calumnias, ya que no has sido la única estafada con su relato. Fue horrible luchar con el prejuicio de otros colegas e incluso, de algunos pacientes que se pusieron de su lado sin darme ninguna clase de crédito. Esta vez ha llegado muy lejos.

—¿Y qué hay de la convivencia? Gabriel me ha dicho que bueno...siguen juntos... —mordí mi labio, avergonzada por la intimidad de la pregunta. Sin embargo, debía asegurarme de no ilusionarme en vano.

—Hace dos meses que ya no vivo con ella. Si mantuvimos las formas fue por los niños; son pequeños e inocentes, no entienden la magnitud de la responsabilidad de cada uno de

nosotros en esta historia. Además, necesitaba conseguir un espacio propio en el cual pudieran venir a visitarme. Fueron días extenuantes — mis ojos brillaban de emoción y por primera vez, la sangre fluyó con mayor velocidad por mis venas.

La esperanza floreció de golpe y el sonrojo decoró mis mejillas.

—Renzo, ¿para qué viniste hasta aquí? —mi ansiedad estaba fuera de control, incluso mi voz me traicionó.

—Porque estoy libre para vivir nuestro amor de una maldita vez. Quizás no sea fácil lidiar con el ir y venir, ya que ninguno de los dos puede dejar sus trabajos repentinamente pero... — como jovenzuela di pequeños saltos, me así a su cuello y lo llené de besos, deteniendo su relato. Él, capturando mi boca en uno solo, pasional y enérgico, selló nuestro destino.

Ya nos ocuparíamos más adelante de los problemas de logística.

## EPÍLOGO

Pasar mi cumpleaños número 41 rodeada de mis afectos y los nuevos integrantes de la familia, me llenó de energía. Asentados definitivamente en Turín, la vida de “casados” con Renzo apenas comenzaba y era un éxito. Exhibiendo nuestro anillo de compromiso, prometimos frente a la *iglesia de la Consolatta*, sernos fieles y respetarnos hasta el último de nuestros días. Sin ceremonia religiosa, siendo dos pecadores con sendos divorcios a cuestas y viviendo en pecado antes de dar el sí, habíamos celebrado nuestra unión en silencio, en la misma banca en la cual Renzo pensaba por mí cada martes y yo, había llorado por él cuando regresé a Italia tras la muerte de Adda.

Más juntos que nunca, esta segunda oportunidad llegaba en el mejor momento para ambos; mientras que él había sido ascendido como director del hospital pediátrico para el que ya trabajaba, yo acababa de inaugurar mi nuevo salón de belleza en el centro de Turín gracias a la ayuda de mi hijo, de Cecilia y mi flamante esposo. Como era de esperar, ese trío se las había ingeniado para operar a mis espaldas: Cecé le había comprado la casa a Gabriel; él, sin aceptar el apellido Herssig por respeto y agradecimiento a Charly, hizo la transacción sin inconvenientes. Sin parentescos legales mediante, habían llegado a un acuerdo. Pensando en reformarla sin que perdiera el encanto, la pondrían a funcionar como una hostería para viajeros, una idea que había tenido incluso antes de que la verdad explotara por los aires.

Pero eso no sería todo, el regalo adelantado de cumpleaños se habría traducido en la compra de la barbería que habíamos visto en el centro, todavía desocupada y en el mercado.

—¡No olvides pedir tres deseos! — la pequeña Giovanna, en los brazos de Gabriel, me alentó. Asintiendo con la cabeza, cerré los ojos y soplé hasta apagar las cuarenta y una velitas que injustamente habían colocado a mi pastel.

El festejo continuó un rato más después de repartir las porciones; entre risas y anécdotas, todos la habían pasado fantástico. Agotados, tanto Renzo como yo caímos desplomados sobre nuestra cama poco antes de la medianoche.

—Me duelen mucho los pies — dije, arrojando mis tacones al piso.

—Solo a tí se te ocurre andar de un lado para el otro con esos — protestó.

Después de quitarse el calzado, hizo lo propio con sus pantalones y calcetines, dejando para lo último su camisa. Desabrochando los botones en una lenta danza, sus bóxer negros estaban distrayéndome demasiado.

—¿Quieres saber cuál fue uno de mis deseos? — Acomodándome sobre el colchón hablé en tono sugerente.

—No, pero ¿te gustaría que lo sepa? — Su pecho desnudo era una obra de arte. Contra mi voluntad, se había tatuado el nombre de Gabriel sobre una tercera costilla.

—Te involucra. Deberías saberlo.

—Ah, ¿sí? — desafiante, se abalanzó sobre mí y comenzó a besar mi cuello, allí donde más me agradaba.

—Pedí ser feliz contigo para y por siempre —Reconocí con dificultad en el habla. Todavía no podía creer que estuviéramos juntos.

—Ajam...— sus besos se desplazaban por todo mi cuerpo, caliente y necesitado de su tacto — . ¿No crees que ya somos lo suficientemente felices? ¿No estás pidiendo demasiado? — Bromeó clavando sus ojos en mí, intentando adivinar lo que yo tenía en mente.

—No, todavía falta una pieza. —confundido, detuvo sus besos —: Supongo que en seis meses lo averiguaremos — Renzo parpadeó, incrédulo.

—Estás... ¿estamos? — nos señaló con un brillo especial en su mirada que me hizo amarlo más de lo posible.

—¿Cómo no estarlo? He dejado la píldora hace rato y no dejamos de intentarlo.

La emoción brotó mis poros cuando él dio un grito ensordecedor que traspasó las paredes. Entusiasmado, vivaz, Renzo trinaba de alegría con la noticia de que agradaríamos esta particular familia. Riendo a carcajadas, enamorados como desde siempre, nos prometimos que, a partir de ahora, siempre será verano en nuestras vidas.

***FIN***

---

[\[1\]](#) Chi parla: quién habla.

[\[2\]](#) Nunca es demasiado tarde para ser felices, mi amor